

JUEGO DE SOMBRAS

PARTES I & II



AITOR ANGELATS

JUEGO DE SOMBRAS

PARTE I & II

AITOR ANGELATS



Copyright © 2018 Aitor Angelats

Ediciones J.C. Isla

Diseño Portada: Norman Pons

All rights reserved.

ISBN: 1985148005

ISBN-13: 9781985148000

A Mar y a Lluc,

por su inagotable magia.

Por tener las escobas siempre preparadas

para hacerme volar más alto que nadie.



AGRADECIMIENTOS

A mi madre y a mi padre, siempre y por todo.
En especial, por enseñarme a soñar y por soñar conmigo.
Sin ellos el Cillian nunca habría partido de Domstrool.

A mi hermana, porque siempre ha creído firmemente que encontraría mi camino.

Gracias a Jonas Cobos, por la oportunidad, y por entender que ésta no es una historia; es un mundo.

A mis brujas favoritas: Jessica, Arantxa, Marian y Mercè, que siempre han sabido brillar y ser luz en mi oscuridad.

A mis amigas y amigos, que son muchos y los mejores, y que no dudaré en nombrar en otra ocasión. Sé que a la mayoría de ellos no les gustaría lo más mínimo esta historia, pero aún así me obligaron a escribirla.

A Nunu, (sí, para mí siempre serás Nunu) por un millón de razones.

A Teresa, por perderse siempre conmigo por los confines de Cesdia. Y porque, aun sin haberse leído el libro, conoce a los personajes mejor que yo.

A Júlia, por muchas cosas: por ser la primera, por su inagotable paciencia y por todos sus pelos rojos que me he encontrado entre las hojas de los manuscritos.

A Joel, porque aún después de que creyó haberme pillado, me obligó a hacer esto.

A Norman y a Nuria, por coger el teléfono cuando el arte llamaba al arte.

Y a Albert, por supuesto.

PARTE I

EL ERMITAÑO



Cuentan historias, antiguas historias,

que la niebla atravesó el mar.

Arrastró el miedo y la noche; la noche y sus monstruos

por Sabloc, Ifaus y Rupsjasart.

Dicen y cuentan, cuentan y dicen, pero nadie conoce la verdad.

Cuentan historias, antiguas historias,

que también dos humanos cruzaron el mar.

“El que volvió”, y el cazador de Caels.

Una isla, dos hombres; un destino fatal.

Cuentan y dicen, dicen y cuentan, pero nadie creería la verdad.

Se oyeron rumores, horribles rumores,

por Ganpre, Daseno y las costas de Onar,

de amores malditos, de gatos y libros.

Rumores de un guerrero, de una sombra; un beso voraz.

PRÓLOGO

Gris. Plomo.

El cielo lucía un tono ceniza, el mismo que en los días anteriores, matizando con idéntico color a todo cuanto se extendía a sus pies y tiñéndolo a su antojo de un mismo gris entristecido. Las olas del mar impactaban con fuerza en los riscos, y el estruendo era tan potente que recordaba a una fortísima tormenta de truenos y relámpagos.

Impasible, en la cima de los acantilados de Neriél, se erguía una mística figura oculta bajo la capucha de su vaporosa túnica negra. La pálida tez de su rostro estaba surcada por un reguero de frágiles lágrimas. Sus sensuales labios, pintados de rojo carmín, rompían con la tenue estampa que la rodeaba.

Esa imagen se había repetido innumerables veces en las últimas semanas; pero ese día, el colérico viento del sur que zarandeaba sin compasión todo lo que se encontraba a su paso, iba acompañado de una densa neblina. Bruma que arrastraba sombríos mensajes proféticos.

La misteriosa figura, dejándose llevar mansamente por el viento, giró su cuerpo en la dirección en que este soplaba. Cedió ante su insistencia, pues ella bien sabía que los días de viento como ese intentaban cambiar algo. *“Perpetuos vientos de cambio, o les abres la puerta... o la acabarán derrumbando”* citaba siempre *“Alas plateadas”*.

Abandonó el lugar tarareando lo que parecía ser un poema, y se internó en la niebla. Era una melodía dulce y simple, repetitiva. El tono de su voz denotaba ternura y debilidad. Incluso dolor.

*“Lo sisearon las serpientes, lo susurraron los robles.
Cuervos, calderos y pociones;
cementeros de flores.
Eras una mentira; una mentira de medianoche.*

Cartas, besos y maldiciones.

Vi derramarse lunas y soles...

Mientras tejía con sombras tu nombre.

Éramos una mentira; una mentira de medianoche.”

En la lejanía, tras densos girones de niebla, se divisaba el bosque de Grimbillel. Un bosque colmado de secretos, de sombras nuevas y de raíces viejas. Lóbrego, sumido en tinieblas.

Un soplo de aire, más fuerte que los anteriores, liberó de la capucha a la joven, descubriendo su gélida belleza oculta hasta el momento. De blanca y pura nieve era su piel. Y su pelo, rizado y oscuro, abundante e indómito, serpenteaba ante sus oscuros ojos, negros como el anochecer.

La joven reanudó sus pasos dirigiéndose hacia la frondosidad, esta vez con más aplomo. Su andar, que anteriormente era pausado y frágil, se tornó férreo y seguro. Progresivamente fue aumentando la velocidad de sus pasos, hasta que acabó corriendo por el claro que precedía a la espesura. Cruzó rápidamente los primeros árboles de Grimbillel, que inclinados y reseco, anunciaban el comienzo del bosque. Pero no se detuvo. El entorno que ahora la rodeaba se transformaba a cada paso que daba; la tierra era más húmeda, la arboleda más frondosa.

Corría con sangre en las rodillas. Corría sin mirar atrás.

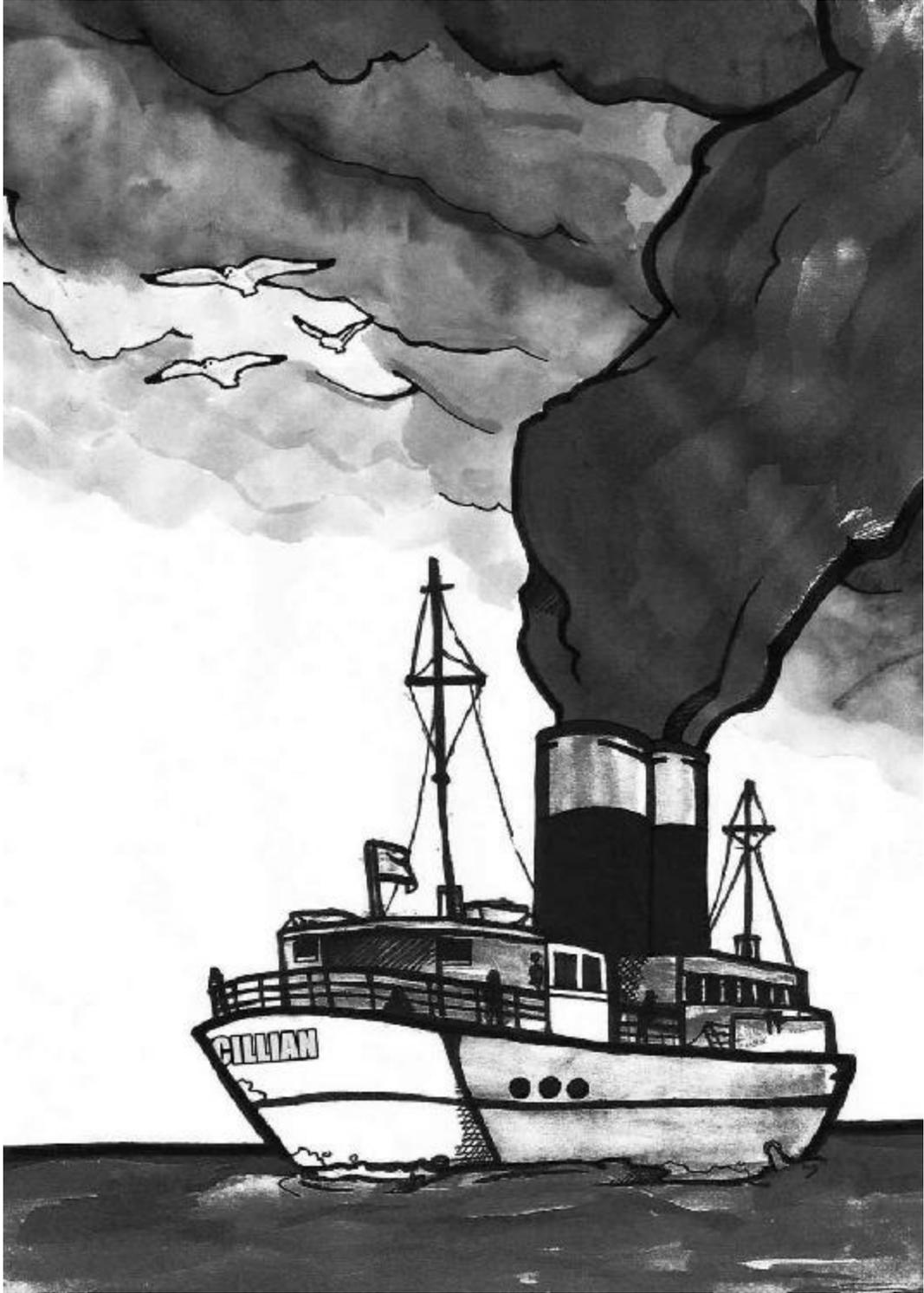
Al llegar al corazón del bosque, donde todo se tornó oscuro y donde apenas se podía sentir el mensaje del viento, se detuvo. El silencio del lugar únicamente se veía alterado por los jadeos de su respiración y el acelerado ritmo de su corazón, cuando de repente un sonido que provenía de la espesura la alertó; parecía el crujido de una rama.

Miró a su alrededor, escudriñando entre las hojas y las ramas de los robles, pero no vio más que telas de araña y espesos girones de bruma que envolvían los troncos. Se quedó inmóvil, atenta, intentando distinguir los ruidos que la rodeaban. Escuchó la grava crujiendo bajo unos pies, el aletear de unos murciélagos y una respiración entrecortada.

Giró su cuerpo en la dirección de aquellos ruidos y, entonces, todo sucedió muy rápidamente; oyó unos pasos veloces aproximándose; vio una sombra negra abalanzarse contra ella y sintió cómo dos fuertes brazos la inmovilizaban por la espalda.

—Sé lo que eres —susurró entre dientes una voz en su oído.

—Entonces... sabrás también que no tengo ningún reparo en matarte.



CARTA DE UN EXTRAÑO

Mientras el Cillian abandonaba el puerto marítimo de Domstool arrastrando con él una densa nube de vapor, no muy diferente al aire que se respiraba aquella fría mañana, el profesor Legentrell también dejaba su rastro, a su modo, enriqueciendo las saladas aguas del mar de Sabloc con restos de lo que a cualquiera le hubiera parecido el mejor desayuno de su vida.

Pese a su gran tamaño, el navío surcaba el mar sin dificultad y se abría camino, incansable, entre las olas. La cubierta del Cillian era sencilla y modesta, y desprendía un característico olor a madera mojada. En ella se alzaban los mástiles y las chimeneas, apuntando hacia el cielo encapotado. En la popa, un par de miembros de la tripulación parecía reparar unas redes de pesca mientras que, a su lado, los pasajeros más melancólicos se acercaban a las barandillas admirando los contornos imprecisos de la ciudad que se perdía lentamente en la lejanía.

Entre ellos se encontraba el profesor.

Cuando finalmente el hombre consiguió vencer el mareo, se incorporó, asiéndose a la barandilla que hasta ese momento le había servido de apoyo. En ese momento se hizo visible en su totalidad; era alto, delgado y tal vez algo desproporcionado. Ocultaba su figura bajo una larga gabardina de paño, quedando al descubierto su rostro estrecho y afilado, en el que destacaban sus grandes ojos azules que permanecían atentos a cuanto le rodeaba, y su prominente nariz, bajo la que se dibujaba su puntiagudo y blanquecino bigote.

Se sentó sobre sus tres maletas, que previamente había colocado en forma piramidal, con la cabeza alta intentando recobrar la compostura. Con una mano sujetaba su sombrero de copa alta y con la otra se frotaba la frente. Una frente que parecía no tener fin debido a su alopecia.

Tedias Vem Legentrell, más conocido por sus allegados como Ted, era un

científico de Domstroot, prácticamente desconocido, aunque no por ello mediocre, que consumía el día a día de su tranquila y monótona vida con calma, lógica y sencillez. Intelectualmente inquieto, tenía un cerebro feroz y hambriento que se refugiaba en sus ratos de solaz en la lectura y la escritura. Pese a tener un carácter singular y curioso, a veces incluso cómicamente indiscreto, Ted era un hombre respetuoso y tradicional, de pasiones y placeres clásicos y convencionales, que vivía acorde con las normas impuestas por la sociedad.

Además de la tripulación, viajaba a bordo un heterogéneo grupo de pasajeros, entre los que había varios comerciantes, pescadores, y algún que otro viajero casual, por lo que el profesor no pudo mantener ninguna conversación interesante en todo el viaje. Y las pocas que pudo tener resultaron muy poco estimulantes y, en cierto modo, hasta incómodas. Ted estaba acostumbrado a tratar con otros químicos, doctores, filósofos e historiadores y platicar con ellos; con los cuales nunca mantendría una conversación sobre cómo preparar un caldo de pescado sin pescado alguno, o cómo ligar un nudo de trébol en el menor tiempo posible.

Probablemente nadie en ese viejo barco de vapor podía hacerse una mínima idea de cómo se sentía en esos momentos, ya que no conocían los motivos de su viaje. Y a buen seguro que él tampoco podía imaginar lo que le depararía su futuro más inmediato.

Durante su primer día de viaje, Ted se dedicó a dormir todo el tiempo que pudo para no sentir el oleaje golpeando el transbordador y a mirar y remirar los informes que le habían llegado desde la isla de Angra, el lugar al que se estaba dirigiendo y del cual aún no conocía prácticamente nada, pese a sus conocimientos teóricos del Territorio Central.

Soplaba un fuerte viento del oeste y al profesor le costaba mantener con bastante dificultad los documentos en orden cuando, desafortunadamente, una intensa ráfaga hizo que varios volaran sobre la cubierta. Entre ellos un sobre.

El hombre corrió tras ellos para recuperarlos pero de pronto se dio cuenta de que un joven se le había adelantado y los tenía entre sus minúsculas manos.

—Creo que son suyos, señor... —se detuvo unos segundos antes de finalizar la frase— Williamsoms.

—Sí y no —contestó el profesor irguiéndose en toda su estatura—. Sí a que son míos, y no a que no soy el profesor Williamsoms. Soy el profesor Legentrell —especificó Ted—. Y muchísimas gracias, jovencito.

Cogió los papeles que el muchacho muy amablemente le entregó y los

agarró con fuerza, tratando así de evitar que volvieran a salir volando por la resbaladiza cubierta.

—Perdone, es que el sobre está dirigido al señor Williamsoms.

—Ah, sí, claro. Bueno, no tiene importancia. Muchas gracias —volvió a repetir el profesor, intentando zanjar la conversación.

—Yo me llamo Samuel —añadió el muchacho, con una amplia sonrisa, cuando el hombre se disponía a dar la vuelta.

El profesor se quedó unos segundos parado y miró al muchacho de reajo, con cierta reticencia.

A Ted nunca le habían gustado los niños. Además de que apenas había tenido trato con ellos ya que todos sus alumnos de Bassiment eran prácticamente adultos. Seguramente se debía a que nunca había sido del todo un niño. O al menos nunca se había sentido como tal. En su singular infancia, Ted nunca se ensució jugando, ni rio con sus compañeros de clase de cosas absurdas y para lo único que tocó una pelota fue para calcular el volumen total de una esfera. Se crio entre libros, entre sus páginas y letras. Amparado en todas aquellas historias que se deshacían en sus manos y en su mente. Una mente siempre hambrienta de sabiduría y conocimiento.

—Encantado, Samuel —forzó una sonrisa.

—Me he fijado que usted viaja en el mismo camarote que nosotros, mi padre y yo —insistió el joven una vez más.

—¿Sí? No me había percatado —dijo Ted con un tono desinteresado en la voz. Incluso cómico.

El muchacho arqueó una ceja. Su media melena revuelta, de color canela, ocultaba en parte sus curiosos ojos verdosos. La cara risueña y salpicada de pecas conjugaba perfectamente con su desparpajo y carácter extrovertido.

—¿Es la primera vez que usted viaja a la Isla de Angra? —preguntó curioso el muchacho, intentando proseguir la conversación, mientras lo seguía hacia el banco donde Legentrell, tras la desesperada caza de sus papeles, había abandonado su maletín.

—Sí, y la segunda que cojo una embarcación, jovencito — admitió, debilitado por el mareo.

—¿No ha tenido ocasión de viajar, profesor? —en ese momento Ted daba muestras de empezar a impacientarse.

—Sí las he tenido, pero nunca me ha atraído lo suficiente. Soy más de conocer mundo a través de los libros y de las...

—Ya entiendo —interrumpió Samuel—, es usted un temeroso sedentario.

Legentrell no pudo evitar que se reflejara en su cara el asombro que le produjeron las palabras del muchacho, porque realmente definían a la perfección su manera de ser.

—Entonces no sé si va al lugar adecuado... —continuó el joven con picardía.

—¿A qué te refieres?

—Pues porque últimamente, a las islas de Nalno, las llaman “Las islas inquietas”.

—No acabo de entenderte...

—Pues verá... dicen que cualquier acontecimiento inesperado puede sucederle en ellas. Cuentan que la gente que viaja a las islas huye por lo que allí se encuentra, o por el contrario, los viajeros se quedan por haberse encontrado a sí mismos. Y si lo piensa bien... —dijo el muchacho pecoso llevándose un dedo a los labios—, tendría su sentido, después de todo el archipiélago de Nalno acaricia el Mar de Viriet y, como diría mi padre: “Todo hombre de Meneso sabe lo que significa eso”.

—Jovencito... no creo en las historias y leyendas que se cuentan de los Territorios Altos. ¡Chismes! ¡Habladurías! —contestó, intentando imprimir en su voz un tono firme y seguro, pese a sentir, en aquel preciso momento, todo lo contrario.

—¡No se alarme profesor! Seguro que habrán bautizado a las islas de esa manera en referencia a “La quiebra del telón estrellado” —acabó la frase Samuel, en un tono tranquilizante.

Por supuesto, Ted ya no estaba tranquilo, ni lo más mínimo. Tragó saliva e intentó hacer a un lado sus peores pensamientos, que se desvanecieron de repente cuando un grito le sobresaltó.

—¡¡Sam!! —el grito no era tal, si no la voz del padre llamando a su hijo desde el otro extremo del barco.

A media tarde el viento había arceciado y la cubierta de la embarcación se veía salpicada por el fuerte oleaje, por lo que la mayoría de los pasajeros se refugió en el interior. Haciendo tiempo para la hora de la cena, que la mayoría esperaba con impaciencia, y una vez agotados los temas de conversación, se pusieron a cantar antiguas canciones de la región. Le cantaron a la luna. Le cantaron a los cielos y le cantaron, por supuesto, a su adorada y preciada mar.

De todo el interminable repertorio de canciones que los tripulantes entonaron durante el tiempo de espera, solo hubo una que realmente consiguió

quedarse grabada en la mente del profesor, que aunque no estuviera integrado en el grupo, les escuchaba atentamente simulando leer.

Posiblemente se había infiltrado en su cabeza debido a las fáciles rimas que la caracterizaban, o por la contagiosa melodía de sus acordes. O quizás también debido al entusiasmo que ponían sus cantores al interpretarla. Fuera cual fuera la razón, la canción sonaba ruda y áspera y, acompañada por una guitarra y un tambor, decía así:

Sabe bien el marinero,
que con ron y un buen gorjeo,
se puede siempre sosegar
al atronador rugir del mar.

Por Sabloc y Breces,
por Alagar y sus corrientes,
nos llevará el capitán
en el azul de tu piel de sal.

Y cuando nos lleve a tierra,
y se fondee el ancla y se arrien las velas,
aún podremos escuchar
el atronador rugir del mar.

Y aunque rompas en olas,
mordiéndolas rocas,
siempre volveremos a buscar
el azul de tu piel de sal.

Tras largas horas de música y de palabrería, pudieron por fin llevarse algo al estómago. Cayó la noche sobre el Cillian y el profesor, después de intentar digerir la frugal cena, se dirigió a su camarote. Aposento este que compartía con tres individuos más; Samuel, el joven que había conocido horas atrás en cubierta; su padre, igual de enclenque y jovial que él y un tercer pasajero de aspecto descuidado y de complexión corpulenta que dormía en la litera superior a su cama.

—¿Les importa, caballeros, si dejo la vela encendida un rato más? — preguntó cortésmente el profesor—. Si no leo algo antes de dormir no logro

conciliar el sueño.

Nadie se opuso a su petición.

—¡Buenas noches profesor Legentrell!

—Igualmente, Samuel —contestó Ted entornando los ojos.

Segundos después se tumbó en aquella incómoda cama de proporciones diminutas e intentó acomodarse. Cuando por fin encontró la postura adecuada, sacó de su maletín de mano unos documentos y le dio prioridad a un sobre blanquecino. El sello de lacre estaba partido, pero aún se podía distinguir el blasón de Cliffdaviil; un triángulo con su vértice mayor señalando hacia abajo y, sobre él, la figura del sol naciente. Extrajo de su interior una apergaminada hoja de papel que, tras ponerse sus anteojos redondos y de cristal grueso, empezó a leer con sumo interés:

Querido profesor Williamsoms,

*No me dirigiria a usted si la gravedad del asunto no lo requiriese.
Por lo mucho que he oído y leído acerca de usted,
sé que es la persona idónea a la que me tenia que dirigir.*

*El pueblo de Cliffdaviil, en el que he crecido y en el que vivo,
está siendo sometido a una serie de oscuros y preocupantes sucesos,
entre ellos asesinatos y desapariciones.*

*Debe preguntarse qué tiene que ver usted con todo este asunto,
pues verá; mis últimas investigaciones me han llevado a deducir
que muchas de las muertes podrían haber sido ocasionadas
por alguna clase de "veneno" que he encontrado en casi
todos los fallecidos. Mis conocimientos no son tan grandes como los suyos,
por lo que su colaboración nos serviría de gran ayuda para determinar
la sustancia tóxica y así poder acercarnos
un poco más al origen de estos extraños sucesos.
Por ello le ruego su presencia en la isla de Angra lo antes posible.*

*Junto a esta carta también le envío algunos apuntes que
he ido tomando a lo largo de la investigación que he llevado a cabo.
Sé, por descontado, que no es mucho, pero probablemente le facilite
un poco la investigación.*

*Le agradecería que confirmara, o no, su viaje a la isla,
a fin de prepararnos para su llegada y recibirle tal y como se merece.*

Cordial y atentamente,

Todd Codge

Obviamente, el destinatario de dicha carta no era el profesor Tedia Legentrell, sino John Williamsoms; uno de sus mejores compañeros de

universidad, al que le unía una larga amistad y con el que siempre había mantenido un contacto constante y agradable. Ted pensaba que era una de las personas más inteligentes que había conocido a lo largo de su vida y con la que disfrutaba más manteniendo una conversación, fuera de la índole que fuera. Siempre era un honor embriagarse con sus ideas y pensamientos, algunos de ellos quizá demasiado fantásticos e irreales, según el criterio de Ted.

“Hay dos clases de personas en este mundo; los suficientemente locos para vivir y los demasiado estancados como para intentarlo”, le citaba siempre John. Insistente y persuasivo, le recomendó, o casi obligó, a embarcarse en esta misión, pues consideraba que tenía que darle un poco de emoción a su monótona vida.

Al contrario que Ted, John había tenido una vida muy emocionante, plagada de viajes y aventuras que le habían llevado a los más recónditos parajes de Balente. Sus numerosas expediciones, a lo largo y ancho del Territorio Medio, le habían obligado a surcar los cinco grandes mares de la franja central y a ver y escuchar las más grandes historias jamás contadas por sus habitantes.

En cambio, Ted siempre había llevado una vida completamente opuesta. Gozaba con la tranquilidad, y, aunque suene extraño decirlo, también con la soledad. Ted se sentía realizado con las tareas cotidianas y sus pocas horas de trabajo en Bassiment, un estudio donde impartía clases de química a unos pocos interesados, que le daban suficiente para sobrevivir y poderse permitir uno de sus grandes placeres; la lectura. Dado su carácter retraído nunca había tenido mucho éxito con el sexo femenino, al contrario que John, razón por la cual, a sus cincuenta y tres años, aún seguía soltero, lo que le permitía disfrutar de una rutina apacible y placentera.

De cualquier manera, al profesor Williamsoms le habría sido imposible coger el Cillian y partir a Angra, pues días antes de recibir la misteriosa carta su mujer falleció y él tuvo que quedarse a cargo de sus dos hijos. Quizá el hecho de que recibiera el máximo apoyo de Legentrell en aquellos momentos tan difíciles, fue una más de las razones por las cuales lo escogió para realizar el viaje. Acaso también por el talento que le reconocía, o simplemente porque el destino lo había querido así.

Fuera como fuere, Legentrell accedió a la petición que insistentemente su compañero le había realizado, y pese a que no le emocionaba demasiado la idea de embarcarse en un viaje y todo lo que ello conllevaba, cuando pudo darse cuenta, ya estaba haciendo su equipaje para afrontar ese gran reto. Fue

justo en ese preciso instante cuando Ted descubrió que un cosquilleo desconocido recorría su cuerpo y que, aunque no quisiera admitirlo, le atraía el desafío.

Los informes que el desconocido Todd había enviado al profesor John Williams consistían en unas cuantas hojas con datos relativos a nombres y síntomas de las víctimas y la supuesta causa de su muerte. Ted estaba convencido de que sin lugar a dudas se trataba de un potentísimo veneno, muy concentrado y poco común; aunque, precavido, quería examinarlo por sí mismo y conocer sus propiedades, para estar completamente seguro antes de exponer sus ideas. El resto de la información eran lugares y fechas donde habían sido halladas las víctimas, así como el estado en que se encontraban y también los días que habían transcurrido desde su desaparición.

Casi todos los folios estaban llenos de anotaciones, efectuadas sin orden ni concierto, lo que reflejaba, a juicio del profesor, que habían sido realizadas en diferentes fechas. La caligrafía venía a corroborar sus suposiciones, ya que en ocasiones eran casi ilegibles, escritas apresuradamente, sin querer dejarse nada en el tintero; en otras, por el contrario, se observaba que habían sido escritas con calma, aportando juicios que creía acertados.

Pero entre ellas encontró una enigmática e intrigante frase anotada en la última hoja, que le llamó muchísimo la atención, al tiempo que le llevó a formularse un sinfín de preguntas:

“Algo claro tengo... si alguien está detrás de esto, y seguro que lo está, tienen que ser ellas.”

Esa misteriosa frase estaba cargada de fuerza. Después de leerla en repetidas ocasiones, intentando encontrarle algún sentido o tratando de entender a quiénes se refería con ese “ellas”, sus ojos empezaron a entrecerrarse hasta que finalmente se quedó dormido, no sin antes apagar con un leve soplo la vela que hasta ese momento le acompañaba.

Los días a bordo del Cillian transcurrieron lentamente. Ted ansiaba poder divisar la costa y con ella el fin del viaje. Afortunadamente, una borrasca y gélida mañana, la travesía llegó a su fin.

—¡Profesor, profesor! ¡Por fin nuestra espera ha concluido! —Samuel corrió al camarote para avisar a Ted de que ya se divisaba tierra en la lejanía. El muchacho había notado la aversión que el hombre tenía al mar, lo mal que lo estaba pasando, y las ganas que tenía de desembarcar; por lo que creyó oportuno comunicárselo cuanto antes.

—¡Oh! ¡Qué buena noticia, sin duda la mejor! ¡Tan buena como el rico guiso

con que nos sorprendieron los cocineros la pasada noche! —exclamó radiante, mientras acercaba su cabeza a un ojo de buey.

No tuvo que apresurarse a rehacer sus maletas, pues los bultos ya estaban hechos desde la noche anterior. Los dejó en el camarote hasta que llegara el momento de abandonar el Cillian, pero no pudo evitar salir a cubierta para presenciar la tan esperada llegada.

A lo lejos, los contornos imprecisos de la Isla de Angra se intuían entre la niebla espesa. A medida que el barco se fue aproximando se dibujó en todo su esplendor, alzándose hacia el cielo cerrado, mostrando los acantilados de fría piedra que hasta ese momento habían permanecido ocultos tras los velos de bruma.

Fueron bordeando la costa hasta llegar al pequeño puerto de Eseska, enclavado a los pies de la población del mismo nombre, donde desembarcaron rápidamente para agrado del profesor. Era media mañana, la niebla se había levantado dando paso a un cielo plagado de nubes de formas caprichosas que dejaban filtrar pequeñas columnas de luz.

Justo al bajar del Cillian, Ted se dio cuenta de que el clima era mucho más húmedo que en su amada Domstroot. Se había provisto de ropa gruesa y abrigada, aunque empezaba a preguntarse si era la adecuada. El frío y la humedad, que calaban sus huesos desde que emprendiera el viaje, hizo que estos se quejaran al dar los primeros pasos en tierra firme.

El puerto de Eseska, circundado por acantilados, estaba coronado por un ejército de gaviotas que merodeaban en círculos sobre él, esperando ansiosamente para lanzarse sobre algún resto animal que los pescadores hubieran despreciado arrojándolo al mar. Se respiraba el penetrante olor propio de un puerto pesquero. Hediondo aroma a deshechos y a lodo. Sus escasas edificaciones, humildes y sencillas, revestidas antaño de piedra, habían sufrido el paso del tiempo y los vendavales, dejando ahora al descubierto su deteriorado esqueleto de roble.

Después de despedirse del joven Samuel y de su padre, que aún tenían que desembarcar sus pertenencias, Legentrell cruzó el bamboleante pantalán donde el navío había atado sus cabos y se dirigió intuitivamente hacia los muelles.

Ahí, entre la densa bruma y el humo de los navíos, divisó un carruaje y junto a él a un señor bajito y rechoncho, de estructura prácticamente cilíndrica, que parecía esperar a alguien.

El hombre, de aspecto desaliñado, se cubría con una capa marrón; el resto

de su vestimenta, toda ella muy holgada y desgastada, consistía en una camisa beige debajo de un chaleco negro de lana y unos pantalones de color tierra, doblados por debajo de las rodillas. Lucía una larga cabellera castaña recogida en una coleta rizada. Sus ojos rasgados quedaban parcialmente ocultos por los pómulos carnosos y rosados, que terminaban donde comenzaban sus abundantes patillas pelirrojas. Su expresión risueña dejaba intuir en él una actitud afable, aún sin conocerlo.

Ted dio unos pasos en su dirección intuyendo que le esperaba y se dirigió a él:

—Buenos días, caballero... —saludó sin mucho entusiasmo. Tenía el cuerpo dolorido a causa del clima y del ajetreado viaje, y sentía como si hubiera entablado un duro enfrentamiento.

—Sí, ¡lo son! ¡Créame que-que que lo son! —contestó el hombre con una gran sonrisa en su cara—. Usted de-de debe ser el profesor Legentrell, ¿cierto?

—Correcto, Tedia Vem Legentrell —añadió, mientras se estrechaban las manos.

—Mi no-no nombre es Todd, Todd Codge, encantando de conocerle. Lamento que sea en estas circunstancias, esperábamos al profesor Williamsoms, pero en su carta nos informó del luctuoso su-suceso anunciándonos su visita —dijo el hombre, al tiempo que sonreía con amplitud.

A continuación le indicó al profesor que entrara en el carruaje, ocupándose él de su equipaje. Se notaba a primera vista que el señor Codge era una persona amable y sencilla.

A pesar del buen recibimiento, Ted no comenzó con buen pie su estancia en la isla; al intentar subir al carruaje resbaló, dándose un golpe en la cabeza con la caja.

—¡La que me espera! —murmuró irritado. No pudo evitar entornar los ojos, al tiempo que se llevaba la mano a la cara.

—¿De-de decía algo profesor? —preguntó Todd mientras se incorporaba.

—Comentaba... que... deberían poner una escalera —disimuló Ted con una rapidez asombrosa.

—Ah... sí, sí, tiene usted razón. ¡Muy buena idea! ¡Sin duda!

Y por fin, cuando las pertenencias del profesor Legentrell ya estuvieron acomodadas, y el señor Codge finalmente se arrellanó por completo, partieron.





MAULLIDOS EN LA OSCURIDAD



Dos corceles conducidos por un viejo jinete a quien el señor Codge llamaba Rivrim empezaron a moverse, y con ellos el carruaje. Ascendieron por la ladera de los acantilados, por un angosto camino que hacía difícil imaginar que hubiera sido construido por la mano del hombre. El profesor Legentrell no pudo evitar tragar saliva al ver la pendiente desde su ventanilla.

Una vez acabada la ascensión, llegaron a la meseta de la isla, atravesando lo que realmente era el pueblo de Eseska, que para decepción del profesor tan solo era una calle alargada, jalonada de casas a ambos lados y sin continuidad en los alrededores. Dejaron con rapidez el pueblo a sus espaldas, y entonces el trayecto se tornó algo tortuoso. La cabeza del profesor no dejaba de ladearse; habían cogido un pequeño y estrecho sendero, lleno de piedras y baches, pero probablemente era el único para llegar a Cliffdaviil.

Por lo que hasta el momento el profesor había podido comprobar, la isla era frondosa, plagada de árboles y matorrales que se alternaban aquí y allá con exuberantes prados salpicados de flores, donde pastaban los animales. Muy posiblemente la fertilidad de la tierra y el frescor del paisaje se debieran a la tenue neblina que cubría todo.

Al principio, ninguno de los dos hombres pronunció una sola palabra. Se produjo una situación incómoda, incluso cómica, en la que ambos, sentados uno frente al otro, observaban a la vez que esquivaban la mirada del

compañero de viaje, dirigiendo su atención al paisaje que les rodeaba.

—Bueno... ¿qué ta-ta tal ha sido el viaje en barco, profesor? —preguntó Todd, tratando de romper el incómodo silencio que los envolvía.

Se veía a la legua que Todd Codge era un individuo algo torpe y campechano, arraigado a su tierra, que vivía inmerso en algún tipo de nerviosismo perpetuo. Era algo inseguro, posiblemente debido a su problema con el habla, ya que padecía un ligero tartamudeo; algo que al profesor le hacía sentirse incómodo, más que por él, por el desasosiego que detectaba en Todd al querer explicarse.

—Largo —respondió Ted.

—Emm... ya, su-su supongo —balbuceó Todd, con tal de proseguir la conversación—. De todas formas, di-di dicen que la llegada al puerto de Eseska es un regalo digno de admirar.

—Sí... bueno —dijo Ted sin mucho interés—. Supongo que las náuseas y el haber dormido en una cama de cincuenta centímetros de ancho cambian la percepción de las cosas.

—Lo siento por usted, profesor. Ahora que ya está en tierra firme po-po podrá maravillarse con la belleza de Angra.

Ted suspiró con resignación antes de contestar:

—Eso espero...

Todd, perplejo por las pocas ganas de platicar del profesor, siguió insistiendo; esta vez, explicándole algunos puntos interesantes del recorrido:

—Mi-mi mire profesor, ese bosque de ahí —dijo, señalando hacia la izquierda del carruaje— es el sombrío bosque de Grimbillel. Lugar de caza, reino de robles. El segundo más extenso de toda la isla, después del de Radable.

El bosque se divisaba en la lejanía, verde y extenso. Tras él se recortaban las siluetas de unas altas montañas cuyas cimas permanecían escondidas bajo las nubes. Un pequeño arroyo descendía desde el robledal y parecía querer encontrarse con el camino que el carruaje ahora transitaba.

Todd también le habló sobre los terrenos de Mumunde, lugar del cual provenían los mejores caballos del archipiélago. También le habló del árbol de Revia, un árbol milenario que se encontraba a escasa distancia del arroyo de Cesgo y que, elevado sobre una pequeña y escabrosa colina, parecía brillar entre los mantos de bruma.

Continuaron por un camino de tierra, conocido como “La senda de los cuatro”, según le informó Todd, ya que su recorrido enlazaba a las cuatro

poblaciones costeras del sudeste de la isla con la gran ciudad de Sirbala, capital de Angra, situada en el centro. Zigzaguearon por laderas y vadearon campos cultivados, verdes y bien cuidados, que daban paso a una gran extensión cubierta de forraje a ambos lados del camino. En ese momento y a su derecha, pero demasiado lejos como para poder verlo bien, se encontraba el pueblo de Serize que —según las indicaciones del señor Codge— era la aldea más cercana a Cliffdavid, de lo que Ted dedujo que ya no tardarían mucho en llegar a su destino.

Siguieron su trayecto, manteniendo siempre el bosque de Grimbillel a su izquierda, hasta que de pronto el señor Codge se acercó a la ventana que se encontraba a su derecha y volvió a alzar la voz.

—Allí, allí está Cliffdavid. “El viejo salado”, “Rey del alba” —anunció con orgullo—. Mi pueblo.

Legentrell miró por la ventanilla con cierto entusiasmo e impaciencia y descubrió ante sus ojos un bonito pueblo enclavado al borde de los acantilados. Pese a que no hacía honor a la lúcida y reluciente descripción que con tanto orgullo el señor Codge había realizado, Cliffdavid aparecía con un encanto especial.

Marcando la entrada al pueblo se erigía un tablón de madera clavado al suelo, algo descuidado pero en el que aún se podía leer el nombre de Cliffdavid en gruesas y toscas letras, talladas y pintadas de blanco. A sus pies, un grupo de gatos salvajes que permanecían prácticamente inmóviles como si esperasen algo, seguían con la vista al carruaje que se adentraba en el puente de Ergom. Construido sobre una grieta abismal de varios metros de amplitud y de la cual no se veía el fin, era el orgullo de sus habitantes por lo dificultosa que resultó en su día su construcción. Tras cruzar el puente comenzaba la calle central y, al adentrarse en ella, el pueblo fue desvelándose poco a poco.

Cliffdavid era un pueblo pequeño; un amasijo de casas, fragmentado por sinuosas callejuelas impregnadas de salitre que parecían llevar a secretos escondidos. El viento, siempre presente en la villa, silbaba por dichas callejas a su antojo. Las casas eran toscas, de fría piedra. Y las más cercanas al acantilado se veían curvadas, con las fachadas inclinadas, listas para caer en cualquier momento hacia el vacío, sobre los riscos. La calle principal, donde se encontraban la barbería, el zapatero remendón, la pescadería y las tiendas más habituales, desembocaba en una gran plaza central, lugar donde paró el carruaje y se apearon de él.

Ted respiró profundamente. Por fin había llegado a su destino. Al poner los

pies en tierra, comprobó que había un aire fresco y agradable. Invadido por un sentimiento de paz y tranquilidad, se detuvo a mirar a su alrededor. Justo delante de él, a escasos pasos, una pequeña fuente de piedra de la que fluía un débil hilo de agua, embellecía singularmente el lugar. Tras ella y alzando la mirada, Ted descubrió una espigada torre de cuatro caras que se elevaba hacia el cielo. Presentaba, en la parte superior de cada uno de sus lados, un reloj cuyas agujas marcaban la hora con exactitud.

El resto de la plaza podía describirse con una sola palabra: mercado. Mirara donde mirase Ted tan solo podía ver puestos de comercio y pensó que posiblemente se debía encontrar en el lugar más céntrico del pueblo. La plaza estaba llena de lugareños comprando y dialogando entre sí. Analizando cuanto le rodeaba, se percató de que Cliffdavid era el típico pueblo en el que —para lo bueno y para lo malo— todos se conocen, a diferencia de las personas que viven en la ciudad, donde el trato personal dista mucho del calor humano que podía percibir en este lugar.

Cuando terminó su pequeño examen, se dio cuenta de que Todd, que acarreaba sus tres maletas, estaba esperándole y le señalaba el camino que debían tomar. Le siguió. Juntos empezaron a ascender por la calle central que, serpenteando entre las casas, continuaba a la izquierda de la gran torre.

De pronto, la desgastada voz de una anciana llamó la atención del profesor: —¡Fuera de aquí gato maloliente! ¡Fuera! —gritaba la viejecilla malhumorada, mientras echaba al felino a escobazos de su cobertizo— ¡Siempre vagabundeando por aquí estos malditos animales! —murmuraba, mientras acababa de barrer las escaleras que llevaban a su porche.

Ignorándola, siguieron ascendiendo la pequeña cuesta. Las palabras de la anciana hicieron que el profesor se diera cuenta de que, desde que había atravesado el puente de Ergom, había visto muchos gatos. Gatos correteando por las callejuelas, gatos intentando robar comida, gatos a los que se la daban. Gatos negros, marrones, atigrados, de pelo corto, gatos enormes, gatos escuálidos... Gatos, hasta en los tejados.

—¡Aquí se alojará usted! —anunció Todd, señalando hacia una de las casas.

La fachada era recia, amplia, con tres ventanales grandes y un portalón de madera oscura y desgastada. “Dos Copas” decía en un cartel de madera que colgaba sobre ellos, sobresaliendo perpendicular a la fachada.

—La posadera está avisada de su llegada por el señor Emerion Simgrell, quien tiene unas enormes ganas de conocerle. No tendrá que pagar nada por el alojamiento. Es nuestro invitado especial — dijo el señor Codge al tiempo

que sonreía.

—Muchas gracias, Todd —respondió el profesor, aunque se quedó con la curiosidad de saber quién era el enigmático personaje que Todd acababa de nombrar.

Al entrar, todas las miradas se clavaron en él. Ted pensó, en un primer momento, que la curiosidad por un recién llegado era algo habitual en los lugares donde los visitantes eran escasos, pero a la vez tuvo la sensación de que todos esperaban su llegada, lo cual no dejó de sorprenderle.

Se acercaron al mostrador que se encontraba al fondo de la estancia, donde descubrieron a una mujer gruesa y de poca altura, que debía tener más o menos la misma edad de Todd. Su cara era el fiel reflejo de la bondad; de ojos diminutos y de achatada nariz, llevaba el cabello negro recogido en un moño en el que las canas empezaban a tomar protagonismo. Vestía un delantal granate, limpio pero desgastado por el uso, que cubría una larga bata blanca que le llegaba hasta los gemelos.

—¡Buenos días, Atenia! —saludó animoso Todd.

—Casi buenas tardes, señor Codge —rectificó ella, amablemente.

—Sí, sí... —dijo él. Parecía nervioso— Te pre-pre presento al profesor Ted Legentrell, nu-nu nuestro invitado —le indicó con un movimiento de cabeza, intentando hacerle saber de quién se trataba.

Ella entreabrió la boca, dando a entender que ya sabía quién era y a qué venía.

—¡Bienvenido a Cliffdavid, señor Legentrell! Estábamos todos impacientes por su llegada —proclamó con una amplia sonrisa—. Yo soy la dueña de esta posada, la señora Atenia. Y ellos... ellos son mis hijos, Subeen y Demia Humsoon —dijo la mujer mirando a ambos lados del mostrador y abrazando con fuerza a los dos jóvenes que se encontraban a su lado.

Los hermanos tenían la misma expresión afable que su madre, a primera vista transmitían cortesía, tranquilidad y amabilidad.

Demia era, por así decirlo, una copia rejuvenecida de su madre, al menos físicamente. La joven tenía diversas tareas en el negocio familiar, pero casi todas ellas se desarrollaban en la taberna, lugar en el que hacía de camarera, soportaba a los borrachos y, sobre todo, ayudaba al señor Lumbinin, el cocinero, en los fogones.

Subeen, por el contrario, apenas entraba en el comedor de la posada. Su cometido era muy diferente al de su hermana pues se encargaba de reponer y abastecer todo cuando faltaba en cualquiera de los ámbitos del negocio, ya

fuera alimentos, bebidas, material para la recepción, útiles y enseres para las habitaciones, más un largo etcétera... También recibía a los nuevos huéspedes que llegaban al lugar. El chico, que era el mayor de los dos hermanos, debía de haber heredado muchas cualidades físicas de su padre, pues aunque tuviera alguna pincelada de la fisionomía de Atenia, como el pelo castaño y la estatura, el resto de sus facciones eran mucho más angulosas que las de las mujeres de la familia.

Los Humsoon eran una familia normal, unida y muy trabajadora, herida por la pérdida del progenitor, acontecimiento este que posiblemente los unió aún más si cabe, y del cual Ted conocería más detalles en un futuro no muy lejano.

—Ha hecho un largo camino hasta llegar aquí, esperamos que esté a gusto en la posada “Dos Copas” —dijo Atenia—. Estamos a su disposición para todo cuanto necesite.

Ted quedó gratamente sorprendido por el buen trato recibido, pero aún más por las expectativas que su visita había creado, y se limitó a sonreír.

Tras las palabras de la posadera se creó un silencio incómodo, interrumpido por la voz de un hombre que provenía del salón contiguo. El profesor, instintivamente miró a su derecha, centrando su atención en una puerta que permanecía entornada.

—Ahí tiene nuestra taberna —comentó orgullosa la mujer—. Es una de las más conocidas de la isla de Angra.

—Por su reconocida Sheemam —apostilló Todd, con una sonrisa que iluminaba su cara por completo.

Pero el profesor no parecía impresionado por el comentario del señor Codge. En realidad no lo estaba; nunca le habían gustado las bebidas que contuvieran alcohol, costumbre esta inculcada por su padre, como muchas otras en él. El señor Jrem Legentrell, fue su único apoyo familiar, su educador y la figura más influyente en su vida. Al criarse casi exclusivamente con él, muchos de sus hábitos, costumbres e ideas conservadoras fueron influyendo en su carácter y personalidad.

—También es el lugar donde se sirven los desayunos, comidas y cenas para la gente que está alojada en la posada, puede comer y beber todo lo que le apetezca y a cualquier hora del día —dijo ella rápidamente, como si de un guión aprendido de memoria se tratara.

—Muchas gracias.

Atenia le entregó una llave al profesor y le explicó que su habitación era la última del primer pasillo.

—Subeen, hijo, acompaña a nuestro invitado, por favor.

La habitación de Ted era pequeña pero muy acogedora, y se notaba que había sido convenientemente arreglada para su llegada. Suelo de madera, un ventanal desde el que se veía casi todo el pueblo y una cama en un rincón. Dejó sus maletas entre el armario y el aguamanil, y la gabardina en un colgador que estaba en la parte trasera de la puerta. Había una mesa delante de la cama y un cuenco encima, repleto de fruta diversa, de color y aspecto saludable. Cogió una manzana y la mordió, era jugosa, lo más sencillo pero lo más apetecible que había comido desde su último desayuno en Domstroot. La cama era pequeña pero parecía confortable, lo que pudo comprobar al sentarse en ella. Se arrellanó mientras daba buena cuenta de la manzana y no la dejó hasta ver el corazón de la fruta. Se sentía algo repuesto y reconfortado y, poco después, se dejó vencer por el cansancio. Tres minutos bastaron para que sucumbiera a un profundo sueño.

Era la madrugada. Ted se levantó desubicado y sobrecogido, notando cómo algo se movía sobre sus piernas, encima de la manta. Abrió mucho los ojos y vio delante de él una sombra observándole, inmóvil, en la oscuridad. Dos ojos amarillentos, casi hambrientos, que le escrutaban brillando en la penumbra.

Ted suspiró aliviado. Era tan solo un gato. Segundos después, sin embargo, advirtió que detrás del felino, por toda la habitación, había una treintena más. Todos comenzaron a maullar y a olfatear, con los hocicos pegados a las sábanas y al suelo. Y todos tenían sus afilados ojos clavados en él.

Se le heló la sangre. Aterrorizado, se esforzó por mantenerse quieto y tranquilo. Por un instante pensó que aún seguía durmiendo y que aquello, más que un sueño, era una espeluznante pesadilla.

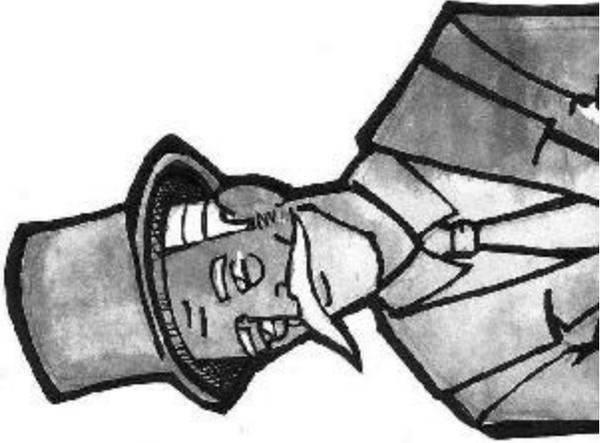
Mientras los gatos se encaminaban hacia él, el profesor les devolvió la mirada y, observándoles atentamente, tuvo la certeza de que aquellos animales le contemplaban con súplica. Parecía que aquellos profundos ojos le hablaban, intentando pedirle algo.

Se iban aproximando cada vez más. Imparables. Parecía que en cualquier momento se le iban a echar encima. Tiritando, Ted se apresuró a esconderse bajo el amparo de las mantas y cerró los ojos con fuerza, mientras los pensamientos se arremolinaban en su cabeza como una tormenta.

Un brusco golpe en la ventana hizo brincar al profesor. Intentó agudizar los oídos para tratar de averiguar qué ocurría al otro lado de las sábanas, pero ya no se oía nada. Ni arañazos en las paredes. Ni maullidos en la oscuridad.

Cuando Ted asomó la mirada por el filo de la manta, los gatos ya no

estaban.



TED Y TODD

Cuando Ted se despertó aún no había salido el sol, pero el añil del cielo se estaba tiñendo vertiginosamente de anaranjadas y cálidas tonalidades, lo cual indicaba que no tardaría en hacerlo.

Había dormido profundamente, calculó que habían sido más de quince horas, algo inusual en él. Pero gracias a esas prolongadas horas de descanso había conseguido recuperar todas las energías que el Cillian y su ajetreado viaje en alta mar le habían arrebatado.

Se levantó, se desperezó y se acercó a la ventana con cautela. Aún tenía la desconcertante y espeluznante imagen de todos aquellos gatos invadiendo su cuarto y acechándole en la oscuridad. No obstante, el maravilloso amanecer que se alzaba tras el ventanal le hizo olvidar rápidamente el incidente con los felinos.

El amarillo, el naranja y el rojo, fundidos y brillantes, se derramaron sobre los acantilados. Sobre los tejados se elevó la aurora y, como si de un milagro se tratase, el pueblo de Cliffdavid se fue iluminando por una cegadora y resplandeciente luz matinal. Ted pensó que, sin duda alguna, el señor Codge tenía razón, pues posiblemente aquel era uno de los amaneceres más bonitos que había podido presenciar a lo largo de su vida.

Tras esbozarle una afable sonrisa al día que acababa de comenzar y sin más dilación, el profesor se aseó, tomó una fruta del cuenco, cogió su viejo maletín de mano y su sombrero de copa alta, y abandonó su aposento.

No quería llamar demasiado la atención, así que bajó las escaleras con tal sigilo que cualquiera que le hubiera visto habría pensado que se traía algo entre manos y, por supuesto, no habría estado del todo equivocado. Cruzó la recepción de la posada silenciosamente y salió de “Dos Copas” tan rápido como pudo.

Una vez en el exterior, Ted se sintió un tanto confuso; no sabía muy bien qué hacer, ni tampoco sabía muy bien por dónde empezar la investigación, pero armándose de valor y sin esperar ni buscar al señor Codge, comenzó su exploración.

Pensó que lo primero que debía hacer era examinar el entorno de Cliffdavid. Si las cifras y los datos que el señor Codge le había enviado eran ciertos, la causa de la muerte de las víctimas había sido un envenenamiento derivado de un compuesto tóxico. Por esa razón, decidió comenzar su investigación estudiando la alimentación de los lugareños.

Apenas había gente por las calles a esa hora tan temprana, pero la poca que había le observaba con curiosidad. No era usual recibir visitas de forasteros de procedencia tan lejana, ni tampoco de aspecto tan metropolitano como el que tenía Ted y menos aún con el cometido que a este se le había asignado. Una cara nueva y una pizca de incertidumbre podían convertir a la persona más mediocre en la comidilla del pueblo.

Ignorando aquellas indiscretas miradas, Ted bajó la calle principal y dirigió sus pasos a las afueras de Cliffdavid, donde se dedicó, por lo menos durante un par de horas, a conocer y a analizar la vegetación autóctona.

Entre inacabables campos de pasto y una gran variedad de plantas inofensivas, tan solo halló unas seis u ocho que se pudieran considerar urticantes, cuyo único peligro potencial era el de provocar un sarpullido acompañado de un ligero picor de lo más molesto, pero sin consecuencias mortales. Lo que había empezado como una apasionante búsqueda de un agente causante de la muerte de varias personas, había acabado por convertirse en un agotador y fallido paseo matutino.

A media mañana, los rayos del sol caldeaban los campos y prados y caían a plomo sobre Ted. Frustrado y agobiado al no encontrar indicio alguno de toxicidad en la vegetación de los alrededores, trató de buscar cobijo en alguna sombra cercana que le permitiera descansar y pensar con claridad. No estaba acostumbrado a vivir y trabajar en el campo, más bien era un “ratón de biblioteca”, y tras pasar varias horas a la intemperie tenía la sensación de que sus neuronas comenzaban a fundirse.

Observó atentamente en derredor, tratando de localizar un lugar a la sombra donde refugiarse, pues cada vez se sentía más aturdido. Por fortuna, se dio cuenta de que a lo lejos se divisaba una frondosa arboleda y se encaminó hacia allí, sin ser consciente de hacia dónde le estaban guiando sus pasos.

Cuando casi había llegado a la prometedor frescura del bosque, escuchó el

crujir de una rama. Ted desconocía el lugar y la fauna que en él se podía encontrar; precavido y algo asustado, alzó la vista con tal de descubrir de qué se trataba. Observó que el bosque era mucho más frondoso de lo que parecía a primera vista y una extraña sensación se apoderó de él.

De pronto, sintió cómo una mano se posaba en su hombro y se sobresaltó.

—Yo-yo-yo yo que usted no-no no entraba ahí —aconsejó una temblorosa voz a sus espaldas, muy cerca de él.

Aún antes de girarse y ver quién había pronunciado esas palabras, ya sabía de quien se trataba. Tras él, el rechoncho señor Codge, con su inconfundible y afable sonrisa, parecía haber llegado en el momento justo para impedir que hiciera una locura.

—No iba a hacerlo... —murmuró Ted.

—La peculiaridad de este bosque no es precisamente su calidez y su belleza —dijo Todd, tratando de advertir a su compañero—. Lo cierto es-es es que... se narran sombrías historias o-o-ocurridas en las entrañas de Grimbillel.

Ted dirigió de nuevo la mirada hacia la espesura y lo cierto era que con tan solo un vistazo, aquel lugar era capaz de producir escalofríos. De no haber sido por la súbita y oportuna aparición del señor Codge, tal vez el cansancio le habría inducido a aventurarse en el bosque. En cualquier caso, el orgullo de Ted le impedía agradecer a Todd su advertencia, por lo que su respuesta fue tajante, tal vez incluso desagradable.

—Ya le he dicho que no iba a hacerlo. ¿De verdad me cree tan inconsciente? —replicó, arqueando las cejas y con un tono áspero en la voz.

Cabe recalcar, en su defensa, que el profesor no era una persona arisca por vanidad o malicia. Lo era por naturaleza. Era de ese tipo de personas retraídas que no acostumbran a tratar con otros y que acaban creando una coraza en su piel para no exponer demasiado sus sentimientos a los demás.

—Lo-lo lo siento profesor, no era mi intención ofenderle.

Se produjo un incómodo silencio, Ted no tardó en darse cuenta de que con sus palabras había herido las buenas intenciones del señor Codge, e intentando enmendar el fallo echó mano de su habitual sutileza.

—¿Sabe?... tenía usted razón.

—¿En qué te-te tenía razón, pro-pro profesor? —preguntó el señor Codge sintiéndose confuso.

—En que los amaneceres en Cliffdavid son una maravilla digna de admirar —contestó Ted con una leve sonrisa. Fue su manera también de darle las gracias—. Aunque creo que su descripción como “El rey del alba” es

desmesurada.

Todd, con aire de perplejidad, miró al profesor el cual, girando sobre sus talones, había emprendido la marcha hacia el pueblo. Luego sonrió. Fue en ese momento, en ese preciso momento, en el que el señor Codge se dio cuenta de que el profesor Legentrell y él harían buenas migas.

—¡Necesito ver los huertos y los cultivos, señor Codge! —gritó Ted ya en la lejanía y sin llegar a pararse.

—¡Claro! —contestó el señor Codge, a la vez que apresuraba el paso a fin de alcanzarle.

Juntos se dirigieron hacia los campos de cultivo; para ello tuvieron que rodear el pueblo por el oeste donde, colina abajo y a una distancia considerable de los acantilados, terminaban las casas y el adoquinado suelo se tornaba tierra fértil. Ahí se hallaban los huertos de Cliffdaviil. En ellos, los lugareños tenían sembradas una gran variedad de verduras, frutas y hortalizas, aportando al paisaje un sinfín de frescas tonalidades. Sin duda el clima de la isla y, la humedad habitual, ayudaban a que crecieran en todo su esplendor.

Inspeccionaron los terrenos durante las dos horas siguientes, pero lo cierto es que tampoco hallaron nada extraño o sospechoso en el lugar, hecho este que irritaba y frustraba al profesor. Cansado de buscar y de no encontrar nada, su desilusión se manifestó en forma de resoplido.

—¿Su-su sucede al-al algo profesor? —preguntó el señor Codge, varios bancales por detrás de Ted.

—No —contestó malhumorado—. Más bien todo lo contrario.

Todd, contrariado, no dijo nada, tan solo se limitó a bajar la cabeza con desilusión.

—Si los frutos estuvieran infectados o tuvieran algún tipo de alteración toxicológica, presentarían en su estructura o en su color algún tipo de cambio inusual; y por muy insignificante que fuera, después de lo meticolosos que hemos sido observando los huertos, habríamos hallado, como mínimo, indicios de ello —argumentó Ted, mientras se reincorporaba después de echar un último vistazo a las plantas que había a ras del suelo—. Y lo cierto es que no he advertido ninguna de esas alteraciones, nada que se pueda percibir a simple vista. Aunque, si dispusiera de los instrumentos necesarios para el análisis, como son los que tengo en mi estudio, los resultados serían más fiables y precisos.

—En-en entiendo. Du-du dudo que tengamos aquí ese ti-ti tipo de instrumentos, pe-pe pero si quiere puedo facilitarle el resto de informes que yo

mismo he ido recogiendo durante este ti-ti tiempo hasta el día de hoy. Le adjunté algunos con la carta que le envié... pero el resto están en mi casa. A-a a lo mejor pueden serle útiles.

El profesor se sacudió la tierra de las manos, recogió el maletín del suelo y se giró hacia su acompañante.

—Entréguemelos —dijo sin muchos ánimos, arremangándose la camisa—. Veremos qué puedo hacer.

Con esas palabras partieron de los campos de cultivo, dando por finalizada la inspección. Llegaron al pueblo y se adentraron en él por una estrecha travesía que daba a la calle principal, donde giraron hacia la derecha y ascendieron en dirección a la casa del señor Codge.

Durante el recorrido, los habitantes de Cliffdaviil, o como a sí mismos se llamaban, daviles y davilas, acechaban y espiaban a Ted y al señor Codge con una curiosidad inusual. Algunos miraban atónitos desde las puertas de sus hogares; otros, los que transitaban por la calle, intentaban, sin mucho disimulo, conocer el rostro del visitante extranjero que todos esperaban. El rumor de que ya había llegado el desconocido y esperado profesor de Meneso, corrió por todas las casas, establecimientos y calles de Cliffdaviil. Un par de días antes de su llegada, se extendió por todo el pueblo el murmullo de que su salvador estaba en camino. Claro está que, cuando por fin pudieron verlo, sus expectativas de lo que era un salvador cayeron por los suelos. No era ni de lejos lo que imaginaban encontrarse. Pese a ello, Ted estuvo en boca de todos durante todo el día.

Los informes que el señor Codge le entregó a Ted no eran excesivamente cuantiosos, como mucho debía haber un centenar de folios pero a simple vista le pareció que el trabajo de descifrar lo que en ellos se ponía iba a ser arduo; las hojas estaban repletas de tachones y borrones por todas partes y en su gran mayoría manchadas de tinta negra. A eso había que añadirle que la letra del señor Codge era complicada de entender, por no decir casi imposible.

Las doce primeras páginas eran fichas personales de las víctimas que habían sido halladas. En ellas estaban anotados todos los datos significativos: edad, lazos familiares, ocupación y un largo etcétera de comentarios destacables y no tan relevantes, sobre los individuos. En la cara inversa estaba anotado, con todo detalle el estado, la hora aproximada y el lugar en el cual fueron encontrados.

Las tres páginas sucesivas a las fichas personales mostraban un extenso listado de lo que parecía ser el resultado de los análisis de las toxinas

halladas en los cuerpos. No obstante, pese a que el señor Codge le había dado a entender al profesor que solo había un veneno existente en las víctimas, el inventario parecía describir un amplio abanico de compuestos diferentes.

—Es extraño, porque es imposible distinguir una única toxina —susurró el profesor, apretándose los labios con la yema de los dedos—. Hay una mezcla de compuestos tóxicos. Incluso una mezcla de clasificaciones de compuestos; minerales, vegetales y animales.

Se levantó de la cama y comenzó a dar vueltas por la habitación, al tiempo que murmuraba.

—Es como si hubieran mezclado todos los tipos de venenos conocidos y los hubieran unificado en uno. Y por supuesto, eso es algo imposible —murmuró, retorciéndose su afilado bigote.

En ese momento se arrepentía de no haber entrado en la casa del señor Codge. ¿Cómo podía haber encontrado Todd todos aquellos datos sin una maquinaria de laboratorio especializada? ¿Y cómo había logrado deducir todo aquello con unos conocimientos científicos aparentemente tan mediocres?

El profesor decidió dejar de especular y seguir leyendo el resto de los informes, donde se detallaba un interminable repertorio de compuestos tóxicos simples y que, para su asombro, el señor Codge había conseguido aislar.

De pronto, entre tantos tachones y garabatos, le llamó poderosamente la atención una desconcertante acotación escrita en el margen de la hoja, con una caligrafía prácticamente ininteligible. La leyó detenidamente, pues el misterio que se encerraba en aquellas palabras diluía en la nada todas las hipótesis razonables y realistas que su cerebro había realizado hasta el momento.

“Si bien estoy seguro de que ellas están detrás de todo esto... empiezo a pensar que, tal vez, también sean ellas las únicas que puedan solucionarlo.”

“Ellas” otra vez. Volvían a ser nombradas por el señor Codge y por consiguiente retornaban a la mente del profesor. “Ellas”, un simple pronombre escrito en una hoja. Un misterio, un enigma que parecía estar tomando un papel importante en la historia. Incluso protagonista.

Ted hizo a un lado los papeles que el señor Codge le había entregado y apoyó los codos sobre la mesa mientras fruncía el ceño. Intrigado, comenzó a perderse en aquella incógnita vestida de feminidad. Intentó rememorar todas las conversaciones que había tenido con Todd acerca de Cliffdavi, de sus misterios y costumbres; pero por más que lo intentaba, no recordaba haber escuchado ninguna referencia a “ellas”: quienes quieran que fueran no habían

sido nombradas, ni siquiera insinuadas. No había habido ni una sola mención a “ellas” en sus charlas, pese a que parecían ser de gran importancia para el señor Codge.

Durante el resto de la tarde el profesor intentó encontrarle un significado a la sentencia apuntada por Todd, y a la única conclusión que llegó fue que “ellas”, fueran lo que fueran, eran la causa y la solución al problema que le había llevado a Cliffdaviil.

La oscuridad desplazó a la luz del sol y tan solo el reflejo de un manto de estrellas cubría los tejados de la población. Había sido un día largo y agotador, el profesor se desvistió y se preparó para acostarse con la idea de seguir leyendo, pero apenas tuvo tiempo de ojear un par de párrafos antes de que sus ojos se cerraran presa del cansancio y la fatiga.

Aquella noche no durmió mucho.

Horas después, de madrugada, cuando el profesor se encontraba en el momento más plácido del sueño, el silencio que acompañaba a la oscuridad de la noche se vio quebrado por un intenso y sobrecogedor grito. Un espeluznante bramido de horror que despedazó el sueño de Ted y que truncó por completo su tan merecido y apacible reposo.



UN GRITO EN LA NOCHE

Ted se incorporó rápidamente, aturdido, atemorizado y sin la menor idea de lo que estaba sucediendo.

Al primer alarido de horror se le habían sumado muchos más, creando una desesperada y espeluznante llamada de auxilio. El profesor se levantó y se abalanzó hacia la ventana. La abrió asustado, intentando localizar de dónde procedían aquellos gritos, pero aunque a lo lejos, calle abajo, adivinaba movimiento en torno a un mismo lugar, no llegaba a ver con claridad qué ocurría.

Empezó a oír pasos acelerados y voces en el pasillo de gente que parecía asustada, desconcertada y que debía encontrarse en la misma situación que él.

Se vistió a toda prisa, con nervios y sin orden. Se despojó con rapidez de su holgada vestimenta y cubrió su esquelético cuerpo semidesnudo con la misma ropa que había llevado el día anterior. Cogió intuitivamente su maletín y se abalanzó, sobrecogido, hacia la puerta. Se asomó al pasillo para observar atónito a los demás huéspedes de la posada que corrían cual manada de animales huyendo de un cazador y, segundos después, se integró al grupo.

Al traspasar la puerta de “Dos Copas” se encontró ante un tumulto de vecinos exaltados que entorpecían el paso. Gracias a su estatura, Legentrell consiguió divisar calle abajo, casi llegando a la plaza central, que la aglomeración de gente se estaba concentrando en un mismo punto. No sin

esfuerzo consiguió avanzar por la amplia travesía, sumándose a la ola humana que descendía desde todos y cada uno de los rincones de Cliffdavid y que finalmente convergía en el mismo lugar formando un círculo en torno a una persona que yacía en el suelo.

Era un chico de temprana edad, rubio y de complexión fornida, que parecía no moverse. Los allí presentes musitaban y murmuraban entre ellos. Palabras de espanto y tristeza.

Una mujer, que por la edad podía ser su madre, lloraba desconsolada. Arrodillada a su lado, le sostenía la cabeza acariciándole con ternura e intentando hallar algo de vida en él.

—¿Por qué tú? ¿Por qué tú? —sollozó la mujer, con un temblor incontrolable en los labios.

Tras intentar hacerse hueco entre el bullicio, Ted consiguió finalmente adentrarse en el corro de gente que rodeaba a la mujer y al difunto. Se puso en primera fila y, desde su posición, consiguió verlo todo con más claridad. Sus ojos, ágiles y atentos, escrutaron con rapidez la escena del crimen.

El cuerpo del joven estaba inerte en el suelo, no se observaba que hubiera habido ningún tipo de forcejeo, pues a simple vista no se apreciaban heridas ni tampoco jirones en la ropa. Tan solo salía de su boca un líquido espumoso de un color blanquecino.

—¿Por qué tú?! —repitió la mujer, incansable. La tristeza empapaba su rostro con un reguero de lágrimas — Eras lo único que me quedaba.

Pero la pena rápidamente dio paso a la agresividad y a la ira. Los más cercanos intentaron acercarse a ella para calmarla y consolarla, pero la cólera y la angustia que sentía hacía difícil, por no decir imposible, confortarla.

De pronto, entre gritos y sollozos, la mujer dijo algo que al profesor le llamó poderosamente la atención.

—Ellas... ¡Han sido ellas! —bramó con ojos llameantes.

“Ellas”. Al oír aquella palabra cargada de odio y resentimiento, el profesor Legentrell, preso de un creciente nerviosismo, visualizó la misteriosa frase que el señor Codge había anotado en sus informes y sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Un escalofrío que le erizó hasta los cabellos de la nuca. Cuando quiso darse cuenta, todos a su alrededor hablaban de lo mismo.

“Ellas” estaban en boca de todos los allí reunidos. Las agraviaban y las injuriaban. Las nombraban con ira a la vez que con terror, con cólera a la vez que con horror. Lo que en un principio fueron murmullos se transformó en un ensordecedor clamor que aturdió a Ted, provocándole un ataque de angustia.

Deseaba huir de allí cuanto antes. En ese momento se acordó de John Williamsoms y le maldijo por haberle convencido para que se embarcase en aquella aventura. Rodeado de tantas caras desconocidas que reflejaban el miedo y la angustia que sentían, el pánico se adueñó de él, dejándole sin habla.

Se había quedado paralizado, pues se estaba cuestionando demasiadas cosas; ¿qué estaba sucediendo en ese pueblo?, ¿qué clase de persona podía cometer aquellas atrocidades?, ¿qué o quiénes eran “ellas” y por qué estaban en boca de todos? Y lo más importante de todo, al menos para él... ¿Estaría preparado para los acontecimientos que parecían estar a punto de suceder? ¿Estaría a la altura de lo que se esperaba de él?

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso!

De pronto, Ted vio al señor Codge acercándose entre la muchedumbre y, extraña e inexplicablemente, su simple presencia pareció calmarle. Con rapidez y sin apenas darse cuenta, se acercaron el uno al otro y se miraron con desconcierto.

—¡Por la diosa del principio! Otro más, profesor —dijo Todd, preocupado, cogiéndole del brazo y haciendo sitio entre la gente para que ambos pudieran acceder al cuerpo—. El-el el segundo este mes.

De la boca del profesor no salió ninguna palabra, apenas fue capaz de emitir un leve sonido, pues su garganta, al igual que todo su cuerpo, estaba atenazada por el temor.

—¡Jummun, Datre! ¡Venid aquí, rápido! ¡Y todos los demás, iros a vuestras casas y descansad, ya nos encargamos nosotros! —bramó el señor Codge y, al instante, dos hombres aparecieron de entre la muchedumbre que se había reunido alrededor de la víctima y su madre, accediendo al centro del corro.

Se situaron a uno y otro lado del difunto y, siguiendo las órdenes que Todd les estaba dando, cogieron por ambos extremos el cuerpo inerte del muchacho y lo levantaron con cuidado.

Mientras tanto, absorto en sus pensamientos, el profesor Legentrell no podía dejar de observar a Todd. Se dio cuenta de que la opinión que en un principio se había hecho de él era completamente errónea, pues lo había tildado de ser una persona torpe e ingenua, e incluso ignorante y asustadiza. Pero sorprendentemente, en ese momento de descontrol y de nervios, Todd supo mantener la calma cuando nadie de los allí presentes lo había conseguido. Había sabido cómo reconducir a la gente hacia sus casas, calmándolos, apaciguando su temor. También había hablado con la señora Atenia, la

posadera, para que se llevara a la madre del muchacho a la taberna y le diera un poco de Grumiem, para intentar tranquilizarla.

El profesor se dio cuenta, en cuestión de minutos, de que el señor Codge era algo más de lo que a simple vista parecía ser. Todd podía no ser médico, pero sabía algo de medicina. Podía no ser forense, pero era el único capacitado para realizar esa tarea en Cliffdabil. Y podía parecer una persona cobarde y miedosa, pero había sido valiente y firme cuando los demás necesitaban un líder, alguien que sabía cómo dirigirlos. Todd era, sin duda alguna, una caja de sorpresas.

—¡Vamos, profesor! —exclamó el señor Codge, tomándolo del brazo y despejando así de la mente de Ted todos y cada uno de sus pensamientos. Lo miró con sincera admiración y lo siguió.

El nutrido tumulto de gente se apartó, creando un pasillo para que pudieran pasar. Y así abandonaron la plaza del mercado, dejando atrás a algún que otro vecino que seguía allí murmurando y malgastando palabras de odio y temor sobre “ellas”. Ascendieron por la calle principal hasta que llegaron a la morada del señor Codge.

—¡Oh... dios! —murmuró para sí el profesor— ¿Cómo alguien puede vivir en estas condiciones? —añadió con un susurro, pero por más que intentaba disimular, sabía que la atónita expresión de su cara lo decía todo.

La puerta de entrada daba acceso a una polvorienta habitación, mal iluminada, que ocupaba toda la planta baja y a la que no se le podía otorgar una función específica. Era a la vez salón, cocina y zona de trabajo. Todo flanqueado por incontables torres de papeles sucios y mal cuidados. Tenía dos ventanas que daban a la calle, a ambos lados de la puerta. Una de ellas tenía un cristal roto por el que penetraba el aire con un persistente y molesto silbido que hacía vibrar prácticamente todos los papeles que se encontraban dispersos por la habitación. A la derecha se encontraban dos grandes mesas, una de ellas de madera oscurecida por el paso del tiempo. El profesor pudo observar que era lo único que estaba limpio de todo aquel galimatías que formaba parte de esa gran sala. Imaginó que ahí era donde su compañero estudiaba los cuerpos de los fallecidos, diseccionaba animales, o cualquier otro tipo de acción que requiriese un espacio amplio donde trabajar. En la otra había varias velas derretidas en un plato, muchísimos utensilios de medicina y papeles, todo ello formando parte del desorden que parecía imperar en aquel lugar.

Al fondo de la estancia, y según indicaciones de Todd, una escalera conducía a su habitación y al lavabo. Dos lugares a los que Ted no accedió ni

hubiera accedido por más que el dueño de la casa hubiera querido mostrárselos, ya que dado el caos reinante en la sala donde se encontraba ahora, no quería ni pensar en lo que se podía encontrar allí.

Mientras Jummum y Datre seguían las indicaciones de Todd y dejaban el cuerpo de la víctima sobre la mesa de madera, el profesor Legentrell seguía escudriñando los recovecos de aquel curioso y descuidado lugar; de pronto y para sorpresa suya, divisó al fondo de la habitación, sobre una vieja y carcomida repisa de madera, lo que parecía ser un pequeño esbozo de laboratorio. Descubrió un amplio abanico de instrumentos de química. Entre ellos había probetas, pipetas y una gradilla llena de tubos de ensayo. Había un balón de destilación y otro volumétrico. También había frascos de diversos tamaños e incluso había un embudo de decantación, entre muchos otros utensilios.

Ajá... ¿Cómo, si no, habría conseguido separar todos aquellos compuestos? —susurró Ted entre dientes, al tiempo que dibujaba una reveladora sonrisa en su rostro—. No deja usted de sorprenderme, señor Codge.

En ese momento Jummum y Datre abandonaron la morada dando un portazo que hizo reaccionar al profesor el cual permanecía absorto, contemplando el pequeño laboratorio. Se giró hacia el señor Codge y se acercó a la mesa de madera, donde una tenue luz ambarina, procedente de una vela que había en una mesita llena de papeles, iluminaba el cuerpo del muchacho, el cual yacía desnudo frente a ellos, cubierto por una sábana grisácea que solo ocultaba la parte inferior del cuerpo.

Estaba frío como el peor día de invierno. Su piel, pálida pero de apariencia marmórea, no ocultaba sus venas, que se marcaban fuertemente y que a Ted, por un momento, le recordaron a un mapa con sinuosos e incomprensibles caminos que no llevaban a ningún lugar y a todos a la vez.

El profesor dejó su maletín sobre la silla más próxima y se unió a Todd, situándose al otro lado de la camilla, dispuesto a efectuar un examen previo antes de proceder con la disección del cuerpo.

—No-no no puedo evitar pensar en-en en la pobre señora Breme —dijo Todd con mirada entristecida.

—Señor Codge, no es momento de pensar en los lazos que le unen a este muchacho —el comentario sonó frío, pero hizo reaccionar a su compañero.

—Ti-ti tiene razón, profesor —admitió Todd intentando sobreponerse a sus sentimientos.

—Comencemos.

—A-a a simple vista puedo observar que presenta los mismos síntomas anormales que mostraban los anteriores cadáveres —observó el señor Codge, examinando el cuerpo con cuidado. Cogió el brazo del cadáver y, para sorpresa del profesor, flexionó el codo del difunto sin ninguna dificultad. El cuerpo estaba flácido—. Al igual que en-en en los otros casos, el cuerpo no presenta ningún tipo de rigidez.

Ted abrió los ojos de par en par, y acto seguido frunció el ceño.

—Qué raro... ¿y dice que esta tarde ha sido la última vez que lo han visto con vida? —cuestionó.

—Sí profesor, esa información está com-com completamente verificada. Lo lo lo vieron llegar junto al resto de compañeros de la partida de caza, aproximadamente sobre las si-si siete de la tarde.

—Vale, prosigamos —dijo Ted, a quien parecía no encajarle la respuesta.

—Su abdomen está hinchado, al igual que el resto de su organismo —apreció el señor Codge, palpando cuidadosamente el cadáver.

Ted se acercó y se inclinó para observar el cuerpo más detenidamente. Éste desprendía una ligera pestilencia. El profesor arrugó la nariz e hizo una extraña mueca de incompreensión.

—Un momento, un momento... ¿dice que la última vez que lo vieron con vida fue a las siete de la tarde? —preguntó Ted, atónito.

—Sí-sí sí —afirmó Todd.

—...y lo encontramos en la plaza sobre las tres de la madrugada.

—E-e efectivamente.

—Pero si hace entre dos y ocho horas que ha muerto debería estar completamente rígido —observó Ted.

—Ci-ci cierto, profesor.

—Verá, señor Codge —pronunció Ted, invitando a su compañero a zambullirse en una de sus sugestivas digresiones—, los cuerpos, como todo en la vida, tienen unas pautas y un proceso.

Todd dejó de mirar el cadáver, y centró toda su atención en Ted.

—Con la muerte del organismo el corazón deja de latir y, por consiguiente, la sangre deja de circular, espesándose y coagulándose. A partir de ese punto, un proceso que puede durar entre cuatro y seis horas, el cuerpo pierde la temperatura y los músculos se endurecen. A esa fase se le llama “rigidez cadavérica” —informó el profesor—. También conocida como rigor mortis, es una fase que, aunque puede variar según el clima y otros factores, suele durar entre treinta y seis a cuarenta y ocho horas, aproximadamente.

Todd, quien escuchaba ávidamente los detalles de la explicación del profesor, tan solo se limitaba a asentir.

—Después de eso, en el momento en que la rigidez cadavérica termina, el cuerpo se empieza a inflar por la acumulación de gases y fluidos —concluyó. Se retorció su afilado bigote, y añadió con un tono más despreocupado—. A partir de ahí todo ya se vuelve nauseabundo.

—Entonces... —pronunció el señor Codge, dejando la frase en un sugerente suspenso.

—Entonces... parece ser que esa es la etapa en la que nos encontramos ahora mismo —un pequeño suspiro de frustración se escapó de sus labios—. Lo que nos indica o bien que el cuerpo lleva varios días muerto o que, por el contrario, se está descomponiendo a una velocidad asombrosa. Incluso aterradora.

El profesor quedó pensativo. Intentaba encajar las pistas desordenadas que el cuerpo les iba dando, pero ninguna de ellas llevaba a ningún lugar.

—Yo no-no no soy un gran forense, ni tengo grandes conocimientos de medicina, pe-pe pero a mí también me parece algo completamente inusual y más cuando los síntomas se repiten en todas las víctimas. Es por-por por incongruencias co-co como esta por las que requeríamos la presencia de su amigo John Williamsoms —pronunció Todd, y añadió segundos después, con un tono sombrío—. Y también... por incógnitas como esta...

El señor Codge dirigió su mano a los ojos de la víctima y con el pulgar y el dedo índice separó los párpados.

—Ob-ob observe, profesor.

Ted se inclinó, y descubrió entonces, aterrorizado, unas esferas oculares oscuras como el carbón y profundas cual pozo sin fondo. Esos ojos estaban llenos de terror y vacíos de vida. La imagen quedó marcada a fuego en la mente del profesor, que se retiró con pasos torpes en busca de un lugar donde apoyarse, hasta que topó con la silla en la que anteriormente había dejado su maletín. Lo apartó sin ningún miramiento y se sentó completamente abatido.

—¿Es-es-es está usted bien profesor?

Ted movió repetidamente la cabeza, dando a entender que se encontraba bien, pero lo cierto era que la mezcla de miedo y desconcierto le tenían perplejo.

Lo único que en ese momento le vino a la mente fueron las palabras con las que el señor Codge se había referido a John, y llevándose ambas manos a las rodillas suspiró profundamente y aceptó su cometido. Creyó que en esta

ocasión sus conocimientos científicos no le serían de gran ayuda, así que consideró que debía dejar una puerta abierta a cualquier consejo, por extraño que este fuese, que le ayudara a poder esclarecer lo que allí había acontecido.

Prosigamos con la disección y terminemos cuanto antes —dijo, incorporándose.

El horror aún estaba por llegar.

Todd cogió unos guantes y se los puso, después de darle otros a su compañero. Acto seguido se dirigió a la otra mesa y se hizo con un bisturí y con varios instrumentos más, entre ellos unas pinzas, unas tenazas y un pequeño y alargado espejo. Todo ello lo colocó en un viejo taburete que hacía la función de mesa auxiliar.

Sudoroso y tenso, agarró el bisturí y se inclinó hacia el cuerpo. Deslizó la fría hoja por el torso del cadáver, dibujando una fina línea que incomprensiblemente no sangraba. De repente se detuvo, y sin llegar a finalizar el corte, miró al profesor alarmado, aunque este parecía conocer el motivo de su sorpresa. Del interior del cuerpo brotaba un hedor pestilente, propio de la putrefacción, ambos se llevaron la mano a la boca y retrocedieron dos o tres pasos.

Esta vez fue Ted quien, con suma lentitud, se acercó al cadáver y entreabriendo la grieta pudo comprobar lo que ya se temía.

—¡¡¡Ya se está pudriendo!!! —exclamó con los ojos abiertos, como platos.

Al soltar la carne muerta, los cortes en la piel se ensancharon de lado a lado del vientre, sin poder dar más de sí, y las vísceras y los intestinos se derramaron sobre la mesa, bañados en una oscura charca espesa de sangre. Un hedor nauseabundo asaltó la habitación. Ted se apartó de la mesa aterrorizado, cubriéndose la boca con las manos.

—El cuerpo no tiene nada más que decirnos —sentenció Ted minutos más tarde, cuando ya habían limpiado todos los coágulos de sangre y las entrañas, y habían conseguido vencer las náuseas y el mareo—. Creo que las respuestas a todas nuestras preguntas van más allá de lo científico.

Interpretando que su compañero daba la autopsia por acabada, Todd cubrió por completo el cuerpo del muchacho y se alejó de la camilla acercándose a la mesa contigua, lugar en el que estaba el profesor.

—De-de de eso estoy se-se seguro profesor —pronunció el señor Codge, y detrás de aquellas palabras se escondía la verdad. Una oscura verdad.

Ted clavó la mirada en su compañero, pues con esa respuesta Todd había dicho más de lo que quería decir.

—¿Ti-ti tiene la lista de las víctimas que le envié?

Varios segundos después, Ted reaccionó, cogió su maletín y extrajo de su interior, de entre tantos otros papeles, la lista que le había pedido. Anduvo por la habitación con el papel en la mano, y tras leerlo detenidamente, se acercó a él y le comentó:

—He podido apreciar que todos los nombres que figuran en la lista son de varones... pero aparte de eso, no he podido encontrar ninguna otra coincidencia, ya que solo disponía de sus descripciones físicas y de algún que otro dato personal.

—¿Cierta profesor! No-no no me había percatado de ese de-de detalle.

—Pues debería... porque estamos hablando de un historial siniestro.

Los músculos faciales de Ted se contrajeron apretando los labios. Las ideas se agolpaban en su cabeza, pero su lógica, como científico que era, le impedía llegar a ninguna conclusión. Cansado y aturdido se sentó al lado de su compañero. La noche estaba siendo muy larga e intensa y después de los últimos acontecimientos el profesor Legentrell creía que había algo que el señor Codge sabía y que no había compartido con él, y eso, fuera lo que fuera, tenía que saberlo porque las dudas le estaban abrumando.

—¿Ninguna de las víctimas había informado horas, o minutos antes de algún tipo de síntoma, de alguna dolencia, de cualquier malestar que tuviera?

—No, lo ci-ci cierto es que no profesor. Pre-pre precisamente, el joven que hoy nos a-a acompaña participó ayer en una exitosa cacería y cu-cu cuando volvió fue a celebrarlo a la taberna con sus compañeros —dijo Todd con cierto tono macabro.

El profesor no pudo evitar pensar en la algarabía que había en la taberna cuando él llegó. Pero quería saber más y siguió preguntando:

—¿Tenían alguna conexión entre sí las víctimas?

—No.

—¿Lazos familiares?

—No.

—¿Amigos en común?

—Aquí todos nos conocemos.

—¿Enemistades contra una misma persona?

—No —negó Todd.

—¿Usted siempre tartamudea, señor Codge? —cuestionó de pronto el profesor, sondeándole.

—No —respondió el hombre por inercia, segundos antes de quedarse

petrificado.

Por inesperada, la pregunta le pilló completamente desprevenido y pensó que estaba fuera de lugar. No tenía nada que ver con el resto de las cuestiones que Ted le había estado planteando hasta el momento.

—No-no no siempre tartamudeo, profesor —contestó Todd un tanto confuso—. Nor-nor normalmente solo tartamudeo cu-cu cuando estoy nervioso.

—Y dígame, señor Codge, ¿Por qué está nervioso en estos momentos?

—Pu-pu pues...

—¿Acaso hay algo que no me ha contado? —le interrumpió tajante el profesor, al tiempo que le observaba atentamente.

—Todd se encogió de hombros y tragó saliva, sintiéndose angustiado y en cierto modo acosado. Ted percibió en el rostro de su compañero un leve temblor, al que siguió un abrumador suspiro.

—Señor Codge, quisiera obtener una respuesta sincera a la pregunta que le voy a formular —inquirió el profesor con determinación—. ¿Qué o quiénes son “ellas”?

La pregunta quedó largo rato en suspenso, hasta que finalmente, el señor Codge, acobardado y tembloroso, respondió de la única manera que le fue posible:

—“Ellas”, profesor;

Indómitas e inmortales.

Domadoras de palabras y dueñas del silencio.

Almas libres condenadas al delirio.

Cuentan de ellas que son preciosas como una rosa y peligrosas como sus mismas espinas.

Dicen que se esconden en la espesura del bosque, donde tejen sus propias telarañas al compás de sus perversiones.

Cuentan que son la impecable destrucción; la perfecta tentación.

Perpetuo y reincidente umbral de lascivos deseos.

Dicen que rozan la locura. Dicen que son un acertijo imposible de adivinar.

Dicen y cuentan, cuentan y dicen...

Pero cuando ellas han llegado, ya no hay nada que podamos contar ni decir.

“Ellas”, profesor; las brujas.

Ellas están esperando que las miren a los ojos, pues sus ojos son el

lugar donde todo nace y muere.

Las palabras del señor Codge invocaron un silencio lúgubre y escalofriante. De pronto la habitación oscureció, y todos aquellos inquietantes y estremecedores sonidos que habían pasado desapercibidos hasta el momento, emergieron de la nada; el ulular de un búho, acompañado de un murmullo de insectos. El crujir de la madera bajo los pies de los individuos. El viento silbando al filtrarse por una grieta del ventanal. Todos ellos orquestados por la noche y el miedo.

La única vela que alumbraba la habitación se apagó, parpadeó antes de hacerlo, pero finalmente se apagó.





BESADO POR LA SOMBRA

—¿Qué oscuro deseo lleva a un cazador a intentar capturar dos veces a la misma presa? —preguntó a mis espaldas una voz poderosa, dueña de todo cuanto la rodeaba. Dueña incluso de mí.

Sopló de pronto una leve brisa del sudoeste, acompañada de interminables ecos, espeluznantes y turbadores susurros, que se repetían una y otra vez como una letanía. Era la canción del bosque, su canción. Los viejos y cansados robles murmuraron sobre el sotobosque, se retorcían, parecían querer extender sus pesadas raíces por la tierra húmeda y la fría piedra, entre la alfombra rojiza de la hojarasca que lo cubría todo.

—Su corazón —contesté yo, segundos después, sintiéndome humilde y sumiso, como nunca antes me había sentido.

Entonces giré, lo hice lentamente y descubrí ante mí a la misteriosa joven a la que, con tanto ahínco y anhelo, estaba buscando. Era nuestro segundo encuentro y debo admitir que fue completamente intencionado.

La había buscado por el verde de Grimbillel y por las costas doradas de Gagbe, donde el hediondo olor a restos de pescado casi me hizo olvidar su cautivador y seductor aroma. La había buscado en la oscuridad de la noche y en la claridad del día. En las tinieblas de las cuevas de Gampanien y en los acantilados de Serize, donde la brisa marina silbaba su nombre. La había buscado a ella, a sus cabellos rizados y negros, siempre ensortijados e

indomables. La había buscado a ella, a sus perturbadores labios rojos como el crepúsculo, teñidos de sangre.

Incluso, y aunque os pueda parecer un acto de alguien demente, había buscado su sombra, indómita y libre, inexplicablemente independiente. Lamentablemente, y pese a mis exhaustivos e inagotables esfuerzos, no había logrado hallarla hasta ese día, y tan solo conservaba el recuerdo de su olor, indescriptible e inconfundible, que lo endulzaba y lo embriagaba todo. El mismo que me había cautivado días atrás, esclavizándome y arrastrándome hacia las entrañas de Grimbillel, hacia sus desconocidas tinieblas.

—Por fin la encontré... —pensé— o me encontró ella a mí.

No tardó en emerger de la oscuridad y su cara, hasta el momento oculta en la sombra, se manifestó revelando su innegable belleza.

La luz de la luna se reflejaba en su pálido rostro, que lucía más deslumbrante que cualquier estrella. Su mirada te dejaba sin aliento. Su silueta dibujaba en el paisaje el contorno de un cuerpo perfecto. Salvaje, voluptuosa, inalcanzable.

Era ella, sin duda. Aquella de la que hablaba el viento. Aquella capaz de arrancarme el corazón con solo planteárselo. Era ella, y estaba frente a mí, mirándome a los ojos.

—¿Es mi corazón lo que anhelas? ¿O es tu corazón el que algo anhela, y ese algo te ha traído hasta mí? —su voz era dulce y melodiosa.

Debo admitir que sentí miedo; un escalofriante e inexplicable miedo. Esta vez todo parecía diferente, aquella flor que en nuestro primer encuentro se veía marchita y deshojada, ahora lucía de un rojo peligroso. El temor se había transformado en seguridad y sus ojos, antaño anegados de lágrimas, se habían convertido en los fieros ojos de una serpiente dispuesta a atacar a su víctima.

—Ambos sabemos por qué estoy aquí —contesté, y durante unos interminables segundos retuve las palabras que pugnaban por salir de mi garganta—. Por ti.

Ella sonrió, y yo sonreí, con todo el significado que abarca una sonrisa. Un silencio inquieto se estableció entre ambos durante unos instantes. Un silencio seductor en el que nuestras miradas lo decían todo y el brillo de los ojos delataba la pasión que sentíamos. Nos deseábamos.

—"La fuerza"; el poder interior que domina a la bestia —dijo de pronto y sin sentido aparente, mientras empezaba a dar vueltas a mi alrededor—. Coraje y valentía. Presentada ante mí como la mujer que abre con delicadeza, a la vez que con firmeza, la boca de un león. La forma básica del poder.

Tragué saliva, mientras el eco de su voz impregnaba poco a poco mis intenciones.

—“Los amantes”; decisiones difíciles. Una elección entre el amor físico y el psicológico. Ideas como prueba y dilema. Y “La luna”, cautela, umbral de un trascendental cambio. Retos y secretos.

Yo la miraba, solo podía mirarla. La miraba y la admiraba, esclavo de su belleza, abandonándome a la tentación.

—“El juicio” y “El loco”, ambos invertidos. Acciones puras, decisiones postergadas. Separación. Un nuevo comienzo como consecuencia de un final crucial.

Cada vez estaba más cerca. Sus pasos la llevaban hacia mí, acelerando mi pulso. Su perfume era como la llegada del invierno, gélido y sorprendente. Dulce sabor de lo inalcanzable.

—He visto un esbozo de la sombra de tu vida en las cartas —dijo con una entonación misteriosa. Debo admitir que me sentí confuso. No supe muy bien si eso era malo o era bueno. Al fin y al cabo, ese pasado del que ella hablaba yacía enterrado en mí, junto a mis más preciados secretos. Un pasado que yo mismo había sepultado entre la redención que me esbozaba el futuro y las cenizas que quedaban del ayer.

—La cartomancia nunca es precisa —contesté finalmente, casi sin inmutarme, intentando mantenerme firme.

—Sí, para aquellas que sabemos cómo interpretarla —contestó arrugando la nariz. Una mueca que me resultó de lo más divertida.

Se fue aproximando lentamente, con su sensual andar y su frágil elegancia. Pura tentación disfrazada de inocencia. Se fue aproximando lentamente hacia mí, y yo no quería que hiciera otra cosa.

Me rodeó con sus finos brazos mientras yo temblaba, puso su mano en mi mejilla, tratando de aliviar el elocuente temor que habitaba en mí y que hizo estremecer aún más mi alma. Acercó sus labios a los míos sin dejar de mirarme con su penetrante mirada. Y yo, preso del hechizo que emanaba y de su perturbadora e innegable hermosura, me abalancé al precipicio de sus labios. Abismo en el que estaba dispuesto a dejarme caer una y otra vez.

Inesperadamente, antes de que mis labios tocaran los suyos, ella ladeó la cabeza ligeramente, evitando de una forma encantadora y sutil nuestro primer beso. Esbozó una sonrisa juguetona en su rostro perfecto y, acto seguido, me susurró al oído palabras que me hicieron estremecer.

—¡Verrugas! —exclamó— El montaraz no tiene miedo de la sombra. El

montaraz quiere ser besado por la sombra.

El calor de sus rojizos labios acariciaba como una pluma el lóbulo de mi oreja. Oía su respiración, que se fundía con el sonido del viento, perdiéndose en mis oídos. Una canción incompleta, pero aún así una canción perfecta.

Pero algo sucedió entonces. Algo que me desconcertó. Descubrí nuevamente en su mirada la tristeza, la inquietud y el temor que albergaban sus ojos la primera vez que la vi, un temor que se tradujo en aquella ocasión en imparables lágrimas que surcaban sus pálidas mejillas y en un torrente de palabras inconsolables.

Al darse cuenta de mi confusión, perspicaz y pícara, no tardó en borrar el destello de temor que anidaba en sus pupilas, sustituyéndolo por aquel brillo tan atractivo y ardiente que me enloquecía. Me miró, la miré; intercambiamos miradas significativas y ambos sonreímos con complicidad. Con deseo.

—Te busqué en los sombras. Te encontré aquí, inquieto, esperando por mí. ¡Verrugas! ¿Por qué? —preguntó, entrecerrando sus oscuros ojos.

—Porque... pese a sentir un deseo irrefrenable y un interés inusual por tu persona... aún no sé nada de ti. Eres un secreto que quiero desvelar —dije, intentando plasmar en mi voz un tono atrayente y cautivador, e intentando también hacerle entender que para mí ese momento era algo más que un simple reencuentro.

—Dime entonces... ¿qué quiere saber el guerrero del humo de mí? —preguntó ella, sin más rodeos y, traviesa, volvió a ladear la cabeza con picardía.

—Todo —contesté yo, contundente, y aunque tan solo fuera por unos segundos, volví a sentirme esa persona segura a la que no se le atragantan las palabras.

—Es peligroso decirle eso a una bruja —sentenció. Su voz oscura y poderosa volvió a robarme el corazón. Un corazón entregado y palpitante, que latía con violencia



VISITA AL SEÑOR DE LA PIPA

Venenos, cadáveres en descomposición y brujas. Preguntas amontonándose encima de otras preguntas.

La apasionada conversación que Ted mantuvo con el señor Codge durante la madrugada anterior se prolongó durante un par de horas más, pero poco a poco fue perdiendo su intensidad. "Eres un escéptico y un incrédulo", se había dicho el profesor en su cabeza, tratando de convencerse a sí mismo de ello. Se lo repitió una y otra vez, incansable, hasta que finalmente la tensión y la fatiga acumulada hicieron mella en él.

Cuando Ted despertó, el sol iluminaba todos y cada uno de los rincones de la caótica casa del señor Codge. La tibia luz de la mañana se filtraba a través de los sucios cristales de las ventanas, revelando detalles que la oscuridad había ocultado la noche anterior y dejando al descubierto el desorden y la suciedad que en ella imperaban.

Aún somnoliento, escuchó un ruido al otro lado de la habitación y abrió los ojos con dificultad.

—¡Buenos días, profesor!

—¿Cómo consigue tener tanta energía, señor Codge? —preguntó Ted, frotándose con ambas manos los ojos hinchados.

Su compañero se limitó a sonreír. Según le contó, hacia ya horas que estaba en pie. Los jóvenes de la partida de caza, compañeros del recién fallecido,

habían llegado a primera hora de la mañana para llevarse el cuerpo del difunto. Y desde entonces no había conseguido pegar ojo.

—¿Ha dormido todo lo bien que alguien puede dormir sobre una silla y un tablón de madera?

—He dormido... dejémoslo ahí —respondió Ted, que se sentía algo entumecido.

No le prestó mucha atención al señor Codge hasta que, repentinamente, un embriagador olor invadió la habitación. Era un aroma dulce y penetrante.

—¿A qué huele? —preguntó curioso.

—A grumiem, profesor —dijo el señor Codge acercándose a él y entregándole una de las dos tazas que portaba. Ted la cogió con ambas manos.

El calor que desprendía era agradable. Le recordó a todas esas mañanas de cafés y bollos en la vieja granja de la señora Mare, apenas a dos calles de su casa. Miró el líquido que contenía el tazón antes de catarlo, seguidamente acercó sus finos labios a la taza y dio un pequeño sorbo. Al probarlo se dio cuenta de que la intensidad de su aroma no tenía nada que ver con el sabor, que era agradablemente azucarado. Después del primer sorbo, vino el segundo y al momento el tercero. Cada trago que daba le iba reconfortando y conquistando más y más.

—Me gusta... me gusta mucho —pronunció Ted, y acto seguido volvió a respirar profundamente el cautivador vapor que desprendía su taza de grum.

—Es de la tierra —informó satisfecho Todd—. Es una especie herbácea que abunda en el bosque de Grimbillel. No la cultivamos, ya que crece en él libre y desmesuradamente.

Mientras se complacía con aquella taza de grumiem, Ted no podía dejar de mirar a su alrededor. ¡Todd y él eran tan diferentes! Eran dos polos opuestos. Incluso sus casas lo eran. Ted era ordenado, demasiado incluso. Era repelentemente ordenado. Todo en su casa debía estar meticulosamente organizado y cuantos menos objetos hubiera mejor, así conseguía que su vivienda pareciera más espaciosa, y por lo tanto era más fácil de limpiar. En cambio, no podía decirse lo mismo de Todd, quien era la perfecta encarnación del caos. La palabra orden no tenía significado alguno para él y por consiguiente, tampoco para su morada.

—Profesor Legentrell, hay-hay hay una persona a la que quiero que co-co conozca —le dijo Todd desde el otro lado de la habitación mientras se ponía su viejo chaleco negro de lana—. Tenemos que informarle de nu-nu nuestros avances.

—¿A quién tendré el honor de conocer señor Codge? —balbuceó Ted, mientras sostenía en las manos aquella humeante taza de grum.

En ese momento no quería conocer a nadie. En ese y en ninguno. Ted era hombre de pocos amigos. Las personas más allegadas a él se podían contar con los dedos de una mano y, según creía, ya eran suficientes. A decir verdad, en ese preciso momento tampoco le apetecía hacer nada, solo descansar un poco más, de ser posible en un lugar algo más cómodo, reflexionar y recapitular sobre la información que había obtenido.

—Al señor de Cliffdaviil, pro-pro profesor. Él fue quien me indicó que intentara que usted viniera aquí... bueno, a usted no, claro está, a John —corrigió—. Pe-pe pero, lo importante es que él sabrá qué hacer.

—¿El señor de Cliffdaviil? —repitió. Desconocía su nombre, no recordaba haber oído hablar de él y creía que en las notas recibidas tampoco se le mencionaba; pero la manera en que Todd se había referido al “señor” despertó su curiosidad.

—Sí, el barón del pueblo. El segundo de su apellido. El segundo de tres. Es el descendiente de sus fundadores. Es el alcalde, y ostenta el legado de sus antepasados.

Apuraron lo que quedaba de la saludable taza de Grumiem y minutos después ya estaban saliendo de la casa de Todd en dirección a la del alcalde.

Hacía un bonito día despejado. Aunque el sol parecía amenazar con desplomarse sobre Cliffdaviil, lo cierto es que era una mañana menos calurosa y húmeda que la anterior. Los pinzones habían emprendido el vuelo, y regalaban sus alegres cantos a los pueblerinos quienes, cotillas y chismosos, se reunían y hacían corrillos a las puertas de las tiendas. El comentario general era sobre el suceso de la noche anterior y, por el tono de las conversaciones, se podía apreciar cuánto les había afectado. Ted y Todd subieron la cuesta de la calle central y en el trayecto pasaron por la posada, lugar donde se repetían las mismas escenas y los mismos comentarios. Tras cada nuevo homicidio el pueblo mostraba su creciente preocupación por el número de víctimas, que aumentaba significativamente.

Al final de la calle se divisaba la casa del alcalde, erguida contra el azul del mar. Era inmensa, sin lugar a dudas la más grande de todo el pueblo. Su arquitectura la diferenciaba de todas las demás. Las dos torres que la formaban se alzaban al borde de los acantilados, regalando las mejores vistas de todo Cliffdaviil. Era uno de los primeros puntos que veían los marineros desde el mar si se acercaban por el sudeste y la última edificación que se veía

al abandonar el pueblo. De piedra maciza, sus muros parecían haber soportado el paso de los años, tal vez siglos, sin que apenas afectaran al esplendor y la robustez de la construcción.

Al acercarse a la morada, Ted no pudo evitar detenerse frente a la fachada y mirarla minuciosamente. La casa era un tanto sobrecogedora. A la derecha, bajo el baluarte, vio una pequeña construcción. Creyó que debían ser las cuadras al ver el forraje que asomaba por ambas puertas y que delataba su uso. Debía de tener capacidad para un par de corceles, como mucho.

Siguió a su compañero, el cual subió las escaleras que se encontraban al pie de la primera torre hasta encontrar, en su reverso, el portalón de acceso a la morada. Bastó dar un golpe a la puerta para que la abrieran. Cruzaron el umbral y fueron atendidos por la sirvienta del dueño de la morada. Su nombre era Memi.

La mujer vestía una especie de sotana de un gris casi negro, con alzacuellos blancos. Su melena se recogía minuciosamente en la coronilla, formando un enorme rodete que parecía al nido de un ave. Una nariz aguileña destacaba en su rostro anguloso, pero si algo llamó poderosamente la atención de Ted fueron las cicatrices que rodeaban sus labios y que caían como una cascada cérea sobre su prominente barbilla. La piel, cubierta de ampollas y sabañones, estaba curtida y veteada en dicha zona, con una apariencia blanquizca que recordaba la palidez de la cera.

—Uno y medio...ya veo —dijo ella, observando por encima de sus lentes triangulares a los dos caballeros. Estos se miraron el uno al otro algo desconcertados—. Pasad, ¡pasad!

—¿No-no no lo habrá dicho por-por por mí? —le preguntó Todd al señor Legentrell, poniéndose de puntillas disimuladamente cuando ella se había alejado un poco.

—¿El qué?

—Eso de medio... —expresó con voz frustrada.

El profesor se limitó a encogerse de hombros y cuando su compañero se giró, ahogó una risa elocuente.

En la entrada había un enorme espejo dorado, demasiado bajo para que Ted viera su cara reflejada en él, algo que le extrañó. Todos los muebles de la casa eran de un estilo barroco, de madera oscura y bien trabajada. La casa parecía deshabitada, aunque estaba reluciente y todo estaba meticulosamente ordenado. Se respiraba una inquietante frialdad acompañada por un sepulcral silencio.

La mujer, que caminaba bastante erguida pese a su avanzada edad, tenía una expresión despreocupada y caminaba con pasos diminutos y sigilosos, conduciéndolos tranquila y pausadamente por un ancho recibidor que llevaba hasta la sala en la que se encontraba el señor de la propiedad.

—Aquí se halla él, el amo —anunció la señora Memi, moviendo la cabeza ligeramente.

—Gracias —contestaron ambos, con cierta intimidación.

Antes de perderse en la oscuridad del pasillo que quedaba a sus espaldas, Memi apoyó las manos en los hombros de ambos.

—Cinco días no serán suficientes —les susurró en un tono pausado, cambiando apenas la expresión de su cara al hacerlo. Ted sintió cómo su voz le acariciaba gélidamente los oídos.

Los dos hombres se miraron perplejos, mientras ella se alejaba con una misteriosa sonrisa en el rostro.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ted en voz baja, procurando que la mujer no le oyera.

—No sé... es extranjera —respondió el señor Codge, encogiéndose de hombros e intentando quitarle importancia.

Al entrar en la sala, les sorprendió el penetrante olor a tabaco que flotaba en el ambiente. Era un olor fático, al menos para Ted a quien siempre le había ofendido. Le recordaba todas aquellas interminables noches de reuniones junto a sus compañeros de Bassiment.

En el salón, las toscas paredes estaban revestidas de un sinfín de cuadros con recargados marcos dorados. Una adamascada moqueta de tonos dorados y verdosos se expandía por todo el suelo. Una enorme chimenea, aparentemente tan limpia que parecía no haber sido utilizada, presidía el salón, y situados a ambos lados destacaban varios sillones. En el lado opuesto se alzaban tres grandes ventanales que, a pesar de su tamaño, no dejaban entrar tanta luz como la que se podía esperar, tal vez debido a la orientación de la estancia. Ted no pudo evitar dirigir la mirada hacia los dos muebles que, emplazados a cada lado de las ventanas, daban calidez al lugar. Las baldas, que atesoraban hileras de libros ennoblecidos por el paso del tiempo, despertaron su curiosidad.

Los sillones estaban tapizados del mismo estampado que la moqueta y las cortinas. En uno de ellos estaba él, el amo. Los esperaba con una pipa en la mano izquierda y un bastón en la derecha. Nada más los vio entrar, apoyó el bastón en el sillón y, sin soltar la pipa, se levantó para recibirlos con

entusiasmo.

—¡Mi amigo! ¡Mi viejo amigo Todd! ¿Cómo estás? —comentó, mientras le estrechaba la mano.

—Co-co como siempre señor Simgrell, más bien que mal.

—Y usted debe de ser John Williamsoms, ¿verdad? —tendiéndole la mano para saludarle.

—No, en re-re realidad es un compañero suyo, el... el profesor Ted Legentrell —corrigió Todd.

Una vez más, Ted pudo darse cuenta de la fama de su aclamado amigo John y sin que ello le ocasionara ninguna molestia sonrió amablemente. El señor alcalde le recordaba, en sus maneras, a los habitantes de Domstroot y eso le agradó mucho.

—Ah, bien... esperábamos a... —Ted creyó observar que la primera impresión del señor alcalde fue de contrariedad, hecho este que le indicaba que tenía muchas esperanzas puestas en su amigo John. Pero notó que rápidamente cambió su decepcionada expresión por una cordial y agradable sonrisa—. Siéntense, siéntense —repitió, señalando dos butacas situadas delante de la suya. Cuando se acomodaron sus invitados, lo hizo él.

El señor Emerion era, a simple vista, una persona refinada y elegante. Podía representar perfectamente a la cara de Balente moderna y progresista con la que Ted acostumbraba a tratar. Vestía una chaqueta de cuello alto, de terciopelo azul, con bordados tanto en las mangas como en la cintura y un pantalón de color crudo. El pelo canoso y abundante ayudaba a ensalzar su porte distinguido. De la misma estatura que Todd; es decir, más bien bajo aunque menos grueso. En su rostro destacaban la nariz, por su gran tamaño y la forma que tenía, y el bigote de color blanquecino que le cubría todo el labio superior.

No era ni por asomo la imagen que Ted se había formado de él. Por la manera en que Todd se había referido al señor Emerion Simgrell, el profesor lo había imaginado como una persona imponente, formidable y también muy poderosa, aunque esta última apreciación era totalmente correcta en cuanto a sus posesiones y riquezas, pero su aspecto físico difería mucho del esperado. Provenía de un linaje agreense rico y refinado, respetado en toda la isla. Pero, por desgracia, su desmedida fortuna era directamente proporcional a la tristeza y a la soledad que se cernían sobre él.

La señora Memi no tardó en traer las bebidas y, mientras las depositaba en la mesa circular que se encontraba en el centro de los cuatro sillones, ellos

dialogaban sobre el trayecto en barco que había tenido el profesor Legentrell.

Ted les confesó lo poco que le gustaban los viajes y tener que utilizar ciertos medios de transporte, si bien lo que aún le pesaba más era estar lejos de casa. Todd, por su parte, comentó que nunca había viajado, ni le emocionaba pensar que algún día pudiera hacerlo. Era feliz en su pueblo, en su isla. Hablaba de ella con un respeto y una adoración admirables. No había visto más que los terrenos cercanos a Cliffdavi; el pueblo de Huen, Eseska, los famosos acantilados de Neriél o la ciudad de Sirbala. Donde más lejos había estado de casa había sido en Dibras, pueblo pesquero que se hallaba al norte de la isla. Para él, su poblado tenía todo lo que necesitaba en el día a día. Al comentárselo a sus dos compañeros, se dio cuenta de que se veía a sí mismo como una persona conformista y amante de la rutina, pero a la que tampoco le importaba serlo. Mientras el señor Todd se explicaba, el profesor no pudo evitar darse cuenta de que, en esos aspectos, sus mentalidades eran similares.

Emerion no coincidía con ninguno de los dos. Él era, o había sido, un viajero incansable. En su juventud, acompañado de sus dos hermanos, tuvo la oportunidad de viajar a Ganpre, Daseno y a Onar; las islas vecinas en las cuales, por lo que él explicaba, anduvo y habitó el tiempo que consideró necesario en todos y cada uno de sus pueblos y ciudades. Cierto es que la situación económica de la familia favorecía ese entusiasmo por ver mundo.

—¡Ahhh... sí! Y también tuve la oportunidad de viajar junto a Madille por prácticamente todo Meneso. ¡Qué afortunados hemos sido! —dijo Emerion con nostalgia.

Madille era su difunta esposa. Una mujer que, según sus palabras, había sido como una estrella fugaz, brillante y rápida, una de esas personas que irradian luz propia y que llenan la vida de los que la rodean. Con ella había visitado gran parte de la región de Butjagun; todas sus grandes y avanzadas metrópolis, entre ellas Domstrool, sobre la que se extendieron en alabanzas el profesor y él.

Emerion finalizó su larga extensión de vivencias con un ahogado suspiro, mientras miraba su pierna derecha; posiblemente la razón, junto a la muerte de su esposa, por la cual había dejado esa vida ajetreada y llena de experiencias que tan buenos recuerdos le había dejado.

Ted y Todd, ansiosos por explicarle a Emerion los progresos de su investigación, no perdieron más tiempo en formalidades ni en preámbulos banales y, sin más dilación, dieron paso a los asuntos de mayor importancia:

—Señor Simgrell, hemos analizando el cadáver y hemos encontrado una sustancia extraña en él —empezó el profesor. Tragó saliva y fue directo al asunto—; es un veneno, de los más potentes que he podido ver en todos mis años como biólogo. Actúa con rapidez, atrofiando al individuo al instante y haciéndolo sucumbir rápidamente debido a sus efectos letales.

—Es un veneno... —repitió para sí el alcalde, como si quisiera anotarlo en su memoria.

—Hemos descartado las posibilidades de que sea una intoxicación producida por la ingestión de alimentos, ya que según el señor Todd, y yo coincido con él, por la zona no hay ningún alimento, arbusto o planta que pudiera resultar tan peligroso. Las pocas plantas o setas conocidas como venenosas y no recomendables para la alimentación no provocan semejante reacción, ni mucho menos son tan letales.

Emerion afirmó con la cabeza.

—Descartado —repitió Todd.

—Podría tratarse de un virus que se transmite por el aire, aunque es extraño que solo afecte a los hombres —el señor alcalde, que procesaba la información que el profesor le proporcionaba, volvió a clavar sus ojos en él. Por lo visto Emerion tampoco había caído en la cuenta de que todas las víctimas eran varones—. Si fuera una epidemia, estarían ya todos los habitantes enfermos o muertos... incluyéndonos a los aquí presentes. Una enfermedad que deja un cadáver como el que hemos visto esta madrugada habría tenido efecto en el resto de los habitantes de inmediato.

—Entiendo —contestó el alcalde, entrecerrando los ojos.

—No sabemos cuánto tiempo llevaba fallecido el muchacho cuando lo encontraron, y por desgracia no había nadie con él para auxiliarle y poder explicarnos los síntomas y los padecimientos que suponemos debió sufrir antes de expirar.

—Intrigante... —murmuró el alcalde dando otra calada a su pipa.

—Señor Emerion Simgrell, sinceramente, a mí lo que me intriga es el hecho de que me hayan hecho venir hasta aquí cuando realmente parecen conocer casi con total seguridad a los... o debería decir, las responsables de estos crímenes —soltó sin más Ted, adentrándose en un tema que desconocía por completo, pero por el que a la vez sentía una gran curiosidad.

El alcalde dejó sus pensamientos a un lado y giró hacia él.

—¿Qué quiere insinuar con sus palabras? —preguntó. Se puso en pie con su copa en la mano, y se dirigió a uno de los ventanales.

—Todo el pueblo cree, y espero no equivocarme si le incluyo, que las culpables de estos asesinatos, han sido ellas: las brujas —contestó el profesor, armándose de valor.

Todd escupió su bebida sorprendido, mientras Emerion le miró pasmado. No esperaba que Ted fuera tan directo. Ninguno de los dos hombres ahí presentes lo esperaba. Aunque el señor Codge le hubiera expuesto sus teorías la noche anterior, no creía que este fuera a utilizarlas tan fácilmente, ya que no había notado un ápice de credibilidad en él; algo normal, pues la gente del continente vivía apartada de las leyendas, cuentos e historias fantásticas que se contaban sobre Wallango, más comúnmente conocido como los Territorios Altos, pese a que posiblemente tuvieran más información que ellos sobre las mismas.

Por su parte, los norteños, habitantes de El brazo de Reemleb y los del archipiélago de Nalno, ubicados ambos en los límites de Balente y rozando el meridiano de Menech, habían vivido siempre en constante contacto con aquellas historias y leyendas a las que Ted, y la gran mayoría de las gentes de Meneso, llamaban “chismes” y “habladurías”.

—Verá... he de reconocer que no era el hombre que esperaba encontrarme, y digo esto sin ánimo de ofender —dijo el señor Emerion Simgrell y Ted sonrió. En cierto modo, le tranquilizaba que no tuvieran falsas expectativas acerca de él—. Buscábamos la colaboración y los conocimientos de John Williamsoms. Habíamos oído hablar mucho de él, de sus grandes hazañas. De su gran logro en la isla de Vemfuper, lugar en el cual no solo aisló a todo un pueblo infectado de “La Cesozza”, sino que también encontró una cura para todos ellos.

De pronto, Ted alzó la cabeza y miró extrañado, fijamente, a Simgrell. En su rostro se reflejó cierta incompreensión.

—Un hombre valiente y aventurero. Un hombre que vive por y para las cosas inexplicables, los sucesos que acontecen en nuestro mundo y que entrañan algún misterio. Pero si John confió en que fuera usted el que viniera en su lugar, será por alguna razón. Sí, señor Ted, todo sucede por alguna razón —dijo el alcalde y se detuvo para beber, momento que Ted aprovechó para interrumpir.

—Conozco muy bien a John y también sé la clase de persona que es y aunque mi aprecio y admiración por él es muy grande, espero que quede claro que el profesor Williamsoms y yo no somos precisamente iguales y que en muchas ocasiones diferimos en cuanto a ciertas creencias y misterios de difícil

explicación —concluyó el profesor Legentrell con tono sarcástico.

El alcalde ignoró esa atrevida intromisión y se embarcó en una torrencial digresión:

—Verá, profesor... desde tiempo inmemoriales, la mayoría de los pueblos y ciudades de Angra han bordado en sus estandartes animales embravecidos, armas relucientes o bestias espeluznantes, con el exclusivo propósito de acrecentar su imagen y su orgullo patriótico. Y han ondeado altivos esas vanas insignias en trozos de tela durante décadas —chasqueó los labios, presuntuoso. Y continuó, con un tono irónico —. Nuestro blasón, sin embargo, es un deslumbrante sol naciente y, bochornosamente, lo cierto es que representa muy bien la condición de nuestra comunidad. Las gentes de este pueblo siempre hemos gozado de la brisa del mar, de los últimos rayos de luz acariciando los acantilados y, sobre todo, de la paz. Somos amantes de la tranquilidad, estamos, y espero que siempre los estemos, enraizados en nuestras costumbres y nuestra pacífica forma de vivir. Sinceramente, profesor Legentrell... —dijo Emerion; y abandonando aquella entonación satírica, sus palabras se tornaron serias y severas— le explico esto para que entienda que no somos guerreros. No empuñamos espadas de acero ni escudos con conteras. Somos agricultores, arrieros y alfareros y dudo que estemos preparados para los acontecimientos que sospechamos están por llegar. Se huele el miedo en las calles, las noches ya no son seguras y la gente del pueblo no se atreve a salir de sus casas en horas intempestivas. Necesitamos confiar en alguien que nos guíe. Necesitamos creer en alguien que nos salve de “ellas”.

Ted desdeñó aquellas dos últimas frases que, por supuesto, esperaba que no se refirieran a él y se inclinó en la butaca para dirigirse a los hombres que le acompañaban.

—Ahora que retomamos la conversación sobre las brujas... tengo que confesarles que anidan en mi mente tres significativas preguntas, referentes a ellas, que me gustaría comentarles —dijo Ted con tono serio.

—Adelante —contestó el señor Simgrell invitándole a formularlas.

—La primera... —anunció el profesor, y suspiró profundamente antes de pronunciarla—, ¿Por qué no me habían comentado antes el asunto de las brujas?

—¡Diosa del principio! Pu-pu pues porque pensaría que estamos locos —contestó el señor Codge con rapidez.

—Exacto —ratificó Emerion—. Si le hubiéramos expuesto nuestras sospechas desde un primer momento, puedo dar por seguro, y sé que no me

equivocaría, que no nos hubiera creído. Es más, me atrevo a asegurar que si le hubiéramos escrito en la carta que le enviamos, que debía coger un navío y atravesar el inquieto mar de Sabloc para venir a investigar unos asesinatos ocasionados por unas brujas, posiblemente al día de hoy no estaríamos teniendo esta interesante conversación. ¿O me equivoco, profesor? Después de todo... ¿quién quiere saber que el mal está tocando a su puerta?

—No, lo cierto es que no se equivoca, señor —respondió Ted con locuacidad.

La entonación gélida y cortante que había utilizado el señor Emerion Simgrell en la última frase que había pronunciado no le gustó en lo más mínimo.

—¿Qué son para ustedes las brujas? —preguntó, y se inclinó en el sillón, expectante por las respuestas que ambos hombres pudieran darle. Intentaba sondearles.

—Pu-pu pues según lo que he oído hablar sobre ellas, las brujas son mujeres pérfidas, ruines y viles, que secuestran niños y los re-re retienen en las lóbregas entrañas de sus moradas, donde viven solas y alimentan su torturada locura con maldad. Lo mis-mis mismo hacen con su gente, infligiéndoles las perversiones y castigos más horribles —comentó el señor Codge, con un estremecimiento—. Mu-mu mujeres que se han dejado corromper por la cruel oscuridad, adoradoras del mal. ¡Locas! ¡Re-re repugnantes! ¡Dementes! —sentenció con ira y desprecio.

—Lo cierto, señor Codge, es que la idea que usted tiene sobre lo que es una bruja es algo similar a lo que se narra en los cuentos infantiles tradicionales de mi ciudad —dijo el profesor, arqueando una ceja.

Inesperadamente, y procedente de la habitación contigua, se escuchó una risilla femenina, que casi con total seguridad provenía de la señora Memi. La mujer, pese a permanecer ausente de la reunión, parecía no estar perdiendo detalle sobre la misma. Olvidando rápidamente aquel breve pero inesperado comentario, el profesor Legentrell volvió a retomar la conversación.

—En dichas fábulas, las brujas son descritas como mujeres ancianas, normalmente de aspecto desagradable, que desempeñan únicamente el papel de villanas, representando así la maldad del mundo. Por supuesto, en esos cuentos se utiliza el personaje maligno, las brujas en este caso, para infundir miedo y terror a los niños. Y por supuesto también, esa es una manera que utilizan los padres de jugar con la psicología infantil, no solo enseñándoles a sus hijos que existe la maldad en la sociedad en la que viven, sino también,

para enseñarles, ya desde muy pequeños, que tienen que obrar el bien — explicó Ted, mirando a los hombres que le acompañaban. Cogió aire y prosiguió—. Por otra parte, la idea que yo tengo de lo que la palabra “bruja” representa, dista inmensamente de esa descripción, y toma un significado menos infantil y, a su vez, menos sádico.

De pronto, en el rostro de Todd se dibujó una extraña expresión. Miró al profesor con asombro, sintiéndose atacado.

—Según tengo entendido, y según lo poco que estos cansados ojos han leído sobre la materia, las brujas son, o se supone que son, mujeres sabias que creen en una forma de vida diferente —prosiguió el profesor con una desenvoltura sorprendente—. Mujeres inteligentes que han aprendido diversos tipos de ciencias y de materias, como la botánica, la astronomía, la astrología... entre muchas otras, y que han decidido usar esos conocimientos para curar enfermedades, dar adecuados consejos, y un largo etcétera de ejercicios que no abarcan maldad alguna en sus prácticas. Mujeres feministas e independientes, eso sí, que se han desentendido de sus cónyuges y de toda clase de atadura marital, y que por consiguiente predicán y practican una sexualidad mucho más libre.

El señor Codge abrió la boca, en un claro signo de lo perplejo que se sentía, mientras el profesor proseguía con su explicación.

—El hecho de que las brujas, según la creencia popular, vivan alejadas de la civilización y que lleven una forma de vida diferente a la nuestra, creo que no les hace culpables de ningún crimen. Pero lo cierto es que sabemos tan poco de estos seres tan singulares, tan misteriosos y desconocidos y a su vez tan similares a nosotros que, en mi opinión, lo que realmente sería un crimen es culparlas a ellas de todos estos reprobables actos.

Después de aquel esclarecedor discurso, el profesor miró al alcalde que había permanecido callado hasta el momento, inmóvil, y aparentemente sin tener la más mínima intención de contestar a la pregunta. Al ver que no tenía intención alguna de intervenir, Ted decidió formular su tercera pregunta:

—Y por último y no por ello menos importante... ¿Ha conseguido alguno de ustedes verlas alguna vez? —preguntó con cierto sarcasmo.

En sus entrañas, Ted necesitaba oír un enorme, grande y mayúsculo “SÍ”. De lo contrario, aquella conversación que estaban teniendo carecería de sentido.

—Yo las vi —reveló Emerion con voz quebrada, y rehuendo la mirada del profesor dirigió la suya al ventanal, perdiéndose tras los acantilados—. Las vi —repitió, y parecía que estaba reviviendo aquel trascendental momento.

El reflejo del hombre en el cristal revelaba una expresión en su mirada que evidenciaba pavor. Se humedeció los labios.

—Las vi llegar a la isla de Angra.

Vi centellear sus siluetas en el filo de la luna.

Un gélido suspiro acompañado de una aterradora sensación.

Su voz me llamaba, su olor me seducía.

Sus ojos me invitaban a desvanecerme en sus pupilas.

Descendieron de la oscuridad, encapuchadas en seda.

Eran parte del cielo, incluso aún cuando tocaron la tierra.

Las vi entrar al bosque de Grimbillel,

las vi perdiéndose en sus... tinieblas.

Los ojos de Emerion Simgrell, que hasta el momento se habían mantenido fijos en un punto indefinido, dejaron de brillar y volvieron a enfocar la realidad. Su rostro reveló una gran confusión.

Ted y Todd que le habían escuchado atentamente, sin cerrar la boca y casi sin parpadear, experimentaban la misma sensación. Dieron los tres al unísono un pequeño sorbo, se miraron, y fue Ted quien rompió aquel silencio tan inquietante.

—Si están tan seguros de que las causantes de tales hechos son las brujas... lo más efectivo sería dar con ellas y echarlas de estas tierras. Deshacerse de ellas mediante el diálogo sería la opción más acertada, aunque dudo que sea factible, y por otro lado tener a estas “señoras” de enemigas no parece muy recomendable —aconsejó el profesor, esperanzado, intentando que su viaje no acabara convirtiéndose en una cacería. Y, dando por descontado, sin ser consciente de que sus palabras iban a ser ejecutadas literalmente.

—No se hable más. Reclutaremos a nuestros mejores hombres e iremos en busca de las brujas. Esta misma tarde, después del entierro del joven Cosum Breme, avisaremos a todos los habitantes de Cliffdavid y al menos un miembro de cada familia será convocado a la reunión que celebraremos a las nueve y media en la taberna “Dos Copas” para ser informados de la situación en la que nos encontramos, poniéndole así una solución al asunto que tanto nos preocupa —dijo el alcalde. Giró hacia el recibidor, y sin levantarse del sillón le habló a su sirvienta, quien se mantenía cerca por si su amo necesitaba algo—. Memi, asegúrese de que todo el mundo sea advertido.

—De acuerdo señor, así se hará —dijo la mujer. Se dirigió, como parecía ser habitual en ella, elegante y sigilosamente hacia un pasillo que permanecía en la sombra.

—Yo avisaré a la se-se señora Atenia para dejar lista la taberna y la ayudaré a pre-pre prepararlo todo —aportó Todd, contagiado por el entusiasmo.

Minutos después, tras despedirse del señor Simgrell, Ted y Todd bajaban la cuesta conversando en dirección a la posada y, con un sabor agridulce en los labios, resumían la reunión con el alcalde del pueblo.

Al profesor aún le costaba creer que la causa de los crímenes hubiera llegado volando una noche de invierno. “¿Brujas?”, “¿Brujas?”, repetía cansinamente para sus adentros. Para un hombre como él, que se había criado según las creencias e ideas de una región tan tranquila y segura como Butjagun, aquella idea era inverosímil. Nunca habría imaginado verse envuelto en una leyenda popular, digna de ser contada por el más anciano del lugar.

—Yo-yo yo sabía que eran ellas. Desde el primer momento, supe que las brujas estaban detrás de todo esto —murmuraba Todd indignado—. Pe-pe pero qué suerte haber tomado una decisión sobre este asunto, ¿verdad profesor?

Ted tenía la cabeza en otra parte. Concretamente en una ciudad a la que echaba de menos. Y, pese a que le intrigaba cómo se iban a desarrollar los hechos, solo podía pensar en que su partida no se retrasara más de lo debido.

—Ah...sí, claro —intentó disimular como pudo la poca atención que le estaba prestando, antes de cambiar bruscamente de tema—. Todd, estaba pensado que ya no soy de gran ayuda aquí; ahora que ya saben a lo que se enfrentan, podría volver a mi casa —comentó, intentando dar un dejo casual a su voz.

Todd se sorprendió, pero respondió con resignación.

—Claro, profesor... aunque lamento decirle que hasta dentro de cinco días no vuelve a haber ningún navío que zarpe desde Angra con rumbo a Meneso. Sí en otras direcciones, pero no a Meneso —esgrimió una sonrisa tranquilizadora que no consiguió lograr el mismo efecto en su acompañante.

Ted tragó saliva, inquieto. Él sabía que en cinco días podían ocurrir demasiadas cosas en aquella isla.

Mientras los dos caballeros se alejaban de la casa del señor Emerion Simgrell, este los observaba atentamente desde el gran ventanal de su morada, con los ojos entrecerrados.

Corrió los tupidos cortinajes y la oscuridad se adueñó del salón. Pensativo, se acercó hasta su sillón y, antes de sentarse, levantó la vista dirigiendo su mirada hacia al otro lado de la sala. En el recibidor, la señora Memi

permanecía erguida en la oscuridad.

—Eso no le gustará a “Alas plateadas” —dijo la mujer, con un tono severo.

Emerion no contestó. Sus miradas confluyeron, y los ojos de la mujer, que eran de un azul translúcido que helaba la sangre de solo mirarlos, brillaron en la penumbra, de un modo aterrador.



REUNIÓN EN DOS COPAS

Un sabroso guiso y unas merecidas horas de sueño hicieron que Ted recuperara todas las fuerzas. Desperezándose, se acercó a la ventana y la abrió completamente, dejando que entraran las cálidas tonalidades del sol de media tarde. Se asomó y oteó a su alrededor, hasta donde le alcanzaba la vista.

Los gatos reinaban en los tejados, correteando por ellos como si quisieran conquistar el pueblo desde las alturas. Y, aún más alto, las grandes y pesadas agujas del reloj de la torre de la plaza del comercio marcaban las nueve menos diez.

La calle central estaba abarrotada de gente. Gente que parecía moverse hacia el mismo lugar. Ted no pudo evitar fijarse en que todos vestían de negro e iban ataviados con sus mejores galas. Posiblemente, mientras él se encontraba en el momento más placentero de su sueño, los habitantes de Cliffdaviil debieron de haber estado llevando a cabo el entierro del joven Cosum Breme. Ceremonia a la que había sido invitado, pero a la que no creyó oportuno asistir. Siguió con la vista el gentío, hasta que la voz de un anciano le hizo mirar hacia abajo, pudiendo así comprobar cómo algunos estaban entrando en la posada y otros esperaban fuera de ella. Eso le recordó que él también tenía que hacer lo mismo y debía arreglarse para acudir a la reunión que el señor Emerion Simgrell había organizado. Una cita que, sin lugar a duda, sería de lo más entretenida.

La taberna estaba repleta, como muy pocos días al año en Cliffdaviil. En ella parecía haberse citado prácticamente todo el vecindario, y el griterío era ensordecedor. Entre la alterada muchedumbre, el profesor consiguió divisar a Todd que se encontraba subido a una pequeña tarima ubicada a la derecha de la sala, junto a los ventanales, intentando dar acomodo a la gente que seguía en pie. Después de intercambiar un saludo, le indicó la silla donde debía

sentarse.

La gran habitación no tenía nada que ver con la estancia en la que unas horas antes, el señor Codge y Ted, cansados y con ganas de llevarse algo a la boca, se habían deleitado con el rico guiso que Lumbinin, el cocinero de “Dos Copas”, les había preparado especialmente. En aquel momento, estaba preparada para la reunión. Atenia y sus hijos, con la ayuda de Todd, habían apartado las mesas hasta el fondo del local y habían formado hileras de sillas por toda la sala, en un intento de conseguir que esta tuviera la mayor capacidad posible. En ese momento ya no quedaba ni una silla vacía, y en el ambiente se respiraba una extraña combinación de terror e ira. Corría la Sheemam por toda la taberna, lo que contribuía al elevado tono de voz de todos los presentes.

Inmerso en sus pensamientos y a la espera de que hiciera su triunfal entrada el señor Emerion Simgrell, el profesor se dedicó a observar atentamente a todos los allí reunidos. Solía hacerlo a menudo; trataba de intuir cómo eran las personas a partir de los pequeños gestos y expresiones que reflejaban sus rostros, formándose así una impresión que, a primera vista, no siempre resultaba errónea.

Contemplándolos, y sin ser consciente de que muchos de ellos tendrían un papel importante en los sucesos que aún estaban por llegar, pudo darse cuenta del papel que jugaba cada uno dentro de la comunidad. Todos se conocían, para bien o para mal, y todos eran importantes, a su modo, dentro del grupo. El profesor no pudo evitar sentir cierta envidia, ya que él provenía de un lugar donde pasaba desapercibido, donde no era más que uno entre muchos, aunque frecuntaran las mismas calles, las mismas tiendas y los mismos parques. Una vida que se desarrollaba en el anonimato, entre caras desconocidas. Una vida en la que los fracasos y los triunfos eran exclusivamente para disfrute propio y personal. Una vida que le gustaba, pero que en lo más profundo ser su ser también le entristecía y apenaba.

De pronto se abrió la puerta y las miradas convergieron en ella. Se hizo el silencio cuando la figura del señor Emerion Simgrell cruzó el umbral. El hombre se dirigió a la tarima, acompañado de su sirvienta, la señora Memi, que se movía tras él con sigilo, seguridad y una sonrisa desconcertante.

Tras su entrada, los asistentes reunidos se dispersaron; la gente que estaba de pie se sentó y los que estaban sentados dieron un trago a su bebida. Ted no tardó en darse cuenta de que lo amaban y lo admiraban, pues todos, sin excepción, le miraban con un profundo respeto, expectantes por el discurso

con el que su alcalde les iba a honrar. Una vez que tomó asiento en el lugar que tenía reservado, esto era entre Todd y la señora Atenia, Emerion miró de uno en uno a todos los habitantes del pueblo que estaban reunidos allí y comenzó:

—Antes de nada, quería expresar mi más sentido pésame a la señora Libia, que comprensiblemente no se encuentra hoy aquí entre nosotros —dijo Emerion con gran pesar.

Una ola de afirmaciones y condolencias recorrió la taberna, consternando al nutrido bullicio.

—Hijos de Angra. Amigos de siempre. Como bien sabéis, son tiempos duros y difíciles para todos. Nuestro pueblo está siendo sacudido por unos atroces acontecimientos que nos tienen a todos sumidos en el terror y el desconcierto... pero, por primera vez, creo que empezamos a tener una pequeña idea acerca de dónde puede estar la raíz de nuestros males y esto se lo debemos agradecer a nuestro querido señor Codge y a nuestro invitado, el profesor Legentrell —explicó, señalando cortésmente a ambos. Estos sonrieron; Todd lo hizo orgulloso, su compañero, en cambio, se limitó a levantar una mano y saludar tímidamente.

Los halagos y las alabanzas terminaron rápido. Vertiginosamente, la ira y el descontento se adueñaron de la sala y muchos de los asistentes manifestaron a gritos su opinión acerca de los hechos.

—¡Han sido ellas! —gritó con rabia una mujer.

—¡Las brujas! —balbuceó una voz al final de la sala.

—Sí, ellas, ¡deberíamos echarlas! —exclamó el pescadero del pueblo, con su voz ruda.

—Estoy de acuerdo —expresó una cuarta voz.

Se alzó un rumor de voces. La rabia que sentían se había apoderado del lugar y el clamor fue subiendo de tono.

—Deberíamos echarlas de nuestras tierras.

—¡Deberíamos acabar con ellas sin más! —rugió con furia Sabrer Brakiem, poniéndose en pie con el puño en alto.

Este era el capitán de la partida de caza. Un hombre pelirrojo, alto y corpulento, de expresión orgullosa, que hasta ese momento se había mantenido recostado en la silla, con las manos tras la cabeza, observando a sus vecinos con cierto aire de superioridad. Incluso de desprecio. Se podría decir que, como capitán de Cliffdavigil, también recaían en él, y en su séquito, el mantenimiento del orden del pueblo y la seguridad de sus habitantes. Una tarea

que, por lo visto, no estaban desempeñando demasiado bien.

La taberna, a estas alturas de la reunión, era un inmenso caos. Cada uno intentaba dar su opinión, a su modo, pero como el barullo era tal lo hacían a gritos, las más de las veces profiriendo insultos hacia las brujas, intentando aportar ideas para deshacerse de ellas o buscando la manera de echarlas.

—¡Por la diosa del prin-prin principio! ¡Silencio! —quien ahora hablaba, o más bien gritaba puesto en pie, era Todd, intentando hacerse oír entre todo el escándalo reinante— El profesor Legentrell, ha-ha ha venido desde muy lejos para ayudarnos en la misión que nos ocupa a fin de encontrarlas, averiguar si si es que en verdad son ellas las causantes de nuestras desgracias y ha-ha hacer que vuelvan al lugar de donde proceden.

Las palabras de Todd hicieron que el profesor, completamente escandalizado, desviara la vista de la multitud y clavara en su compañero una mirada odiosa. Una cómica mueca de espanto se dibujó en su rostro, acompañada de un enérgico parpadeo.

—Bueno, en realidad yo... —comenzó a decir tímidamente, sin dar crédito a las palabras que acababa de oír. Ni siquiera intentó levantarse de su asiento. “¿Él?”, pensó con preocupación, “creo que se están refiriendo a mí, y «hacerles que vuelvan al lugar del que proceden»”, repitió para sí intentando convencerse de que esas palabras no hablaban de él. Recapacitó varias veces y llegó a la conclusión de que tenía que hacer entender, no solo al alcalde y a Todd, sino también al resto de la concurrencia que no era, ni de lejos, la clase de persona que ellos creían que era, así que intentó continuar y, en la medida de lo posible, explicar la situación con la mayor coherencia posible— yo...

—¡Usted es nuestra salvación! —interrumpió el señor Simgrell levantando las manos al cielo. Le dedicó una amplia sonrisa.

Estas palabras produjeron un clamoroso aplauso por parte de los allí reunidos, y muchos de ellos se levantaron alzando sus copas para aclamar al profesor de Meneso. Incluso Todd le sonreía y le golpeó cariñosamente varias veces la espalda. Ted, más inclinado que erguido, no podía borrar el gesto de incredulidad que se había forjado en su rostro.

De repente, la opinión que el profesor tenía sobre la gente de Cliffdaviil cambió por completo. Habían pasado de ser unos afables y honrados personajes a ser unos ignorantes, ingenuos y un largo etcétera de sinónimos más, que al profesor nunca se le hubiera pasado por la cabeza enumerar en tan limitado tiempo.

Intentó informarles acerca del malentendido que se estaba generando, pero

por más que insistía e iba enlazando una frase con otra con el fin de aclarar la situación, no lograba hacerse oír por los allí presentes. Su voz pasaba inadvertida, quedaba anulada en medio del alboroto reinante.

—¿Pero alguien las ha visto alguna vez?!! —gritó Ted desesperado. Ciertamente es que, por un momento, pareció un desquiciado que buscaba atención, pero consiguió su objetivo.

Todos los allí reunidos enmudecieron. Algunos le miraron desconcertados, otros vieron en ese acto un ápice de valentía que les hizo creer que realmente era el salvador que habían estado esperando.

—¡Diosa del principio! ¡¡¡Qué coraje!!! —gritó una mujer situada al fondo de la sala.

Ted, perplejo ante las diferentes reacciones que habían provocado sus palabras, observaba atónito a la concurrencia. Algunos chismorreaban, otros le miraban de arriba abajo con una expresión difícil de interpretar y otros, como la mujer que admiraba su valentía, empezaron a mirarlo con asombro, admiración e incluso con liberación.

—Yo creo que vi a una, estaba cerca de los acantilados de Neriél —dijo un hombre en la tercera fila. Su comentario consiguió, no solo calmar al tumulto, sino también crear un silencio inquietante entre el mismo—. Era hermosa como una rosa. Y sus labios eran de un rojo bermellón como la sangre, peligrosos sin duda.

—Nosotros, una noche de cacería, pudimos ver un humo ascendente que teñía el verde robledal de Grimbilliel de un color violeta amatista. Completamente antinatural —dijo Sirtio. Un tímido joven de orejas pronunciadas que, por sus ropajes y vestimentas, debía pertenecer a la partida de caza. Su voz fue oscureciéndose conforme pronunciaba esas palabras y adquirieron un matiz tenebroso.

—Sí. Y el humo arrastraba risas perversas y diabólicas que ensombrecieron el corazón del bosque —añadió otro joven que se sentaba próximo a él. Ambos se miraron aterrorizados, rememorando aquel escalofriante momento.

Parecía que la razón por la que se había convocado la reunión había pasado a un segundo plano y tanto el señor Simgrell como Ted, miraban a los aldeanos con caras de asombro; el temor y el horror se dibujaban en la mayoría de los rostros, y el ambiente general en la taberna era mucho más sombrío que al inicio de la asamblea.

—Pero si las hemos visto o no, o cómo son o dejan de ser, no son las preguntas esenciales. La cuestión sería: ¿realmente sabemos a lo que nos

enfrentamos? —comentó sensatamente Jeb Froom, el carnicero del pueblo. Un hombre aparentemente bonachón y amigable, corpulento y algo dejado en su aspecto, moldeado por las típicas curvas de la buena vida.

Algunos asentían verbalmente, otros con movimientos de cabeza, y el resto parecía no haberle entendido.

—Nos enfrentemos a lo que nos enfrentemos, ¡tenemos que resolverlo ya! —gritó enérgicamente el capitán Sabrer Brakiem levantándose de la silla.

Retronaron las voces de los vecinos en la sala, incluso fuera de ella. El clamor era unánime: “¡Acabemos con ellas!”. La consigna era clara y se había convertido en un grito de guerra.

—Calma, damas y caballeros... —intentó apaciguar Simgrell. Hasta que no se sentaron otra vez en sus asientos y se relajó la tensión, no prosiguió— Para llevar a cabo esta misión necesitaremos del mejor equipo posible. Así que todo aquel que quiera unirse a dicho cometido junto al señor Codge y al profesor Legentrell, que alce la mano.

El primero en levantar la mano fue el capitán Sabrer Brakiem.

—¡Yo iré! —gritó con determinación y no sin cierto orgullo.

—¡Y nosotros! —le imitaron Masaon y Dotem, dos de los jóvenes de la partida de caza. El tercero, Sirtio, más asustado que intimidado, bajó la cabeza.

—Yo también iré —anunció Vlamik, el pescadero.

A esos cuatro se les unió Ascare, el barbero. Un hombre delgado y estirado, que lucía un bigote curvado muy peculiar. Tras él, fue el turno de Jumum, el marido de la panadera. Y a este le siguió otro integrante de la partida de caza llamado Erdese. Un joven que, curiosamente, permanecía apartado del grupo. Era alto y recio, pelirrojo como el azafrán, no solo de cabellera, si no de bigote y perilla. Sus ojos, achinados y oscuros como el carbón, miraban con una templanza y una serenidad desconcertantes hacia el frente, hacia el estrado en el que se encontraban el señor alcalde y sus acompañantes. A su alrededor y sin él ser consciente de ello, las reacciones a su decisión fueron diversas; Sabrer Brakiem, el capitán, se limitó a mirarle de reojo y, pese a que intentó disimular su asombro, una mueca de desaprobación se manifestó en su rostro. Al mismo tiempo, los otros componentes de la partida de caza se miraron entre ellos y sonrieron incrédulos.

Tras ese breve instante de tensión, llegó el turno de que se apuntaran a la agrupación Weim y Nufriem, dos borrachos del pueblo que intentaban darle algo de emoción a sus monótonas vidas.

—¡Nosotros también iremos! —gritaron al unísono. Segundos después, volvieron a dedicarse a la jarra de Sheemam que tenían bajo sus barbillas.

Y para finalizar, el grupo se cerró con Datre, uno de los hombres que ayudó a llevar el cuerpo del recién fallecido a casa del señor Codge la noche anterior, y con el corpulento Jeb Froom.

—¡Trece seréis! ¡Los trece de Cliffdavi! —anunció Emerion— Sea pues, mañana, al rayar el alba nos encontraremos en el puente de Ergom. Que todo el que pueda traiga arsenal y provisiones.

El bullicio alzó un estruendoso aplauso, lleno de emoción.

—¡Por la diosa del principio! ¡Por Cliffdavi! —sentenció desde el estrado el señor Simgrell, con los brazos en alto.

Un grito de euforia colectiva retronó en la taberna, un grito de guerra antes de la batalla.

Resonaba incluso horas más tarde, cuando el profesor Legentrell estaba refugiado en su habitación. Frotándose nerviosamente la frente y la barbilla, daba pasos sin sentido mientras recorría la estancia de punta a punta, empezando a darse cuenta del gran malentendido en el cual había ido a parar y al peligro al que estaba expuesto. Os mentiría si no os dijera que Ted, en su desesperación, pensó en hacer las maletas y huir cuanto antes de ahí, cuando todos durmieran.

Intentando calmarse, se tumbó en la cama e inspiró y espiró sucesivamente tratando de acompasar su respiración hasta que, de pronto, el rechinar de las ventanas le hizo contenerla por completo. Se quedó prácticamente inmóvil.

Estaba tan asustado que primero miró de reojo en dirección a las ventanas y finalmente, y armándose de valor, giró la cabeza rápidamente. Al comprobar que no había nada, sostuvo la esperanzadora idea de que hubiera sido el viento. Aún desconfiado y precavido, se levantó y caminó despacio hacia el ventanal. Sujetó cada una de las hojas con sus manos y las cerró de golpe.

Cuando se disponía a cerrar el pestillo observó, petrificado, una mística figura, alta y rígida, reflejada en los cristales. Dos formas circulares brillaron en la oscuridad, como si de dos ojos centelleantes se tratara. Titubeó antes de darse la vuelta, respiró hondo, y giró con rapidez, teniendo la certeza de que alguien lo observaba a sus espaldas.

Para su sorpresa y alivio, al volverse no vio a nadie; tan solo opacidad y su propio temor inundando la habitación.

Dos golpes en la puerta bastaron para hacerle dar un brinco. Asustado y cauteloso se acercó a ella, con la intención de preguntar quién era; pero las

palabras no salían de su boca, así que giró el pomo y abrió lentamente. Para su tranquilidad, quien estaba al otro lado era Todd.



LA CAÍDA DEL TEJÓN ESTRELLADO

—¡Buenos días, profesor! —gritó al otro lado de la taberna una voz risueña y enérgica. Quizás demasiado enérgica para las tempranas horas que transcurrían y para los amodorrados sentidos de Ted.

—Si usted lo dice... —murmuró este, entre dientes.

Somnoliento, el profesor cruzó el umbral de la puerta y paseó la mirada por la estancia. Estaba vacía. Reinaba el silencio en “Dos Copas”. Un agradable y armónico silencio a juicio de Ted y que tan solo se veía alterado por los melódicos silbidos que profería el señor Lumbinin detrás de la barra, donde parecía estar limpiando, con sumo esmero, las manchas de alcohol y de grasa de la noche anterior.

Lumbinin era un hombre corpulento, aunque no grueso, de tez blanca y de duras y marcadas facciones. Su cabello, moreno y liso, lo llevaba repeinado hacía la nuca. Sus grandes y redondos ojos negros quedaban escondidos tras unos pequeños anteojos, tal vez demasiado pequeños, que siempre estaban empañados por los vahos que producían los fogones a los que tan apasionada y gustosamente se entregaba. Como cocinero de “Dos Copas”, sus responsabilidades en el negocio no traspasaban las puertas de la cocina, aunque a veces se dedicaba, por puro gusto y propia iniciativa, a echar una mano en el comedor.

—¿Le apetece una taza de Grum, profesor? —le ofreció el cocinero, al tiempo que arrojaba sobre la barra el trapo que portaba en las manos.

—Tentador, señor Lumbinin, pero no —rehusó Ted, mientras avanzaba, con pasos cansinos, entre las mesas y las sillas vacías del local. Prácticamente arrastraba los pies—. Lo que realmente necesito es algo que me separe un párpado del otro y despierte mi alma por completo. Tengo la sensación de que me la he dejado entre las sábanas, junto al resto de mis fuerzas.

A sus espaldas acarrea un enorme bulto, un aparatoso petate marrón de piel, que sobresalía de su escuálida silueta en todas las direcciones posibles. Había puesto en su interior todo lo que creía necesario para el cometido que tenían entre manos; además de algo de ropa y enseres de higiene personal, la brújula que siempre llevaba consigo, y una manta gruesa y aterciopelada para salvaguardarse del frío que había encontrado en el armario de su habitación.

Después de la intensa y turbulenta reunión en la taberna, el señor Codge le hizo una visita al profesor. No solo para intentar tranquilizarlo, ya que había podido fijarse en su notable congoja durante la velada y en la repentina y escurridiza manera de marcharse de ella. También había ido para darle el petate; un obsequio importante teniendo en cuenta la misión que ambos iban a llevar a cabo.

—Un café entonces —y sin esperar una respuesta afirmativa por parte de Ted, se puso manos a la obra.

—¡Sí! ¡Gracias! —exclamó Ted— ¡Y bien cargado!

El profesor llegó hasta la barra y se acomodó en uno de los taburetes. Apoyó los codos sobre el mostrador y, con ambas manos, comenzó a frotarse las sienes. Parecía inquieto.

—¿Se encuentra usted bien, profesor? —preguntó Lumbinin mientras prensaba con fuerza el café molido.

—Sí, sí... es solo que... he dormido poco y mal —sus ojeras, hinchadas y coloradas, confirmaban sus palabras—. He soñado con brujas, con escobas, con reuniones en las que los participantes me arrancaban la piel a tiras.

—Creo que no han sido sueños, profesor.

Sus miradas cómplices se entendieron a la perfección y dieron paso a unas sinceras carcajadas.

—A veces pienso que cada vez soy más neurótico —dijo Ted suspirando y con la mirada perdida—. ¡Que estoy empezando a perder la cabeza! ¡Que todos la estamos perdiendo!

Lumbinin se inclinó hacia Ted, y le preguntó:

—¿Acaso le parezco yo un loco? —la pregunta iba acompañada de una sonrisa tímida y agradable.

—No, lo cierto es que no. Usted me parece una de las personas más sensatas de este pueblo.

Las llamas abrazaron el metal y el fuego, rojo y sinuoso, comenzó a calentar la base ennegrecida de la cafetera.

—John Williamsoms siempre traía historias fantásticas de todos los

rincones de Balente, de Llegui o Mannor, en las Islas Escama. Del brazo de Reembleb y de los meandros del río Biende. Hablaba de cascadas de cobre, de puentes imposibles de construir por el hombre —rememoró el profesor, frotándose la frente, a la vez que entornaba los ojos—. Lugar al que viajaba, lugar en el que había pasado algo sobrenatural o fuera de lo común. Relatos que retocaba para engrandecer sus viajes y para mantenernos a todos expectantes durante largas horas.

—Algunas de aquellas historias podían ser ciertas, profesor.

La cafetera empezó a burbujear y, casi al unísono, el poderoso aroma a café empezó a adueñarse de la estancia, relegando a un segundo plano cualquier otro olor que pudiera haber a su alrededor.

—Desde que cayó el telón estrellado... —comenzó a decir el señor Lumbinin antes de que su cliente le interrumpiera con brusquedad.

—¡Señor Lumbinin, no quiero ser un aguafiestas ni un maleducado, ni quiero que piense que siempre me despierto con este humor de perros, pero... lamento decirle que “La caída del telón estrellado” no fue más que una lluvia de meteoros! —aclaró Ted tajante desde un primer momento.

Lumbinin cogió dos tazas, las colocó encima de sus respectivos platos y procedió a servir el café recién hecho, mientras escuchaba atentamente las explicaciones del profesor Legentrell.

—Fue una lluvia de meteoros a gran escala, por supuesto. La mayor que habían visto los ojos de los hombres en cientos de años, de ahí que le pusieran un nombre tan ostentoso y rimbombante —continuó Ted.

Atrajo hacia sí el café y se inclinó ligeramente para aspirar su reconfortante aroma.

—¡Gracias! —y añadió— Todos presenciamos aquel espectáculo astronómico con los ojos como platos, estupefactos. Todos vimos el oro y la plata de las estrellas fundiéndose en el cielo. Derramándose sobre el mar. Fue un fenómeno natural, una maravilla visual que conmocionó al mundo. Pero fue eso... un fenómeno natural.

El señor Lumbinin emitió un ligero carraspeo. Discrepaba por completo con las palabras del profesor y quería hacerse oír.

—No sé lo que vieron ustedes desde Butjagun, profesor. Pero aquí, “La caída del telón estrellado” fue espeluznante, siniestra y sombría. La tierra tembló y Cliffdavil se tambaleó sobre sus cimientos —rememoró el señor Lumbinin aquellos acontecimientos, con la mirada perdida y la voz temblorosa—. Cuando el cielo se apagó y las estrellas se fundieron amarillas y doradas

sobre Sabloc, todo lo que quedó fue oscuro y aterrador.

Ted, pese a no creer nada de lo que estaba oyendo no apartó la mirada del cocinero y escuchó atento la misteriosa crónica de los sucesos.

—Desde los acantilados se podía ver la niebla, espesa y tenebrosa, atravesando el meridiano de Menech —continuó el hombre—. Amenazadoras nubes negras cruzaron el horizonte. Figuras espectrales, sombras moviéndose entre sombras.

—Dígame, entonces, señor Lumbinin... ¿qué cree que ocurrió aquel día, ocho años atrás? —preguntó Ted con un deje de ironía en su voz. Pese a que había prestado atención a la siniestra explicación del cocinero, lo cierto es que necesitaba escuchar una aclaración lógica y coherente a tales acontecimientos.

—No se sabe con certeza qué pasó aquella noche, profesor. Sin embargo... según las opiniones más creíbles, ese día se quebró una barrera invisible que separaba dos mundos. Los territorios centrales de los territorios altos. Dos mundos enemistados que habían estado separados durante mil años.

Ted entornó los ojos. Escéptico y reticente.

—Queramos creerlo o no... —prosiguió el señor Lumbinin, severo, antes de dar un último sorbo a su taza de café— Desde que las estrellas cayeron del cielo y la niebla atravesó el mar... oscuros sucesos han azotado estas buenas tierras, profesor. Terribles, sí, y muy oscuros.

Aquellas palabras resonaron dentro de la taza del hombre. A Ted le faltó la voz para responderle. Se le erizó hasta el cabello de la nuca. Primero le miró perplejo y luego forzó una sonrisa.

El señor Lumbinin cogió el trapo de hilo que había descansado durante largo rato sobre la barra y, silbando, comenzó a limpiar con ímpetu las pringosas manchas de Sheemam que se extendían por toda la barra.

El profesor Legentrell, aún con la falsa sonrisa en su rostro, miró hacia la ventana y suspiró profundamente. Un tímido rayo de luz se asomó entre la niebla espesa, y con él se insinuó el amanecer. Ya era la hora.



LAS ENTRAÑAS DE GRIMBILLEL

Era una mañana gris y encapotada. Apenas se intuía el sol entre el espeso manto de nubes que cubría el cielo y, aunque no se sintiera el viento, se apreciaba una frágil y gélida brisa en el ambiente.

Los trece “voluntarios” habían acordado reunirse en el puente de Ergom a fin de despedirse de sus más allegados y emprender temprano el camino que les llevaría a una aventura incierta. Y así lo hicieron. Ellos y un centenar de personas que no formarían parte de la expedición y que permanecerían en el pueblo esperando ansiosos el retorno de sus vecinos, pero que llevaban consigo obsequios y provisiones para entregar a los viajeros.

Cuando finalmente Ted llegó hasta el pontón, saludó discretamente a los asistentes con ligeros movimientos de cabeza. La mitad le respondió de la misma manera, la otra mitad estaba ocupada despidiéndose de sus seres queridos. Mirara donde mirara, el profesor solo veía sollozos, lamentos, cabezas cabizbajas y expresiones abstraídas. Después de todo lo que los habitantes de Cliffdavil habían tenido que ver y soportar durante los últimos tiempos, era normal que se respirara aquel contagioso aire de preocupación e intranquilidad.

El señor Codge, un poco alejado del nutrido gentío, miraba con respeto el bosque de Grimbillel, que se divisaba en la lejanía, extenso y espeso. En la lontananza se podían percibir las montañas de Dalba, pero aparte de dicha cordillera, el resto era un interminable manto de árboles en el que lo más factible era perderse.

—¿Nervioso? —le preguntó Ted.

—¿Y-y-y-yo? —tartamudeó Todd delatándose al instante.

Ambos rieron con ganas. Y pese a que eran risas nerviosas, consiguieron relajar la tensión que se palpaba en el ambiente e hicieron olvidar, por lo

menos durante unos segundos, los nervios que estaban a flor de piel.

Entre el gentío vieron a la señora Atenia que se les acercaba con rapidez. Se quedó parada delante de ellos unos segundos, sin pronunciar palabra, y después de respirar profundamente varias veces, comenzó a hablar:

—Caballeros, esto es para ustedes —la mujer extendió sus brazos temblorosos.

Le entregó un costal a cada uno. Parecía que estaban repletos, pues pesaban lo suficiente como para que al profesor se le escurriera el suyo al cogerlo.

—Espero que estos víveres les hagan más ameno el viaje —les dijo, llevándose el pelo detrás de la oreja—. Hemos puesto en el interior mucha fruta, pan y demás... Cada casa y cada establecimiento del pueblo ha contribuido en la medida de sus posibilidades, a fin de poderles aprovisionar de los alimentos necesarios para dos días por lo menos.

Tras ese amable y cariñoso gesto, Atenia miró al señor Codge de una manera especial, reprimiendo las lágrimas. Posiblemente trataba de pedirle que tuviera cuidado y desearle suerte en aquel peligroso cometido, pero no pronunció palabra alguna. Todd, en un intento por bajar la tensión del momento, le posó la mano en el hombro y sonrió amargamente. Bastó.

Poco después, no demasiado en realidad, llegó el señor Emerion Simgrell acompañado de su sirvienta, la señora Memi. Andaba con dificultad por el resbaladizo adoquinado pero, orgulloso, parecía no tener la intención de pedirle ayuda a su acompañante.

Ted y Todd se unieron al grupo, ya que hasta el momento se habían mantenido ligeramente apartados de los demás. Observándolos detenidamente, se podía apreciar que eran una agrupación poco común. Todos ellos eran muy diferentes, pero eso era algo que sin duda podría ayudar a desarrollar mejor el cometido que les había sido asignado. Tenían miedo, aunque muchos de ellos intentaran disimularlo como buenamente podían. Se reflejaba en sus rostros, en sus movimientos y en las palabras entrecortadas que se dirigían entre ellos. Pero después de todo... eran la esperanza de Cliffdaviil.

Simgrell los miró a todos detenidamente antes de hablar e inconscientemente “los trece” crearon una hilera, con la mirada puesta en él.

—Señores... hoy es un día importante para todos los que aquí estamos. Pues todas las caras que veo hoy aquí son las que quiero ver el día de mañana. Poco puedo aconsejarles porque serán ustedes los protagonistas de esta aventura. Serán ustedes los que tendrán en sus manos el futuro de Cliffdaviil. Tendrán que ser cautos y mantener los ojos bien abiertos... y si se topan con

alguna de ellas... —suspiró— recuerden en todo momento cuál es su cometido, mantengan las distancias, aunque ellas intenten acortarlas con sus artimañas. Sus voces están envenenadas. Sus ojos emponzoñados. Aunque intenten seducirles con sus miradas, no las miren; hagan lo imposible por evitar sus ojos, pues son un veneno dulce pero letal que penetrará en sus corazones corrompiéndolos. Manténganse fuertes porque lo son —frunció las cejas por un instante y suspiró con cierto tono de resignación antes de finalizar— y porque tendrán que serlo.

Mientras a la mayoría de los asistentes les recorría un escalofrío por el cuerpo y se les erizaba hasta el cabello de la nuca, a Ted, sin embargo, se le acumulaban las preguntas y las incongruencias en la cabeza. Miraba atentamente a Emerion notando, aquella fría mañana, algo extraño en él, en su forma de hablar. Escuchándole atentamente pudo darse cuenta de que el señor Simgrell conocía demasiado bien la amenaza que representaba un encuentro con una bruja. Daba la impresión de decir lo justo, pese a que parecía saber más y era —probablemente— en esa hambre por esconder tanto y decir tan poco donde parecía tambalearse, a juicio de Ted, la franqueza del alcalde del pueblo.

—No prolonguemos más este difícil momento. ¡Que ella, la diosa del principio, os guíe y os proteja! —sentenció el señor Simgrell.

Había llegado la hora. Después de desearles suerte a “los trece”, el gentío dejó que la agrupación emprendiera su misión. Esperaron en la linde del puente y solo cuando vieron que sus siluetas se difuminaban en el horizonte, sumergiéndose en la espesura, dejaron de observarlos e iniciaron el retorno a sus casas, con una extraña y azorada sensación.

El bosque de Grimbillel era misterioso y mágico. Era lugar de caza, rey de robles, lugar del cual se habían contado las más terribles y, a la vez, las más bellas historias. Solo en una ocasión, que se recordara, se había llevado a cabo la misión de entrar en él con la intención de buscar y encontrar a alguien que se había extraviado; y no había sido tarea fácil dada su gran extensión y los peligros que encerraban sus entrañas.

A medida que se adentraban en la espesura del bosque todo iba cambiando de una manera singular y sombría. Los colores se mezclaban por doquier a su antojo. Azules y grises se asomaban en el cielo tras las frondosas copas de los robles, tipo de árbol que predominaba en la foresta de Grimbillel. Sus toscos troncos semejaban cuerpos que se retorcían, configurando formas y figuras fuera de lo común. Sus bellotas caían a la húmeda tierra, mezclándose con el

mantillo en tonos amarillos, cobrizos y castaños que tapizaba el suelo repleto de hojas caídas y le conferían a este una agradable calidez. El tiempo empezaba a perder su importancia y los aromas y olores que anteriormente tan solo se percibían ligeramente, en ese momento dominaban al bosque y a sus visitantes. El profesor se embriagaba del olor de la planta de Grum; nunca había olido un aroma tan especial, tan suave y a la vez tan penetrante. Era muy relajante, casi se podía decir que calmaba el ánimo de los allí congregados. Fue entonces cuando entendió porqué la utilizaban para hacer infusiones.

—¡Bienvenidos a Grimbille! —anunció sarcástico el capitán Sabrer Brakiem y, súbitamente, se detuvo.

El resto de la agrupación se quedó parada, no sabían qué ocurría, así que se limitaron a mirar cómo los dos jóvenes de la partida de caza abrían sus abultadas mochilas y empezaban a sacar objetos de todas las medidas posibles, envueltos en telas grisáceas. Al descubrirlos, pudieron ver que eran armas. Había toda clase de armamento necesario para poder defenderse si la ocasión lo requería: cinco machetes grandes y curvados, de la medida de un fémur; tres espadas, una de ellas se la quedó el capitán y asignó las otras dos a Jeb Froom y Dotem, tal como lo creyó conveniente; también había dos hachas, ambas pesadas y bien afiladas. El arsenal se completaba con dos lanzas y un arco acompañado de un carcaj repleto de flechas.

La repartición de las armas fue rápida. Mas parecía que cada miembro de la agrupación sabía bien qué herramienta de combate escoger. Cuando llegó el turno de Ted, este miró el machete que le estaba ofreciendo el capitán Sabrer Brakiem y no pudo evitar que en su rostro se reflejase el miedo y el rechazo que sentía por las armas.

—No, gracias. No voy a utilizar eso —contestó el profesor, señalando el machete con un dedo.

No tenía intención de usarlo. Bien sabía él, como todo buen mediador pacifista, que si llegaba el momento en que tuviera necesidad de utilizarlo, antes de hacer buen uso de él preferiría recurrir a sus largas y ágiles piernas para poner espacio de por medio y así evitarse mayores problemas.

—¿Por qué?

—Porque no creo que haya nada entre estos viejos robles que deba ser apuñalado —respondió Ted, y añadió—. Llámeme escéptico... o incrédulo, señor Brakiem, pero no creo en las cosas que no veo.

—Las verá —contestó el hombre con seriedad, regalándole a Ted una mirada larga y severa—. Este bosque le hará creer.

Ted alzó una ceja, intentando demostrarle el poco crédito que daba a aquellas oscuras leyendas norteñas. Sin embargo, finalmente se resignó y tomó el arma con ambas manos, notó su peso mientras la contemplaba durante unos segundos. No sabía dónde llevarla, así que la ató fuertemente a una de las tiras de su petate pese a saber que le haría caminar con dificultad.

El grupo portaba también varias antorchas, inútiles al menos en esas tempranas horas, pero les serían de gran utilidad una vez que hubiera caído la noche para alumbrar el camino. Una la cogió, cómo no, Sabrer Brakiem que iba, como era de esperar, a la cabeza de la comitiva. Se había autodesignado cabecilla del grupo y, fuera como fuera, el resto de los integrantes también lo prefería así.

Tras el presuntuoso capitán se encontraba Dotem, su mano derecha. Ambos se mantenían en alerta, vigilantes y algo altivos con respecto al resto del grupo. Tras ellos, su compañero y amigo Masaon Iseje, con su típica expresión risueña, parecía que miraba a todos lados y a la vez a ninguno. A continuación, tras los jóvenes que formaban la partida de caza, estaban Datre y Ascare. El primero, de cabello corto y castaño, pasaba prácticamente desapercibido, no hablaba con nadie ni parecía tener intención de hacerlo. Ascare, de complexión delgada, empuñaba tembloroso la lanza que le había asignado el capitán, preguntándose a cada instante en qué diablos estaba pensando cuando se ofreció como voluntario para aquel cometido. Pregunta que seguramente se estaban haciendo todos, o casi todos, en aquel momento. Tras el barbero se situaban el señor Todd Codge y el profesor, quienes apenas se separaron en toda la travesía. Por alguna razón inexplicable, Legentrell se sentía tranquilo ya que tras ellos caminaba el joven Erdese, de oscura y penetrante mirada, poco comunicativo pero seguro de sí mismo, algo que se notaba por su andar firme y la tranquila expresión de su rostro. Detrás de él iba un abrumado Jeb Froom que haciendo caso omiso de las indicaciones del capitán, no soltaba su espada en ningún momento; a veces la mantenía en alto, otras no tanto. Le seguían Weim y Nufriem quienes reían y tarareaban versos de canciones para evadir la tensión, aunque no parecían darse cuenta de la magnitud de la misión en la que estaban participando. Tras ellos estaba Jummum, el mayor de la agrupación; peludo y moreno, tenía tanto vello en su cara que apenas se veían sus penetrantes ojos azules. Cerraba el grupo el corpulento Vlamik, el pescadero del pueblo, a quien se le asignó custodiar el resto de las antorchas.

El orden en la formación se mantendría durante todo el trayecto... o eso creían ellos.

Avanzaron despacio pero sin detenerse, durante varias horas, sorteando grandes piedras, dunas y frescos y atractivos robles. Algunos de los integrantes parecían haberse relajado, otros intentaban no pensar, pero todos caminaban con paso cauteloso, mirando a su alrededor.

El profesor Legentrell parecía no integrarse muy bien con el resto del grupo; con la única persona con la cual hablaba y simpatizaba era con Todd, porque claro está, era la persona que más conocía. Pese a sus diferencias hacían un buen equipo los dos juntos y eso pocas veces le había pasado a Ted. Siempre había preferido trabajar solo, pero con su nuevo compañero sentía que las palabras y las ideas fluían naturalmente, tal como pudo comprobar la noche de la disección, mientras examinaban el cuerpo del muchacho.

Se acercó a él y, bajando la voz, le preguntó:

—Señor Codge... quería comentarle una cosa... —dijo retraído, esperando a que el hombre se acercara a él.

—Dígame pro-pro profesor —contestó con aquella gran sonrisa que siempre le acompañaba.

—¿A usted... qué le ha parecido el... discurso del señor Emerion?

Todd arqueó una ceja antes de contestar.

—Pues... no sé. ¿Constructivo? ¿Es-es esperanzador? —no sabía muy bien adónde quería llegar Legentrell haciendo esa pregunta.

—Me refiero... ¿No le parece a usted que el señor alcalde hablaba... pero no decía realmente nada sustancioso?

—No-no-no le entiendo muy bien —expresó, pues, con una mueca de incompreensión.

—Sí... era como si destilara conocimientos. Nos aconsejaba sobre asuntos que parecía conocer a la perfección, pero que prefería disfrazar con palabras de misterio y enigma —aclaró esta vez Ted, procurando ser lo más respetuoso posible. No quería que Todd pensara que desconfiaba del alcalde de Cliffdaviil, aunque viera en él hechos o reacciones que le invitaran a hacerlo.

—No creo, profesor. El señor Simgrell no tiene secretos para el pueblo. Siempre ha querido lo mejor para Cliffdaviil y para nosotros, su gente —respondió el señor Codge, y echó a andar de nuevo.

Quedó largos segundos mirando al señor Codge, sin llegar a contestarle, preguntándose a sí mismo si era conveniente o no exponerle las sospechas que anidaban en su mente. Había algo referente al señor Emerion que no le daba buena espina, no solo desde el discurso en el puente de Ergom sino más bien desde la primera vez que pisó su casa y, aunque no quería poner en duda la

bondad del alcalde, algo en él le producía recelo. Estaba seguro de que aquel hombre tenía muchos secretos. Quizás eran apreciaciones erróneas basadas en la manera de actuar y comportarse del alcalde. Quizás eran solo lucubraciones y alucinaciones. Quizás.

Casi en la cabecera del grupo, el joven Masaon miraba con detenimiento el pergamino que portaba en sus manos. Era el mapa de Grimbillel, trazado en tinta negra y de manera sencilla e imprecisa. En él estaban señalizadas con tinta más rojiza las mejores zonas para cazar, pero casi todas estaban ubicadas en la parte exterior del bosque, síntoma este de que tampoco los miembros de la partida de caza habían querido adentrarse nunca demasiado en la parte central del robledal. En el mapa también estaba trazado, con tinta azulada, el río de Quermanen, el cual desembocaba en la ensenada de Gagbe rozando los términos de Neriél. Lo utilizaban para orientarse, pese a ser conscientes de que probablemente nunca estarían en el lugar que creían estar, al menos no con exactitud.

Aproximadamente al mediodía, cuando la mitad del grupo estaba fatigado de tanto caminar y a la mayoría de ellos les gruñía el estómago pidiéndoles alimentos, pararon. Algunos hombres, entre ellos Ted y Todd, se sentaron abatidos. El profesor aprovechó para liberar sus pies de los mocasines que calzaba. Frotaba sus pies hinchados, con esmero, intentando aliviarlos, cuando el capitán se acercó a él con actitud soberbia.

—¿Cansado, profesor?

—Son sus modales los que me hacen sentir fatigado —murmuró Ted, sin que sus palabras llegaran a ser escuchadas.

—La gente de la ciudad no está acostumbrada a estos ajetreados paseos ¿verdad? —insistió el capitán.

—No, pero sí a aguantar a presuntuosos como usted —se atrevió finalmente a alzar la voz Ted, demasiado irritado como para ser diplomático. Realmente lo hizo de una manera natural y sin ningún fin dañino. En el fondo, algo le decía que ese hombre y él no se llevarían bien. Al profesor nunca le había gustado la gente arrogante. Según él, la pérdida de la modestia era la pérdida del respeto.

—Si no desea aguantar...

—¡Señor Brakiem! Mire...un ciervo —el joven Masaon interrumpió inconscientemente a su capitán, dándole un par de toques en el hombro.

Este se giró molesto, tenía intención de acabar aquella frase aunque tan solo fuera para decir él la última palabra. No obstante, miró en la dirección que su

compañero le indicaba con una perversa sonrisa. Sin duda alguna el animal ya era adulto, de porte altivo y esbelto. Su pardo pelaje brillaba sutilmente mientras estaba alimentándose de los verdosos hierbajos que crecían bajo el robledal.

Con gesto tajante, llevándose el dedo índice a los labios, el capitán silenció al grupo y le indicó al mayor de sus camaradas que lo siguiera. Agazapados entre los matorrales, fueron acercándose sigilosos al ciervo.

El joven Dotem pisó accidentalmente una rama seca que no había visto. El crujido hizo que su capitán le mirara con dureza, pero ya era tarde: el animal giró hacia ellos; los había descubierto. Empezó a correr y sus perseguidores lo siguieron. Repentinamente, el animal saltó entre dos robles que estaban medio tumbados y cuando sus dos patas delanteras tocaron la húmeda tierra, una estruendosa explosión lo hizo saltar, desmembrándolo en más pedazos de los que una persona podría imaginar.

Todos los miembros del grupo contuvieron un grito, todos menos Ascare quien no fue capaz de reprimirlo y dejó salir de su garganta un grito tan desgarrador que aterrorizó aún más, si cabe, a sus compañeros. Sabrer y Dotem, inmovilizados, miraron a su alrededor intentando analizar la situación.

Un enorme y abrasador hoyo se había formado en el lugar de la explosión y de él salía una densa humareda acompañada de un intenso olor a carne carbonizada. Cuando los girones de humo se desvanecieron, se despejó parte del terreno descubriendo en la superficie de la tierra unos enigmáticos y misteriosos trazados de color blanco. Semejaban círculos perfectos con pentágonos en su interior. En cada punta de los mismos aparecían símbolos que ninguno de los integrantes del grupo había visto jamás. Ni siquiera Ted. Eran runas. Símbolos de diferentes tamaños y trazos que, combinados o no, tenían un significado y una finalidad.

Rodearon las circunferencias lentamente, con cuidado y mirando muy bien dónde ponían los pies, hasta que consiguieron llegar al lugar en el que se encontraba el resto de sus compañeros.

—¿Qué-qué qué ha sido eso? —preguntó Todd.

—No lo sé —respondió abrumado Dotem, que aún se encontraba paralizado por los sucesos y mantenía la mirada perdida.

—Fuera lo que fuera... era destructivo —aportó Erdese.

—Y estaba creado con esa finalidad —añadió el profesor Legentrell.

Ted permanecía callado, intentando ordenar sus pensamientos; desde luego no recordaba haber visto nada parecido en los múltiples libros que había

leído. ¿Qué eran aquellos símbolos? ¿Los habrían dibujado las brujas? ¿Cómo se producía aquella detonación al tocarlos? ¿Cómo unos simples trazos de pintura en la fría tierra, si es que se trataba de pintura y no de otra sustancia, podían guardar tantos secretos y a la vez tanta destrucción?

—Esto solo puede ser brujería —espetó Brakiem, antes de volver a emprender la marcha.

Tras el incidente, el grupo se movió con más cautela y precaución que al principio. Debían estar atentos a cualquier pequeño detalle o anomalía que presentara el bosque, pues su vida dependía de ello.

La noche llegó antes de lo esperado. Bajo la espesa arboleda, los últimos rayos de sol apenas se dejaban apreciar y las antorchas que habían portado empezaban a ser útiles. Cuando parecía que se iban a apagar, encendían otras y luego otras y así sucesivamente, siempre con la finalidad de no quedar a oscuras, algo que al grupo se le antojaba aterrador.

Escogieron un lugar despejado para acampar, un claro rodeado de peñascos y robles. En el centro había una concavidad que daba cabida a todo el grupo. Ahí dentro se podían sentir, de cierta manera, refugiados y a la vez resguardados del frío.

El señor Jummum y Jeb Froom, el carnicero, recogían pequeñas ramas secas e iban colocándolas unas sobre otras a fin de hacer una hoguera y poder calentar un poco sus entumecidos huesos. El primero se acercó a una de las antorchas que había quedado apoyada entre dos piedras y la cogió, volviéndose hacia el montón de leña.

—Es importante no hacer fuego, el humo desvela muchos secretos y ahora nuestro paradero debería ser uno de ellos —dijo Erdese poniendo su mano sobre el hombro de Jummum.

El hombre apartó la antorcha del montón de leña lentamente, mirando al joven a los ojos.

—Cierto... cierto —dijo intimidado y muy azorado por no haber llegado él mismo a ese razonamiento—, con la luz de las antorchas ya nos arriesgamos suficiente.

—¿Pero nos vamos a alimentar de frutas y pan durante todo el viaje? —preguntó indignado, y a la vez preocupado, el corpulento Jeb, dando indicios de que él portaba algo más sabroso en su equipaje que requería que hubiera fuego para prepararse. Con solo mirarlo ya se podía apreciar a simple vista que era una persona a la que le gustaba alimentarse bien; y para él, posiblemente dos piezas de fruta no eran exactamente eso.

—¡Buena pregunta! —dijo Weim descontento.

—Esta búsqueda podría alargarse días y días... —se quejó Datre. Era la primera vez que había abierto la boca para decir algo durante todo el camino y, para ser sus primeras palabras, no sonaron muy esperanzadoras.

—Antes de que eso ocurra volveríamos a Cliffdavid —aseguró Brakiem que estaba algo alejado del grupo, recostado sobre el tronco de un árbol.

Acordaron hacer turnos de vigilancia durante la noche, no solo para avisar a los demás en caso de peligro o ataque, sino también para evitar que se apagaran las antorchas, su único instrumento y medio de visión en aquella intranquila oscuridad.

Pese a que los elegidos para hacer guardia eran Masaon y Jeb, no fueron los únicos que se mantuvieron desvelados prácticamente toda la noche. Ted estaba agitado, sin poder conciliar el sueño. Tenía los ojos abiertos, apuntando hacia las copas de los robles que formaban una bóveda espesa. La luna brillaba con un halo luminoso en el cielo, pero todo el resto era oscuro y brumoso. Había estado todo el día caminando y sus doloridos pies lo notaban. Tal y como Sabrer le había dicho, no estaba acostumbrado a tales ajetreos, pero en su momento no quiso ni consideró adecuado admitirlo.

Sin embargo, no era esa la razón por la cual el profesor no podía dormir; el bosque de Grimbill el emitía una constante y escalofriante melodía. Era imposible ignorar la multitud de sonidos y ruidos: por más leves que estos fueran llegaban a sus oídos y cada uno intentaba identificarlos en el más absoluto silencio. El crujir de los árboles, de sus ramas desnudas y sus troncos oscuros, surgiendo de la niebla espesa como manos huesudas y esqueletos. El ulular de un búho en la cercanía, que a su vez era contestado por otro. El suave bamboleo de las hojas de los árboles al mecerse mientras caían para volver a unirse a sus semejantes en el suelo. El zumbido de los mosquitos y el ronroneo de un roedor buscando a su presa. Todos y cada uno de esos sonidos tomaban su protagonismo en aquel lugar, en aquel momento, y mantenían al grupo sumido en un temor intranquilo y sobrecogedor.

Uno de aquellos ruidos, más cercano e inquietante, sobresaltó a Ted. Parecía el crujir de una rama bajo unos pies pesados. Se incorporó de un salto y miró hacia la profunda negrura, en todas las direcciones posibles, pero no consiguió ver nada. Solo sombras moviéndose entre sombras. El pánico le comenzó a empapar el rostro, sudoroso y frío. Empezaron a pitarle los oídos, y los robles comenzaron a dar vueltas a su alrededor como fantasmas espectrales. Miró exaltado en todas las direcciones, sintiendo cómo se le

aceleraba el corazón en el pecho.

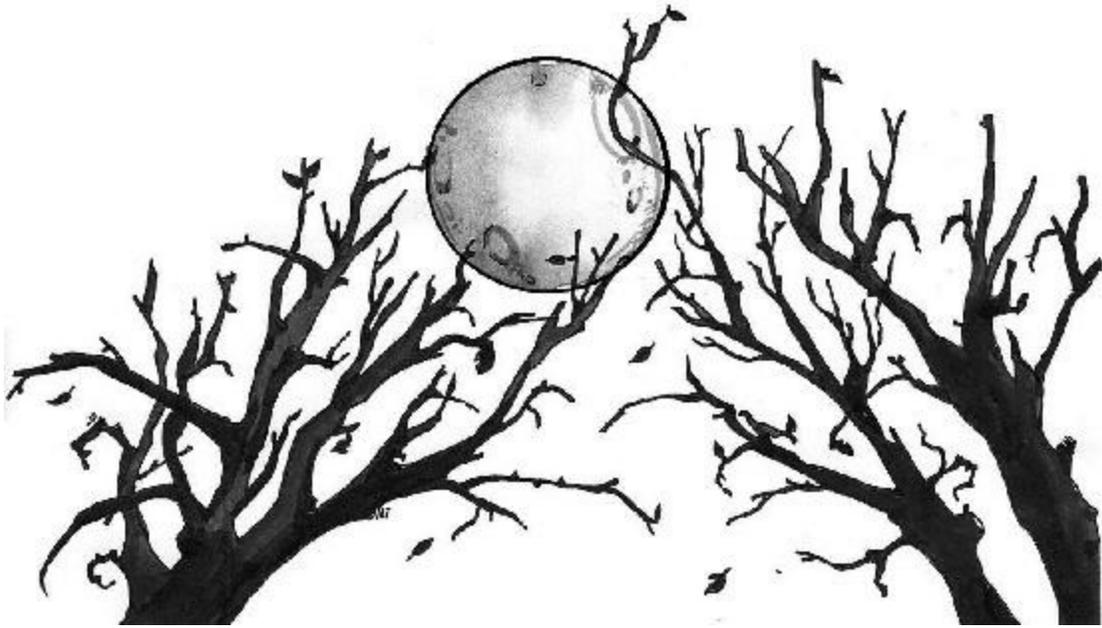
Tenía la impresión de que el suelo se movía bajo las hojas secas y de que respiraba como un enorme pulmón de tierra. Miró a sus pies y vio cómo la tierra se hundía y se doblaba bajo sus mocasines. Las enmohecidas raíces parecían agitarse a su alrededor, desenterrándose del suelo y sobresaliendo como si tuvieran vida propia. Parecían serpientes escurridizas o las patas de una enorme araña.

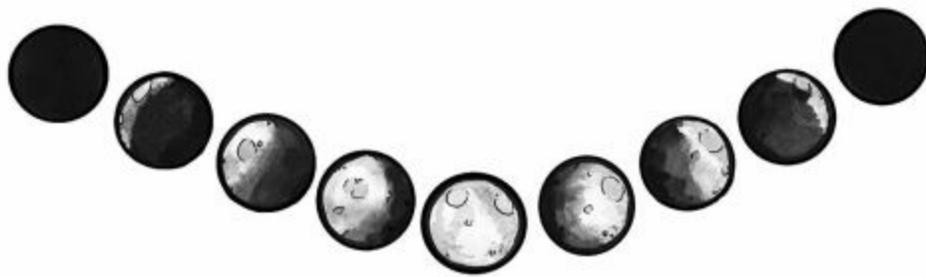
—Intenta... relajarte, Tedias —murmuró para sí, al borde de un ataque de pánico. Se secó la frente sudorosa—. Eres un escéptico. Un escéptico, un incrédulo —repetía en su cabeza, tratando de convencerse a sí mismo de ello; de que todo cuanto estaba experimentando era una alucinación protagonizada por el miedo que residía en su subconsciente.

Suspiró profundamente, intentando calmarse, y miró a su alrededor, observando a sus compañeros que yacían en absoluta calma tumbados en el suelo o recostados sobre rocas o enmohecidos troncos. Los ojos de Ted erraban de hombre en hombre, nerviosos y vibrantes. Todos descansaban, o al menos parecían estar intentándolo; todos menos el joven Erdese, que estaba mirando al profesor desde la negrura, con un brillo intranquilo en las pupilas.

—No le tema al bosque, profesor —susurró con voz cautelosa y le sostuvo la mirada a Ted durante unos largos y tensos segundos. Después contempló con ojos azorados el umbrío robledal—. Hay cosas más peligrosas entre estos árboles.

Ted se estremeció





Pero a mí no me importaba esperar. Seguiría esperándole, como la orilla que espera ser acariciada por el perpetuo beso de las olas. Como los cerezos esperan el calor de la primavera para florecer, delicados y majestuosos. Como la luna espera a la noche, agazapada en el crepúsculo.

Finalmente escuché unos crujidos en la maleza, contundentes pasos de un hombre que llegaba a su destino: a mí. Miré hacia el suelo desde las alturas y lo vi emerger de las tinieblas.

Era perturbador. Peligrosamente bello. Su sonrisa era la cuna en la que me cobijaba desde hacía casi tres semanas. Al sonreír se le iluminaba el rostro. Un rostro perfecto, anguloso, en el que resaltaban su desaliñada barba y una seductora cicatriz. Un atractivo pecado en el que estaba destinada a caer. Un guerrero invencible que me hacía sentir, pese a que no lo necesitara, siempre segura. Suya.

—Llegas tarde —le reprendí jactanciosa, alzando la barbilla.

—Lo sé, y créeme que no hay nada que lamente más que llegar tarde a nuestros encuentros —respondió él, compungido, mirándome a los ojos entre los rebeldes mechones que le caían sobre su perfecto rostro.

—No voy a esperarte siempre —mentí. Lo haría.

—Tranquila, llegará el día en que sea yo quien te espere a ti.

Por aquel entonces yo era muy dramática y, para qué mentirme y mentiros, lo sigo siendo. Mis sentimientos y mi perturbada mente son como una cordillera, zigzagueantes, desequilibrados. Subidas y bajadas, bajadas y subidas. Una brújula loca y rota que da vueltas sin parar y que, por consiguiente, nunca apunta al norte.

—Lo dudo —sentencié finalmente.

Columpié las piernas en el vacío, bajo la rama del roble en el que permanecía sentada y salté con fuerza. Al caer al suelo, frente a él, admiré sus ojos felinos, llameantes, ardientes de deseo. De mí. Di media vuelta dándole la espalda y comencé a caminar lentamente hacia la claridad. Él me siguió como un perro que sigue a su amo; como los truenos siguen a los relámpagos en la tormenta. Sumiso. Subyugado.

Caminamos entre la espesura sin mediar palabra alguna. De vez en cuando yo le miraba por encima del hombro y le descubría mordiéndose los labios, mirando mis piernas con deseo. Finalmente, tras cruzar los árboles resacos y retorcidos que anunciaban el final del bosque, llegamos a los acantilados de Neriél. Lugar donde tantas veces me había recluso en soledad.

Nos sentamos al filo del precipicio, con las piernas colgando en el vacío.

Bajo nuestros pies, el mar golpeaba las rocas con furia, con un fortísimo estruendo que simulaba la peor de las tormentas. El viento soplaba y soplaba sin contemplación y mi siempre molesto y enmarañado pelo ondeaba a mis espaldas.

—Mira qué luna más bonita —observé, alzando la mirada hacia el cielo estrellado, donde con más fuerza que cualquiera de los demás astros, estaba ella; un disco perfecto que brillaba en su plenitud.

—Sí, es luna llena —contestó, pero lo cierto es que ni siquiera había alzado su rostro para contemplarla. Seguía con sus ojos clavados en mí. Mirándome, escudriñando con su mirada los secretos de mi cuerpo.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, significa que todo lo que empezó en la luna nueva, y todo lo que se desarrolló en la luna creciente, llega a su máximo esplendor en la luna llena —acompañó sus palabras dirigiéndome una sonrisa arrebatadora.

—¡Verrugas! —exclamé con asombro.

Arrugué la nariz y ladeé la cabeza ligeramente. Me había sorprendido, realmente lo había hecho.

—Mi amo y señor era un amante de la astrología —me dijo sin dejar de sonreír—. A veces me explicaba historias de las estrellas y me hablaba de la sonrisa de la luna —confesó.

—¿Tu amo era una buena persona?

—No, no lo era —respondió con rapidez y con una mueca que expresaba de todo, menos aprecio—. Pero buena o mala persona, lo cierto es que invitaba a soñar a aquellos que tenía a su alrededor. O al menos a aquellos que tuvieran la capacidad de hacerlo.

—Y... ¿qué te contó de la luna? —pregunté yo, siempre curiosa.

—La luna es el astro que jamás tendrá una muerte definitiva —dijo, alzando la mirada hacia el satélite, dejándose cautivar por su brillo—. Pues nacerá y morirá perpetuamente.

—Precioso —dije, perdiéndome en la miel de sus pupilas.

—Nuestra vida se basa en la luna —prosiguió—. Nos influye a cada segundo, a cada minuto de nuestros días. Antes, mucho antes de que el sol fuera el eje del calendario de los hombres, lo era la luna.

—Nosotros nos conocimos en luna nueva —dije de pronto, sin apenas pensarlo.

—Principios y uniones. La luna está relacionada con todo lo que empieza —pronunció solemne, al tiempo que pasaba su brazo por mi espalda invitándome

a apoyarme en su hombro.

Yo me incliné, como él esperaba que hiciera, y me acomodé entre sus fornidos brazos. Me rodeó como la luna abraza a la noche, meciéndome en la tranquilidad del amanecer.

—Pero... la luna no puede brillar sola. Es un espejo de la luz solar — prosiguió, y con sus palabras quiso trasmitirme algo más de lo que literalmente decían.

Nos miramos con deseo. No podía evitar perderme en sus felinos ojos marrones. Fue aproximándose lentamente a mí. Sentía su respiración cubriendo la distancia que nos separaba. Sus labios ardientes anhelaban fundirse con los míos. Pero yo... una vez más, tuve que contener las ganas de besarle. Y nadie sabe qué hubiera pasado si no me hubiera apartado. Una nube de malos pensamientos se asentó rápidamente en mi cabeza zumbando como un enjambre de abejas. Miedo, incertidumbre, miedo, incertidumbre, miedo. ¡No, ahora esos pensamientos no! ¡Fuera!

Ladeé la cabeza y me levanté de prisa. Él me imitó, y me miró con una severa expresión de preocupación en su rostro.

—Es el tercer beso que me rechazas. ¿Debería sentirme ofendido? —dijo, apretando la mandíbula y llevándose con su mano derecha la melena hacia atrás, un gesto muy común en él. Un gesto que debo admitir que me robaba el corazón.

—Al contrario... deberías sentirte afortunado —con aquellas palabras dije más de lo que posiblemente debía.

Él no entendió nada, lo vi en la expresión de su cara. Apretó los labios y arrugó las cejas.

—Hay algo que tienes que saber de mí, antes de probar mis labios —dije inquieta. Pero en realidad, y por desgracia, ¡eran tantas las cosas que debía saber! Secretos y misterios de la casa del sombrero picudo, tras sus espinas de metal. Firmes juramentos, maldiciones que afectaban a todas las que vivíamos allí, bajo su oscuro techo. Canciones antiguas y funestas, cantadas con ecos de voces viejas y colmadas de dolor.

Mi sombra se encogió. Lo vi en el suelo y lo sentí en mi piel. Asustada, acobardada, reflejo inequívoco de lo que experimentaba en aquellos momentos mi ser.

—Ya te dije que quería saberlo todo de ti —respondió seguro.

La noche empezó a declinar y las estrellas se fueron apagando una a una en el cielo. Aquella luna de la que tanto habíamos hablado se fue perdiendo entre

la luz del amanecer.

—Y hay algo que debería saber yo —añadí segundos después.

—Adelante —pronunció, invitándome a que expresara mis preocupaciones.

—¿Seguirías mi luz... aun cuando te llevara a la oscuridad? —pregunté cautelosa, y permanecí expectante durante largos segundos. No solo por la respuesta que tuviera que darme, sino también por su expresión y sus gestos al hacerlo. Señales escondidas que me revelaran la verdad.

—Te seguiría a ti. Me llevaras a donde me llevaras —respondió el hombre que tenía frente a mí, con una sonrisa tan sincera que consiguió hacerme temblar. Yo, adulada e ilusionada, me volví a sentir, después de tanto tiempo, llena de esperanza.

Y así, finalmente, entre palabras de amor y secretos malditos, dejamos morir la noche. La aurora apareció silenciosa entre los acantilados, desmedida y rosada, presentándose en el límite de la oscuridad y sin apenas llamar.



PRIMER ENCUENTRO EN LA ESPESURA

Nació el día en Grimbillel y lo hizo de una manera silenciosa y majestuosa. A pesar de que las copas de los árboles impedían el paso a los rayos del sol, algunos de ellos, los más intrépidos, se atrevían a filtrarse entre las hojas de las ramas y los Sibbies, creando claros en la espesura. Amarillos, verdes y marrones se mezclaban en los robles. Todo se envolvía en una frágil armonía. El olor a tierra húmeda. El aleteo de un pájaro. El bostezo de un hombre y el pestañear de otro.

La vigilia había sido larga, entre precavida y temerosa, tal como tenía que ser después de los últimos acontecimientos de la jornada. Los integrantes del grupo apenas habían pegado ojo en toda la noche, bueno; no todos...

—¿Cómo puede...? —susurró el profesor mientras se incorporaba. Apenas si intentó disimular la expresión de asombro que se dibujó en su cara, aun cuando esta incluía una pincelada de envidia, mientras miraba al señor Codge quien yacía recostado a su lado, encogido y boquiabierto, roncando enérgicamente.

—¡Qué suerte tienen algunos! —dijo Erdese.

El profesor se limitó a mirarlo y a asentir. El joven ya estaba en pie, al igual que el capitán y sus otros dos compañeros de la partida de caza. Los cuatro estaban recogiendo su equipaje y armamento, mientras los integrantes del resto de la agrupación apenas empezaban a desperezarse. Parecían tener la intención de emprender pronto la marcha.

Después del frugal desayuno iniciaron la segunda jornada de búsqueda. Era importante que agilizaran el paso. No podían demorarse mucho más. Así pues, durante toda la mañana su caminar fue más rápido y los parones que hicieron para descansar fueron reducidos tanto en tiempo como en número.

Grimbillel apenas cambiaba, el paisaje seguía siendo similar por no decir

idéntico. No obstante, a medida que avanzaban y se sumergían en el corazón del bosque, el aire iba tornándose más fresco y más puro.

Aproximadamente al mediodía, minutos antes de que el grupo se detuviera para comer, algo les sorprendió: un destello blanquecino que centelleaba en la lejanía, a través de la arboleda.

Se pararon expectantes y en ese momento una flecha pasó silbando entre las cabezas de Sabrer y Dotem, quienes instintivamente dirigieron su mirada hacia Masaon. El joven empuñaba su arco con firmeza y lo había utilizado con diligencia; al contrario de sus compañeros, que ni siquiera habían tenido tiempo de reaccionar. La flecha rasgó el aire y penetró entre las hojas y ramas de los robles hasta que, con un sonido extraño, indicó haber encontrado su objetivo.

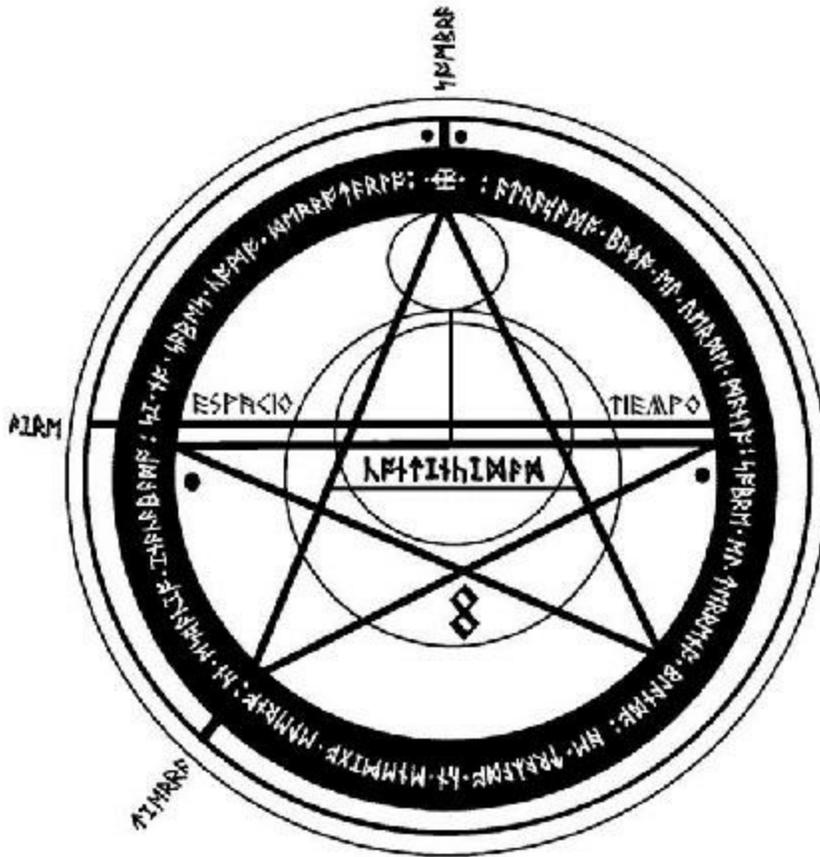
Al ver que no sucedía ni se oía nada más, decidieron acercarse cuidadosamente al lugar donde presuntamente había hecho impacto la flecha y la descubrieron clavada en el tronco de un árbol. Debajo de esta observaron una nueva marca, un nuevo enigma. Los trazos eran idénticos a los pentagramas que habían visto el día anterior y también estaban pintados con la misma pintura blanca. Se detuvieron a observarla con prudencia, sin osar aproximarse demasiado a ella. Todos, menos Ted...

La curiosidad que sentía el profesor pudo más que el miedo; se desplazó entre los hombres que integraban el grupo y se situó casi delante del signo. Sus ojos observaban y estudiaban las líneas, los puntos y su gran complejidad. Seguía el recorrido de sus trazados, analizaba su posible significado mientras, inconscientemente, iba alargando la mano para llegar a la marca. Quería tocarla. Estaba tan abstraído en sus propios pensamientos, tan fascinado por el misterio que los dibujos encerraban, que se sobresaltó cuando una mano le cogió por la muñeca.

—Precaución —aconsejó Erdese, sujetándolo.

Sus miradas se cruzaron y bastó para que Ted le entendiera. Tan solo asintió con la cabeza y volvió a centrar su atención en la marca.

—Es un pentagrama... —susurró el profesor.



—¿Un qué? —preguntó Sabrer Brakiem.

—Un pentagrama: una imagen de una estrella de cinco puntas.

—Tan-tan tan solo una de ellas está orientada hacia arriba — añadió el señor Codge, que se encontraba próximo al profesor, mirando perplejo la marca que se presentaba ante ellos—. Pero... ¿qué so-so son esos símbolos que lo rodean?

—Son runas... —susurró finalmente Ted, tras unos largos segundos de silencio.

Las había visto antes en algún libro, o en varios; pero por más que lo intentaba no conseguía recordar su significado y, por lo tanto, era incapaz de descifrarlas.

—Caballeros... miren... —interrumpió Ascare, señalando hacia delante.

El grupo giró siguiendo la dirección del dedo del barbero, y todos pudieron darse cuenta de que estaban rodeados de un sinfín de aquellas misteriosas marcas. Todas eran idénticas, a lo mejor había alguna pequeña diferencia en sus trazados, pero a simple vista eso era imperceptible. Por el momento no parecían peligrosas, aun cuando lucían de una manera enigmática, emitiendo

un brillo blanquecino completamente antinatural. Era imposible decir que no había algo mágico en ellas y en aquel lugar.

—¿Qué significáis? —preguntó el profesor para sí mismo, totalmente ensimismado.

—Signifiquen lo que signifiquen está claro que son obra de ellas, y esto confirma que los explosivos del otro día también lo eran —añadió el capitán con cierto tono de desdén.

—Pu-pu puede que sean señales para que ellas se ubiquen —sospechó en su inocencia el señor Codge, intentando ir más allá.

—Eso significaría que cada vez estamos más cerca —respondió Dotem.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó y afirmó a la misma vez el joven Masaon, con aquel tono misterioso que siempre le envolvía.

Nadie contestó. Se miraron unos a otros desconcertados, inquietos, sabedores de que se estaba acercando el momento en que tendrían que encontrarse finalmente cara a cara con las brujas.

—Eso no es ni bueno ni malo, eso simplemente es —puntualizó Erdese retomando la marcha.

Brakiem sonrió orgulloso y reemprendió la marcha.

—No os demoréis —ordenó.

—¡Ya habéis oído al capitán! —exclamó Dotem. Avanzó con presunción entre la fila de hombres que se habían quedado rezagados y le dio un codazo completamente premeditado al pobre Weim. Este reprimió un gemido.

—Como segundo al mando, deberías profesar más respeto —le sugirió Erdese al tiempo que auxiliaba al hombre que su compañero acababa de golpear.

Aquellas palabras se clavaron en el pecho de Dotem como un puñal. Se giró embravecido, encontrándose cara a cara con Erdese y, con los ojos desorbitados de ira, se encaró con él:

—No eres el más indicado para hablarme de respeto... ¡Maldito cobarde! —estalló, despectivo.

—¡Silencio! —gritó Sabrer— Es tarde, vuestra hostilidad no nos hará perder más tiempo —advirtió el capitán mirando alternativamente a ambos jóvenes—. ¡Vamos!

Cruzaron la línea de árboles pintados y siguieron su camino sin dirigirse la palabra unos a otros. El enfrentamiento entre Dotem y Erdese había dejado al grupo sumido en un incómodo silencio.

No obstante... cuando tan solo había andado unos pasos, Ted se detuvo; un

escalofrío, acompañado de una extraña sensación, recorrió todo su cuerpo. Un malestar que apenas duró unos segundos. Miró a los hombres que iban delante de él pero todos seguían andando, sin inmutarse. Entonces se giró para ver al resto de los compañeros que caminaban a sus espaldas y solo uno de ellos presentaba un semblante preocupado. Era Erdese, su cara reflejaba un hondo desconcierto y, al igual que el profesor, se había parado a observar abrumado todo cuanto le rodeaba. Ambos intercambiaron miradas de incompreensión pero ninguno le dijo nada al otro. Ted agitó la cabeza y reemprendió su caminar siguiendo al grupo.

Las horas siguientes transcurrieron lentas y pesadas. Lo único que les distrajo por unos instantes fueron el parón que hicieron para llevarse algo de sustento a sus hambrientas bocas, el hallazgo de más símbolos misteriosos pintados en los robles y un insólito encuentro con un grupo de gatos salvajes que parecía custodiar el bosque y que valientemente se encaró con ellos.

—Ilústreme, señor Codge —susurró Ted en voz baja, para no ser oído.

—¿A-a a qué se refiere, profesor? —preguntó, confuso— ¿A lo que ha sucedido entre los jóvenes cazadores?

—Exacto. Y... a lo que aconteció en un pasado entre Sabrer Brakiem y su hijo, Erdese —añadió Ted.

—Ahhh... —la sorpresa se dibujó de pronto en el rostro de Todd. Que él recordara, nunca le había revelado al profesor el parentesco que unía al capitán Brakiem con Erdese— ¡¿Cómo se ha dado cuenta?!

—He de admitir que si la misma tonalidad de cabello, cobriza y pelirroja, no cubriera sus seseras, no me hubiese parado a fijarme en el juego de miradas de aflicción que ambos intercambian regularmente. Pese a que existe un vínculo parental entre ambos, el afecto que se profesan es escaso, por no decir nulo —apreció el profesor—, por lo tanto algo grave y trascendental tuvo que ocurrirles en un pasado para que su relación se haya deteriorado tanto.

Los grandes y redondos ojos de Todd se abrieron de par en par, fascinados por la capacidad de análisis del Ted.

—Pues... —antes de comenzar su explicación miró disimuladamente hacia sus espaldas, tratando de ver a qué distancia se encontraba el joven cazador— verá... Al parecer, la razón de los disentimientos con su padre y, a su vez, la causa de toda esa tensión acumulada contra el joven Dotem nació una oscura noche de luna llena, tres primaveras atrás. Erdese, primogénito del capitán Sabrer Brakiem, era muy amigo del hermano mayor de Dotem; un joven travieso e inquieto llamado Goroen que se había ganado con creces el

seudónimo de “agitador de la calma”, pues tenía una facilidad innata para meterse en problemas y casi siempre acababa siendo asociado a la gran mayoría de pequeños incidentes que sucedían en el pueblo. Erdese, sin embargo, era todo lo contrario. Un adolescente tranquilo y reposado, que normalmente terminaba por pronunciarse como la voz de la conciencia de su camarada. Un día, en una de sus aventuradas escapadas, se zambulleron en las sombrías tinieblas de Grimbillel. El propósito de los jóvenes aún se desconoce, pero fue un hecho trágico y lamentable porque aunque se adentraron en la espesura los dos cazadores, solo uno de ellos salió del bosque con vida. El estado en que el hijo del capitán llegó al pueblo, incontables horas después, era lamentable. Aturdido y malherido, solo recordaba que el joven Goroen y él habían sido atacados por una colosal serpiente negra que tenía los ojos cosidos con cordel blanco y oscuras escamas manchadas de sangre. Su inseparable compañero Goroen, en cambio, no había tenido la misma suerte que él. Por supuesto, el hecho de que su hijo no hubiera podido salvar al hermano de Dotem fue un acto de deshonor para el orgulloso capitán Sabrer Brakiem, quien siempre había gozado de gran popularidad en Cliffdavil. Para él, su único hijo había desprestigiado y ultrajado su apellido ante la multitud.

—¿Y qué pasó con el joven Goroen? ¿No lo buscaron? —preguntó Ted con interés, sumergido en aquel fantástico y, a la vez, desafortunado relato.

—Ohhh... sí, sí. Por supuesto que lo buscamos. Per-per persistente e incansablemente; escudriñamos las entrañas de Grimbillel en busca de algún ras-ras rastro del joven Goroen, o en su defecto del oscuro animal que le atacó... pero todo fue en vano. Nunca en-en encontramos el cuerpo del muchacho, ni una simple huella del posible paradero de la bestia.

—Y... ¿no cree usted, señor Codge, que pudiera haber alguna relación entre la desaparición de Goroen, el hermano de Dotem, con las brujas? —cuestionó Ted, pensativo.

—Ohhh... no, no —negó el señor Codge con seguridad—. Los incidentes con las brujas co-co comenzaron mucho después... hará cuestión de un año. Todo lo que le he contado su-su sucedió hace ya mucho tiempo, cuando la tranquilidad y la paz reinaban en estas tierras. Hace ya... exactamente dos años y...

—Y ocho meses —se anticipó el joven Erdese, con una entonación severa, dejando claro que lo había oído todo—. ¡Aceleren el paso que nos estamos retrasando! —añadió, segundos después de borrar de su rostro una entristecida

expresión.

Ted y Todd, cabizbajos y un tanto avergonzados, obedecieron al joven y aceleraron su paso para no retrasar más a los compañeros que les seguían. Pero fue en ese preciso momento, en que el profesor mantenía sus ojos en el suelo reflexionando sobre la reciente información que el señor Codge le había revelado, cuando se quedó perplejo mirando sus atormentados y doloridos pies: entre ellos y sobre una mullida capa de hojas amarillentas vio los restos de lo que parecía ser una manzana. El fruto, del que solo quedaba su corazón, estaba mordisqueado prácticamente en su totalidad. Frunció el ceño mientras miraba los desperdicios. “¡Qué extraño!”, pensó; ya que creía saber a ciencia cierta que los acompañantes del grupo y él mismo no probaban bocado si no se detenían.

Un par de pasos más le bastaron para darse cuenta de que algo no iba bien. Sus torpes pies se toparon con un obstáculo, trastabilló y casi se dio de bruces contra el suelo. De forma casi milagrosa consiguió estabilizarse y, al mirar el objeto que yacía tendido en el suelo, se quedó petrificado.

—No puede ser.... —murmuró con voz desencajada.

—¿Qué sucede, profesor? —preguntó Todd, acercándose a su compañero. Todos los que andaban a sus espaldas se detuvieron y los que marchaban por delante de él se giraron con curiosidad.

—Pues... pues... —balbuceó confuso. Tenía el pensamiento y la mirada en el objeto que yacía en el suelo.

—¿Pues qué?! —exclamó el capitán, perdiendo la calma.

—Pues... hace unos instantes he visto el hueso de un fruto en el suelo...

—¿¿Y?? —preguntó irritado Brakiem, entornando sus ojos.

—...Y que ahora acabo de encontrar los restos de una de las antorchas que habíamos utilizado anteriormente —señaló, mostrando el objeto que se encontraba en el suelo.

Todos dirigieron sus miradas a los pies del profesor. Efectivamente, ahí estaba el objeto en cuestión, prácticamente desintegrado y rodeado de cenizas.

—Está intentando decirnos que caminamos en círculos —expuso el joven Erdese.

El grupo se giró hacia él y después volvieron a clavar sus desencajadas miradas en Ted, deseando fervientemente que este no confirmara la interpretación del joven cazador.

—Exacto —afirmó finalmente Ted, nervioso, temiendo tener que pasar otra noche entre aquellos árboles.

—Es imposible —rebatíó Sabrer Brakiem, negando desesperadamente esa posibilidad.

—No es imposible —aseguró Erdese, alzando la cabeza hacia el cielo con tal de encontrar el sol para ubicarse. No obstante, parecía que las copas de los robles escondían su paradero con insistencia—. Este bosque es confuso y engañoso, oscuro y mentiroso y, por desgracia, ninguno lo conoce bien.

—Pero... hemos caminado en línea recta durante toda la tarde —refutó el joven Masaon, sintiéndose confuso.

—Ahora que lo dice... antes creía haber visto el mismo claro en el que nos hemos detenido a comer —dijo el pescadero, parándose a pensar—. En el momento supuse que me equivocaba... pero puede que realmente lo fuera.

—Y hemos vuelto a ver esas extrañas marcas. ¡Quizás el profesor tenga razón! —añadió Ascare con aires de frustración.

Todos los hombres se miraron entre sí, rindiéndose a la evidencia de que estaban perdidos. Se reflejaba en sus caras la preocupación, pues sus víveres se estaban acabando y la idea de no poder salir de aquel bosque les angustiaba. Aunque encontraran la manera de hacerlo, podría llevarles horas e incluso días.

—No nos alarmemos caballeros... ahora nuestra prioridad ya no son las brujas sino nuestra propia seguridad, eso implica volver sobre nuestros pasos y seguir nuestro periplo hasta encontrar una salida —dijo el capitán, considerando que tal vez lo mejor era deshacer el camino andado—. ¡Vayamos por aquí, caballeros! —propuso con rudeza, cambiando de rumbo.

Los hombres obedecieron y siguieron a su capitán, esta vez con menos ímpetu, pero lo hicieron.

Horas más tarde, cuando los últimos rayos de sol se debilitaron hasta marchitarse y la oscuridad empezó a teñir el corazón del bosque, Sabrer Brakiem comenzó a considerar la teoría que el profesor había planteado. Estaban perdidos. Atrapados. No era normal que no encontraran una vía para poder escapar de Grimbillel. De todos modos, aunque el extranjero estuviera en lo cierto, el arrogante capitán no iba a dar su brazo a torcer con tanta facilidad.

Inquieto, se paró para visualizar el mapa que portaba consigo. Lo tenía en sus manos, desplegado por completo, cuando súbitamente una aterradora y diabólica carcajada rompió el silencio que guardaba el grupo. Fue como un fuerte soplo de viento apagando una vela. El eco de aquella risa aterradora invadió el bosque.

Por instinto, algunos levantaron sus cabezas sobrecojidos, otros se agacharon intentando protegerse. En escasos instantes el pánico hizo presa de todos ellos y, perturbados, empezaron a moverse. Algunos echaron a correr con dirección incierta y tras ellos siguieron otros. En cuestión de segundos, el pelotón formado por trece hombres quedó reducido a seis. Ted hizo un amago de seguir a los hombres que huían corriendo entre la maleza, pero el señor Codge lo agarró por la camisa fuertemente para que se quedara con él. Cuando pudo sobreponerse, a su lado se encontraban el corpulento Vlamik Esfemer, Sabrer Brakiem, el joven Erdese, Dotem y, cómo no, su inseparable compañero Todd.

Una oscura silueta se perfiló entre la densa neblina. Una espectral figura que serpenteó como un fantasma entre las copas de los robles hasta situarse detrás de los hombres. A sus espaldas, montada en una vieja escoba de cerdas desgastadas, los observaba pérfida, como el cazador que mira y acecha a su presa sabiendo que esta no tiene nada que hacer. Las pupilas se dilataron en sus desorbitados ojos, y sus carnosos labios se curvaron hasta revelar una retorcida sonrisa, desdentada y amarillenta.

Sigilosa, se acercó lentamente al profesor Legentrell y le susurró, in crescendo, al oído:

—¡Buuuuuuuh! —un sonido que bastó para crear espanto en el reducido grupo. El profesor y Todd brincaron, sin poder contener un alarido de terror.

Emergiendo de la grisácea humedad, la sombra se elevó rápidamente sobre sus cabezas. Su espectral silueta, enmarcada en la circular claridad de la luna, los dejó paralizados. Su presencia les causó un respeto aterrador. Todas las frases, los diálogos e incluso las negociaciones que habían ensayado e imaginado para cuando llegara ese momento, se habían ido al traste en unos segundos; se desvanecieron como el humo en la incertidumbre del momento.

Ella se mecía y bailaba con el viento, sin dejar de reírse con unas carcajadas que helaban el aire. En su redondeado rostro resaltaban sus ojos negros, grandes y oscuros, que reflejaban la demencia. Llevaba parte del pelo escondido en su capucha, y por los lados caía en tirabuzones sobre su busto. Portaba una capa aterciopelada y una falda ancha y reticular. Acompañaba su andrajoso atuendo con un vaporoso pañuelo que volaba al viento, enredándose en su oscura melena.

—Uno, dos, tres, cuatro... cinco y ¡seis! —contó la mujer.

Los hombres se miraron entre sí. No daban crédito a lo que veían sus ojos. Era una bruja. Era real y estaba delante de ellos, acechándoles con aquella

trastornada mirada.

Durante esos interminables minutos, el profesor, quien apenas se atrevía a respirar, la miraba incrédulo, recordando que hacía tan solo unas semanas se lamentaba de que su vida en Domstrool fuera tan monótona y aburrida. Era imposible explicar todo lo que le estaba pasando por la cabeza en aquel momento, pues la alucinación, la fascinación y el pánico se mezclaban por igual en una espiral de sentimientos dentro de él. Aquel día, en aquella hora y en aquel oscuro momento, entre carcajadas espeluznantes y densos girones de bruma, Ted comenzó a creer en la magia.

—Si uno tiene veinte y hay seis... son ciento veinte —calculó, alterada, la bruja—. ¡¡Ciento veinte uñas para la hermana Barkashy! —gritó emocionada.

—¿Qué quieres de nosotros?! —exclamó Vlamik, con el rostro encendido de pánico. No dejaba de mover enérgicamente la antorcha de un lado a otro, intentando ver algo a través de la oscuridad.

—¿De vosotros? —preguntó altiva, volcando en su pregunta todo el desprecio que pudo acumular.

Giró su cabeza a un lado y acto seguido rió nerviosa, ensanchando su sonrisa hasta dejar ver un revoltijo de dientes desorganizados y mugrientos, como las losas de las tumbas en un cementerio.

—¿No has contestado a su pregunta! —la encaró Sabrer Brakiem, conteniendo la rabia.

—Dilo... antes de que mi lanza cercene tu cuello —imprecó Erdese con una fulminante mirada.

Con indiferencia, la bruja reprimió una carcajada.

—No hay nada en este loco y endiablado mundo que vosotros, miserables muñecos de piel, podáis otorgarme. ¡Nada!

—Entonces... ¡vete! ¡Aléjate de nuestras tierras, atroz criatura, y líbranos de tu locura! —voceó Vlamik Esfemer, con osadía.

Aquellas fueron las últimas palabras que nacieron de la boca del pescador.

—Ossrogo —masculló la bruja entre dientes, intentando dejar claro que, ante ella, cualquier asomo de valentía podía acabar disipándose en la niebla.

Su desorbitada mirada se posó en el rollizo pescadero y este comenzó a toser ásperamente, como si algo se le hubiese quedado atravesado en la garganta. Carraspeó varias veces, sintiendo cómo se le desgarraba la tráquea y, finalmente, escupió algo sólido del tamaño de una nuez. Era el cráneo de un murciélago.

Aterrado, sintió cómo su cuerpo se retorció de nuevo desde sus entrañas.

Volvían las arcadas, y con ellas un dolor insoportable. Se arrodilló en el suelo y comenzó a salivar mientras sentía algo trepar por su gástrico. Uno tras otro, los esqueletos de murciélago emergían de su boca apilándose en un pequeño charco oscuro de cadáveres bañados de sangre.

Vomitó y vomitó, huesos y sangre, sangre y huesos, hasta caer desplomado en el suelo.



Escuchó unos pasos sordos aproximándose a él. Una espectral silueta emergió de la cegadora luz, envuelta en salpicones de espuma gris. Vestía el negro, arrastraba el negro y su estela era negra como una noche sin luna. Se asomó una mano de la túnica. Una mano sin piel, ni músculos, ni venas; solo huesos desnudos. Sus falanges acariciaron el rostro del hombre con dulzura y dos sombras mordisqueadas se desplegaron ante sus ojos, abiertos de par en par. Entonces todo se oscureció.



El grupo, que hasta el momento se había limitado a contemplar aterrorizado la escena, incapaz de hacer nada, corrió para socorrerlo, pero ya era demasiado tarde. Vlamik estaba muerto.

—Eres un monstruo... —susurró Sabrer Brakiem, segundos después de comprobar el pulso de su compañero. Una mirada de rabia llenaba sus ojos.

—¿Monstruo?! ¿Yo?! —bramó eufórica. Un destello de odio relampagueó en sus ojos, y su redondeada faz tembló de irritación— ¡Monstruo tú, puritano hipócrita y moralista! Monstruo tú, insignificante mortal que malgastas todas tus energías en tratar de ocultar tus frívolos pecados y te arrodillas ante la luna en las noches oscuras, y le imploras a tu falsa diosa con falacias y mentiras, con susurros desesperados que nunca llegará a escuchar. Monstruo tú, que vives oprimido bajo la presión de la sociedad que te rodea, encadenado a tus prejuicios y enjaulado entre tus herrumbrosos barrotes de cinismo. Monstruo tú, que te ahogas en tus propios sueños. ¡Vacíos y frustrados! Arañas que trepan por tu cuerpo para carcomerte el alma. Un alma que no alberga

esperanza alguna. Un alma cansada, abatida, que arrastra con grilletes las pesadas penas de tu insignificante y pútrida existencia.

De repente, la lanza de Erdese silbó en el aire en dirección a la bruja. El joven la había arrojado con todas sus fuerzas; pero justo antes de alcanzarla, cuando su afilada y puntiaguda hoja se encontraba a escasos centímetros de su objetivo, ella hinchó los pómulos y simplemente sopló. El arma se detuvo en seco, incluso vibró al hacerlo, y acto seguido su alargada asta de madera se descompuso en miles de pedazos. Una lluvia de astillas flotó en el aire durante unos instantes para después caer sobre la tierra húmeda.

—¡Tened clemencia! —imploró Ted con ojos vidriosos. Tenía las manos manchadas con la sangre de su compañero— ¿Acaso no es suficiente el daño que habéis causado ya? Dejadnos vivir.

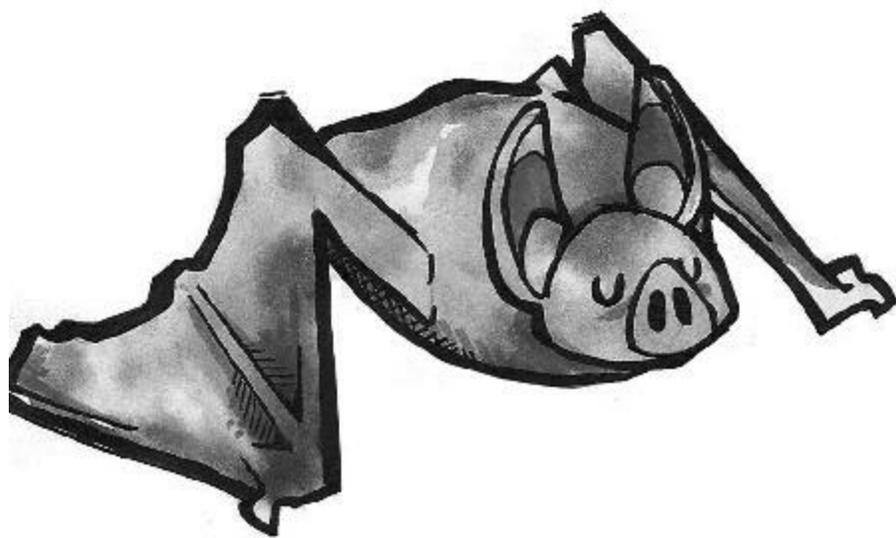
La bruja dejó de reírse repentinamente y clavó su penetrante mirada en él.

—¡Dame una razón para hacerlo, vulgar saco de huesos!

—Yo te daré unas cuantas razones —retronó de pronto una voz entre los árboles.

La bruja giró la cabeza hacia la espesura y los hombres la imitaron.

Entre los girones de niebla se esbozó una sombra. Una silueta difusa que, poco a poco, trazo a trazo, acabó por tornarse en una figura masculina. Era un hombre joven, más bien alto y robusto, que se aproximaba, inexorable, hacia el encuentro. Se llevó la mano a la cabeza y desplazó su larga y castaña melena hacia la nuca. Alzó la cabeza sin dejar de mirar a su oponente, dibujó una sonrisa diabólica y entonces empezó todo.





EVAN DROIDS
Y EL
MURCIÉLAGO ACORRALADO

—¡Veinte más! ¡Veinte más! —exclamó la bruja, rebotando de una trastornada alegría. Descendió con sigilo hasta el suelo, examinando arrogante a su nueva pieza de caza.

Él, cual apuesto caballero salido de una novela antigua, infundía respeto y desprendía seguridad. Era difícil calcular su edad, pero su cuerpo sugería más vivencias de las que se podían intuir a primera vista. Tenía una cicatriz en su brazo derecho y otra más pequeña en el pómulo derecho. Esta última, para algunos desfiguraba en parte su perturbadora belleza, y para otros la acentuaba al darle un aire más rudo a la misteriosa gracia que le envolvía. Lucía una larga melena castaña que se recogía en la nuca. Algunos mechones rebeldes caían sobre sus rasgados y felinos ojos marrones.

Llevó su mano hasta el cinturón y desenfundó una daga. Era un arma pequeña, de hoja estrecha, que se tornó plateada y reluciente al reflejarse en ella la luz de la luna. Alzó la otra mano y señaló a la bruja con su dedo índice. Lo hizo con presunción.

—Aquí me tienes, bruja —la encaró, atrevido e insolente. Lanzó la daga que había empuñado hasta el momento a sus pies, donde se quedó clavada firmemente en la tierra y abrió los brazos, indicándole que estaba preparado para lo que tuviera que ocurrir.

Ella no dejaba de mover los dedos, inquieta. Levantó el único pie que tocaba el suelo y permaneció suspendida en el aire. Abrió la boca de par en par y de su interior emergió un pequeño y, a simple vista, inofensivo animal. Era un murciélago de pelaje gris y diminuto que, tras posarse sobre los labios de la mujer correteó con sus extremidades delanteras hasta situarse sobre el pómulo izquierdo de su rostro.

—¿No tienes miedo? —preguntó ella, con expresión osada.

—Más quisieras —pronunció, blandiendo una insolente sonrisa.

—Uhhh... el saco de huesos no tiene miedo de los murciélagos —se burló.

Encolerizada por la osadía de su rival, la bruja gritó unas poderosas y oscuras palabras que resonaron como si estuvieran en el vacío:

—¡Specu mille alae!

Tras aquel bramido de horror, volvió a abrir la boca, pero esta vez lo hizo aún más ampliamente, de una forma antinatural. Del interior brotó una congregación de aquellos diminutos habitantes de la noche. Cada vez eran más y más los que iban apareciendo, en masa, a millares, oscureciendo el corazón del bosque a medida que se iban concentrando. Finalmente cerró la boca para, instantes después, comenzar a reír alocadamente. Tal vez era una señal, una orden, porque al oírla, la bandada de siniestros mamíferos se abalanzó rápidamente sobre el joven guerrero, como si de una nube grisácea de polvo se tratara.

El hombre llevó las manos a los bolsillos de su ajado chaleco y de cada uno extrajo un objeto diferente. Con la mano izquierda lanzó al cielo, en la dirección en la que se encontraban los murciélagos, un pequeño saco de tela, y con la otra mano deslizó lo que parecía ser una cerilla sobre la piel de su rostro; saltó una chispa y cuando el fósforo prendió, lo lanzó hacia la pequeña bolsa que había arrojado al aire segundos antes. De pronto, cuando ambos objetos se encontraron, una enorme explosión iluminó y retronó en las entrañas del bosque. El olor a pólvora invadió el lugar y los murciélagos huyeron despavoridos, envueltos en llamas.

Aprovechando aquel momento de distracción, la bruja se abalanzó hacia su presa imprimiendo gran velocidad a su escoba. Pero él, que no la había perdido de vista, reaccionó al instante. Flexionó las rodillas, se agachó, se llevó las manos hacia la espalda y extrajo algo de uno de los bolsillos traseros del cinturón. Para asombro de todos, en un ágil y rápido movimiento, el joven giró sobre sí mismo vertiendo al mismo tiempo un polvo blanquecino a sus pies, creando así un círculo perfecto a su alrededor.

Parecía que la bruja iba demasiado rápido como para poder detenerse antes de penetrar en el círculo que había creado su oponente, pero al llegar a él un golpe seco la frenó. Como si una fuerza invisible la agarrara por la espalda fuertemente. Su escoba no tuvo tanta fortuna y debido al impulso que llevaba salió despedida varios metros hacia delante. Entonces, el montaraz agarró con fuerza la oscura chaquetilla que portaba su rival y de esta forma consiguió arrojarla contra el suelo. Cogió la daga que anteriormente había clavado en

tierra y con un rápido y diestro movimiento presionó el cuello de la bruja.

—Un té por favor —susurró ella, acercando su rostro al joven con una expresión enloquecida.

Él apartó su cara con desprecio y con un fugaz movimiento el enfrentamiento concluyó. Se oyó un leve crujido que dio paso a un silencio inquietante. La cabeza de la bruja cayó al suelo y rodó por la alfombra de hojarasca que lo cubría todo, hasta quedar inmóvil boca abajo, enredada en su propia melena. El hombre soltó el cuerpo y, por increíble que pueda parecer, la daga que empuñaba permanecía impoluta, brillante. Casi sin inmutarse, la guardó mientras se levantaba.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡Huid si apreciáis vuestras miserables vidas! —exclamó el desconocido, mientras acomodaba sus guantes entre los dedos. Se giró lentamente hacia el grupo de hombres que habían presenciado atónitos el enfrentamiento, observándole con una expresión desencajada en sus rostros.

—Im-im-im impresionante —tartamudeó Todd, absorto. Miraba la cabeza de la bruja y al joven intermitentemente. No daba crédito a lo que había presenciado.

Pese a no decirlo, todos pensaban lo mismo. La batalla había sido rápida, veloz pero intensa, y aquel joven montaraz no solo se había encargado de ella en cuestión de segundos, sino que lo había hecho con una calma y una facilidad asombrosas.

—Pueden venir más como ella —dijo el misterioso montaraz mientras cogía la cabeza de la víctima. Se dirigió al grupo, o a lo que quedaba de él, acercó la cabeza de la mujer a sus caras y añadió con una sonrisa perfecta—. O peores.

Ellos, asustados, se echaron hacia atrás. La cabeza de la bruja aún guardaba aquella expresión turbada en el rostro.

—Aparte eso de mi cara —dijo con aprensión el profesor, quien en todo momento se había mantenido detrás de su compañero, Todd.

—Ya no puede hacerles nada, está muerta —informó ofreciéndoles la cabeza. La tenía agarrada por su larga y enmarañada melena y la balanceaba en todas direcciones—. Incluso yo estoy muerto, muerto de hambre—añadió con una sonrisa, intentando quitarles el miedo a los hombres y tensión a la situación—. ¿No sabrán por aquí de algún lugar para alojarse y descansar... no?

Aunque las apariencias pueden engañar, lo cierto es que el joven misterioso no despertaba demasiada confianza entre los miembros de la agrupación. La

imagen que transmitía era la de una persona arrogante y engreída, y de sus palabras se desprendía un cierto aire de superioridad. No obstante, los había salvado de una muerte indudable y ningún pensamiento, tanto negativo como positivo, cambiaría ese hecho. Así que tras unas breves deliberaciones y de contrastar opiniones divididas, le ofrecieron que volviera con ellos a Cliffdaviil, donde no solo le recompensarían por su acto, sino donde también podría descansar, alimentarse y abastecerse de provisiones.

—Gracias —sonrió. Extrajo un saco de tela y metió en su interior la cabeza de la bruja. Lo cerró fuertemente y se lo ató al cinturón—. Bueno... deberíamos partir —sugirió.

Acto seguido, se puso a la cabecera del grupo y emprendió la marcha, los demás hicieron amago de seguirle sintiéndose seguros a su lado. Todos, excepto Todd que intentó hacer recapacitar a sus compañeros:

—Pe-pe pero hemos venido al bosque a echar a las brujas de estas tierras. No po-po podemos volver sin llevar a cabo nuestro cometido.

—¿Realmente quieres quedarte más tiempo en este bosque?! —exclamó Dotem.

—Po-po por su-su supuesto que no, pe-pe pero si estamos aquí es por algo —contestó Todd.

El grupo comenzó a debatir apasionadamente entre la amenaza que se cernía sobre Cliffdaviil y los deseos que tenían de abandonar Grimbillel. Posiblemente la mejor idea era desatender su cometido y marcharse del bosque, pues ya apenas si tenían provisiones, estaban cansados y habían pasado suficiente tiempo recluidos entre aquellos robles. También era cierto que habían acabado al menos con una de las brujas y aunque no supieran las consecuencias que podía causar tal acción, eso parecía haber sido un avance para Cliffdaviil, por pequeño que fuera.

—Si ustedes quieren quedarse e ir tras las brujas me parece perfecto, pero no estaré ahí la próxima vez que necesiten ayuda —dijo el cazador, interrumpiendo sus divagaciones.

Despreocupado, el joven montaraz reemprendió su camino y la agrupación, tras intercambiar miradas de desconcierto y cargar el cuerpo del recién fallecido a sus espaldas, corrió tras él a fin de no perderlo de vista y quedarse rezagada.

Mientras avanzaba, el grupo no podía evitar sentir curiosidad por el joven extranjero. Ahora no caminaban uno tras otro, lo hacían agrupados, rodeando a su nuevo líder y formulándole multitud de preguntas. A él no parecía

importarle hablar de su pasado, pero siempre lo hacía de una manera cuidadosa e reservada, midiendo muy bien las palabras que empleaba. Era tajante y rápido, a veces incluso grotesco, pero casi nunca dejaba de sonreír.

Descubrieron que el misterioso montaraz se llamaba Evan Drouds y que llevaba aproximadamente medio año en la isla, tiempo que había dedicado a recorrer gran parte del noroeste de Angra. Evan no reveló los motivos por los que había abandonado su ciudad natal; pero sí la temprana edad en que lo hizo, lo que les permitió saber la edad actual del joven, unos treinta y un años bien exprimidos. También descubrieron que sus padres habían sido asesinados cuando él era tan solo un muchacho. Legentrell intuyó que, tal vez, esa podía haber sido una de las razones por las que se le veía curtido y con tanta experiencia y, por supuesto, una de las razones por la que el chico se había visto obligado a huir de Caels.

—Nunca había oído hablar de dicho lugar —dijo Brakiem, desconfiado.

Este se había mantenido un tanto apartado de la agrupación, mirando al recién llegado con absoluta antipatía y total recelo. Sentía una evidente envidia hacia él, ya que su forma de expresarse, de comportarse, al igual que la seguridad que transmitía, eclipsaban su liderazgo y eso era algo realmente molesto para él.

—Yo sí he oído hablar de Caels, la ciudad del humo. Es una de las ciudades más grandes de Paona —comentó Legentrell, integrándose a la conversación—. Llamada “la ciudad del peligro y de las grandes historias”. Todo el mundo que ha nacido, vivido o que ha transcurrido algún tiempo en ella, siempre tiene grandes hazañas que contar.

—¿Las tiene usted? —preguntó Sabrer Brakiem, intentando sondearle.

—Demasiadas, capitán —respondió con sonrisa burlona. Sabrer Brakiem le regaló una mirada de puro odio.

Ted y Todd se dirigieron una mirada cómplice y rieron para sus adentros, sintiendo que la llegada del joven caeliense sería más divertida de lo esperado.

Evan se paró en seco. Y no fue hasta segundos después, cuando el grupo oyó la razón por la cual el joven caeliense les había hecho detenerse. Eran voces humanas, de varones, y se aproximaban entre la maleza. Una de ellas parecía familiar. Agudizando los oídos y escuchando bien, más de una lo era. ¡Todas lo eran!

—¡Ascare, Masaon! —gritó Erdese y los hombres contestaron.

—¡Jeb, Jummum! —llamó el señor Codge, y los hombres contestaron

también.

Siguieron comunicándose a gritos hasta que lograron encontrarse. Los hombres parecían extenuados, desde que tuvieron la mala fortuna de encontrarse con la bruja no habían dejado de correr: en sus caras aún se reflejaba el miedo que sentían y lo asustados que estaban. Por suerte para ellos, no eran conscientes de todas las vicisitudes que habían ocurrido en su ausencia. Una vez que volvieron a estar todos juntos, Todd y Erdese se encargaron de darles la triste noticia de la muerte del señor Vlamik Esfemer, y de relatar el encuentro con la bruja a sus compañeros. Con palabras grandilocuentes y expresiones exageradas, se explayaron narrándoles con pelos y señales el enfrentamiento entre Evan y la misteriosa mujer. Todos permanecían boquiabiertos y les escuchaban ensimismados, parpadeando apenas. Todos, menos el capitán Brakiem quien, en defensa de su orgullo, no estaba dispuesto a volver a escuchar las heroicas hazañas del recién llegado.

—Caballeros... no quiero pasar ni un segundo más en este maldito bosque —intervino, dando indicios de estar empezando a perder la paciencia—. ¡¿Acaso nadie recuerda que estamos perdidos?!

—¿Perdidos? ¿Cómo? —preguntó Evan, sin denotar preocupación alguna.

—No lo sabemos... —respondió Erdese, con un semblante preocupado— hace horas que vagamos por el bosque. Las sombras, las luces, han empezado a jugar morbosamente con nuestra mente. Solo hemos encontrando los mismos claros, los mismos rincones y... ¡las mismas malditas marcas en los robles!

—¿Qué marcas? —preguntó el caeliense, enarcando las cejas.

—Esas de ahí —indicó Erdese, señalando las pinturas de los árboles.

Aquellas marcas que horas atrás tintineaban con un pálido resplandor en ese momento brillaban fosforescentes en la lejanía, bajo la luz de la luna.

—No habéis estado perdidos. Habéis estado encerrados —reveló misteriosamente el joven.

Segundos después, haciendo alarde de su valentía y con un caminar altivo, se encaminó hacia uno de los robles que se hallaba marcado. Se detuvo frente al dibujo, se inclinó hacia él mirando minuciosamente su diseño y siguió las líneas que lo conformaban con la yema de los dedos.

—¡No! Este no es —dijo de pronto, con fastidio.

Evan se reincorporó y se dirigió hacia otro de los tantos árboles que estaban marcados por aquellas enigmáticas señales. El resto del grupo, que hasta el momento se había limitado a observarlo con curiosidad y no sin cierta incompreensión, decidió seguirlo.

—¡Este tampoco! —gruñó después de escudriñar los secretos que aquella segunda señal guardaba.

Repitió la misma acción en un par de ocasiones más, siempre con el grupo a sus espaldas que le seguía como el rebaño a su pastor, cuando de pronto...

—¡Ajá, aquí estás! —gritó Evan, con una jocosa sonrisa— Te encontré.

El joven cazador sacó la pequeña daga que había usado en su enfrentamiento con la bruja y miró la marca con indiferencia, seguidamente rasgó la corteza del árbol, creando una estrella invertida sobre la marca blanquecina.

—¡Ya está! Ya no estamos encerrados —dijo, blandiendo una pícaro sonrisa.

Todos lo miraron asombrados e intimidados. No podía ser verdad que fuera tan fácil. El joven hizo un ademán para que sus nuevos compañeros cruzaran al otro lado del árbol y estos le obedecieron. Al hacerlo sintieron una sensación extraña en el cuerpo, la misma o parecida a la que Ted y Erdese habían sentido la primera vez que habían cruzado aquellas marcas. Fue entonces cuando ambos se percataron de que no había sido un presentimiento extraño, sino algo más.

—¿Encerrados? —preguntó el profesor, ensimismado, contemplando la pintura que figuraba en el roble.

—Sí... habéis estado encerrados en un hechizo; un bucle de continuidad —afirmó Evan, con total seguridad—. Obligados a repetir una y otra vez el mismo camino hasta sangraros los pies o hasta haceros sangrar los unos a los otros inducidos por la locura y el histerismo.

Ted tragó saliva, sin apartar la mirada de la marca. Pensándolo bien, la hipótesis del joven montaraz estaba exponiendo no era tan descabellada. De hecho, definía muy bien la situación en la que se había encontrado el grupo hasta el momento.

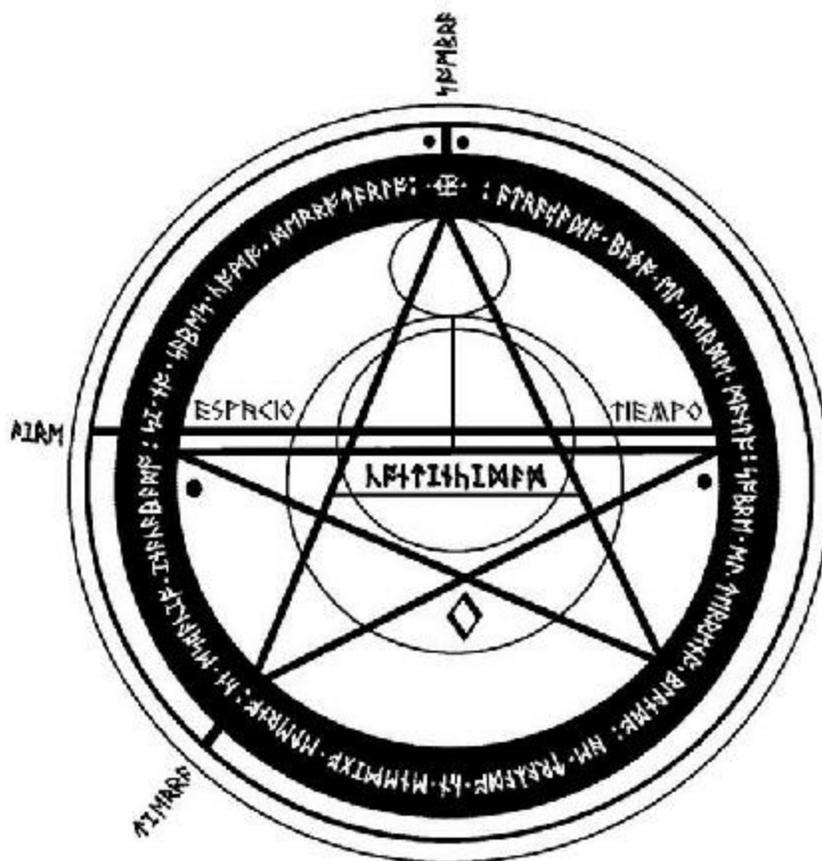
—Y... ¿cómo sabía la manera de romper el encantamiento?

—Por los números rúnicos que hay establecidos en cada una de las marcas —entonces Evan le hizo un gesto para que se acercara aún más al roble. Señaló un pequeño guarismo que yacía escondido en el pentagrama, a la sombra de la estrella.

—Un cero... —susurró Ted mirando el número con curiosidad.

—Exacto. El cero, el número sin valor, o al menos por sí solo. El cero es el punto nulo en una escala numérica, es decir; el punto muerto en una continuidad de cifras. Y también, y depende de cómo se mire, el comienzo.

—Entonces... ¿el resto del pentagrama no sirve para nada? ¿Es simple y pura decoración? —preguntó Ted, curioso.



—No, por supuesto que no —contestó el caeliense—. Mire... ¿Ve este círculo de aquí?

—Sí. ¿El que enmarca la estrella?

—Sí. Esta circunferencia es, por decirlo de alguna manera, el espacio sagrado. Siempre, en la brujería, lo será. El círculo de sal que yo creé durante mi enfrentamiento con la bruja también lo era. Era un espacio sagrado y elegido por mí, creado para que nada pudiera entrar ni salir de él, excepto su creador, es decir, yo.

El profesor entrecerraba los ojos con curiosidad y le escuchaba con atención. A veces incluso movía la cabeza en sentido afirmativo, síntoma de que iba asimilando lo que el joven cazador le iba informando.

—No quiero decir con eso que todas las circunferencias en la brujería signifiquen encarcelamiento, pues no es así. Es más, muchas de ellas son puertas hacia otros mundos, hacia lo divino o hacia lo profano —explicó el caeliense. Sus palabras estaban llenas de misterio para el profesor, pero era ese misterio, esa intriga, lo que hacía que Ted quisiera saber cada vez más—. Si se fija bien, todas las marcas que figuran en los árboles están creando también una hilera, una hilera que si la siguiéramos o la pudiéramos ver desde lo alto, trazaría de igual manera el mismo círculo que el de la marca. Una marca por sí sola, en un árbol, nunca podría encerrarle, pero sí un conjunto de ellas selladas por sus correspondientes runas.

—¿Entiende las runas? —preguntó Ted, impresionado.

—No, muy pocas de ellas. Pero se puede intuir su contenido algunas veces. No siempre.

—¿Cómo?

—Si partimos de la base de que cada una de las puntas de la estrella tiene una naturaleza y un elemento terrenal, se puede vislumbrar el propósito por el cual el pentagrama ha sido diseñado mirando en qué vértice están marcadas o trazadas sus runas. En este, por ejemplo, tan solo hay runas en la punta inferior izquierda, en la superior izquierda y en la superior central. Las dos primeras significan Tierra y Aire. No sé realmente sus conceptos, pero podrían ser lugar y espacio respectivamente. Lugar, porque las marcas realmente están creando un área específica y aire por el espacio que el mismo ocupa.

—Y la punta superior central... ¿qué significa?

—El vértice superior central realmente no significa nada y a la vez lo significa todo. Es la punta espiritual, simboliza lo divino a la vez que lo profano, significa la sombra engendrada por la luz. Una fisura en la claridad, un inciso en la oscuridad —reveló Evan, con una entonación tenebrosa.

El misterio que aquellas palabras encerraban produjo en Ted un miedo aterrador. Por supuesto que deseaba saber más, pero se dio cuenta de que no era el momento de efectuar más preguntas a Evan ya que el grupo reclamaba la presencia de su nuevo guía.

Vagaron por la oscuridad del bosque, entre los robles y los escasos claros que encontraban a su paso, a través de la maleza. Durante la marcha y por lo menos en las dos horas siguientes, se limitaron a recordar con gran angustia y dolor al señor Vlamik Esfemer, cuyo cuerpo cargaban a sus espaldas, y a rememorar los buenos momentos que habían compartido con él a lo largo de sus vidas. También pensaron detenidamente en el modo en que debían de

transmitir la trágica noticia a su esposa, la señora Aianka y al resto de los habitantes del pueblo.

De pronto Evan se detuvo y los demás le imitaron, aun sin saber la razón que motivaba su acción.

—Escuchad —dijo de pronto el joven, bajo la vigilante mirada de Sabrer Brakiem. Alzó la mano y ordenó al grupo que se detuviera, al mismo tiempo les indicó que mantuvieran silencio.

Durante unos segundos permanecieron callados haciendo caso a su guía, entonces oyeron el murmullo del agua. La canción del río. La siguieron hasta llegar al Quermanen, donde la translúcida frialdad de su cuerpo dejaba ver con perfección toda roca, arena e incluso pez que se encontrara inmerso en él.

Todos corrieron como niños hacia el torrente, se detuvieron en la orilla y disfrutaron del frescor de sus aguas durante un buen rato. Utilizaron ese parón para paliar el hambre con las pocas vituallas que aún les quedaban. Si tuvieran que quedarse mucho más tiempo en el bosque por no encontrar la salida, ya no tendrían nada que llevarse a la boca y deberían buscarse la vida cazando o aprovisionándose de los frutos que fueran encontrando por el camino.

—Es lo último que nos quedaba —dijo Jeb con frustración y siguió masticando. A su lado, Ascare se llevó las manos a la barriga deseando no haber oído eso.

—No pasa nada —respondió con seguridad el guía—. Si la ubicación que me habéis dado de vuestro pueblo es correcta, ahora que hemos encontrado el Quermanen, solo hay que ir hacia el sudeste; entonces, siguiendo esa dirección, la salida del bosque estará próxima —anunció.

Los hombres se giraron hacia él al oír aquellas palabras tan esperanzadoras. En el rostro de todos y cada uno de ellos se dibujó la felicidad al saber que aquella misión por fin concluía, y esa idea les dio las fuerzas suficientes para volver a emprender la marcha.

Tuvieron que caminar por lo menos unas cuatro horas más, pero por fin, y tal como había pronosticado el joven caeliense, la agrupación vio los primeros rayos del sol acariciando la bóveda de copas bajas del robledal. La luz poco a poco fue inundando los espacios más recónditos del bosque, anunciando que la espesura iba debilitándose y que dejaban tras de sí la oscuridad del corazón de Grimbillel.





SÚPLICAS DESESPERADAS

—¡Están llegando! ¡Ya están llegando! —anunció con énfasis el joven Sirtio.

Como un caballo desbocado y dando un escandaloso portazo, había entrado en la taberna “Dos Copas” pregonandola esperada llegada de los doce de Cliffdavid y del profesor Legentrell. Los había divisado en las áridas llanuras que separaban el pueblo del bosque y nada más verlos, eufórico, se había apresurado a dar tal emocionante noticia a los lugareños. Sus gritos llegaron a todos los rincones de Cliffdavid.

Tras su abrupta irrupción, todos los presentes se levantaron expectantes, entre ellos la señora Atenia. Dejó las tareas que estaba realizando para acercarse apresurada al joven de la partida de caza. La habitación quedó en silencio, tan solo se oyeron sillas moviéndose, rechinando en el suelo, tazas volviendo a reposar en sus platos y los pasos de la posadera cruzando la amplia sala.

—¿Ya están aquí? —preguntó ella, agarrándolo del hombro.

—Sí, señora Humsoon —contestó él entre jadeos, con la respiración entrecortada.

—¿Están todos?

—No lo sé —dijo fatigado. Jadeaba al hablar—. En la distancia tan solo he podido ver al grupo de hombres cruzando la llanura en dirección al pueblo.

—Vamos —conminó ella a Sirtio y a los que quisieran acompañarla.

Al pequeño grupo que salió de la taberna se le fueron uniendo más y más personas; las que habían escuchado momentos antes el mensaje de Sirtio proclamado a voz en grito y los propietarios de los comercios de la plaza central. Los vecinos se asomaban a las ventanas de las casas alertados por el bullicio creciente, y aunque desconocían la buena nueva y no sabían qué pasaba, decidieron unirse a la multitud.

Estaba empezando un nuevo día, los rayos del sol aún no brillaban con

fuerza pero todo indicaba que lo harían. Apenas había nubes en el cielo y corría un agradable y fresco viento del sur. En la lejanía, la silueta del grupo fue aproximándose más y más. La señora Atenia fue contando inconscientemente los hombres que se aproximaban a Cliffdaviil. Uno, dos, tres... trece.

—¡Están todos! —chilló emocionada.

Aunque trece habían partido de Cliffdaviil y trece habían vuelto, entre los miembros de la agrupación había una cara nueva y desconocida y —antes de que pudieran preguntar por el pescador del pueblo, o incluso antes de ver su cuerpo cargado a las espaldas de Jummum—la entristecida mirada de los componentes del grupo ya les hizo comprender que algo terrible había sucedido. La trágica y dolorosa noticia de la muerte de Vlamik Esfemer se sintió como un jarro de agua fría para los aldeanos y sobre todo para su esposa, la señora Aianka.

Así pues, la tan esperada llegada de los viajeros se convirtió en un agrídulce reencuentro, impregnado de una acre mezcla de sensaciones. Había mucho que celebrar, sí, pero también mucho de lo que lamentarse.

La señora Atenia, quien parecía estar a punto de desmayarse de felicidad, caminó apresurada entre la nutrida muchedumbre, encaminándose a protagonizar un esperado reencuentro con el señor Codge. Una vez frente a él, le lanzó los brazos al cuello, le abrazó con todas sus fuerzas y, por fin, pudo respirar tranquila. Su atribulada expresión se tornó sosegada.

—He temido cada minuto de cada hora por usted. He temido que no volviera —dijo, mientras se apartaba para mirarle a los ojos, los cuales temblaban del mismo modo que su cuerpo—, entonces... también he temido por mí.

Él no contestó, simplemente le sonrió y la rodeó con sus brazos. Aquella sonrisa y aquel afectuoso abrazo substituyeron a todas las palabras que podía haber dicho. Entre Todd Codge y la señora Humsoon había algo perceptible pero tristemente prohibido y, aunque ninguno de los dos hubiera exteriorizado amplia y abiertamente sus sentimientos, era algo que se notaba tan solo con mirarlos, con verlos hablar o, por contra, con observar sus silencios. Parecía que, por el momento, aquellas miradas, aquellas pequeñas muestras de aprecio y aquella preocupación por el bienestar mutuo bastaban y lo que pudiera suceder entre ambos en un futuro sería algo que tan solo el tiempo o ellos mismos decidirían.

Para sorpresa del profesor, muchos vecinos corrieron hacia él para

estrecharle la mano, abrazarle y hacerle saber que estaban contentos de su vuelta. Entre ellos se encontraban el joven Sirtio y Rivrim, el conductor de la calesa que días atrás se encargó de llevarle al pueblo. También se acercó a recibirle el señor Lumbinin, el cocinero de “Dos Copas” con quien ya tenía una pequeña y estrecha relación. De la misma forma obraron los hijos de la señora Atenia; Subeen y Demia Humsoon y algunos otros que Ted no conocía; pero eso no importaba, pues ese sentimiento de alegría y gratitud que reflejaban los rostros de quienes se acercaban a él no tenía precio. Se sintió acogido, agradablemente querido y cobijado, como nunca antes lo había estado. Y porqué mentir: experimentar esa nueva sensación le agradó.

Uno de los últimos en acudir a tan esperado reencuentro fue el señor Emerion Simgrell. Se abrió paso entre la gente y cojeó hasta llegar al centro del círculo que se había formado en torno a los recién llegados.

—¡Jeb! —exclamó al ver a su amigo, al tiempo que le abrazaba enérgicamente—¡Jummum! ¡Qué bien que estéis de vuelta!... Sabrer, ¡bienvenido! —aunque este último fue saludado con menos entusiasmo del prodigado a los dos anteriores.

Fue saludando uno a uno a los hombres hasta llegar al pequeño corro en el que se encontraban Ted, la señora Atenia y el señor Codge.

—Ohhh... ¡Todd! —se apresuró a abrazarle— No sabe cuánto me alegro de su vuelta —le dijo, estrechándole con fuerza las manos. Acto seguido hizo lo mismo con el profesor Legentrell.

—Y bueno... ¿cómo ha ido? —preguntó un vecino.

—Detalles, detalles —exigió otro, ansioso.

Todos, intrigados por el desarrollo del periplo, miraban a los hombres, expectantes, mientras estos comenzaron a narrarles atropelladamente los peligros y anécdotas acontecidos durante su travesía. Cada uno lo hacía a su manera y desde su punto de vista, explayándose en lo que más le había impresionado. La emoción les impedía explicarse bien y las palabras de unos y otros, hablando a la vez, hacían casi imposible comprenderlos y seguir el hilo de sus aventuras.

—Y... ¿habéis visto brujas? —Tilli, la panadera, hizo la pregunta que todos tenían en mente.

—¡¡Y tanto que hemos visto brujas!! —contestó Erdese.

—¡¡Miren lo que hemos traído con nosotros!! —gritó Jummum al tiempo que se giraba en dirección al joven Evan Drouds.

Este agarró el saco de tela que había portado todo el camino, lo abrió con

vigor, sacó el victorioso trofeo de su interior y lo alzó para que todos lo vieran bien.

Como era de esperar, nadie permaneció indiferente ante la enloquecida y desencajada expresión que aún guardaba el rostro de la bruja. Se oyó algún grito ahogado entre los vecinos, pero la mayoría prorrumpió en una oleada de chillidos y silbidos de alegría y euforia.

La cara del señor Simgrell, sin embargo, cambió radicalmente al ver la degollada cabeza de la bruja. Se puso blanca como la leche y su cuerpo se puso tenso como la cuerda de un violín. Se frotó nerviosamente la barbilla y, segundos después, la frente. Intentó sonreír, pero lo cierto es que aún con aquella falsa mueca en el rostro se percibía un cierto ademán de desconcierto y desazón. Parecía confundido, incluso aturdido.

El profesor Legentrell, siempre atento a todo cuanto le rodeaba, pudo percatarse de aquella extraña reacción por parte del alcalde. Posiblemente fue el único que se percató de tan inusitada reacción, pues el gentío que rodeaba la cabeza de la mujer gritaba y rugía de emoción.

—Pero... ¿cómo sucedió? —preguntó Sirtio.

—Este joven nos salvó del ataque de la bruja —explicó Erdese, señalando a Evan, haciendo que todas las miradas se clavaran en él.

El caeliense se limitó a saludar tímidamente. Los vecinos le aclamaron con un estruendoso grito mientras el señor Simgrell se acercaba a él. Le estrechó la mano con cortesía.

—Infinitas gracias por ayudar a estos hombres en tan tortuosa misión —gratificó Emerion, con el tono más sereno que logró adoptar—. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Evan, Evan Drouds —contestó él—. Y no tiene porqué agradecermelo, fue una casualidad—sonrió.

—¿Cree usted en las casualidades, joven? —preguntó Emerion, mirándole sombrío. Evan le sostuvo la mirada con dureza durante largos segundos.

—Por supuesto, señor... vivo de ellas —respondió instantes después Evan, y volvió a sonreír con cierta picardía—. Sin ellas, la vida no sería más que un pergamino desganado e insustancial. A veces tiene que caer una inesperada gota de tinta en el incompleto relato para que este tenga sentido y no esté carente de gracia. Incluso, a veces, tiene que derramarse el tintero entero sobre él.

Emerion entrecerró los ojos y se limitó a dedicarle una sonrisa tensa.

Ted, quien ya sostenía con absoluta certeza que el alcalde de Cliffdaviil

escondía algo, no podía apartar la vista de él. No obstante, se dio cuenta de que no era el único que había sentido algo extraño en aquella insólita situación, pues su mirada y la del señor Codge se encontraron y se entendieron sin pronunciar palabra alguna.

—¡Necios! ¡Insensatos! —retronó inesperadamente una oscura voz entre la muchedumbre— ¡Insensatos todos! ¡Habéis traído el mal a estas bondadosas tierras!

Un hombre misterioso, de una delgadez preocupante y de facciones enfermizas, se abrió paso entre los asistentes. Su piel casi amarillenta se ocultaba bajo una túnica negra que ensombrecía su cadavérico rostro.

—¿Quién es ese hombre, señor Codge? —preguntó Ted, mientras le daba un suave golpe en el brazo a su compañero, para llamar su atención.

—Nadie en re-re realidad... se llama Cluidus, no pertenece al pueblo. Es un predicador, un propagandista que va de pueblo en pueblo del archipiélago augurando catástrofes. Nadie cree en él, ni nadie quiere tener nada que ver con él.

—Ya veo... —susurró el profesor.

Ted siguió observándolo durante largos minutos. No podía apartar la vista de tan enigmático personaje.

—¡Largo tiempo atrás les advertí a todos y cada uno de ustedes y nadie me escuchó! —bramó el predicador.

—¿Y qué te hace pensar que lo haremos ahora? —preguntó con burla el capitán Sabrer Brakiem, todos los ahí presentes rieron y se mofaron de Cluidus y de sus siempre apocalípticas predicciones.

—¡Deberíais! —exclamó alzando sus huesudas manos y mirando con horror los rostros de los daviles y davilas que le rodeaban— ¡Deberíais temer a lo que está por venir!

—Ilústrenos. ¿Por qué ahora que nuestros hombres han vuelto y que tenemos tanto que celebrar, deberíamos acobardarnos y aferrarnos a nuestros miedos? —preguntó Jumum, y aunque sus palabras eran tan ofensivas y sarcásticas como las de Sabrer, sonaron con un poco más de tacto y respeto que las del capitán.

—¡Porqué el día está próximo!—proclamó Cluidus, retirando la negra capucha que cubría su rostro y dejando al descubierto su alargada y cadavérica faz— Esa cabeza es el eco de la tormenta. —Una tormenta que se fraguó tiempo ha. Dos nubes negras, escindidas por el odio, finalmente se encontrarán. Plomo contra plomo. El pueblo se tambaleará. Y solo cuando

veáis aguaceros de sangre abatirse sobre vuestros pálidos rostros, sabréis que el día ha llegado. ¡El día de las cenizas y el polvo! El día de la visita del mal.

—Re-re relájese, buen hombre... —intervino el señor Codge, intentando tranquilizarle.

—¡Trayendo aquí a este monstruo no habéis hecho más que mover las manecillas del reloj! —gritó enajenado Cluidus, con una entonación cercana a la locura— ¡No diré más!

—¡Mejor! —contestó Sabrer Brakiem alzando su ruda voz, y todos le aplaudieron.

—¡La hora se acerca, estáis todos advertidos! —sentenció Cluidus gritando para que todos pudieran oírle.

Con aquellas amenazantes palabras, Cluidus se giró y abandonó el lugar rápidamente, seguido de una avalancha de ofensas y de agravios por parte de los aldeanos que no cejaron en su empeño de insultarle hasta que le perdieron de vista.

—Olvidemos las hoscas palabras de nuestro siempre malhumorado señor Cluidus —dijo Emerion Simgrell, intentando quitarle importancia a aquella intromisión—. Y lo mejor será dar por finalizado este merecido y tan esperado recibimiento. Dejemos que nuestros héroes vayan a descansar.

—¡Y a comer! —exclamaron Jummum y Jeb, casi al unísono.

Todos irrumpieron en unas contagiosas carcajadas que hicieron olvidar rápidamente las palabras de Cluidus.

—Esta noche, para celebrar vuestra tan esperada vuelta, ¡Cliffdavid se vestirá de conmemoración! —exclamó Emerion.

Las palabras del alcalde dieron paso a un estallido de vítores y aplausos. Los hombres que habían formado parte de la expedición se marcharon del lugar, junto a sus más allegados. Necesitaban asearse, reponer fuerzas y descansar. Lo tenían bien merecido.

La taberna seguía tan vacía como la había dejado Atenia para ir en busca de los viajeros, pero poco a poco fue llenándose de vecinos y de algunos de los huéspedes de la posada, quienes ya bajaban al comedor con ganas de almorzar. Claro está que por más hambre que tuvieran los huéspedes, esta no podía compararse con la necesidad que sentían Ted, Todd y el joven Evan de comer algo consistente, pues los últimos alimentos ingeridos habían sido bastante escasos. Se apresuraron a tomar asiento y, aproximadamente media hora después, ya estaban deleitándose con unas sabrosas raciones de carne de cerdo guisadas en una succulenta salsa de setas. Apenas intercambiaron palabra

durante toda la comida. De hecho, prácticamente no levantaron las narices de sus platos hasta no haber culminado con aquel rico manjar.

—Espero que hayan disfrutado de la comida, caballeros —dijo Atenia, tendiendo una taza de Grum caliente al profesor.

Se despidió del trío y volvió a sus tareas. Mientras se alejaba de la mesa, Todd la miraba con cara embobada. Una expresión que no se borró de su redondeado rostro hasta que la mujer cruzó la puerta del comedor y se perdió en la penumbra de la recepción.

—Es usted muy caballeroso con la posadera —apreció el caeliense con picardía, lanzándole una mirada de complicidad—. ¿Por qué no se dejan ya de rodeos... y dan rienda suelta a sus sentimientos? —preguntó.

—Oh...oh, no. ¡No! ¡Por la diosa del principio! Yo-yo yo no podría —tartamudeó Todd completamente ruborizado. Enrojeció intensamente, percatándose de que las atrevidas palabras de Evan le habían puesto nervioso.

—¿Por qué señor Todd? —indagó el joven.

—La-la la señora guarda lu-lu luto por su marido. Ella era la esposa del señor Humsoon, la pri-pri primera de tantas víctimas en el pueblo. Cuando su marido desapareció ella se quedó a car-car cargo de la posada con la ayuda de sus hijos.

—Interesante... —musitó Evan llevándose la mano a la barbilla— ¿Y cuándo sucedieron esos luctuosos hechos?

—Pu... pues hará ya casi un año —respondió el señor Codge a la vez que buscaba en su cabeza una fecha exacta de los trágicos acontecimientos—. El-el el señor Humsoon era muy conocido en Cliffdaviil, fue una pérdida muy do-do dolorosa para todos. La primera de muchas.

Todd bajó la mirada.

—Y, según ustedes, son las brujas las culpables de tales desapariciones ¿no? —preguntó el caeliense, intrigado.

—Pu-pu pues... sí... ellas han sido las causantes de atroces y espantosos crí-crí crímenes en este pueblo —afirmó Todd con total seguridad.

—Es extraño... —murmuró el caeliense.

—¿Extraño? ¿Qué hay de-de de extraño en ello? —preguntó Todd, confuso.

—Pues que las brujas no suelen acercarse a la civilización. Ellas nos odian, no les gustamos. ¡Nos repudian! Para ellas somos simples sacos de huesos que prefieren ignorar y evitar. Supongo que si lo han hecho...tendrán sus motivos —expuso Evan, con una entonación sombría.

Con esas palabras, el joven extranjero se despidió de Ted y Todd, y se

dirigió a la recepción con tal de hablar con la señora Atenia y solicitarle una habitación en la que poder alojarse. El señor Codge quedó perplejo, no esperaba aquella respuesta. Ni él, ni el profesor Ted Legentrell, quien se había mantenido ajeno, apurando su taza de Grum, pero siguiendo discretamente el hilo de la conversación. Ambos se miraron extrañados, intercambiando muecas de confusión. Apresuradamente, y aprovechando la ausencia del montaraz, el señor Codge acercó su silla a la mesa y se inclinó hacia el profesor.

—Us-us-usted también lo ha visto, ¿verdad? —preguntó bruscamente, como si hiciera largo rato que aquella pregunta pugnaba por abandonar su boca.

—Por supuesto. Ya le intenté decir yo en el bosque de Grimbill el que el señor Emerion escondía algo —respondió Ted con aires de satisfacción —“¡Por fin alguien se ha dado cuenta!”, pensó.

—Te-te tenía usted razón —reconoció Todd abatido. Le vino a la cabeza la desencajada mueca que se le dibujó a Emerion en su rostro al ver la cabeza de la bruja—. ¡Se le tensó la cara! Un indicio claro de que aquello parecía no entrar en sus planes.

—Por no hablar de la manera de dirigirse a Evan. Su comportamiento con el joven caeliense, dadas las circunstancias, no fue demasiado agradable que digamos —agregó Ted.

El señor Codge resopló.

—¡N-n no quise es-es escucharle... y estaba usted en lo cierto! —pronunció Todd nervioso, golpeándose la frente con la palma de la mano.

—¡Oh, Todd! No se fustigue —le cogió la mano, evitando que siguiera golpeándose compulsivamente.

Pero el señor Codge no podía evitar sentirse frustrado. Todos los acontecimientos sucedidos le estaban haciendo dudar de demasiadas cosas, entre ellas, de la bondad del señor del pueblo. Una persona en la que siempre había depositado su confianza y que ahora había pasado a ser un completo desconocido para él.

—Pe-pe pero... ¿qué pu- pu puede esconder el señor Simgrell? —preguntó Todd, intranquilo.

—No me atrevería a contestarle a eso ni aunque pudiera. No obstante, sea lo que sea lo que el señor Emerion Simgrell esconde, lo descorcharemos— aseguró el profesor, acariciándose su afilado bigote cuidado con primor—. Esta noche, cuando caiga el sol y cuando la plaza central se vista de celebración, debemos ser avisados, señor Codge, y tenemos que estar muy

atentos a todo cuanto Emerion diga —planteó—. Y a todo cuanto no.

Acordaron que centrarían toda su atención en el sospechoso. Para ello tenían que ser astutos y no levantar sospechas en el alcalde del pueblo ni tampoco en su sirvienta, la señora Memi. Y, sobre todo, debían tener sus reflejos y sus sentidos al cien por cien y no bajar la guardia.

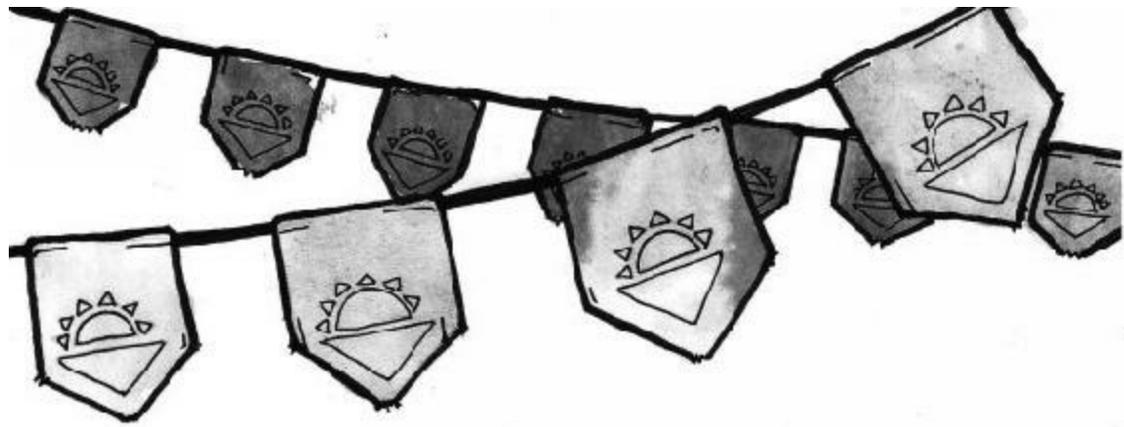
—¡Extrañaré estas infusiones! —murmuró Ted, recordando que su partida era inminente. Sorbió las últimas gotas que quedaban de Grum, dejó la taza sobre la mesa y se despidió del señor Codge.

Ted subió las escaleras y recorrió el pasillo hasta la puerta de su habitación, la abrió y entró. Todo lo que ocurrió entonces sucedió muy deprisa, en cuestión de segundos, y descuartizó el aliento del profesor durante un instante. Un fugaz instante que pareció hacerse eterno.

Advirtió, por el rabillo del ojo, que sobre el alféizar de la ventana había una oscura sombra acechándole. Giró rápidamente su temblorosa mirada en aquella dirección y descubrió a un escuálido gato negro que tenía su afilada mirada puesta en él. Sus amarillentos ojos se clavaron en los suyos como dos estacas. Lo miró durante unos segundos, observando en su esquelético rostro una expresión desesperada y atormentada. Sus pupilas se estrecharon velozmente hasta parecer dos agujas de coser. El gato se erizó, esgrimió un maullido nervioso y saltó por la ventana.

Segundos después, aún con la respiración entrecortada, el profesor echó un vistazo a su alrededor. Sobrecogido, se vio rodeado de un sinnúmero de marcas. Había frenéticos zarpazos mirando donde mirara. Arañazos en los muebles, en el suelo y en las paredes. Se quedó petrificado observando atentamente aquellos rasguños, entre los cuales se podía claramente leer la palabra «**AYUDA**» desgarrada en la fría piedra.

Una desesperada llamada de auxilio que Ted no llegaría a comprender hasta días después, cuando ya fuera demasiado tarde.



CELEBRACION EN CLIFFDAVIL

Eran exactamente las siete y cincuenta y nueve de la tarde y las pesadas agujas del gran reloj de la torre no tardarían en saltar al ocho.

Entre los acantilados había empezado a esconderse tímidamente el sol y sus últimos rayos se asomaban por la ventana de Ted, acariciando débilmente los arañazos y zarpazos que había, rasgados, en la pared. El profesor, que había pasado prácticamente toda la mañana y la mayor parte de la tarde sentado en la cama con la mirada extraviada en dichas marcas, las observaba comenzando a coleccionar preguntas en su mente. Aunque hubiera pasado tantas horas preguntándose qué significaban, no les había hecho conocedores ni a la posadera ni al señor Codge de las mismas.

Tampoco había acudido al entierro de Vlamik Esfemer, que había tenido su ceremonia hacía escasas horas. Había visto al pueblo enlutarse de negro. Había visto al cortejo fúnebre marchar calle arriba en dirección al cementerio. Y había oído las bonitas elegías que le habían dedicado. Pero todo ello había llegado a él atenuado y borroso, tras los cristales embarrados de las ventanas de su habitación.

A Ted nunca le habían gustado los entierros. No desde que falleció su madre cuando él apenas tenía seis años. Había transcurrido toda una vida desde aquella inhumación, pero aún así, Ted seguía escapando de aquel trágico recuerdo. A veces aún zumbaba en sus oídos el llanto de los deudos. A veces, aún cerraba los ojos y veía la cárcava y el féretro.

Se acercó a la ventana y miró al este sobre el alféizar, dejándose sorprender con el ocaso de aquel día. Las estrellas se fueron encendiendo una a una en el cielo, mientras el cian se teñía de negro. Desde su posición también podía ver cómo la plaza central, abarrotada de gente, era un hervidero de personas en movimiento preparando la celebración, estaban engalanando el lugar tal y

como se merecía la ocasión.

El trabajo era frenético. Varios hombres estaban sacando las enormes y rectangulares mesas de la taberna “Dos Copas”, entre ellos Ted pudo distinguir a Jeb Froom y a Datre. También estaban Dotem y Masaon encargándose de encender antorchas, se las entregaban a su compañero Sirtio que las iba repartiendo por toda la plaza. La cálida luz que proporcionaban fue adueñándose de todas las esquinas del lugar. Todos los habitantes de Cliffdaviil parecían estar aportando su granito de arena para que la noche fuera toda una celebración y solo algunos de ellos, como Weim y Nufriem ya habían empezado a disfrutarla.

Ted se vistió con celeridad; se puso una camisa blanca, unos pantalones marrones y, mientras deslizaba su vieja corbata verde alrededor del cuello, no podía dejar de contemplar las profundas marcas rasgadas en la pared. Sacudió la cabeza, arrinconando a un lado todos esos oscuros pensamientos que acudían a su mente y se sorprendió a sí mismo interponiendo la alegría y la ilusión de los habitantes de Cliffdaviil a sus propios temores y reflexiones. Era un día de celebraciones y no quería aguar ninguna fiesta, ni transmitir a los habitantes de Cliffdaviil los miedos que anidaban en su cabeza. Debía hacer a un lado su desasosiego, pues estaba llegando la noche al pueblo y con ella llegaría también el olor a Sheemam.

—¿Os ayudo? —preguntó amablemente Ted.

En la recepción estaban Atenia y sus hijos, los tres iban de aquí para allá con grandes bandejas de comida y, aunque estuvieran tapadas, el aroma que desprendían era tan intenso que inundaba la posada.

—¡Ahhh... ya se ha despertado! —dijo la mujer— No, no, no... acompáñeme. Acompáñeme.

Casi a empujones, Atenia condujo a Ted hacia la puerta de la posada, donde le invitó a salir antes que ella. Juntos bajaron la cuesta de la calle principal hasta llegar a la plaza que ya estaba finalmente decorada y lista para el disfrute.

Habían colocado un despliegue de cuerdas con banderolas que pendían desde los balcones y ventanas de las casas que rodeaban el lugar y que convergían en un gran mástil, coronado por el estandarte de Cliffdaviil que habían situado junto a la fuente, formando una gran carpa.

En la bandera de Cliffdaviil se podía ver un triángulo con su vértice mayor señalando hacia abajo y, sobre él, la figura del sol naciente rodeado por seis triángulos equidistantes que representaban los rayos solares. Era una imagen

simbólica para el pueblo y también para sus iguales de Angra, pues Cliffdaviil era uno de los primeros pueblos en los que se veía el amanecer. Desde sus acantilados era todo un espectáculo observar la salida del sol en el mar y a los habitantes de Cliffdaviil les llenaba de orgullo esta abrumadora visión. Los colores de dicha bandera eran todos de tonalidades cálidas, amarillos y naranjas se mezclaban en la tela sobre un básico fondo granate. Los integrantes de la partida de caza habían utilizado los colores de la bandera para su vestuario, distintivo, inequívoco, de su origen.

La fuente central de la plaza estaba circundada por las mesas rectangulares que habían sacado del comedor de “Dos Copas”, aunque algunos vecinos habían tenido que aportar más mesas y sillas, pues únicamente las de la taberna no bastaban para dar cabida a todos los que querían asistir a la celebración de esa noche.

Poco a poco las mesas se iban llenando de ricos manjares, de platos típicos del pueblo. Algunos basados en recetas tradicionales de Cliffdaviil y otros de los pueblos insulares cercanos, como “el cordero a la Fel” proveniente de Felasu o “la trucha marinada” de Serize. También había grandes bandejas de embutidos de la región que complementaban a los deliciosos guisos y un largo abanico de toda clase de quesos y fiambres. Y cómo no, cada mesa estaba bien provista de dos barriles llenos de Sheemam, cortesía de la taberna “Dos Copas”. Los lugareños de Cliffdaviil, y algún que otro forastero, no podían imaginar que faltara su bebida favorita en los acontecimientos y celebraciones importantes.

Todos los habitantes de Cliffdaviil, sin excepción alguna, se encontraban ya en ese momento reunidos en la plaza del comercio, disfrutando de esos ricos manjares y brindando con entusiasmo. Entre el nutrido gentío había un sinfín de caras conocidas y otras no tanto para Ted Legentrell, que se había sentado donde le habían indicado, en una de las mesas centrales junto a Atenia, Evan, y el señor Codge. Presidiendo la mesa, al lado Todd, se encontraba el señor Emerion Simgrell, quien se había vestido con su mejor traje para la ocasión. Le acompañaba, cómo no, su sirvienta Memi.

Fieles a su palabra, Todd y el profesor, no dejaron en ningún momento de observar discretamente a su sospechoso; pero, por lo visto, Emerion estaba poco comunicativo aquella noche. De hecho, su comportamiento resultaba más misterioso de lo habitual. Estaba ausente, exánime y tenía la mirada, vaga y abstraída, extraviada en la plétora de bandejas humeantes que se extendían sobre la mesa. Apenas cruzó miradas con nadie, ni intercambió demasiadas

palabras durante toda la festividad; no al menos hasta horas después...

Habían colgado la cabeza de la bruja a modo de trofeo en lo alto de un palo próximo a una de las tres hogueras que habían encendido. Las vigorosas llamas, aparte de aclarar y caldear el lugar, iluminaban el rostro decapitado desde el suelo, de un modo fantasmagórico. Los niños más pequeños, que estaban tan agitados que se habían olvidado de comer, jugaban cerca de las lumbres. Habían hecho un muñeco con trapos y madera y también una vieja escoba e imitaban a Evan degollando a la bruja y proclamándose héroes de la batalla.

No muy lejos, las más jóvenes y las ya no tanto, pero casaderas aún, no dejaban de observar al joven caeliense. A medida que transcurría la noche habían tomado posiciones lo más cerca posible de él y, ya fuera con miradas, risas, comentarios mordaces o alusiones a su persona, estaba claro que lo idolatraban; algunas incluso lo deseaban. Entre ellas se encontraba la hija de Atenia, Demia, que aunque lo hiciera de una forma más disimulada y vergonzosa, se notaba a la legua quién era el destinatario de sus prolongados suspiros.

De fondo se escuchaba a la banda de Cliffdaviil, quienes se habían encargado de enriquecer la noche con canciones, juegos y danzas. Se habían instalado frente a la torre del reloj y, en esos momentos, entonaban unas bonitas estrofas en homenaje a los viajeros, que decían así:

“Oscura la noche cual oscura el alma del bosque.

Los doce de Cliffdaviil y dos más,

bajo espesas bóvedas de robles.

¡El Quermanen nos sabrá guiar!

Fuerte es la determinación del hombre.

Caminar, caminar... ¡Ni un momento descansar!

Oscura la noche cual oscura el alma del bosque.

Los doce de Cliffdaviil y dos más.

Atravesando hojas teñidas de cobre;

atravesándolas sin mirar atrás.

Buscando dónde las brujas se esconden.

Caminar, caminar... ¡Cantar y caminar!”

Cuando la Sheemam ya había hecho su efecto y cuando casi toda la comida de las mesas ya se había acabado y tan solo quedaban los restos, la gente formó un círculo en torno a Erdese, que se hallaba sentado junto a la fuente y que relataba con grandes aspavientos cómo Evan, a quien ya le habían

otorgado el sobrenombre de “el cazabrujas”, había decapitado a la bruja en menos de tres minutos. En sus labios, el desarrollo de la contienda asumía unas proporciones épicas. Era todo un espectáculo observarle, y cada vez fueron más los vecinos que se aproximaron al grupo para escuchar el relato.

—¡Zas! —exclamó el joven de la partida de caza, recreando la escena de acción junto al señor Codge.

Todd hizo una mueca desencajada, intentando imitar la expresión de la bruja, y todos los presentes rompieron en risas y estruendosos aplausos.

—Y si vuelven a aparecer por aquí... ¡les sucederá lo mismo que a su compañera! —gritó Ascare, el barbero.

—¿Y si... ellas se enfadan por haber matado a una de las suyas y vuelven con sed de venganza? —planteó de pronto Demia, con voz temblorosa.

Erdese dejó de representar inmediatamente la contienda con la bruja y observó cómo la alegría que reinaba en el ambiente hasta el momento quedaba en suspenso durante largos minutos. Una inquietud aterradora invadió a todos los allí presentes, que se giraron hacia la joven que había puesto en voz propia el pensamiento de muchos de los allí congregados. Demia, que estaba situada al fondo de la nutrida muchedumbre, mirando la cabeza de la bruja, se sintió observada e intimidada pues sus palabras habían logrado, sin ella proponérselo, que toda la atención recayera en su persona.

—¡Les daremos de beber de nuestra valentía! —imprecó Brakiem interrumpiendo aquel inquietante silencio.

—¡Al menos ahora esas brujas sabrán de lo que somos capaces! —gritó Jummum, y le dio un generoso trago a su Sheemam.

El pueblo rugió victorioso y muchos de los vecinos aplaudieron con ganas las palabras de Jummum y del capitán.

El tiempo pasa más rápido cuando la gente lo está disfrutando. La plaza había sido el escenario de una gran celebración, pero había llegado la hora en la que muchos de los asistentes comenzaban a abandonarla. La mayoría eran mujeres con sus hijos pequeños, y también hombres de avanzada edad. Entre ellos el señor Simgrell.

—Damas, caballeros... saber envejecer es de sabios. Y una persona sabia sabe cuándo retirarse —dijo el alcalde mirando al resto de los comensales. Fue la frase más lúcida que salió de su boca aquella noche. Se incorporó de la mesa con ayuda de su bastón y acto seguido lo hizo su sirvienta Memi—. Disfruten lo que queda de la velada.

Se despidió del grupo y después del resto de los presentes de una manera

menos discreta:

—Señores, señoras... ¡que esta velada termine tal y como ha comenzado! ¡Con una sonrisa franqueando nuestras caras y una jarra de Sheemam apuntando a la luna! —proclamó, señalando con su bastón hacia el cielo.

El pueblo le aclamó. Se oyeron gritos ensordecedores, petardos y una ronda de aplausos interminable. La algarabía se acrecentó aún más tras la despedida del alcalde.

Antes de abandonar la plaza, el señor Emerion se abrió paso entre la alterada muchedumbre y se desplazó costosamente hacia el otro extremo de la mesa, donde se encontraba el caeliense. Tras numerosos “Disculpe” y “Con permiso” llegó hasta el montaraz, se inclinó ligeramente y se dirigió a él:

—Joven, mañana al mediodía me gustaría reunirme contigo —le dijo por debajo del barullo de la gente, con voz susurrante.

—Por supuesto —contestó jovialmente Evan, sin levantar la vista de su jarra de Sheemam—será todo un placer visitar su humilde morada.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar —insistió, y forzó una sonrisa.

—Bastantes —respondió el joven, ufano, sonriendo a la vez.

Desde sus puestos, e intercambiando miradas cómplices, el profesor Legentrell y el señor Codge observaron a ambos durante largos minutos, dudando de las intenciones de su encuentro, y preguntándose cuál debía ser la causa real de la cita. Quizás el señor del pueblo quería agradecer al joven su valerosa hazaña. Quizás quería recompensarle en la medida de sus posibilidades.

Quizás, y ensombreciendo aún más las intenciones del alcalde, detrás de aquella discreta invitación se escondían las respuestas a todas las dudas que Ted y Todd habían comenzado a atesorar. ¡Quién sabe! Pero, de cualquier manera, ellos debían ingeniárselas de algún modo para acabar siendo partícipes de aquella reunión.

Horas más tarde, cuando el fuego de las hogueras parpadeaba casi extinto, la noche había avanzado lo suficiente como para que la celebración empezara a decaer y algunos vecinos empezaron a desvariar debido a la gran cantidad de Sheemam ingerida, el señor Legentrell decidió abandonar la plaza.

Tras una educada inclinación de sombrero, el profesor se despidió de los presentes y ascendió por las calles desiertas de Cliffdaviil. No podía dejar de pensar en las palabras de la joven Demia. Él coincidía plenamente con la opinión de la hija de la posadera, pues las brujas podían buscar venganza, seguramente lo harían, y aunque resultara abrumadoramente vergonzoso, Ted

no quería estar por ahí cuando eso ocurriera. Era consciente de que cada vez quedaba menos para su partida, para su regreso a su amada y añorada Domstrool... exactamente dos días.

Y mientras ascendía por la calle principal meditando sobre los altercados de los días precedentes y ponderando las posibles consecuencias que estos podrían acarrear al pueblo, una misteriosa lechuza, de una albura immaculada, batía sus plateadas alas sobre su cabeza, con sus amarillentos ojos clavados en él.



PARTE II

LOS ENAMORADOS





UNA VISITA INESPERADA

Mientras en las atildadas calles de Cliffdavid seguía la fiesta y la Sheemam continuaba derramándose cual río caudaloso por el suelo empedrado, un hombre solitario, serio y preocupado, estaba sentado en su viejo sillón, dando ininterrumpidas caladas a su vieja pipa de nogal. El humo brotaba de sus arrugados labios dibujando densas formas ascendentes que trepaban hacia la lámpara de araña que pendía del techo, imitando una tupida tormenta de invierno.

Muchas eran las preocupaciones de aquel hombre, las inquietudes que le atormentaban día y noche manteniéndole insomne, y que se perdían en algún lugar de aquella habitación, entre la humareda y la oscuridad.

Inesperadamente, y sin ser invitado, el furioso viento de la noche golpeó con fuerza los ventanales de la morada y un aire gélido invadió el gran salón. El crujir de la madera de una de las ventanas, abriéndose lentamente, hizo al hombre abandonar sus sofocantes reflexiones, incitándole a alzar la cabeza hacia la penumbra. Sus ojos se abrieron de par en par, desorbitados, como si hubieran vislumbrado la aterradora figura de un fantasma acercándose hacia él, o incluso algo aún peor...

Pese a ser escasa, la luz de la noche dibujó una imponente figura femenina que, erguida en todo su esplendor, apareció repentinamente sentada en el sillón contiguo al del hombre.

Era una mujer enigmática y elegante, de rostro rígido. Sonreía con osadía y seguridad. Su sonrisa, una sonrisa que el señor Emerion Simgrell no pudo dejar de mirar y que en cierto modo parecía malévola y retorcida, le abarcaba todo el rostro, carnosa y teñida de carmín. Su mirada era todo un secreto, pues estaba oculta tras unas gafas de montura circular, de cristales tintados, que tintineaban con la luz de la única vela que estaba prendida.

—Tú... —susurró incrédulo Emerion, pues no podía creer quién era aquella que tenía ante sus ojos cansados y viejos.

—Yo —respondió ella, al otro lado de la alfombra, con una voz susurrante. Lucía unas suntuosas vestimentas de época; un corsé negro sobre una camisa de color blanco, roto; el amplio cuello de la prenda se mantenía alzado y tieso, rodeándole la nuca como una muralla custodia su palacio. Sobre su cabeza se posaba un elegante sombrero picudo, de ala negra y pico blanco, doblado ligeramente en el filo. Se cruzó de piernas arrastrando su oscura y acampanada falda sobre sus pies. Lo hizo con elegancia—. ¿Quién, si no?

—Nadie a estas horas tardías, desde luego —contestó él con una tímida sonrisa.

—¿Qué hace aquí el señor del pueblo? ¿Qué hace que no está festejando la... gran... victoria? —preguntó ella, y en su entonación, siempre pausada y reposada, se apreció cierta ironía.

—No es mi victoria —respondió tajante el señor Simgrell, acongojado y un tanto malhumorado—. Yo no quería... —añadió segundos después, intentando explicarse, pero la misteriosa mujer le interrumpió.

—Lo sé... no te preocupes. Ya lo he arreglado... como siempre —respondió ella y forzó una sonrisa—. Pero debo decir que odio a las mujeres que limpian todo lo que ensucian los hombres. Y odio aún más tener que matar a los hombres que creen que las mujeres deben limpiar todo lo que ellos ensucian. Así que no caves tu propia tumba.

Si aquellos oscuros lentes no escondieran con tanta persistencia y con tanto enigma los misteriosos ojos de la inesperada invitada, se podría asegurar que ambos estaban intercambiando fulminantes miradas.

—Verás, hay tres cosas en esta vida que no se le dan a cualquiera —pronunció ella, severa y tajante—. Las explicaciones, el corazón y la confianza.

Emerion Simgrell no contestó. Apretó la mandíbula y, mirando fijamente a la mujer que tenía delante, dio una calada a su vieja pipa, inundando el salón con una densa humareda en cuestión de segundos.

—No sé si puedo fiarme de ti, Emerion Simgrell —increpó de pronto ella. Un latigazo que el señor del pueblo no esperaba recibir.

—¿Pones en duda mi honor? —se ofendió Emerion.

—Sí. Pongo en duda su existencia —acompañó el atrevimiento con una mordaz sonrisa—. Y no la pongo en duda porque desconfíe de tus intenciones. La pongo en duda porque tomas tus propias decisiones. Y, sinceramente, no eres ni la mitad de inteligente de lo que crees ser como para tomar dichas decisiones.

—Yo... —intentó explicarse Emerion, sintiéndose confuso.

—Eres débil —cortó la mujer, inclemente—. Y no permitiré que tu cobardía le prenda fuego al plan establecido.

—Teníamos un trato —cuestionó él, alzando la voz y armándose de valor.

—Un trato que sigo manteniendo —respondió, y con un leve movimiento de cabeza los cristales tintados de sus lentes tintinearón de un modo aterrador en la oscuridad—. Te dije que la llegada del profesor de Meneso nos beneficiaría a ambos. Pero tienes que darle tiempo al tiempo, los planes son como el vino, deben madurar.

—Pero... también prometiste velar por nuestra seguridad — dijo él en su ingenuidad.

—Y acaso... ¿no sigues vivo? —cuestionó ella, y levantó con impertinencia las cejas.

—Yo sí... pero ellos...

—Ellos no importan —rebatió la dama con tono glacial, inclinándose en la silla y extendiendo su mano hacia el alcalde.

Le acarició el rostro, aparentemente con cariño, y el señor Emerion Simgrell sintió su piel deshacerse y fundirse con los dedos de la mujer. La miró con intensidad; con una intensidad inquietante, mientras sus ojos brillaban de entusiasmo.

—Y si ellos se enteran de que yo... —pronunció angustiado, aún con las mejillas encarnadas. La mujer no tardó en interrumpirle una vez más.

—¿Tienes miedo de tus secretos? —preguntó la dama con una amplia sonrisa— Sabes que en los pueblos como este los secretos no viven demasiado. Mueren, de boca en boca. Mueren.

—Lo siento... —dijo Emerion Simgrell, unos instantes después, como librándose de una carga dolorosa.

—No quiero tus lamentos. No me sirven de nada. Ni a mí ni a nadie en este execrable mundo —asestó ella, airada, y apartó su mano de la arrugada piel

del hombre, haciendo un brusco movimiento de muñeca, como si apartara el humo de su rostro.

—Yo... —suspiró él. Pareció haber salido de un trance.

Ella chasqueó los labios y alzó las cejas, muestra sin duda alguna de empezar a perder la paciencia. Un denso silencio se asentó entre ambos, tan denso como el humo que brotaba de la pipa del hombre.

—¿Por qué? —preguntó la enigmática dama con frialdad.

—¿Por qué, qué?

—¡¿Por qué enviaste a esos inútiles al bosque?! —bramó irritada.

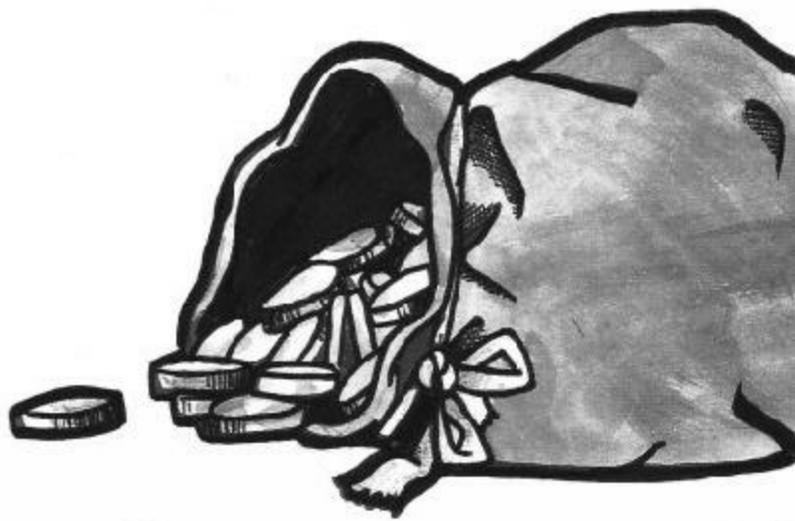
—Pensé...

—No pienses... ¡pues está claro que no sabes pensar! —dijo alzando la voz hasta convertirla en un grito imperioso. Sus palabras se sintieron como latigazos en la piel de Emerion— La próxima vez que pongas un pie por delante del mío, ten por seguro, que será la última vez que podrás caminar.

—Pe-pe pero... el pueblo tiene miedo... Yo te-te-te... tengo miedo. ¡Yo tengo miedo! —admitió segundos después, colérico.

—¿Miedo? ¿¿Miedo!? Tú... al igual que ellos, a lo único que debes temer, por encima de todo y todos, es... a mí —sentenció la dama con una entonación altiva y gélida. Imperiosa.

Esa frase lapidaria hizo estremecer al señor Emerion Simgrell, y resonó en el salón, entre los libros polvorientos y las cortinas aterciopeladas, donde la oscuridad, que hasta el momento envolvía a la mujer con delicadeza y con gracia, acabó por devorarlo todo.



ALUSIONES EN LA MORADA DEL HUMO

Los pequeños pueblos celebran cada acontecimiento que zarandea su apreciada monotonía. Cliffdavid era uno de esos pueblos y, tras una larga noche de conmemoración, aún se podía ver en las calles prácticamente desiertas los restos de unos coloridos aires festivos.

En la plaza del mercado, donde los más madrugadores estaban intentando devolverle al lugar su aspecto habitual, aún quedaban muchas huellas de la celebración. Las banderolas seguían colgadas en lo alto de la fuente. Había gran cantidad de jarras, muchas de ellas hechas añicos y esparcidas por el adoquinado, que estaba pegajoso debido a la Sheemam, o alguna que otra bebida alcohólica que se había derramado. Tres mujeres, una de ellas la señora Atenia, ya lo estaban limpiando con ahínco y diligencia y se quejaban entre ellas de lo dificultoso que era fregar la empedrada superficie. También había un sinfín de barriles, por supuesto vacíos, que estaban dispersos por todos los rincones de la plaza. Cerca de las hogueras, de las que tan solo quedaba el carbón y el hollín, estaba el señor Codge con la cabeza alzada y una mirada llena de turbación.

—¡Todd! ¡Por fin le encuentro! —exclamó Evan antes de plantarse a unos pasos de él.

Habían acordado encontrarse en la recepción de la posada cuando llegara el mediodía. Todd le conduciría hasta la casa del señor Simgrell, donde Evan iba a tener, sin duda alguna, una reunión de lo más entretenida con el alcalde del pueblo.

—Bu-bu buenos días —saludó Todd con voz carrasposa.

Su estado no era mucho mejor que el de Evan; ojeras remarcadas y una mezcla de malestar y sueño que no favorecía demasiado a su rostro. Toda la Sheemam que había bebido el día anterior le estaba revolviendo las tripas. A

pesar de ello, sonrió ampliamente al joven.

—¿¡Buenos?! ¡Qué diablos está diciendo! ¡Parece que estén estallando barriles de Sheemam en mi cabeza! —se quejó, con los ojos entornados.

—Es una ma-ma manera de hablar —respondió Todd, intentando hacerle saber que también padecía los mismos síntomas que él.

—¡Pues no hable! —gruñó Evan.

Todd, absorto en sus pensamientos, no le contestó; había vuelto a alzar su rostro hacia lo alto, más concretamente hacia el extremo más elevado del palo donde estaba atada la cabeza de la bruja. La miraba con interés, con curiosidad. El miembro seguía manteniendo aquella misma aterradora expresión demente enmarcada en su revuelta cabellera.

—Y ahora... ¿qué le sucede? —preguntó Evan, mirando la cabeza de la bruja y después a Todd, sucesivamente.

—No sé... —dijo con un semblante que reflejaba dudas y cierto desconcierto. No era fácil para él explicar las sensaciones que estaba experimentando— en el fondo, la miro y es si-si similar a nosotros. Me llena de tristeza po-po poder pensar que alguien o algo, tan similar a nosotros, pueda acabar en estas circunstancias.

—Por supuesto que somos semejantes, señor Codge —su rostro se ensombreció—. No malgaste su bondad humana. Todos los seres de este mundo vivimos presos de ella. Y este es un espectáculo mugriento, oscuro y sucio, en el que todos, tarde o temprano, acabamos interpretando los mismos papeles. Remordimiento, felicidad, dolor... soledad. Nadie en esta función sale ileso, y quien parece hacerlo llora entre bambalinas. No debe sentir pena por aquellos que se arriesgan a vivir. Debe hacerlo por aquellos que se esconden tras aquel mordisqueado telón de sombras que nos les deja deslumbrarse con las cegadoras luces de los focos.

Todd tragó saliva y miró a Evan con conmiseración, sintiendo cómo se agitaban en su interior muchos sentimientos contradictorios. Naturalmente, experimentaba odio por aquel ser, por todas las lágrimas que había hecho derramar a las buenas gentes de Cliffdaviil, incluso a él mismo; pero a su vez, no podía evitar sentir lástima y compasión.

—Vamos... vamos —le aferró por el hombro y le zarandeó suavemente—. ¡No es momento de pensar tanto! ¡Ni usted está en condiciones, ni yo tengo ganas de estrujarme el cerebro!

Y aunque Evan no lo supiera, tenía razón.

Era momento de que Todd dejara esos pensamientos a un lado, pues tenía

una misión que llevar a cabo: la de acompañarle a casa del señor Simgrell y, por supuesto, averiguar, en la medida de lo posible, si es que el alcalde del pueblo se traía algo entre manos, confirmando las sospechas que tenía el profesor y de las que él era partícipe. Intentaría estar presente en la reunión que mantendrían, procurando no perder detalle de lo que hablaran y de lo que callaran. Luego pondría en conocimiento del profesor todo cuanto hubiera averiguado y, con un poco de suerte, entre los dos darían algo de luz a las sombras que se cernían sobre Cliffdavid.

—¡Caramba! —exclamó Evan, impresionado por la magnitud de la casa del señor Emerion Simgrell.

Sus colosales muros se alzaban ante él, recortados contra el azul del mar. El caeliense los miraba asombrado, pues no esperaba encontrar semejante mansión en la localidad.

—No se anda con chiquilladas el señor Emerion, se ha construido una buena fortaleza —comentó, acariciando con los dedos los muros de la mansión. Lo cierto es que no estaba equivocado; la mansión de los Simgrell era una morada opulenta, con todas las comodidades habidas y por haber.

Subieron las escaleras, voltearon la torre hasta la entrada y llamaron a la puerta.

Dos golpes y silencio.

Tres golpes y silencio.

Cuatro golpes y... silencio.

Esperaron un rato delante del enorme portón y cuando este se abrió, para sorpresa de Todd, fue el mismo señor Simgrell quien les dio la bienvenida. Miró a Evan y acto seguido bajó la vista, sorprendido, al ver a Todd junto al joven montaraz. Parpadeó un par de veces antes de preguntarle:

—Señor Codge ¿qué hace usted aquí? —lo dijo con aspereza a la vez que con asombro. Parecía extrañado, como si no estuviera esperándole.

—He ve-ve venido a acompañar al joven Evan, pues no sa-sa sabía cuál era su casa —dijo él con una falsa sonrisa.

Se estrecharon la mano, como siempre solían hacer. Aunque esta vez parecía que lo hacían sin tanta energía y efusividad. Sin tanto cariño ni complicidad.

—Ah, bien... bien, gracias. Ya puede marcharse —respondió Emerion rotundo. Eso sí, lo hizo como siempre, con una sonrisa casi perfecta. Una sonrisa que a Todd le pareció poco sincera.

—Si no les importa me quedaré... no he in-in interrumpido mis plácidos

sueños solo para hacer de guía —contestó Todd bromeando.

—Ahhh... bueno, bueno —dijo Emerion Simgrell forzado, mientras Todd ya estaba entrando, decidido, por la puerta.

Una vez dentro, los tres hombres cruzaron el recibidor y Evan se dejó guiar hasta el salón. El señor Simgrell les invitó a tomar asiento e inmediatamente lo hizo él. Todd, estratégicamente, se arrellanó en el sillón de tal modo que podía mirar a sus acompañantes de forma simultánea, sin perderse ningún detalle de sus gestos, expresiones o indicaciones que le parecieran sospechosas.

Cuando todos se hubieron acomodado, el amo de la morada les ofreció, como siempre solía hacer con sus invitados, algo de beber.

—¡Memi! ¡Señorita Memi! —voceó.

La sirvienta no contestó.

Lo intentó un par de veces más pero ella seguía sin responder. Lo cierto es que toda la vivienda estaba sumida en el silencio, no se oía más ruido que el que producían los hombres reunidos en el salón.

—Bueno, da igual... después de la noche de ayer estamos todos un tanto ausentes —se excusó el señor Simgrell.

Los hombres rieron mientras él se levantaba costosamente de su sillón. Tomó su viejo bastón: era de madera oscura, posiblemente de roble rojo, tanto la contera como su empuñadura que representaba a un águila, eran metálicas. Atada del mango colgaba una pluma blanca como la escarcha.

—Menuda casita —apreció Evan, aprovechando la ausencia del alcalde. Miró hacia su derecha, donde tres grandes ventanales se abrían hacia el pueblo.

El caeliense paseó la mirada por toda la habitación, observando todo cuanto le rodeaba; miraba los cuadros, las pinturas antiguas, las estanterías repletas de libros y de mil y un objetos, incluso los detalles más pequeños llamaban poderosamente su atención y los contemplaba con sumo interés y curiosidad.

—La mía es igual —bromeó el señor Codge.

Pasados unos momentos, Emerion volvió. Depositó en la mesilla una vieja bandeja de latón en la que descansaban tres vasos, una jarra de cristal llena de agua y una misteriosa saca de tela del tamaño de un puño.

Todd y Evan no tardaron en coger el vaso que tenían más próximo y saciaron su sed. ¡Y de qué forma! Estaban tan sedientos que rápidamente los volvieron a rellenar y a vaciar. Cuando finalmente dejaron los vasos sobre la bandeja, ambos se quedaron mirando el enigmático saco de tela que había portado el alcalde.

—He ahí tu retribución... y mi gratitud —dijo Emerion, señalando con la mano abierta el objeto sobre la bandeja, e inclinó ligeramente la cabeza hacia delante—. Medio bolsillo de oro por tus proezas.

Al joven caeliense se le iluminó el rostro. Miró la bolsa con ojos codiciosos pero no la cogió inmediatamente, tal vez para no parecer tan interesado ni tan desesperado.

—Mi padre siempre decía: “Cuanto más grande es la hazaña, más grande es la bolsa” —citó el alcalde.

Evan se lo agradeció y sonrió, complacido.

—Y ahora que hemos dejado en claro que soy un hombre que sabe agradecer un favor... pasemos a los asuntos importantes —declaró el anfitrión.

Después de sacar de la bandeja la remuneración del joven caeliense, el señor Simgrell abordó el asunto que propiciaba la reunión sin apenas preámbulos; comenzó a hablar sin tapujos de la amenaza que se cernía sobre Cliffdaviil e informó al joven extranjero de la gran mayoría de los desafortunados sucesos que había vivido el pueblo en el último año.

—Sí... estoy al corriente —dijo Evan, asintiendo con la cabeza.

—Ese mal nos obligó a buscar ayuda lejos de nuestras fronteras y, en nuestro auxilio, llegó el profesor Legentrell. Un científico inteligente, honrado, que nos ha ayudado a dilucidar muchas incógnitas y que ha demostrado un compromiso digno de admiración con nuestra causa. Pero, sin ánimo de ofender, no se escoge ser un héroe. Un héroe se es, sin más. Y Tedia Vem Legentrell no es un héroe; es un catedrático, al fin y al cabo; y los catedráticos no van por ahí apuñalando sombras en la oscuridad.

Dicho esto, Emerion cogió su vieja pipa, su inseparable compañera, también una cerilla del interior de su cajetilla y la encendió. Acercó sus arrugados labios a la boquilla y aspiró profundamente. En pocos instantes la habitación quedó invadida de humo.

—No obstante, parece ser que esa ayuda que tanto anhelábamos ha llegado inesperadamente de la mano de otro hombre. Un hombre que sabe y ha demostrado cómo erradicar nuestro sufrimiento. Que sabe cómo acabar con las brujas.

—¡Ese hombre soy yo! —exclamó Evan, radiante, y puso los pies sobre un sillón.

—¿Lo es realmente? —preguntó con frialdad y tosquedad, al tiempo que alzaba una ceja.

—Verá... señor Simgrell, he sido hijo de pobres y esclavo de ricos. He sido ladrón, saqueador y bandido. Un soldado, un héroe y un caudillo. Salvé a Cuyin, Bracemeo y Nientoré. No he habitado en la niebla, pero he visto monstruos y criaturas que no podría creer. He sido la noche, una canción y un rehén. Sobreviví a los zahoríes de Darsget y les hice arder. Soy más fuerte que todos los hombres a los que maté. Incluso más que a los que perdoné —la semioscuridad que inundaba la gran sala ensombreció su mirada y pareció darle más fuerza a su narración—. Sé que soy el hombre al que están buscando. Lo sé.

Todd quedó perplejo, no podía dejar de mirar a Evan, su alegato le había hechizado. Cada una de las palabras que había empleado había conseguido hipnotizarle. No podía creer que aquel personaje que había aparecido de la nada y les había salvado de la bruja en las entrañas del bosque fuera prácticamente una leyenda viva con miles de historias que contar.

Por el contrario, el señor Simgrell, a quien parecían no haberle sorprendido lo más mínimo las palabras del joven montaraz, respondió a su discurso con una inesperada proposición:

—Perfecto, porque quisiera que usted fuera el primer alguacil de Cliffdaviil —anunció, para sorpresa de sus invitados, quienes abrieron los ojos como platos y se quedaron boquiabiertos durante largos minutos—. De aceptar el cargo, usted se convertiría en el encargado de mantener la paz y el orden público en el pueblo, y de nutrir la seguridad de sus aldeanos. Por supuesto, debería elegir a las personas más capacitadas de Cliffdaviil e instruir las y disciplinarlas para que trabajen con usted.

Una pícara sonrisa se dibujó en el rostro de Evan. Permaneció unos segundos en silencio, sopesando la propuesta que le acababan de plantear.

“Esto no le gustará nada al defenestrado capitán Brakiem” pensó el señor Codge, quien parecía el más impactado por la inesperada oferta de Emerion. De todos los motivos por los que pensaba que el alcalde pudiera haber citado al caeliense, el de que fuera a nombrarle alguacil del pueblo era el último que podía haber imaginado.

De hecho, el señor Codge se sentía bastante desconcertado con la conducta de Emerion. La aspereza y desconfianza con la que el alcalde se había dirigido a Evan el día anterior, cuando se lo presentaron a su llegada a Cliffdaviil, había desaparecido misteriosamente y en su lugar parecía haberse instalado una misteriosa fe ciega en él.

Algo no cuadraba. Algo había sucedido, algo que Todd no llegaba a

comprender. Sin embargo, aún con esas sospechas atormentando su cabeza, Todd sabía perfectamente que Evan era probablemente el único hombre conocido en los alrededores capaz de encargarse de las brujas, pues ya había demostrado su valía en el bosque.

—Trato hecho —aceptó el joven, con aquella pícaro entonación que tanto le caracterizaba.

—Espero no tener que sentirme defraudado contigo en el futuro.

—No lo hará —aseveró con total convicción Evan.

—Una vez acabemos con “ellas”... por fin respiraremos todos en paz. Todos —Emerion pareció recobrar la tranquilidad al decirlo—. ¿Sabe a lo que me refiero cuando digo “ellas”? ¿Lo sabe realmente? —cuestionó, recalcando insistentemente aquella última interrogación.

Una pregunta que el señor Codge no entendió.

—Sí, lo sé —respondió Evan y su rostro se ensombreció—: a ojos y a abismos, y a los huesos que quedan después de la putrefacción.

Se hizo el silencio, un silencio denso como el humo que brotaba de la pipa del señor Simgrell.

—A mortal veneno, no a labios... ni a pelo —añadió misterioso el señor de la morada, pareciendo escoger con cuidado aquellas últimas palabras.

Fue en ese preciso momento cuando el señor Codge pudo confirmar que algo raro estaba ocurriendo en aquella habitación. Algo que escapaba a su comprensión. Todd meneó la cabeza y taladró al alcalde con su mirada. Una mirada llena de duda e incomprensión, ávida por descubrir, por entender todos y cada uno de aquellos detalles que, sin duda alguna, le llevarían a la verdad.

—Exacto.

—Exacto —repitió Emerion con un leve asentimiento.

El señor Codge, quien hasta el momento había intentado seguir la conversación sin intervenir en ella, miraba a los dos hombres intermitentemente, sintiendo que en su forma de hablar estaban escondiendo grandes dosis de secretismo. A sus oídos parecía que estaban hablando en clave. Y, aunque hasta ese momento se había autoimpuesto el papel de mero espectador, había llegado el momento de imponerse, entrometerse y averiguar de qué estaban hablando sus acompañantes.

—Pe-pe pero... —murmuró agitando la cabeza— ¿de qué diablos están... —intentó inmiscuirse, pero solo consiguió emitir unas sílabas entrecortadas cuando, de pronto, unos golpes secos retronaron en el recibidor.

Emerion, Todd y Evan volvieron la cabeza hacia la estancia adyacente y se

quedaron inmóviles y en silencio un instante. Inmediatamente, los toques hechos con fuerza en la puerta se repitieron y un estruendoso portazo les sobresaltó, acompañado de una súbita corriente de aire.

—¿Quién es?! —gruñó el amo de la morada, con una mezcla de incredulidad e indignación. Se puso de pie de un salto.

—¡¡Señor, señor!! —se escuchó en la habitación contigua.

Por el marco de la puerta se asomó el señor Datre. Estaba inquieto, ojeroso y le temblaban las manos debido al nerviosismo.

—Señor... tiene que venir. ¡Es importante! —exclamó el hombre, completamente abrumado.

—¿Qué sucede? —preguntó. Le puso una mano sobre el hombro, intentando tranquilizarle.

—¡Ha sucedido algo inesperado! —informó él, aferrando al alcalde por el brazo— ¡Terrible sí, e inesperado!

—Pero... ¿qué ocurre? —volvió a preguntar Simgrell, empezando a impacientarse.

—La cabeza de la bruja ha desaparecido.



UNA SOMBRA EN LOS TEJADOS

Las olas se batían con un sonido sordo contra los riscos. El día se había tornado gris y ventoso, y aquellos rayos de sol que habían brillado con fuerza en la mañana apenas podían percibirse en el cielo pues se habían escondido tras unas interminables nubes color ceniza.

La imprevista y desconcertante noticia de la desaparición de la cabeza de la bruja se propagó por el pueblo cual gélida ráfaga de viento y no tardó en recorrer calles, establecimientos y casas, atrayendo a todos y cada uno de los habitantes de Cliffdaviil hacia la plaza central.

El último en enterarse de tal inesperado acontecimiento fue el profesor Ted Legentrell quien, una vez repuesto del cansancio acumulado, se vistió y se dispuso a bajar a la taberna “Dos Copas” con la relajada intención de deleitarse con un buen ágape y una apetecible taza de Grumiem.

Para su sorpresa, encontró el establecimiento vacío.

Un poco preocupado, al profesor se le pasaron por la cabeza mil y una excusas para explicar la ausencia de aldeanos en el lugar. Cada una de ellas más descabellada que la anterior. La primera y la más aterradora de todas era que habían venido las brujas al pueblo con la intención de llevar a cabo su atroz venganza. “¿Podía haberse llevado a cabo una masacre en Cliffdaviil y ser él el único superviviente?”, pensó atemorizado y sacudió la cabeza para quitarse de encima aquel espeluznante presentimiento. Después, y por un momento, pensó que aún debía estar dormido y que todo aquello era fruto de un espantoso sueño producto de su subconsciente. Si era así, más que un sueño eso parecía una terrible pesadilla con visos de realidad. La última de las justificaciones que se planteaba acerca de la ausencia total de personas en “Dos copas”, y la que se le antojó más tranquilizadora, era la de que todos los

vecinos estuvieran en la plaza del comercio, festejando aún la conmemoración del día anterior. Esta, sin duda, era la opción más esperanzadora pero, por supuesto, por mucho que le diera vueltas y vueltas en la cabeza, la respuesta no estaba en la posada; así que decidió salir de ella.

Una vez en el exterior, miró a un lado y a otro de la calle y por fin vio, en la lejanía, la plaza central abarrotada de gente. Suspiró aliviado. “¿Aún festejando?”, se preguntó, “¿Qué resistencia que tienen estos daviles!”.

Bajó la calle para sumarse al gentío, pero a medida que se iba acercando a la plaza pudo darse cuenta de que nadie estaba de celebración; los murmullos o los comentarios en voz baja eran un reflejo del miedo y la incertidumbre que flotaba en el ambiente, y aunque desconocía el motivo fue consciente de que algo grave estaba ocurriendo en aquel lugar. Sin darse cuenta se contagió del miedo colectivo. Miró temblando a su alrededor, buscando al señor Codge. Fue asomando la cabeza entre la ruidosa multitud hasta que finalmente le localizó, parecía que estaba hablando con el señor Simgrell y con Evan. Sorteando el bullicio llegó hasta él, le posó la mano sobre el hombro y le preguntó:

—Señor Codge... ¿qué ha sucedido? —lo hizo de manera discreta. Con un susurro.

—Al-al algo terrible, pro-pro profesor — reveló Todd, visiblemente aterrado. Ted le miró la cara pálida—. La cabeza de la bruja... ha de-de desaparecido.

Al recibir la noticia el profesor Legentrell se quedó mudo, sin saber qué decir, pero su cara reflejó a la perfección el asombro que sentía. No obstante, el horror aún estaba por llegar.

Sintió un escalofrío al levantar la vista y comprobar que, efectivamente, la cabeza de la bruja ya no estaba y que su lugar lo ocupaba la cabeza de un macho cabrío clavada al poste. Degollada. Tenía los ojos entornados, mirando cada uno a un punto impreciso de la plaza, y su retorcida cornamenta apuntaba hacia el cielo cerrado. Líneas de sangre manaban del miembro y caían como ríos oscuros por el mástil de madera, desembocando en un charco espeso y rojo.

Sin embargo, al otear a su alrededor, Ted se dio cuenta de que aquel degollamiento caprino no era el único signo macabro en el lugar: donde la noche anterior ondeaban las banderolas del estandarte de Cliffdabil al ritmo del viento y el humo de las hogueras, ahora pendían unas misteriosas figuras hechas de madera y de pequeñas “ramas” de paja que —atadas con cordeles—

simulaban muñecos de humanos, estrellas o figuras espeluznantes.

“¿Qué es todo esto?” pensó el profesor, volviendo a mirar con nerviosismo a su alrededor. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué habían cambiado la cabeza de la bruja por la de un animal decapitado? ¿Era aquella una clara amenaza? ¿O, por el contrario, una macabra travesura? Cabía la posibilidad de que las brujas hubieran ido a Cliffdaviil en busca de la cabeza de su camarada pero, si hubiera sido así... ¿aquellas habrían sido las únicas huellas que hubieran dejado a su paso por la localidad? Dadas las circunstancias, ese no parecía un comportamiento muy habitual en las brujas. Claro está que el profesor tampoco conocía tanto a aquellos extraños seres como para sacar una conclusión clara.

La cabeza de Ted era un torbellino. No podía entender nada pero, al fin y al cabo, había tantas cosas que escapaban a su comprensión que esa circunstancia, por raro que pudiera parecer, no era la única sorpresa, sino una más.

—Es-es estaba ahí —murmuró Todd y parpadeó, dudando si creer o no lo que estaba viendo—. Ju-ju juro que estaba ahí hace... no-no no sé, hace una hora aproximadamente. ¿Ve-ve verdad, Evan? —tartamudeó sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Evan asintió con la cabeza, en silencio. Tenía su mirada fija en la cabeza del animal, con los ojos entrecerrados.

—Yo también la vi —dijo la posadera con cara de terror, corroborando así las palabras del señor Codge.

—Pero debe haber ocurrido en cuestión de minutos... —aportó Emanada Froom, la mujer del carnicero. Estaba completamente abrumada— Fuimos a vaciar los barreños con Atenia, cuando nos encontramos con esto.

—Entonces... ¿qué ha sucedido? Y... ¿qué debemos hacer? —preguntó miedoso el viejo Rivrim, arrastrando las palabras.

—Haya pasado lo que haya pasado, este misterio se desvanecerá tarde o temprano, y nos implicaremos en ello para que así sea —aseveró Evan, con más serenidad que la que sentía.

La multitud se giró hacia el joven extranjero, mirándolo con temor. Sus ojos reflejaban angustia, pero sobre todo una necesidad urgente de que alguien les proporcionara una explicación coherente de lo ocurrido. Se empezaron a oír murmullos entre el gentío. Susurros colmados de espanto. Fue entonces cuando el pánico hizo presa nuevamente de las gentes de Cliffdaviil y el miedo volvió a sus corazones, a sus cuerpos y a sus mentes, siendo así uno más de los

presentes.

—Exacto... hasta ese momento recomiendo precaución —añadió el señor Simgrell. Se situó en el centro del grupo, elevando la voz para que todos pudieran escucharle bien. La gente, que hasta el momento aún tenía su atención puesta en Evan, centró ahora su interés en escuchar las esperanzadoras palabras de Emerion—. Nuestras casas son ahora nuestro corazón y uno de los únicos lugares donde podemos sentirnos seguros, al menos temporalmente. Así que refugiémonos en ellas y seamos cautelosos —aconsejó. Su tono sirvió para diluir la tensión.

Los habitantes de Cliffdaviil acataron la orden del alcalde y, uno a uno, o en grupos bulliciosos, fueron abandonando la plaza central. La mayoría volvió a sus tareas, a sus puestos de comercio, otros, como había aconsejado Emerion, se cobijaron en el calor y el refugio de sus casas, pero lo cierto es que todos abandonaron el lugar con un sentimiento de temor en sus corazones.

—¿Qué o-o opina profesor? —preguntó el señor Codge con un susurro. Parecía confuso.

Lo miró de reojo. Ted parecía tan desconcertado como él.

—Opino —dijo el profesor, ceñudo— que este no es el lugar adecuado para que exponga mis ideas.

De pronto, y como si estuviera confabulado con el temor reinante, el gran reloj de la torre sonó con fuerza sobre sus cabezas. Eran las cuatro de la tarde.

En efecto, la plaza del comercio no era el escenario más indicado para debatir esa índole de asuntos. Aquellos eran temas importantes que debían tratarse con cautela.

Esperaron, pues, a estar en la habitación del profesor, seguros de su aislamiento, para dar paso a un intercambio de informaciones y opiniones y a una conversación que posiblemente cambiaría sus pareceres.

—Pro-pro profesor Legentrell, es usted una persona muy ordenada —apreció Todd, sorprendido por la meticulosidad de Ted.

El hombre había abierto sobre la cama sus tres valijas. Las había ordenado de menor a mayor y, con suma lentitud, estaba comenzado a guardar toda su ropa en el maletín más grande.

—Intento que todo cuanto me rodea tenga su orden, señor Codge. Cuando el exterior está estructurado, el interior también lo está —comentó. Se arremangó las mangas y empezó a doblar con minuciosidad sus camisas—. Aunque lo cierto es que en estos momentos mi mente no está tan ordenada como estos maletines —añadió segundos después, entornando los ojos—. Pero, a lo mejor

usted podrá disipar las dudas que se han asentado en ella explicándome la interesante reunión que ha presenciado este mediodía.

Mientras Ted preparaba su equipaje, el señor Codge se dedicó a ponerle al corriente explicándole todo lo acontecido en la morada del alcalde. Se lo contó todo con pelos y señales.

—En-en entonces, ambos empezaron a decir cosas sin sentido aparente. Parecía que hablaban en clave. ¡Por un momento pensé que habían en-en enloquecido! —exclamó Todd, moviendo vivamente los brazos, como un molino— O que lo había hecho yo...

—¿Qué dijeron, señor Codge? —preguntó Ted. Sus ojos centelleaban de curiosidad— ¿Lo recuerda?

Por la manera en la que el profesor Legentrell hablaba y preguntaba, más parecía un interrogatorio que una charla amistosa entre compañeros.

—No del todo... —dijo Todd pensativo, rascándose la cabeza— Evan di-di dijo que sabía a lo que se refería y luego añadió algo co-co como... “A ojos y abismos. Y a los huesos que que-que quedan después de la putrefacción”.

— “Ojos y abismos” —repitió Ted, con aire pensativo. Estaba intentando que aquella frase cobrara algo de sentido en su cabeza—. “Y a los huesos que quedan después de la putrefacción”.

—Sí, sí... eso es lo que dijo —afirmó el señor Codge con total seguridad.

—Y... ¿qué respondió Simgrell?

Todd tardó unos segundos en contestar. Buscaba en su mente las palabras exactas que había mencionado el alcalde.

—“A mortal ve-ve veneno, no a labios... ni a pelo” —citó instantes después Todd, recapitulando.

—Ajá... —murmuró el profesor con los ojos entrecerrados.

Se quedó pensativo durante un corto espacio de tiempo, cavilando acerca de todo cuanto le había relatado su amigo. No decía nada, tan solo hacía muecas reflexivas con la cara y sacudía la cabeza de vez en cuando. Parecía estar uniendo todas las piezas del puzle en su cabeza pero, por la expresión de su rostro, parecía que estas no encajaban muy bien. Por unos segundos, pareció enfurecerse consigo mismo.

—¿Qué le sucede profesor?

—Que aunque he sacado varias deducciones sobre todo cuanto me ha contado, lo cierto es que no encuentro ningún nexo entre ellas —dijo Legentrell, mirando con el ceño fruncido hacia la ventana.

Tras ella se podía ver cómo la luz de la tarde iba amortiguándose poco a

poco. Los tejados y las chimeneas se recortaban sobre un cielo de un apagado color púrpura.

—Y... ¿qué deducciones ha sacado? —le pidió Todd, quien a estas alturas ya confiaba ciegamente en el criterio del profesor.

—La primera, pero no por ello la más importante, es.... ¡que se explica usted fatal! —exclamó Ted, con una sorna impropia de él.

Ambos irrumpieron en risas.

—La segunda de mis apreciaciones es que parece que Evan no es el único que sabe y conoce mucho sobre el misterioso mundo de la brujería. Detalle este que capté el mismo día en que nos fue asignada la misión de ir en busca de las brujas a Grimbillel. El señor Emerion Simgrell sabe mucho... dice muy poco y guarda posiblemente más secretos que todos los vecinos de Cliffdavid juntos —dijo Ted, sin andarse con rodeos. Se humedeció los labios antes de continuar—. Y aún diré más, algo que se encubre con tanta persistencia y secretismo es de suponer que debe ser algo de gran importancia. ¿Cuál es el secreto? ¿De qué se trata? No lo sé.

Todd no contestó. Agachó la cabeza, apesadumbrado. Sabía que su compañero tenía razón. Había tenido razón desde la primera vez que se lo dijo en el corazón de Grimbillel, pero él no le escuchó. No porque no quisiera, sino porque por aquel entonces estaba demasiado ciego como para ver la realidad.

—La tercera, y la que más me intriga en este momento, es la misteriosa manera en la que se refirieron a las brujas al final de la reunión —dijo Ted pensativo, mientras golpeaba ligeramente sus labios con el dedo índice—. Por la manera en que me ha descrito esa parte de la conversación, es como que estuvieran hablando de dos partes de algo y que tan solo se decantaban por una de ellas.

—¿Cómo?

El señor Codge, quien no lograba seguir el hilo de los razonamientos de su compañero, hizo una mueca divertida, de absoluta incomprensión.

—Verá —intentó explicarse Ted, al tiempo que seguía con los preparativos de su equipaje—, es como si estuvieran eligiendo una de las dos caras de la misma moneda. Está claro que cuando nombran “Ojos, abismos y los huesos que quedan después de la putrefacción” se refieren al estado en que quedan las víctimas después de un ataque de las brujas; pues los ojos que tenía Cosum Breme cuando le realizamos la autopsia eran tal y como lo describen; lúgubramente abismales. Y, de hecho, su cuerpo había empezado a

descomponerse. Por lo tanto, ¿esa parte de la frase la tenemos descifrada!

Todd le lanzó una mirada de admiración, quedándose completamente fulminado por la capacidad de análisis que Ted estaba demostrando.

—Pero... ¿a qué se refieren cuando dicen “A labios y pelo”?

Enfermedades, animales vellosos y criaturas mitológicas se cruzaron en cuestión de minutos por la mente de Ted, cada cual más descabellado que el anterior, pero ninguna de aquellas posibilidades parecía convencerle. Su cabeza era un hervidero de preguntas sin respuesta, de conjeturas y de suposiciones.

El señor Codge, en cambio, todavía perplejo por la agilidad y lucidez que había demostrado su compañero para sacar deducciones, no podía evitar pensar en que si Ted hubiera estado presente en la reunión posiblemente hubiera captado esos detalles imperceptibles que, probablemente, a él se le habían escapado y que podían ser esenciales en la resolución del misterio.

—La cuarta conclusión que he podido sacar en claro... es que si tal como usted dice, el comportamiento del señor Singrell había cambiado ante Evan, puede que entre ambos haya sucedido algo de lo que no estamos al corriente. ¿El qué? Tampoco lo sé —dijo confundido, mientras guardaba una pequeña libreta en el maletín más pequeño.

Ted meditó durante unos instantes varias ideas pero, por más que amontonaba hipótesis en algún rincón de su mente, no lograba encontrar ninguna posibilidad lógica que explicara el repentino cambio en el comportamiento del alcalde. Y las que conseguía encontrar le parecían del todo descabelladas o rebuscadas.

Finalmente, se impacientó con aquellas tentativas inútiles y, resignado, exclamó:

—¡Hay tantas cosas que no sabemos! —resopló, aceptando que aquella situación le superaba y le abrumaba enormemente— Es imposible sacar conclusiones acertadas. Sin más información, resolver este enigmático nudo de contradicciones es una aventura tortuosa.

—Entonces... ¿qué de-de debemos hacer? —preguntó Todd, en un desanimado susurro.

Por un momento pareció que Ted no sabía qué contestarle.

—Esperar señor Codge, esperar —suspiró, resignado—. Debe mantenerse atento, ver cómo transcurren los acontecimientos, sin perder nunca la esperanza de que estos culminen de la mejor manera posible —aconsejó, intentando infundirle ánimo—. Y por supuesto, mantenerme informado de lo

que ocurra en Cliffdaviil.

—¡Quien espera, desespera! —refunfuñó Todd malhumorado, llevándose la mano a la cabeza.

Aquel último comentario suscitó la risa de Ted, quien estalló en carcajadas.

El cielo ya estaba completamente negro cuando Ted terminó de preparar su equipaje, pero no fue hasta cuando amontonó los tres maletines al lado de la puerta, en forma piramidal, que ambos se miraron y se dieron cuenta de que todo terminaba. Al menos para Ted.

—Bu-bu bueno profesor, mañana le espera un día muy largo y ajetreado — pronosticó Todd, poniéndole una mano sobre los hombros—. De-de debería descansar.

Lo dijo con un tono afectuoso, pero también con un ápice de tristeza en sus palabras. Dicho lo cual, el señor Codge se despidió del forastero y abandonó la habitación.

Sin embargo, Ted no descansó aquella noche en lo más mínimo.

En su soledad, el profesor no se sentía solo en absoluto pues le acompañaban todas las preguntas sin respuesta que tenía atesoradas en un rincón de su mente. Se pasó prácticamente media noche en vela, concentrado, haciendo teorías e hipótesis en su cabeza. En algún momento hasta se sintió eufórico porque una nueva teoría de los hechos aportaba algo de luz a sus razonamientos, pero inmediatamente estos generaban nuevas conjeturas para las que no tenía respuesta.

Tenía claro que debía haber una relación entre el señor Emerion y las brujas. Incluso llegó a plantearse que también la hubiera con la desaparición de la cabeza degollada.

El hecho de que las brujas hubieran hecho una fugaz visita a Cliffdaviil y tan solo se hubieran llevado la cabeza de su igual, sin dejar vestigios de su maldad a su paso, le parecía del todo inverosímil, absurdo, y ratificaba aún más la posibilidad de que el alcalde estuviera vinculado de algún modo con ellas. No obstante, esa teoría chocaba con la interminable lista de víctimas que aquellos seres habían escrito con sangre en el pueblo.

Cansado tras la agotadora jornada, Ted decidió que ya había llegado la hora de descansar. Se metió en la cama, se tapó dejando solo al descubierto sus ojos y su prominente nariz.

Intentó pensar en Domstroot. La imagen de su ciudad siempre le ayudaba a tranquilizarse. Recordó sus calles, sus parques, su acogedora casa. No obstante, a esas imágenes tan familiares para él, ahora se le iban añadiendo

otras menos urbanas. Representaciones de frondosos bosques con hojas de mil tonalidades distintas, de curvados cuerpos de robles, de la luz del día y de la luna reinando en la oscuridad de la noche. Todas esas nuevas imágenes se intercalaban inconscientemente con las de su amada ciudad. Aquellas vivencias que había experimentado a lo largo de esos seis intensos días en la isla de Angra estaban dejando huella en él de una manera involuntaria.

Pese a que Ted no tenía la más mínima intención de quedarse en la isla, se sentía implicado en el misterio que envolvía a Cliffdavid y le reconcomía enormemente por dentro el hecho de dejar al señor Codge solo, frente a una situación tan complicada.

Se quedó con la mirada extraviada en las vigas del techo, durante horas, perdiéndose en toda clase de hipótesis, pensando en Todd y en que las cosas no podían ir peor.

Estaba equivocado.

No mucho más tarde, cuando parecía que estaba empezando a conciliar el sueño, unos inesperados golpes retronaron en la habitación. El profesor se incorporó al instante, sobresaltado y aturdido, sintiendo cómo el corazón se le había detenido en el pecho. En un primer momento pensó que alguien llamaba a su puerta, pero no tardó en darse cuenta de que no era así. Dirigió rápidamente su mirada hacia el techo, pues presumiblemente los golpes provenían de allí. Parecía como si algo o alguien estuviese correteando por el tejado. Se quedó inmóvil, escuchando atentamente, y los pasos se repitieron. La madera crujió y el polvo de las vigas de madera cayó. Agudizó el oído y creyó que la intensidad de los golpes iba alejándose rápidamente.

Se levantó y con las piernas flaqueándole se acercó sigiloso a la ventana. Cogió el pomo con cautela y la abrió lentamente. El gélido frío del crepúsculo invadió la habitación en cuestión de segundos. Asomó la cabeza por el portillo y alzó la vista hacia el saliente del tejado, intentando sutilmente, y con mucha cautela, divisar de qué se trataba.

Pese a la oscuridad reinante, vislumbró una sombra que se recortaba en la lobreguez de la noche, entre los tejados negros de las casas. La oscura figura se alejaba saltando de un tejado a otro y se perdía en la bruma, confundándose entre el humo que desprendían las chimeneas.

—Ted. Ted. ¡Ted! —se escuchó en susurros.

Absorto como estaba en la contemplación de la enigmática silueta, se sobresaltó cuando escuchó que alguien siseaba su nombre bajo el alféizar de su ventana. Sorprendido, vio a Todd que le indicaba, haciendo señales, que

bajara. Supuso que también él había visto la figura que deambulaba por los tejados y calles del pueblo.

—¡Baje! —insistió el señor Codge, haciéndole gestos apremiantes para indicarle que le siguiera y se uniera a él.

Ted se lo pensó dos veces, pero finalmente le hizo caso. Cerró la ventana, se calzó sus viejos mocasines y se abalanzó hacia la puerta.

—¿Ha visto? —dijo atemorizado el profesor, una vez que hubo llegado hasta su compañero.

—Shhh... —dijo Todd intentando que el profesor guardara silencio.

Se paró a observar a su compañero; lo miró de arriba abajo y pestañeó.

—¿Qué hace vestido así? —murmuró, intentando ahogar una risa.

Ted le golpeó en el hombro, conector de que llevaba un atuendo poco común y que podía resultar jocoso para andar correteando por Cliffdabil en aquellas horas de la noche. Había salido a la calle con lo puesto para dormir; su pijama rosado de una sola pieza, que se cerraba con botones desde el cuello hasta el abdomen. Aparte de eso, tan solo se había calzado sus viejos mocasines.

—Con las prisas no me ha dado tiempo de vestirme —argumentó el profesor, tiritando de frío. O de miedo. O de una mezcla de ambos.

—¡Vamos! —indicó Todd, viendo que la figura a la que seguían se alejaba.

Siguieron a la sombra. La gordezuela silueta de Todd cruzó la calle. A esta le siguió la enclenque y alargada figura de Ted. Las dos sombras no podían ser, genéticamente hablando, más opuestas. Se detuvieron nuevamente tras la fachada de una casa, a fin de no ser descubiertos.

—¿Es una bruja, señor Codge? —preguntó Ted atemorizado.

—No lo sé.

El señor Codge tenía la mirada puesta en la sombra que correteaba por los tejados, saltando ágilmente de uno a otro.

—¿Quién es? —preguntó Ted curioso, a la vez que asustado, ya que, entre el miedo que sentía y el frío que estaba soportando a causa de su atuendo, no dejaba de temblar.

—Shhh... shhh... mi-mi mire —tartamudeó Todd, agarrándolo para que se escondiera.

La sombra cruzó la penúltima casa de la calle mayor, bajó con una agilidad sorprendente del edificio por uno de sus laterales y se detuvo unos segundos mirando hacia atrás. Fue entonces cuando la luz de la luna iluminó el rostro de aquella enigmática figura, desvelando la verdadera identidad de la misma.

—¡¡Evan!! —exclamaron Ted y Todd al unísono, quedándose petrificados. Se miraron incrédulos.

—Pero... no lo entiendo —susurró Ted, completamente confundido—. ¿Qué hace?

—A-a abandonar Cliffdavid, sin duda alguna —respondió Todd en un tono enigmático, mirando hacia Evan.

En la distancia, el joven caeliense miró en derredor, intentando confirmar que no había sido visto por nadie. Sus ojos apuntaron hacia la izquierda. Después hacia la derecha. Las calles estaban desiertas. Retomó la marcha y cruzó el puente de Ergom.

—Sí... abandona el pueblo. Pero... ¿a dónde va? —preguntó Ted.

—So-so solo hay una manera de saberlo —contestó el señor Codge, decidido.

Segundos después, con gran determinación, salió corriendo tras el joven montaraz.

El profesor lo observó alejarse con aire de desaprobación, y mientras veía su rolliza figura dirigiéndose a aquel puente impregnado de salitre, solo podía pensar en lo deseoso que estaba de que llegara el día siguiente. Su cabeza no dejaba de repetirle que quedaban escasas horas para su partida hacia Meneso. No quería permanecer en Angra más tiempo, y menos ahora que los acontecimientos habían tomado un nuevo rumbo. No. Definitivamente no quería que ninguno de los sucesos que pudieran ocurrir aquella noche prolongara su partida.

Miró al señor Codge y después la calle con adoquines que ascendía serpenteando ante él, y que le conduciría de nuevo hacia la posada. Repitió las intermitentes miradas multitud de veces, dudando qué hacer.

Meditó un momento. Clavó sus ojos en Todd y soltó un largo suspiro, empezando a sospechar que aquella noche iba a ser muy larga.



VINEXA

La persecución fue frenética.

Evan corría ágil y veloz, y parecía conocer el terreno como la palma de la mano, a diferencia de sus perseguidores que tropezaban continuamente y se trastabillaban con cada pequeño obstáculo que les imponía el camino.

Ted y Todd intentaron dejar suficiente espacio entre ellos y el joven, con la intención de que este no se percatara de su presencia. La oscuridad de la noche era un arma útil que les ayudaría a no ser vistos, pero también podía ser un inconveniente, pues podían perderlo de vista en cualquier momento, con más facilidad.

Correteando tras Evan pudieron comprobar que se dirigía al bosque de Grimbill. Ted y Todd se detuvieron en seco en las llanuras que precedían al robledal y se miraron con temor. Sabían lo que eso podía conllevar. Titubearon unos segundos y, armándose de valor, reemprendieron su persecución.

El bosque estaba silencioso y fantasmal; se encontraba sumido en la más absoluta oscuridad. Los robles rechinaban. Una niebla espesa lo cubría todo y serpenteaba entre los árboles negros como un enorme ofidio.

La desbocada persecución no duró mucho rato, pues llegando al corazón del bosque el montaraz empezó a ralentizar la velocidad de sus pasos y Ted y Todd, exhaustos, se escondieron entre unos arbustos procurando no hacer ningún ruido. Se quedaron quietos, inmóviles, reteniendo el aliento. El profesor, incluso, apretaba con fuerza la mandíbula y los ojos, esperando que acabara cuanto antes aquella angustiada batida. Desde su posición tenían una perfecta visión del joven al que estaban espiando y observaron cómo este se detuvo en un claro de la espesura.

Ahí, en aquel lugar, el bosque se iluminaba con la luz de la luna y el silencio

que les envolvía era escalofriante. Ahí, en aquel claro, Evan miró a lo alto y su rostro se iluminó.

Ted y Todd le imitaron y al dirigir sus miradas hacia donde estaba contemplando el joven caeliense se sobrecogieron. Por un momento pareció que los afilados bigotes del profesor se iban a tensar por completo.

—¡Por la diosa del principio! —murmuró en un susurro el señor Codge. Aterrado.

La luz de la luna atravesaba las copas de los árboles iluminando los ojos de Evan. Cristalinos, brillaban entusiasmados mirando a lo alto de un roble, donde una figura femenina era la protagonista absoluta de todo cuanto le rodeaba.

Era una mujer joven y preciosa. Pálida como una mañana de invierno, pues su tez parecía marfil bajo la luz de la luna. Sus ojos negros como el carbón miraban desafiantes a Evan, y su pelo rizado y oscuro, abundante e indomable, se mecía con el viento perdiéndose en la noche. Vestía un corsé blanco de piel, ribeteado por una delicada puntilla negra y una falda de volantes del mismo rojo carmín que sus labios. Completaba su atuendo con unas medias de rayas horizontales rojas y blancas, con algún que otro desgarró a la altura de las rodillas. Calzaba unos botines negros de tacón pronunciado.

Era delgada y delicada como una rosa, sensual como sus pétalos, pero aparentemente agresiva como las espinas que adornan su tallo.

Era tal como contaban las historias acerca de ella.

Era una bruja.

Sentada entre la horqueta que formaban el tronco y una gruesa rama del gran roble, se tomó su tiempo antes de dirigirse hacia el joven y cuando lo hizo fue con un reproche:

—Llegas tarde —tan solo pronunció estas dos palabras, pero su voz retumbó en el lugar y en los oídos de Evan.

Ted y Todd se estremecieron en la distancia. Un escalofrío recorrió sus cuerpos y les erizó el cabello de la nuca.

Evan se demoró en contestar. Se mantuvo firme mientras contemplaba a la subyugante criatura. Permanecieron ambos unos segundos en silencio, observándose, como deleitándose con su mutua presencia.

A su alrededor, el paisaje se sumía en una atmósfera gris, en la que destacaba contundentemente la sombra de la bruja proyectada en el suelo. Era diferente a cualquier otra sombra del lugar, independiente, viva y salvaje. Se mecía con el viento como un retal de tul, acariciando la alfombra de hojarasca

que lo cubría todo.

—Parece mentira que no me conozcas —respondió él.

Evan sonreía fascinado. Se podía notar, con solo mirarlo, que el joven había sucumbido a sus encantos, que estaba rendido a la oscura y enigmática belleza que ella irradiaba. Sin apenas darse cuenta, el joven caeliense dio un paso hacia adelante tratando de aproximarse a ella. Estaba completamente cautivado por el embrujo de su belleza.

—¿En qué piensas... cuando sonríes de esa manera? —le preguntó, mirándolo fijamente.

—En el día en que sepas cómo romper la maldición que nos separa —contestó Evan con voz entrecortada.

—¿Quién te dice que no lo sepa ya?... pero no quiera hacerlo —dijo ella pícaramente, sondeándole.

—Porque estás loca por mí... ¿Cómo podrías resistirte a estos encantos? —se jactó él sonriendo ampliamente, al tiempo que con un rápido movimiento de manos peinó su melena hacia atrás, hábito muy común en él. Era el Evan de siempre, pero su tono de voz carecía de la arrogancia habitual que tan bien conocían Todd y el profesor.

Ella prorrumpió en sonoras carcajadas que le sacudieron el pecho, mientras hacía amago de bajarse del árbol. Su risa era infantil y traviesa. Columpió sus piernas en el vacío y saltó del roble clavando sus tacones en el suelo. Se dirigió hacia Evan con pasos lentos y, silenciosa y juguetona, dio vueltas a su alrededor, sin dejar de observarle. Él comenzó a girar sobre sí, y los dos iniciaron una danza en la que no se sabía quién era el cazador y quién la presa.

Finalmente, la bruja se detuvo frente a él y, tras vacilar unos instantes, se abalanzó hacia los fornidos brazos del joven. Ambos se fundieron en un abrazo fuerte y apasionado.

—¿Me has echado de menos? —preguntó Evan con ojos centelleantes, como la luz de una vela.

—Mucho.

—¿Cuánto? —insistió él, con una sonrisa perfecta.

—Cada minuto de cada hora —puntualizó, antes de devolverle la pregunta —: ¿y tú me has echado de menos?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Cada segundo de cada minuto.

Ella sonrió complacida por las palabras de Evan. Él no dejaba de

acariciarla; dibujaba con la yema de los dedos las sensuales líneas de su cuerpo, la curva de su espalda, la suavidad de su tez. Ardía en deseos de fundirse en su ser, de derretirse en ella. En su piel. El joven aproximó sus labios a los de la bruja y ella, sonriendo, posó su mano sobre los labios de él, acariciándolos; no era lo que él tanto anhelaba, pero aún así los besó dulcemente.

—Sé que te mueres por hacerlo. ¿Sabes? Yo también muero por hacerlo... no obstante, el deseo egoísta de probarte provocaría tu perdición —dijo la bruja y Evan se estremeció. El sonido de su voz fue como una pluma deslizándose por su piel.

No era la primera vez que Evan oía esas palabras, pero ignorándolas, volvió a acercar sus labios a los de ella en un nuevo intento de hacerlos suyos.

De repente, un arbusto que se encontraba en el borde del claro se agitó y una sombra se abalanzó sobre ellos; Evan consiguió esquivarla, aunque para ello tuvo que retroceder y separarse un poco de la bruja.

Al mirar al suelo comprobó que era un gato. Un felino tan negro como el hollín. Su apariencia distaba mucho de ser la de un gato salvaje; su pelaje corto, suave y brillante, se debía sin duda a que estaba bien cuidado y alimentado. Sobre su cabeza crecía un gracioso mechón de pelo que se ensortijaba cayendo sobre la frente. Tenía unos profundos ojos verdosos que no perdían detalle de todo cuanto le rodeaba.

—Fuera de aquí... animal maloliente —masculló Evan, más fuerte de lo que hubiera deseado. Intentó apartar al felino con el pie.

—Se llama Gogoro, y no sé quién huele peor de los dos. ¡Verrugas! —gritó ella enfadada, mirándole como una niña mimada, rebosante de ira— Siempre está conmigo, así que ya puedes acostumbrarte.

—Sí, ya me había dado cuenta —respondió él con resignación, esbozando una sonrisa burlona.

El gato caminó con paso elegante hasta la bruja, sin dejar de mirar de reojo a Evan, amenazándole con la mirada. El joven montaraz arqueó las cejas, incrédulo.

—Y bien... dime ¿salió todo tal y cómo se acordó? —preguntó ella, severa.

—Sí... prácticamente a la perfección —respondió orgulloso, sonriendo jactanciosamente—. ¿Acaso lo dudabas?

—No dudaba de ti, dudaba de ese... ingenuo y atrasado vejestorio.

—Al principio no lo captaba... y desconfiaba de mí. Incluso hizo desconfiar a quienes le rodeaban. ¡Estúpido necio! —comentó molesto— Y... ¿sabes

qué? Me han nombrado alguacil del pueblo —añadió, pletórico.

—¡Verrugas! Todo esto no habría pasado si él no hubiera decidido hacerse el héroe. No debía de haber mandado a aquel grupo de hombres al bosque. ¡Será inútil! —exclamó fastidiada— No sé qué interés tiene Madame Ming en él. ¡Bastardo hipócrita y puritano!

Ambos rompieron en estruendosas carcajadas. Ella le sonrió pícara y, súbitamente, preguntó con ansia:

—¿La has traído?

—Por supuesto —contesto él. Acto seguido se llevó las manos a la cintura y desató un cordel que previamente había amarrado a uno de los laterales de su pantalón—. ¡Hela aquí! —dijo, al tiempo que alzaba un saco de tela.

Su rostro resplandeció como el de una niña ilusionada que espera algo fervientemente.

—Me la dio “ella” a la caída del sol —informó Evan.

—Oh... “Aguas turbias”. ¿Cómo está ella? —preguntó emocionada la bruja, olvidando por unos momentos el saco y recordando algo que parecía abandonado— Mi revoltosa gota, mi serena agua.

—Tan rara como siempre. Ya sabes que nunca he entendido muy bien su comportamiento. Es... ¿cómo decirlo?... ¿Rara?

—Es especial —corrigió la bruja.

Evan arrugó los labios, señal de que no compartía en absoluto aquella opinión.

—¡¿Y la hermana Barkashy?! —gimió repentinamente la joven bruja, abriendo los ojos de par en par— ¡“El Murciélago de la noche” debe estar chirriando!

—No creas... —contestó Evan, negando con la cabeza— Se ha portado bien. Demasiado bien... diría yo. Pensaba que en cualquier momento haría alguna de sus locuras, enviando al traste nuestro plan.

—Sí, eso habría sido muy propio de ella. ¡Escandalosa! ¡Ruidosa! —exclamó. Y preguntó segundos después, intrigada— ¿Y cómo transcurrió el encuentro?

—Fue fácil, demasiado incluso. Lamento decirte que os he dejado con muy mala reputación en el pueblo. Como débiles y víctimas fáciles —alardeó él entre risas, recordando el ficticio enfrentamiento con la bruja—. Eso sí, fue una actuación magistral. Y fue un placer rebanarle la cabeza a Barkashy.

Ted y Todd se miraron sorprendidos a la vez que enfurecidos.

—En el fondo le hiciste un favor. Estaba engordando tanto que no podía

moverse. ¡Gorda Barkashy, sebosa! —exclamó enloquecida.

—Por eso me costó tan poco atraparla —se mofó el joven.

—A su escoba sí que le hiciste un favor, nunca la había visto tan relajada —se burló ella.

—Aquí la tienes —empezó a decir Evan, mientras abría el saco que había cargado todo el camino—. Esos pueblerinos querían quemarla, les dije que era mejor que la guardaran de recuerdo —y, diciendo esto, procedió a sacar algo del interior. ¡Era la cabeza de la bruja!

Evan, que sujetaba la cabeza por los pelos, sonrió orgulloso y la alzó a la altura de la cara de su acompañante, acto seguido la balanceó un par de veces. De repente, y contra todo pronóstico, la cabeza tembló y abrió los ojos.

—¡¡Vinexaaaaaaaaa!! —bramó la testa, eufórica.

Acto seguido comenzó a reír con una risa histérica y creciente que rechinaba como unas uñas acariciando una pizarra. La carcajada fue incrementándose hasta que consiguió contagiar a Evan y a su compañera.

Entretanto, Ted y Todd que hasta entonces habían estado encorvados en la penumbra observando atónitos todo lo ocurrido desde su escondrijo, dieron un salto y se cogieron el uno al otro, abrazándose con todas sus fuerzas. Se miraron aterrorizados, exhaustos. No podían dar crédito a todos los sucesos que estaban presenciando.

—Inverosímil... y sobrecogedor —susurró el profesor Legentrell con un temblor incontrolable en los labios. El frío transformó sus palabras en un vapor denso.

Los acontecimientos habían dado un giro inesperado. Y desafortunado, sin duda.

La idea de que Evan hubiera huido a hurtadillas de Cliffdabil y se hubiera integrado en el bosque a esas horas era curiosa. Que portara la cabeza escondida dentro de un saco era desconcertante. Que el joven estuviera aliado con las brujas y que fuera amante de una de ellas ya era preocupante y aterrador... pero que esa cabeza degollada fuera a gesticular y a hablar con voluntad propia ya desbordaba por completo la credibilidad de Ted, y su capacidad de raciocinio.

—Deberíamos irnos, señor Codge —susurró, intentando sofocar el pánico.

Con la boca desencajada, se había echado hacia atrás y, para sus adentros, no dejaba de pensar en el momento oportuno para huir. Estaba fascinado, sí, y al mismo tiempo atemorizado.

—No —dijo firmemente Todd, más valiente de lo esperado.

El odio que sentía en esos momentos era más grande que el miedo que le tenía atenazado. Estaba indignado, no despegaba los ojos de Evan maldiciéndole para sus adentros. La ira que sentía no solo se debía a la perfecta interpretación que el joven había realizado en el pueblo durante el tiempo que había estado en él, sino también porque estaba aliado con el ser que tanto dolor le había causado a sus vecinos. Evan había hecho creer a todo Cliffdaviil que era su salvación, cuando realmente era un farsante.

El profesor no entendía la negativa de Todd a abandonar el lugar. Estaba tiritando, no solo por el frío, sino por el pánico que estaba experimentando. En ese momento no podía pensar, no quería entender. El miedo, los nervios y la angustia estaban invitando insistentemente al profesor a subirse al preferible carro de la huida. La idea de abandonar el bosque era mucho más saludable que la de quedarse en él. Aún estaban a tiempo de irse sin ser vistos y, por lo tanto, sin necesidad de verse involucrados en lo que posiblemente acabaría siendo el fin de su existencia. Creía que en cualquier momento podían ser descubiertos, lo que sin duda les llevaría a un final fatal que debían evitar como fuera.

—¡Qué bien te veo, hermana Barkashy! —gritó entre risas la bruja.

—Gracias —le respondió la cabeza que aún así Evan, al tiempo que pestañeaba con semblante presumido.

—Muero porque te vean las demás —comentó, entre risas, su compañera.

—¡Cállate! —le ordenó la testa parlante, cambiando por completo la expresión de su cara y de estado de ánimo. Acto seguido dirigió su mirada hacia el joven humano y, pese a no verle, le habló— Y tú... ¡Ya era hora de que me sacaras de ese maldito saco, asqueroso mortal! —gruñó desquiciada y con evidente mal humor—. ¡Cuando tenga mi cuerpo pienso pegarte tal patada en el trasero que volverás a Caels volando! ¡Y sin escoba!

Aún sin su cuerpo, la cabeza degollada gesticulaba más de lo normal. De vez en cuando su ojo derecho parpadeaba, reflejando así su desequilibrio emocional. Su larga y oscura melena, que acostumbraba a llevar peinada hacia atrás, estaba más enmarañada que nunca entre los dedos de Evan, pero aquellos tirabuzones que le caían por ambos lados de la cara, seguían intactos.

—Por cierto... lo he oído todo Vinexa —dijo, mirándola con una entonación recelosa.

—¡Verrugas! —exclamó ella. Se llevó la mano a la cabeza y se rascó, sonriendo tímidamente.

—Y... ni a mí, ni a mi escoba, nos importan los kilos de más que haya

cogido.

—Esa es la actitud, cariño —contestó la bruja más joven.

Vinexa cogió la cabeza de su igual, le regaló un beso en la frente y comenzó a peinarla. Esta se quejaba a causa del dolor que le inferían los estirones, gritaba con fuerza y sus alaridos se podían escuchar por cada recoveco de Grimbillel.

—Un corte limpio, será fácil de coser —apreció, mirando el cuello de la cabeza degollada.

—¿Esperabas menos viniendo de mí? —alardeó Evan.

—Nunca espero nada de ti, excepto...

—¿Excepto...? —repitió Evan, invitándole a que acabara la frase.

Vinexa le lanzó una mira dura antes de contestar.

—Excepto que seas más puntual —sentenció.

—Utilizaré algo que tú siempre dices para justificarte; está en mi naturaleza, Nexa —le respondió él, burlón. Abrió la boca ampliamente, enseñando todos sus dientes.

Ella arrugó la nariz antes de sonreírle.

—¡Asco! ¡Repugnancia! ¡Dejaros ya de cortejos y de juegos y llevadme con mi cuerpo! —exclamó enajenada la cabeza de la bruja, entornando los ojos como síntoma de su irritación— Seguro que es el único que me echa de menos.

—Seguramente —murmuró Evan, carcajeándose.

Los ojos de la cabeza seccionada, a quien Vinexa había llamado Barkashy, se clavaron como cuchillos en el joven durante unos segundos. Pero ignorando su comentario, por el bien de ambos, se dirigió a su igual y le gruñó:

—Espero que lo hayáis conservado bien.

—Está tal y como lo perdiste —contestó con una risa traviesa la joven bruja.

—¡Vamos! —ordenó la cabeza y una ráfaga de viento barrió el lugar.

Sin más dilación comenzaron a caminar y pronto dejaron el claro del bosque, adentrándose en la maleza.

—Ten-ten tendríamos que seguirles, ver dónde se esconden —comentó en voz baja el señor Codge.

—No, no y ¡no! Deberíamos volver al pueblo —negó desesperadamente con la cabeza Ted. Su único pensamiento era regresar cuanto antes a Cliffdavid.

—Pero se-se señor Legentrell... —refunfuñó Todd, aun cuando sabía que aquella queja no era sensata.

Después de ver lo que habían visto y después de oír lo que habían oído, lo

más prudente que podían hacer era huir. Regresar en silencio hacia el pueblo, como bien aconsejaba el profesor.

—Señor Codge, no pienso seguir sus pasos si decide tomar esa dirección, y mucho menos después de todo lo que acabamos de presenciar —aclaró, rotundo.

—Pero... —replicó Todd.

—¡Peras! —exclamó Ted, girando sus talones y volviendo sobre sus pasos.

El señor Codge se resignó; sabía que era lo más inteligente. Antes de seguir los pasos de su compañero se giró una vez más para mirar hacia el macabro y curioso grupo que formaban los cuatro individuos. Un humano, una bruja, una cabeza parlante y un gato. Sus tenebrosas siluetas se adentraron en la frondosidad, zambulléndose como espectros en las sombras.



LA PUMPA EN EL CENTRO DEL MAPA

Tras una larga caminata, Ted y Todd lograron salir de las entrañas de Grimbill. Resoplaron aliviados al ver las luces que provenían de las casas del pueblo, ambarinas y cálidas, e inconscientemente disminuyeron el paso. Para sorpresa de ambos, habían tardado menos de lo esperado en conseguirlo; posiblemente a causa del acelerado paso que les imponía el temor que sentían.

Debido a lo avanzado de la noche, no se veía a nadie por las travesías del Cliffdavid y las únicas almas que se atrevían a pulular por los alrededores eran los gatos callejeros. Ted y Todd ascendieron por las calles desiertas y, al llegar a la altura de la casa del señor Codge, Todd se detuvo. El profesor hizo lo propio y se paró varios pasos detrás de él. Estaba indeciso acerca de lo que debía hacer; su mente le pedía irse a su habitación de “Dos Copas”, aunque se le antojaba harto difícil, intentar dormir algo hasta el momento de su partida; por el contrario, creía que lo más adecuado era acompañar a Todd y comentar todo lo sucedido.

El señor Codge abrió la puerta de su casa y con una indicación de cabeza invitó al profesor a que entrara. Pero algo llamó poderosamente la atención de Ted, brillando justo encima de ellos, y le hizo detenerse en la penumbra del pórtico.

Desvió su mirada hacia el techo de la habitación donde, al amparo de la oscuridad, brillaban dos pequeñas esferas amarillentas. Absorto en su contemplación, el profesor tardó en reaccionar. Aquella profunda mirada no desviaba la vista de él. De repente unos destellos plateados y blanquecinos brillaron a cada lado de aquellos ojos hambrientos.

—¡¡Cuidado señor Codge!! —exclamó Ted, tan pronto como pudo recuperar el aliento.

El grito hizo que la misteriosa criatura revelase su presencia en la

oscuridad. Era una lechuza blanca como la escarcha y brillante como la plata. Alzó el vuelo, abalanzándose sobre ellos. Primero sobre Todd y después sobre el profesor. Ambos se cubrieron el rostro con las manos e inconscientemente cerraron los ojos; oyeron un aleteo y unos estridentes graznidos, pero cuando volvieron a abrir los ojos no había rastro del animal, y lo único que quedaba de su enigmática aparición era una pluma. Una pluma brillando en la oscuridad.

Su cálamo era blanco y grisáceo. Estaba clavado en una de las dos mesas que había en la habitación. Aquella que siempre estaba repleta de papeles, de libros y de pergaminos. Aquella en la que reinaba el desorden.

Se hizo un inquietante silencio y Ted y Todd se miraron con preocupación, sin entender lo que acababa de ocurrir.

—En su que-que querida Domstool estas cosas no pasan, ¿verdad, profesor? —dijo el señor Codge, intentando no darle a la situación más importancia de la que parecía tener, y se encogió de hombros.

—No... lo cierto es que no. Alguna vez me he encontrado alguna paloma moribunda en los ventanales, pero nunca aves rapaces —respondió Ted. Le costó tragar saliva.

El profesor se acercó con suma curiosidad hasta la mesa donde se había clavado la pluma.

Pese a ser liviana, la pluma había tenido la fuerza necesaria como para atravesar varias hojas de papel y clavarse en la madera. Por un momento Ted creyó que algo mágico había sucedido, pues el documento que quedaba a la vista era un viejo mapa de la isla de Angra y, misteriosamente, el cálamo de la pluma incidía en el bosque de Grimbillel. En el noroeste de su vasto territorio, para ser exactos. Durante unos instantes permaneció callado y pensativo, intentando asimilar si lo que estaba viendo era un hecho premeditado, una señal, una indicación, o simplemente una casualidad.

Fue entonces, en el momento en que sus flacos dedos cogieron el estandarte de la pluma, cuando repentinamente una escalofriante e inesperada imagen acudió a él. Cerró los ojos y una figura destelló nítida en su mente. Era una mujer poderosa, de angulosas facciones y blanquecina piel; de pelo gris y carnosos labios. Sus labios eran rojizos y sonreían con maldad. Su mirada quedaba oculta tras unos anteojos negros y circulares. Una mirada que parecía guardar millones de secretos.

Cuando el profesor abrió los ojos impactado por la visión, no quedaba nada de aquella imagen, ni siquiera una silueta difuminándose en sus pupilas.

Pestañeó. Y nada. Volvió a pestañear, y nada otra vez. Aquella visión se había esfumado por completo.

—¿Está usted bien? —le preguntó Todd al ver la extraña expresión que se había dibujado en su rostro.

—Sí... sí —contestó, confundido y un poco mareado.

Después de aquel extraño suceso Ted se sumió en el más absoluto silencio, no podía explicarle al señor Codge las sensaciones que había experimentado, entre otras cosas porque pensaba que no le entendería; incluso él creía que era una locura y empezaba a dudar de su estabilidad emocional y mental. Sin saber muy bien qué hacer se sentó en la primera silla que encontró, con intención de serenarse.

Por su parte, el señor Codge se dirigió presuroso hacia un armario que se encontraba próximo a las escaleras. De su interior sacó una manta y se la tendió a Ted. Acto seguido, utilizó la vela que ya había prendido para ir encendiendo otras, y a medida que lo iba haciendo el cuarto iba adquiriendo una cálida luminosidad.

Pasaron unos instantes que sirvieron para que Todd repartiera los cirios por distintas partes de la habitación y el profesor, que había comenzado a entrar en calor, ordenara sus pensamientos.

Era el momento de poner las cosas claras.

Antes de enfrascarse en teorías e hipótesis, decidieron hacer un exhaustivo repaso de los hechos acaecidos en Cliffdaviil desde que el profesor había llegado al pueblo. Analizando la serie de catastróficos sucesos se dieron cuenta de que todo podía resumirse en cuatro palabras:

—Todo es una mentira —sentenció el profesor.

—Todo —repitió Todd, empequeñecido por la magnitud del inesperado giro que habían dado los acontecimientos.

—Pero —dijo Ted, mientras se retorció su afilado bigote—, incluso las mentiras más oscuras gritan una realidad en sus entresijos.

Se pusieron a hacer suposiciones y teorías, llegando a conclusiones que parecían razonables y acertadas, pero la gran mayoría de ellas chocaban por lo menos con dos o tres objeciones lógicas que le surgían en la mente de Ted de manera súbita. Habían desvelado muchos datos y habían confirmado, por fin, que no podían fiarse del señor Emerion Simgrell. Y tampoco de Evan, quien se suponía que iba a ser su salvador, pues ambos estaban ligados de una forma u otra a las brujas.

Sin embargo, aunque hubieran averiguado muchas cosas, detrás de cada

descubrimiento parecía abrirse la puerta a una nueva incógnita y, aunque la cabeza de Ted se movía más veloz que la lana en un telar, eran tantas las briznas deshilachadas que aún ignoraban que era mejor centrarse en las que tenían en la mano, a punto de enhebrar en la aguja:

—De acuerdo... empecemos a hablar de las cosas que sí sabemos; hablemos de la misteriosa mujer.

—¿Qué mujer?

—La que robó la cabeza de la bruja para después entregársela a Evan. Él dijo: “ella me la ha dado al anochecer” y acto seguido comenzaron a hablar de ella de una manera un tanto enigmática —explicó Ted, ante la desconcertante expresión que veía en el rostro del señor Codge.

Este asintió, recordando entonces aquel trecho de la conversación.

—Pero... ¿quién es ella? —susurró el profesor, ansioso por ponerle nombre a dicha persona— Evan utilizó la palabra “rara” para describirla.

Se quedaron en silencio, pensativos, durante largos minutos. Por más que le dieran vueltas no se les ocurría quién podía ser, hasta que de pronto...

—Ahora... que lo dice... puede que...

Todd se detuvo a mitad de la frase y abrió mucho los ojos.

—¿El qué? —preguntó Legentrell, instándole a que acabara la frase.

—¡Claro! ¡Ha sido ella! —exclamó el señor Codge, completamente fastidiado porque la idea no se le hubiera ocurrido antes— Hubo un detalle en la reunión que no me había pa-pa parecido extraño hasta el momento en que usted ha dicho que debía ser una mu-mu mujer, pero ahora tiene todo sentido. Pu-pu puede que solo sea una casualidad... pero cu-cu cuando el joven Evan y yo llegamos a la morada del señor Emerion, fue él mismo quien nos re-re recibió.

—¿Y...?

Todd continuó explicando, esta vez atropelladamente:

—Y que una vez en su in-in interior, llamó a su asistente para que nos sirviera algo de beber, pero esta no daba señales de estar cer-cer cerca, algo nada habitual, ya que siempre está atenta a cuánto él pudiera necesitar. Así que podría ser...

—¡La señora Memi! —cortó Ted asombrado, anticipando la conclusión que Todd le estaba planteando.

—¡Entonces todo encaja! —exclamó Todd, demasiado emocionado como para comprender la gravedad de sus sospechas.

El profesor Legentrell se giró hacia su compañero con una expresión

sombría y temerosa en el rostro y le preguntó casi en un susurro, como si temiera levantar la voz:

—¿Será ella también una bruja?

El aire frío de la noche hizo bailotear las llamas de las velas que proyectaban las sombras de los hombres en la pared, haciéndoles parecer gigantes.

—No sé... pues a-a ahora que lo pienso... no es de aquí y aproximadamente lleva en el pueblo... ¡Un año y medio! —exclamó abriendo los ojos de par en par— Me a-a atrevería a decir que su llegada al pueblo coincidió con la desaparición del señor Humsoon y el fallecimiento de la señorita Anguer. Las dos pri-pri primeras víctimas.

—¿Quién era la señorita Anguer? —preguntó Ted.

—La anterior sirvienta del señor Emerion Simgrell —aclaró Todd—. Lo cierto es que nunca había relacionado la repentina muerte de la señorita Anguer con la llegada de Memi al pueblo.

—La señora Anguer no aparecía en los informes que usted me envió —recapituló el profesor —confuso—. Todos eran varones.

—Cierto —reconoció el señor Codge, con voz quebrada—. No aparecía porque no estudié su caso. Era una mujer que había vivido toda la vida al servicio de la familia Simgrell. Una mujer ya muy mayor, de avanzada edad. La encontraron tendida en los riscos, con una grave herida en el ojo —recordó—. Todos pensamos que en uno de sus paseos matinales a los huertos se desfalleció y se golpeó con los peñascos. Además... no presentaba ninguno de los síntomas paranormales que más tarde vería en el resto de las víctimas.

Un rayo rasgó la noche y el recibidor de la mansión Simgrell se iluminó por completo. La señora Anguer descendía desde el primer piso con pasos silenciosos hacía el vestíbulo. Aquella casa era tan grande como solitaria, pero nunca, en sus cincuenta años de servicio, le había dado miedo. Estaba acostumbrada al incesante murmullo del mar golpeando los riscos y al siseo de las nocturnas tormentas nortañas. Sin embargo, aquella noche una confusión de voces ascendía desde algún lugar remoto de la morada y le producía, sin saber por qué, un profundo temor.

Se acercó a los pies de la escalera, a uno de los laterales, donde un cuadro grande y de recargada moldura dorada estaba entreabierto como una puerta. Era como un portón secreto que daba paso a un pasillo estrecho y a unas escaleras de piedra que descendían en espiral. Pese a sus muchos años de servidumbre, la anciana nunca había visto aquella habitación antes.

Por las escaleras ascendía un murmullo de voces, que llegaba a la anciana atenuado y confuso. Por lo menos debía haber tres personas allí abajo. Se acercó silenciosa e inclinó la cabeza para escuchar con atención, poniendo su oreja en la abertura del pórtico.

—Así se mantendrá indemne hasta que llegue el día propicio —aseveró una voz femenina.

—¿Seguro? —cuestionó temblorosa la voz del amo de la morada. Una voz que la señora Anguer conocía perfectamente, pero que en esos momentos sonaba atribulada y sombría. Desconocida.

—Sí, “Aguas turbias” se encargará de que sea así.

—Gracias —dijo él, con un tono más reposado.

Se escuchó una risa satírica.

—Debería saber que solo la muerte es gratuita —dijo aquella voz tiránica—. En esta vida todo se paga; con monedas, con sangre... o con otro favor.

—Lo que sea —se ofreció él. Parecía desesperado.

—Necesito que...

La anciana no consiguió oír nada más, solo unos pasos aproximándose. Giró el rostro y acercó el ojo a la abertura del portón, mirando entre el hueco que había entre este y el marco. No pudo ver nada. Las escaleras descendían y se perdían en la oscuridad. No obstante, una extraña luz celestial palpitaba en las profundidades y se reflejaba en las paredes húmedas del pasadizo. Un haz de luz blanquecino e invernal. La señora parpadeó, dudando si creer o no lo que estaba viendo. Cuando abrió los ojos, otros ojos estaban frente a los suyos, al otro lado de la puerta. Aquellos ojos cristalinos, tan azules y profundos como el mar, la dejaron petrificada.

De pronto, una luz ambarina centelleó frente a su pupila y un ardor agónico le punzó en el ojo, taladrándole hasta el interior de su cabeza. Como si le hubieran clavado un cuchillo a fuego vivo o unas tijeras incandescentes. La anciana dio un grito de dolor.

El cuadro se abrió por completo hacia el interior y la señora Anguer se desplomó encorvada hacia el vacío. Cayó rodando por las escaleras, rotando sobre sí misma, golpe tras golpe. Cuando llegó al final de la escalinata, entre jadeos y lamentos de dolor, empezó a sentir una aguda punzada en la cabeza. Se llevó las manos al ojo y se dio cuenta de que tenía una vela clavada en la cavidad ocular. En el suelo, retorciéndose de dolor, se sacó el cirio con las dos manos. Lo hizo tan rápido como pudo, para no sentir el ardor en la herida.

—¡Oh! Hemos olvidado nuestros modales en casa, señora Anguer. Nos

habíamos olvidado de invitarla —dijo una mujer alta y rígida, con entonación teatral.

Alzó la vista tratando de ver quién era, pero ya no veía nada con su ojo derecho y con el otro solo veía sombras moviéndose entre sombras. Forzando la vista, pudo distinguir tres siluetas acechándola desde las alturas. No podía verles la cara, pues una aturquesada claridad le empañaba la vista.

—Piedad... y-y yo n-n no diré nada. No diré nada —balbuceó la anciana, temiendo que aquel fuera su final. Sus súplicas se transformaron en un vapor denso.

Intentó incorporarse y la piedra helada se le clavó como un puñal en las plantas desnudas de los pies. Hacía mucho frío ahí abajo. Demasiado frío. Era como si hubieran encerrado el invierno en aquella cripta lúgubre y lo hubieran retenido ahí contra su voluntad.

—P-p por favor... haré lo que me pidan.

—No albergo la menor duda de que lo harías —respondió aquella mujer, altiva. Sus oscuros lentes brillaron en la oscuridad de un modo aterrador—. No obstante... sabes demasiado.

—¡Por la diosa del principio! Se lo ruego... —sollozó, desesperada, viendo cómo aquellas sombras se le aproximaban inexorables.

—Ruegas muy mal —pronunció la mujer. Un trueno retronó en la lejanía—. ¿A quién le imploras? Los mortales os esforzáis en doblar las rodillas sobre el suelo para rezar a falsos dioses que ni os escuchan ni lo deberían hacer. Lo hacéis sin verdadero acto de contrición y luego os preguntáis por qué vuestras plegarias no funcionan.

Las sombras se abalanzaron contra ella. Los bramidos de dolor comenzaron a retumbar en aquel lúgubre sótano y ascendieron por las escaleras hasta confundirse con el fragor furioso de la lluvia, desvaneciéndose en la sempiterna tormenta de rayos y truenos que se cernía sobre Cliffdavid.

—Bueno... dejemos a la señora Anguer a un lado —dijo Ted, agitando la cabeza. Ya se le estaban empezando a amontonar demasiados nombres de individuos en la mente.

El señor Codge, sentado a su lado, asintió.

—Entonces, nos podríamos atrever a decir que Memi es la tercera persona involucrada en este turbio asunto.

Ambos se atrevieron a esbozar una sonrisa satisfecha.

—Por otro lado, tenemos al joven Evan Drouds —dijo Ted—, quien no solo es un farsante, sino que es también el enamorado, la pareja, o como quiera

llamarlo, de una de las brujas.

Ahora que sabían qué tipo de lazos unían al caeliense con el enemigo, podían llegar a entender los actos del montaraz, ya que suponían que sus acciones venían ordenadas por una autoridad superior. No obstante, por más que lo intentaron, no lograban encontrar ningún nexo que pudiera unir los propósitos del señor Emerion con los de Evan y las brujas.

Todd sostenía firmemente la idea de que las brujas estaban utilizando al caeliense única y exclusivamente para aprovecharse de la bondad de los daviles y davilas y sacarles el máximo dinero posible con artimañas y falsos sofismas. Su carácter le impedía permanecer impasible ante la mentira y la traición y, en esos momentos, la cólera que sentía se transformaba en una impotencia tal, que le entorpecía pensar con claridad.

Por su parte, Ted, que intentaba profundizar más en el contenido, consideraba demasiado simple e improbable que el oro fuera el único motivo que había movido a Evan y a sus coligadas a actuar de dicha manera.

—¿Y si está bajo un hechizo? —pensó en voz alta el profesor.

Amante devoto de la fría lógica y del sentido común, Ted nunca se habría imaginado a sí mismo planteando dicha hipótesis.

—¿Quiere de-de decir que tal vez ellas le han embrujado?

—¿Por qué no? —planteó— A lo mejor ellas lo están utilizando con algún misterioso propósito.

—No lo creo. ¡Pa-pa parecía que Evan sabía muy bien lo que hacía! —en el tono del señor Codge podían atisbarse profundos signos de enojo hacia el caeliense.

—¿Y qué cree que hará ahora el joven Evan? —preguntó Ted con aire pensativo— ¿Regresará al pueblo a hurtadillas? ¿Cuál será su actitud a partir de ahora?

—Supongo. Para él es como si no su-su supiéramos nada, como si nada hubiera cambiado. Pero como lo haga, le aseguro, se-se señor Legentrell... ¡que le voy a devolver al bosque con sus que-que queridas brujas de un buen golpe en su trasero extranjero!

Con la ocurrencia de Todd, ambos rieron de buena gana, lo que les ayudó a tranquilizarse. Tras aquellas risas, ambos permanecieron unos instantes reflexionando; el silencio era tal que tan solo se escuchaba el silbido del viento al entrar por el ventanal y el rugido del mar, lejano pero inconfundible.

—En resumidas cuentas, me parece que aquí cada uno tiene su cometido en esta historia.

—Ya veo —murmuró Todd, asintiendo ligeramente con la cabeza.

—El único que no sabemos qué función tiene asignada en toda esta sucesión de acontecimientos es nuestro enigmático señor Simgrell —dijo Ted, sintiendo cómo revoloteaban en su interior la frustración y el desconcierto. Como buen catedrático que era, odiaba que hubiera cosas que escapaban a su conocimiento—. Evan y la bruja se refirieron a él en varias ocasiones con cierta familiaridad. Aparte... hablaban de él de una manera un tanto despectiva, como si tan solo fuera un peón que utilizaban a su voluntad en el “juego” que se llevaban entre manos.

—¿Usted cree que están u-u utilizando al señor Emerion? —preguntó ingenuamente Todd.

—No del todo —su compañero le miró ceñudo, sin acabar de comprender—. De ser así, el señor Emerion sería un tonto sin más. Pero no me parece a mí que el señor Simgrell sea un tonto; todo lo contrario, creo que es una persona muy inteligente —comentó, entrecerrando los ojos—. La pregunta es: ¿por qué o con qué fin está involucrado en el asunto? Mis dudas siempre son las mismas. Siempre convergen en él. ¿Por qué permite que mueran los vecinos de Cliffdaviil? ¿Qué vínculo le une con aquellas que matan y hacen sufrir a su gente? Llegados a este punto se podría decir que a Emerion no le importa realmente el bienestar de los ciudadanos de Cliffdaviil —concluyó Ted, sin haber sopesado demasiado sus palabras, pues no era consciente de que estas iban a hacer mella en su compañero.

Segundos después, el profesor miró a Todd como disculpándose, pero el señor Codge, invadido por un gran sentimiento de tristeza, había agachado la cabeza y estaba sumido en profundas reflexiones íntimas.

Si tenían razón, Todd debía informar a todos los vecinos acerca de las sospechas que recaían sobre Emerion. No tenía una idea muy clara de cómo debía obrar y qué hacer. Incluso dudaba de que alguien en el pueblo fuera a creerle. Aquellas acusaciones, dadas las circunstancias y a falta de pruebas, eran muy graves y podían parecer ridículas para alguien completamente ajeno a las investigaciones que Ted y Todd habían desarrollado a lo largo de los últimos días.

—Parece que hacemos un buen equipo —dijo Ted, y con la clara intención de animar a su compañero le sonrió.

—Eso parece —contestó Todd, con menos entusiasmo—. Y pa-pa parece también que las cosas han empeorado, profesor. Han empeorado y mucho.

Ambos suspiraron profundamente.

Se encontraban en una situación complicada, pues sabían, o creían saber mucho, pero a la vez no podían confirmar nada. Podían deducir y suponer; pero posiblemente la verdad estaba lejos de todas aquellas conclusiones. O no.

Hablaron y hablaron hasta altas horas de la madrugada. Debatieron un sinfín de asuntos hasta caer rendidos. Se durmieron entre palabras oscuras y misteriosos razonamientos, teniendo así... intranquilos sueños.





UN MUNDO
DE CICATRICES



La noche fue hermosa y traviesa para aquellos que hablaban sin voz. Para aquellos que no cedían, pero que jugaban con palabras de amor. Cuando Vinexa cantaba, Evan se perdía en la melodía de su canción. Pasearon entre la espesura y la oscuridad del bosque hasta que la luna y las estrellas se diluyeron en el cielo y, silencioso, despuntó el sol.

Nació una mañana helada, acompañada por una brisa gélida. El sol brillaba con timidez, iluminando el lugar con la tenue luz del alba. El aire mecía las hojas de los árboles haciéndolas bailar, los Sibbies se desperezaban agitando sus alargados cuerpos y el rocío se extendía por doquier, aportando serenidad y elegancia.

Estaban tumbados en un claro del bosque, sobre un lecho de hojas; Evan, apoyado en el tronco enmohecido de un gran roble tendido en el suelo, con la mirada perdida y una sonrisa imposible de borrar, acariciaba la cabeza de Vinexa que reposaba en su pecho. Ella miraba hacia el cielo al tiempo que escuchaba el ulular del viento en el robledal.

—Tuve una vida difícil —empezó a contarle el caeliense. Narrarle aquellas memorias arrastraba su mente hasta el pasado y le atenazaba el alma por completo.

Los primeros recuerdos de la infancia de Evan en Caels eran confusos y oscuros. Su padre y él eran amoladores ambulantes y recorrían las fétidas calles de la ciudad del humo, arrastrando su tarazana para ofrecer sus servicios a cualquiera que los necesitara. Durante años se entregaron honradamente a aquel negocio; su padre se dedicaba a pasar los utensilios por la piedra de desbaste y él a soplar fuertemente su flauta de pan para atraer a la mayor cantidad posible de clientes.

Por desgracia, aquellos días como afiladores de instrumentos de corte no

duraron mucho; un fatídico ajuste de cuentas llevó a su padre a la tumba y a Evan a vagar por las peligrosas calles de Caels.

Huérfano y pobre, no le quedó otro remedio que robar comida de los puestos mercantiles o de las basuras e instalarse en casas abandonadas, de las cuales normalmente era echado poco tiempo después por otros vagabundos que le doblaban o triplicaban la edad y estaban más locos y hambrientos que él. Deambuló por las calles durante un año, malviviendo, haciendo sonar el chiflo que su padre le había regalado para llamar la atención y rogar por misericordia. No obstante, la humanidad a veces puede ser muy poco humana, y una ciudad tan oscura y peligrosa como Caels no era lugar para un niño desamparado.

Un día, enfermo y desnutrido, Evan cayó rendido sobre el lodo de las nauseabundas callejas de los barrios altos de la ciudad. Por suerte para él, Sir Paren Bramsh, un adinerado pintor, noble y respetado, que había sido cliente de su padre con anterioridad le encontró moribundo y febril. Por increíble que pareciera, le acogió y le dejó quedarse bajo su techo. Eso sí, en calidad de sirviente doméstico.

Junto al resto del servicio debía asistir a su amo en sus ocupaciones particulares. Era un trabajo duro y sus jornadas laborales podían constar perfectamente de unas quince horas diarias los siete días de la semana. Con el tiempo, pasó de ser un mero sirviente a ascender en la jerarquía funcional de la mansión Bramsh y se convirtió en el criado personal del amo de la morada. Y no fue hasta entonces, cuando tuvo que estar diecisiete horas al día con el señor Paren —preparando sus utensilios de afeitado o limpiando sus heces— que se dio cuenta de que incluso en la más alta burguesía podían existir los más repugnantes monstruos.

Sir Paren Bramsh era un ser horrible que maltrataba verbal y físicamente a sus sirvientes más cercanos, culpándoles de que por su falta de disciplina y de su poca implicación en las tareas domésticas su inspiración le había abandonado y su arte había empezado a carecer de autenticidad. También se dedicaba, en sus ratos de solaz, a abusar de las hijas de sus criados con la excusa de representarlas al óleo.

Una noche de invierno, el servicio al completo decidió ajusticiar los crímenes de su amo. Lo mataron, lo ataron a un lienzo y lo sacaron al balcón. Aquella posiblemente no fue la obra de arte más bonita que se expuso en las paredes de la mansión Bramsh, pero sí la más auténtica.

Después de aquel oscuro suceso, Evan tuvo que huir de la ciudad y su

camino continuó por “Las costas de Plata”, por Darsjet Viruga y Bembest; poblaciones estas que le vieron crecer y hacerse fuerte. Por aquel entonces, Evan ya era un avisado adolescente de diecisiete años que podía recorrer las tortuosas calles de la ciudad sin sentir miedo a ser asaltado o intimidado. Para ganarse la vida dignamente decidió rescatar de su memoria todas las enseñanzas que su difunto padre le había inculcado en el oficio de afilador y levantó a flote su propio negocio.

No obstante, el caeliense no tardó en substituir las tijeras, los cuchillos de cocina y toda clase de instrumentos cortantes por materiales más letales: las espadas. Su forma de forjar y templar el acero no tardó en hacerse conocida por Viruga y las ciudades fronterizas, y en poco tiempo los mejores espadachines y guerreros tocaban a su puerta tildándolo de ser el mejor espadero artesanal de los alrededores.

En uno de sus encargos conoció a Brand “El bravo”, un fulgurante saqueador y espadachín de alto renombre que le rescató de las humeantes fraguas y le enseñó el arte del combate, así como sus prácticas de lucha o sus técnicas de defensa, un terreno en el que sin duda tenía talento.

Con el tiempo, Evan se convirtió en un montaraz errante; viajando de aquí para allá cobijado bajo la piel de un asesino. Se hacía llamar “Van, el caza recompensas gris” y muchos reyes y nobles de la región, entre ellos el conocido Sir Davient de Carviguien o la recientemente fallecida reina Efras de Dayam, contrataban sus servicios como criminal, encargándole cometidos oscuros y de alto secreto. Aunque aquella era una manera indeseable de ganarse la vida, lo cierto es que la alta clase burguesa de Meneso sabía agradecer la discreción y un trabajo bien hecho, y Evan se hizo de oro durante esa etapa de su vida.

—Paona, La Corona de la Reina, Butjagun, los desiertos grises... ¡Verrugas! ¡Has visto mucho de este mágico mundo! —exclamó de pronto la bruja, fascinada y con cierta envidia.

Desde que ella se había visto obligada a cruzar el mar y dejar a sus espaldas las increíbles tierras libres de Wallango, había sentido una imperiosa curiosidad por conocer Balente y todos los secretos que anidaban en él.

—Bueno... realmente solo he estado en una pequeña parte de Balente. Los territorios medios son muy amplios y extensos, y créeme... no son tan mágicos como tú te imaginas —respondió el joven caeliense, rememorando su oscuro pasado.

—¿No? —la decepción salpicó su rostro.

—No —afirmó Evan, contundente—. Meneso es un continente triste, o al menos el norte del mismo lo es. Está lleno de guerras improductivas y muertes innecesarias. Sus reyes luchan entre ellos por conseguir tierras que creen que les pertenecen; tierras de nadie. En los pequeños pueblos donde antaño los buenos pastos alimentaban al ganado enriqueciendo a sus gentes, la tierra, asolada por tantas guerras, lo único que produce es tristeza y desolación.

Vinexa le escuchaba con atención, mirándole entristecida.

—La codicia por las riquezas domina a los hombres y estos, a su vez, intentan someter a todos aquellos que creen inferiores a ellos. He tenido que hacer horribles cosas para poder escapar de ahí; de sus opresoras pero tentadoras redes manchadas de sangre —dijo Evan un tanto apenado, sintiéndose culpable por los atroces actos que tuvo que cometer en su pasado.

—Lo sé, lo he visto en las sombras. No tienes secretos para mí —dijo Vinexa pícara, intentando despejar aquellos oscuros pensamientos de la mente del caeliense—. Ni tienes nada de qué avergonzarte. No quiero que acarrees la carga de esos errores, pues esos errores te trajeron aquí. A mí —añadió segundos después, con una sonrisa tranquilizadora.

Se giró, y mirándole fijamente a los ojos, le preguntó curiosa:

—Y dime... ¿qué te trajo a este bosque Evan?

—Su olor —contestó él, e inspiró profundamente, pese a no ser el bálsamo de Grimbillel a lo que realmente el joven se refería.

La bruja se limitó a arrugar la nariz. Lo hacía habitualmente, cuando no comprendía o no estaba satisfecha con algo. Él la miró, y después de ahogar una leve risa, prosiguió.

—Cuando huí de Paona, me escondí en un barco mercante que zarpaba desde Segard. No sabía qué ruta tenía, ni quiénes formaban parte de la tripulación, ni quién era su capitán, pero decidí hacerme pasar por uno de los muchos pescadores y marineros que...

—¡Verrugas!... detesto el olor a pescado, y los marineros huelen a pescado —le interrumpió Vinexa, al tiempo que hacía un mohín en señal de repulsión.

—Muuucho —teatralizó él, siguiéndole la corriente a la bruja.

—¡Sigue! —le ordenó tajante.

—Tras varios días en alta mar llegamos a tierra. Desembarcamos en la gran Bahía de Neriél —entonces la voz de Evan adquirió un cariz místico y cautivador, como si le estuviera contando un cuento a una niña. Vinexa le observaba con los ojos abiertos de par en par—. Estuve unos días en el puerto, sobreviviendo de las sobras de los pescadores y robando dinero para

poder subsistir. Algo deprimente... lo sé...

—Bastante —afirmó ella cerrando los ojos y moviendo la cabeza de arriba a abajo.

—Un día decidí ir al pueblo de Gagbe, que se encuentra encaramado en los acantilados que rodean la bahía; pero el que sería el último de aquellos aciagos días, la brisa del mar me trajo un aroma nuevo, penetrante. Una bocanada de aire fresco se presentaba ante mí de un modo atractivo y atrayente. Era como una llamada, como una indicación. Como una señal.

La bruja abrió la boca sorprendida y cautivada por la historia que Evan le estaba contando. Se cruzó de brazos y siguió escuchándolo con atención, mientras su escurridiza sombra serpenteaba por el cuerpo de Evan, y jugueteaba con la larga y castaña melena del joven.

—Seguí su rastro, flanqueando las cristalinas aguas del Quermanen y, para mi sorpresa, este me llevó hasta el bosque de Grimbillel. Aquel olor me atraía, me seducía y me cautivaba hasta límites insospechados, así que me dejé llevar por él.

—¿Qué era? ¡¿Qué era?! —preguntó Vinexa, ansiosa.

—¡Espera! —exclamó Evan sin dejarse llevar por el desasosiego de la bruja.

—Ah... sí, sí —dijo ella y se acercó un poco más a él, apoyando el mentón en el dorso de sus manos.

—Y llegué aquí, a este bosque de robles encerrado entre montañas. El lugar me cautivó, me perdí en él días y noches. Veía salir y esconderse al sol tras las copas de los árboles, respiraba con ellos, pues cuando yo exhalaba, ellos se mecían. Era uno con el bosque.

Vinexa, que seguía teniendo todo su interés puesto en el relato del joven, observaba los labios de este con creciente deseo.

—Me interné en la espesura, pues aún no encontraba la procedencia de aquel olor, de aquel aroma que me tenía embaucado. Entonces, un día de viento, un día importante sin duda alguna... lo encontré. Lo encontré al encontrarte a ti —confesó Evan entrecerrando los ojos, visualizando ese idílico momento.

Ella pestañeó, emocionada y adulada.

—Corrías con los ojos anegados en lágrimas. Tu larga melena ondeaba al viento y yo la seguí —recordó Evan con ojos centelleantes, reviviendo la emoción del momento—. Entonces supe que aquel olor era tuyo. Aquel aroma, aquella esencia de la que me había hablado el viento...

Se miraron el uno al otro y sus ojos brillaron más que el día que acababa de empezar. Evan acercó su mano a la cara de Vinexa y le acarició la tez hasta llegar a los ojos.

—Cuando te conocí... estabas perdida en un mundo de cicatrices abiertas y mal curadas.

La sonrisa de la bruja se desvaneció. Le miró entristecida a la vez que desconcertada.

—Tú no me conoces —le contestó Vinexa tajante. Apartó la mirada de él y entonces todo cambió.

Cambió su impredecible estado de ánimo. Cambió la dulce expresión que su rostro había tenido hasta el momento. Cambió su carácter desapareciendo de él toda seña de placidez. Cambió la armonía del bosque. Y cambió la sombra que proyectaba la bruja, tornándose diminuta y casi invisible.

—¿Nunca cedes? —preguntó él.

Su rostro se endureció, reflejando vulnerabilidad y frustración.

—Nunca debo hacerlo —respondió contundente y muy seria.

—¿Por qué?

—Porque lo hice una vez y acabé, como bien dices tú, perdida en un mundo de cicatrices.

La mirada de la bruja se perdió en el bosque, igual que sus pensamientos. Mucho había ocurrido en el turbulento pasado de Vinexa, demasiadas cosas que el joven Evan desconocía y que la bruja no creía conveniente que conociera. Al menos no por el momento.

Miró de reojo a Evan, quien tan solo deseaba entenderla y aliviar el escozor de aquellas heridas aparentemente ya cicatrizadas.

—¿Qué sucedió, Nexa? —preguntó él una vez más. Le hubiera gustado poder entrar en su mente y averiguar la causa de sus males—. ¡Dime dónde llegaré si sigo tus lágrimas!

Vinexa se envolvió en sus propios brazos, finos y niveos. Parecía intentar protegerse. No estaba acostumbrada a que alguien se preocupara por ella, al menos no de aquella manera.

“No es asunto tuyo. No le concierne. No. No. No... ¡Verrugas!” —pensó la bruja intentando controlar la oleada de pensamientos y recuerdos que le acudían a la mente.

—¡Evan!... yo robé un corazón para ti... porque yo ya no tenía —confesó la bruja con semblante triste y apenado—. Eso debería bastarte.

Vinexa se dispuso a marcharse y Evan a impedir que lo hiciera, cuando se escuchó un ruido entre la maleza, y los arbustos más próximos a ellos comenzaron a agitarse. Entre el verdor apareció el gato de la bruja, Gogoro, que siempre la acompañaba allá donde ella fuera, velando por su seguridad.

El animal ronroneó entre los pies de la joven, acariciándole con la cola sus delgadas piernas, al tiempo que observaba atentamente a Evan; el recelo y la desconfianza que sentía por el humano se hacían palpables en su mirada. En ella había rabia, mucha rabia.

—Tú otra vez —murmuró el joven. El animal le exasperaba.

Con un gruñido amenazador el felino intentó, sin éxito alguno, que Evan se apartara de la bruja.

—¿Qué tengo que hacer para que se largue? —masculló entre dientes.

—Te he oído —dijo Vinexa, levantándose.

—¿Qué pasa? He dicho: ¿qué tengo que hacer para gustarle? —mintió, intentando que no se enfadara con él. Suspiró profundamente y se levantó.

Vinexa se subió al tronco del árbol en el que habían estado apoyados, grande y cubierto de musgo. Evan siguió sus pasos y, como si fueran dos niños juguetones, empezaron a caminar sobre él. Ella se mantenía perfectamente erguida, pero él, que intentaba imitarla y la seguía a escasos pasos, lo hacía con más dificultad. Evan abría los brazos para equilibrar su cuerpo, pero aun así se tambaleaba constantemente; daba la sensación de que podía caerse en cualquier momento.

—No has dicho eso, pero ya que lo mencionas... —permaneció pensativa unos segundos y prosiguió— tienes que ser más bueno conmigo.

Al escuchar esas palabras la expresión del rostro del joven cambió. Perdió por completo la concentración y el equilibrio; resbaló del tronco y cayó al suelo. La bruja, mofándose del mortal, rió con júbilo y cuando este finalmente consiguió reincorporarse, la increpó con ganas:

—¿Más bueno?! —exclamó limpiando sus ropajes y despejándolos de tierra y de hojas— ¡Es imposible! Nunca he sido tan bueno con nadie. ¡Soy mala persona por naturaleza!

Realmente no lo era, pero le gustaba alardear de serlo.

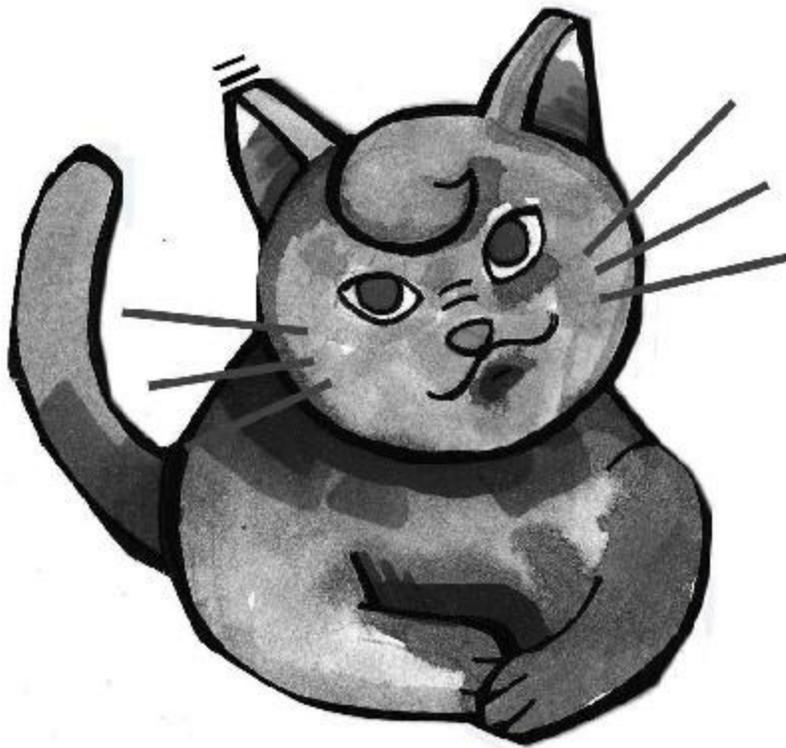
Ella, que ya había bajado del tronco y había emprendido la marcha sin esperarle, se detuvo debajo de un dosel verde de ramas que pendía de los robles, sobre su cabeza. Se giró y, sonriéndole pícaramente, le contestó:

—Lo sé, y me encanta —le guiñó el ojo.

Su tono volvía a ser tranquilo y travieso.

El caeliense sintió cómo una sonrisa le curvaba las comisuras de sus labios y aceleró el paso para llegar hasta la bruja. Al alcanzarla la tomó de la mano e hizo un elegante giro de muñeca para que ella se girara hacia él. La rodeó con sus fornidos brazos, y con su sonrisa más arrebatadora le susurró al oído:

—Nexa... no me importa esperar. Tú y yo... romperemos maldiciones.







DESPEDIDAS INTERRUMPIDAS

Con un inesperado grito comenzó el día para el aún adormilado Ted Legentrell.

—¡¡Profesor!! ¡Pro-pro profesor! —bramó por enésima vez una voz que llegó a él atenuada.

Ted, que hasta el momento se encontraba arropado por una gruesa manta de lana, dio un brinco; parecía no saber muy bien dónde se encontraba. Con los ojos entornados buscó alguna referencia que le indicara dónde estaba. Cerca, había un planisferio de madera, trapos sucios y acartonados. Papeles dispersos por el suelo. Zapatos amontonados y cubiertos de polvo. Velas derretidas en un plato... Observando el desorden que imperaba a su alrededor se percató, en cuestión de segundos, de que estaba en casa del señor Codge y la voz que le había despertado era sin duda alguna la suya. Una voz que en esos momentos sonaba alterada y nerviosa.

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede? —preguntó Ted incorporándose rápidamente, dejándose llevar por la excitación de su compañero.

Cuando sus pupilas se acostumbraron a la claridad, pudo verlo. Todd estaba sentado en una silla frotándose los ojos con esmero, señal inequívoca de que él también se acababa de despertar.

—¿Sa-sa sabe usted qué hora es?!

—¿Qué hora es? —preguntó Ted bostezando. Segundos después, inconscientemente, miró hacia la ventana intentando encontrar una respuesta a su pregunta.

Tras los sucios cristales el sol brillaba con fuerza, con demasiada fuerza como para encontrarse en las primeras horas de la mañana. Los rayos de luz parecían flechas que habían lanzado arqueros y se clavaban en diversos rincones de la morada del señor Codge.

—¡Tarde... es tarde! ¡Y hay un barco es-es esperándole en el puerto de Eseska! —informó exaltado, por si el profesor no lo recordaba.

Y, efectivamente, parecía que este lo había olvidado por completo porque su respuesta fue contundente.

—¡¡¡¡¡Aaahhhh!!!!!!

Ahora Ted sí estaba completamente despierto.

Se levantaron como movidos por un resorte. Parecían dos fugitivos que en su alocada huida habían perdido por completo la orientación y no lograban saber qué dirección debían tomar. Todd buscaba su viejo chaleco negro de lana, mientras que el profesor intentaba encontrar su indumentaria entera.

—¡Profesor! ¡Usted vino así! —dijo Todd mientras se calzaba sus gastados zapatos marrones.

—Ah sí... sí —recordó desorientado.

Eludieron el cúmulo de obstáculos que fueron encontrando hasta llegar a la puerta y, apresurados, salieron de casa del señor Codge.

El día era claro, sin embargo parecía que el sol no tardaría en esconderse, pues unas amenazadoras nubes negras ascendían por el horizonte, agrupándose unas con otras en la lejanía.

Ted y Todd corrían como si una ráfaga de viento les estuviera empujando y, en una loca carrera, subieron las tres travesías que daban acceso a la plaza del comercio, cruzándola a la derecha del gran reloj, lo más rápido que pudieron. Todo el mundo les miraba cotilleando sobre ellos en voz baja; y no era raro que así fuera, pues la imagen que ofrecían los dos amigos era un tanto jocosa: Ted corría cuesta arriba enfundado en su viejo pijama rosado y el señor Codge lo hacía detrás de él, intentando a duras penas alcanzarle.

Finalmente llegaron a la puerta de la posada y comprobaron que había un carruaje esperándolos. Ted lo rodeó y entró en “Dos Copas”, cruzó el recibidor y giró en el pasillo para enfilar las escaleras.

—Buenos días señor Legentrell —saludó la señora Atenia, desde el otro lado de la estancia.

—¡Buenos días señora Atenia! ¡Buenos días también para su hijo! —exclamó Ted resollando y sin detenerse. Su saludo fue incomprensible.

La posadera miró a su hijo pasmada y le preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—No sé... solo he entendido “higo” —le contestó Subeen y se encogió de hombros.

Ambos se giraron para ver cómo Ted subía las escaleras y desaparecía de

su vista en una abrir y cerrar de ojos. Sus largas piernas le permitían subir los escalones de tres en tres y en dos zancadas cruzó el pasillo hasta llegar a su habitación.

Una vez en el interior, miró a un lado y otro buscando su ropa y equipaje. El día anterior había dejado la ropa que tenía que ponerse para el viaje encima de una silla, amontonada pero bien doblada. Se quitó el pijama lo más rápidamente que pudo y se vistió con la máxima premura que le fue posible. Sin darse cuenta, el profesor se había puesto la misma ropa que portaba el día que llegó a Angra; una vieja camisa blanca, unos pantalones de pinza marrones y su corbata verde preferida. Finalmente, se puso su larga gabardina de paño y su sombrero de copa alta. Cogió sus maletines y se decidió a abandonar el lugar.

Salió de la habitación y cuando iba a cerrar la puerta se detuvo. Algo le hizo cambiar de opinión y le impidió moverse. Posiblemente el miedo. El temor de sentir que nunca más volvería a estar ahí, donde en tan poco tiempo había vivido sensaciones tan encontradas. Temor, cobijo y soledad. Pánico, fuerza y ansiedad. Desde aquellas cuatro paredes había visto el atardecer más bonito de su vida, pero también la noche más oscura. Entonces, aunque fue durante unos segundos, su nerviosismo desapareció. Ted se quedó mirando la habitación y le embargó un sentimiento descorazonador.

“¡No es momento de ablandarse!” se dijo a sí mismo y, acto seguido, cerró la puerta sintiendo que cerraba también una etapa de su vida que le había aportado mucho. Demasiado, en escaso tiempo y en muchos sentidos. Sacudió la cabeza y recordó que tenía prisa, debía coger un barco que le llevaría de nuevo a Butjagun, a su antigua y tranquila vida... a su adorada Domstroot.

Bajó las escaleras del mismo modo que las había subido, a zancadas y de tres en tres. Claro que lo hizo con más dificultad pues acarreaaba, como mejor podía, todos sus bártulos.

—¡Muchas gracias! ¡Infinitas gracias por todo! —balbuceó con prisa, pero sus palabras volvieron a sonar igual de ininteligibles que cuando entró en “Dos Copas” y saludó a la Señora Atenia y a su hijo.

Ella, al igual que la vez anterior, miró a su hijo en busca de ayuda.

—¿Qué ha dicho?

—No sé... solo he entendido “codo” —le respondió él.

Ambos miraron hacia la puerta pasmados y también entristecidos, ya que les hubiera gustado despedirse del profesor tal y como se merecía. Pero, muy a su pesar, lo único que pudieron hacer fue contemplar cómo la larga y enjuta

figura del señor Legentrell abandonaba la posada.

Apostado en la puerta le estaba esperando un viejo carruaje. Gobernando las caballerías, encima de su pescante alto y curvado, estaba el flacucho y envejecido señor Rivrim. El conductor saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenos días, profesor. He estado esperándole un buen rato —dijo, sacudiendo las riendas del carruaje—. ¡Ya iba a marcharme!

—¡Suerte que no lo ha hecho! —contestó Ted agitado— ¡Y gracias!

—No hay de qué, no hay de qué... ande... ¡suba!

Ted obedeció y subió apresurado al vehículo. El señor Codge ya se encontraba en el interior, con la espalda hacia el cochero. Le ayudó a acomodar el equipaje, y cuando por fin estuvieron aposentados, resoplaron profundamente y se miraron intentando esbozar una sonrisa que el cansancio no les dejaba construir.

Rivrim sacudió las riendas y los corceles empezaron a moverse tirando del carruaje. La diligencia tenía ciertas similitudes con la que recogió al profesor en el puerto de Eseska, eso hizo que le viniera un sinfín de recuerdos a la mente, y con ellos llegó también la nostalgia por el lugar que estaba abandonando y las gentes que vivían en él. Aún no había dejado de ver sus calles y ya empezaba a añorarlas.

El vehículo cruzó la plaza central y bajó la calle principal hasta llegar al puente de Ergom. Fue entonces cuando, súbitamente, al profesor le entró la imperiosa necesidad de asomarse a la estrecha ventana del habitáculo. Se abalanzó sobre el cristal y desde su puesto de observación pudo ver cómo el pueblo de Cliffdavid iba alejándose inexorablemente. Las calles se escondían entre las casas y estas, junto a los puestos de comercio, se iban perdiendo en la lejanía.

El pueblo se divisaba erguido en todo su esplendor sobre unos imponentes acantilados, y aquel sol tan brillante e intenso que los había visto despertarse aquella mañana tan agitada ya no lucía con la misma fuerza y se escondía entre pequeñas, pero numerosas, nubes plomizas. Ted llegó a la conclusión de que Cliffdavid tenía una magia especial, era un lugar singular.

Y fue entonces, observando el amasijo de casas que se recortaba contra el gris del cielo, cuando se dio cuenta de que no se había despedido de nadie.

Apenas había cruzado unas palabras con la señora Atenia, ni siquiera le había agradecido el trato recibido tal y como se merecía. Tampoco se despidió de sus serviciales y amables hijos; el joven Subeen y Demia. Asimismo, no había podido agradecer al señor Lumbinin todos aquellos desayunos, comidas

y cenas que le había preparado y con los que tanto había disfrutado. No se había despedido de ningún compañero de la misión a Grimbillel; recordaba a Jeb, Datre y Ascare. Tampoco lo había hecho de Jumum, y Erdese; ni de Weim y Nufriem. Ni de los jóvenes de la partida de caza, así como tampoco de su orgulloso capitán. Conforme iban acudiendo a la mente de Ted sus rostros y los recuerdos de las vivencias habidas, sintió una punzada en el corazón por no haberse despedido de ninguno de ellos.

Ted se dio cuenta entonces de que la lista de nombres que se iban sumando era importante y extensa. Había conocido en una semana más gente de la que hubiera conocido en un año en su ciudad natal. Y pensó con tristeza que, casi con total seguridad, no volvería a ver nunca más a todas aquellas personas que en ese momento le venían al pensamiento.

Apartó la vista de la ventana, intentando convencerse a sí mismo de que había sido mejor ahorrarse toda esa tontería de las despedidas y miró su equipaje. El saber que su partida ya era imparable le ponía melancólico, pero la voz de su acompañante, quien por fin parecía estar ya más relajado y repuesto, trunció ligeramente esos pensamientos.

—¿Co-co cómo cree usted que acabará todo esto? —preguntó Todd. Aunque parecía tranquilo, su voz sonaba perturbada.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

—¿Y no quiere sa-sa saberlo?

—La verdad Todd... —empezó a responder Ted, que tenía toda su atención puesta en la contemplación del paisaje. Un paisaje que se iba oscureciendo poco a poco— No quiero que me malinterprete pero, realmente y como usted sabe muy bien, estoy lejos de casa, soy una persona tranquila, solitaria y un tanto aburrida. Aunque debo reconocer que esta semana, sin lugar a dudas, ha sido una de las más importantes de mi vida. Créame si le digo que los acontecimientos vividos en Cliffdaviel han sido muy estimulantes y enriquecedores, pero he de confesarle que no estoy preparado para lo que creo aún están por llegar.

—¡Por la diosa del principio! También decía no estar pre-pre preparado para lo que ha pasado; si se a-a acuerda, esto me lo dijo cuando llegó —dijo Todd sutilmente.

—¡Ohhh! Señor Codge... ¡me olvidaba! —exclamó Ted, recordando algo al oír las palabras de su compañero— ¿Puedo hacerle una última pregunta? No quería marcharme de Angra sin plantársela a algún isleño, y como usted es con el que he entablado una relación más cercana y sincera, me parece la

persona más indicada. Ya sabe, es por mera curiosidad. Ya me conoce...

—Por su-su supuesto, profesor —asintió Todd, sonriendo—. Pregunte.

—Verá... he podido apreciar que aquí son todos muy creyentes —comenzó Ted, abordando un tema que sabía era delicado—. ¿A quién veneran realmente las gentes de Angra?

—¡A la diosa del principio, por su-su supuesto! —contestó Todd contundente, con una voz que daba a entender que debía ser obvio.

—¿A Itenin? —preguntó Ted, frunciendo el ceño y sintiéndose confundido.

—Claro. A “ella”, a Itenin la grande, la cre-cre creadora de este, nuestro mundo libre. “Celadora del mal mayor” —respondió el señor Codge con adoración y respeto—. ¿Ahí, en Butjagun y en las vastas ti-ti tierras de Meneso, no la veneran a ella?

—No señor Codge. Lo cierto es que no —contestó el profesor—. Ahí los hombres adoran a otros dioses.

—¿Y cómo se llaman sus dioses?

—Se llaman fama, mujeres y dinero —respondió Ted y ambos irrumpieron en carcajadas.

La risa dio paso a un silencio agradable, pero tenso, ya que ambos sabían que pronto llegaría la hora de la despedida. Ted no tardó en volver a dirigir la mirada hacia el paisaje y perder su vista por los extensos campos de Angra.

—Señor Legentrell, que-que quería agradecerle su tiempo, su conocimiento, su fir-fir firmeza y sobre todo... su compañía —dijo el señor Codge rápidamente, intentando evitar que se notara lo emocionado que estaba—. Usted, en cierta manera, ha in-in incitado la valentía que necesitaba este pueblo para hacer frente a la desdicha que nos a-a aqueja, y aunque usted no lo crea así, ha de-de demostrado fuerza y templanza. La gente ha creído en usted. Yo he creído en us-us usted desde el primer día en que pisó esta isla.

Aunque el profesor no coincidía con lo que decía Todd, sentía que sus palabras le emocionaban. Los halagos que creía inmerecidos le hacían sentirse, por primera vez en su vida, importante; y esa era una sensación nueva y desconocida para él.

—También que-que quería decirle que, pese a los últimos acontecimientos y aunque la pa-pa palabra del señor Emerion Simgrell ya no sirva de mucho; hace unos días me hizo llegar un pre-pre presente para usted, a fin de recompensarle por la valentía que ha demostrado para salvar Cliffdaviil, ro-ro rogándome que se lo diera personalmente.

Todd sacó una bolsa de piel atada con una fina cuerda y se la tendió a su

compañero con ambas manos. Parecía pesada y al momento Ted supo de qué se trataba, por lo que extendió la mano y la alejó de sí elegantemente.

—Yo también quería agradecerle varias cosas señor Codge —confesó.

Su compañero, que no esperaba nada similar, se quedó perplejo.

—La primera de ellas y creo que la más importante; el haberme dado esta oportunidad. Gracias a ella he podido demostrarme a mí mismo que soy capaz de abandonar por un tiempo mis adorados libros y mi nociva comodidad y enfrentarme a una aventura que nunca hubiera imaginado, algo que me ha servido no solo para ampliar mis conocimientos, sino que también me ha hecho enriquecerme personalmente. Este viaje ha hecho que cambie la perspectiva de mi estrecha visión del mundo. Y creo también que ha conseguido que descubra a otro Ted. Uno más valiente. Más atrevido.

Enmudeció unos instantes y miró hacia la ventanilla. Los campos de cultivo discurrían por sus pupilas. Era la primera vez, que él recordara, que se había atrevido a abrir sus sentimientos a alguien de aquella manera. Estaba emocionado.

—Como bien habrá comprobado, soy una persona a la que le cuesta entenderse con la gente desconocida. Bueno, lo cierto es que me cuesta entenderme con la gente, a secas.

Ambos se rieron de aquella ocurrencia.

—En cambio —prosiguió—, con usted me ha sido muy fácil entenderme desde el primer día de una forma sincera y satisfactoria. Este pueblo me ha acogido con los brazos abiertos, y de usted, qué voy a decir, se ha comportado conmigo como nadie lo ha hecho desde hace mucho tiempo. Usted... usted es un hombre que siempre va con el corazón en la mano. No cambie nunca.

Al señor Codge parecía que le iban a saltar las lágrimas de los ojos en cualquier momento, pues los tenía cristalinos y compungidos. Lacrimosos.

—Esa es la mejor recompensa que podía haber recibido. Muchas gracias, señor Codge —terminó con una amplia sonrisa dirigida a su compañero.

A Todd le faltó la voz para responderle. Estaba avergonzado por aquellas palabras de agradecimiento. Sus ojos, bajo sus tupidas cejas, se llenaron de lágrimas y la vista se le nubló. Se sonó la nariz y le abrazó torpemente con un solo brazo.

Estaban tan inmersos en sus sentimientos y en su conversación que no se dieron cuenta de que el carruaje se había detenido por completo. Tuvieron que pasar varios segundos hasta que Ted y Todd se percataran.

—¿Nos hemos parado? —preguntó Ted.

—Sí... eso parece.

Un grito sofocado se escuchó fuera del carruaje. Ted y Todd se estremecieron y, como movidos por un resorte, dieron un brinco en sus asientos.

—¿Qué ha sido eso?! —exclamó el señor Codge, apoyando sus manos en las dos puertas de la caja.

Se asomaron extrañados por las ventanas laterales, pero no divisaban nada más que el verde campo a ambos lados, cubierto de una fina neblina.

—Algo ha sucedido ahí afuera —masculló Ted buscando el origen y la causa del grito entre la niebla.

—Rivrim... ¿Por qué se de-de detiene? —gritó Todd en tono exasperado, dirigiéndose al cochero.

Pero este no respondió.

Todd, entre irritado y confuso, volvió a llamarle.

—¿Rivrim! ¿Señor Rivrim!

La respuesta fue la misma. Silencio. El silencio más absoluto.

Ted y Todd se miraron el uno al otro con una mezcla agria de temor e inquietud.

De manera súbita, empezó a balancearse la caja del carruaje y los dos hombres que allí se encontraban, por más que intentaban mantenerse firmes, se tambaleaban de un lado a otro de sus asientos. Tan solo transcurrieron unos segundos hasta que Ted y Todd se vieron obligados a salir, primero para averiguar qué pasaba y también para no sufrir ningún daño en el interior del vehículo. Bajaron del carruaje, y aunque cada uno lo hizo por un lado, ambos se dirigieron a la parte delantera, donde pudieron comprobar con gran sorpresa, que el anciano Rivrim no estaba.

Las riendas del carruaje ya no tenían dueño. Los caballos, nerviosos e inquietos, estaban muy asustados. Intentaban liberarse de las varas y los tiros que los mantenían presos y tiraban de ellos cada uno por su lado, por lo que el carruaje daba continuos bandazos. Ted y Todd intentaron calmarles, pero cuando vieron la locura y el miedo reflejado en sus ojos, dieron varios pasos atrás. Se miraron desconcertados, y justo en ese momento escucharon una voz, entre lastimera y asustada, que provenía de unos matorrales situados a escasos metros de ellos. Ambos tuvieron el mismo pensamiento; tal vez se tratara del viejo Rivrim, así que sin mediar palabra alguna se encaminaron hacia allí. No tuvieron que andar mucho, pues vieron al anciano que salía de los matorrales arrastrándose por el suelo en su dirección. Parecía herido y alzaba una mano

llamando su atención.

—¡Huyan! ¡Huyan! —Rivrim intentó gritar, pero las pocas fuerzas que le quedaban solo le permitieron emitir unos débiles alaridos.

Apenas quedaba vida en él, y su respiración era cada vez más entrecortada, de pronto emitió un sonido indescriptible y el silencio se apoderó del lugar. Pero lo que más llamó la atención de Ted y Todd fueron sus ojos; permanecían abiertos sin embargo carecían de vida, habían perdido toda la expresión humana que antes tenían, estaban teñidos de un negro abismal y reflejaban una profundidad inalcanzable.



Unos pasos se escucharon en la lejanía. Se aproximaban cada vez más. La luz se ensució de sombras y una figura alta y elegante apareció frente a él. Vestía de negro, de la cabeza a los pies, donde furiosos girones de espuma gris bailaban en el suelo salpicándolo todo y pareciendo plata fundida. Se arremangó la túnica y dos huesudas manos se asomaron de las mangas. Huesos acariciando carne.

—¿Un último viaje? —preguntó con voz hueca.

El hombre sonrió tanto que sus ojos desaparecieron entre los pliegues de sus arrugas.

Cien manos se desplegaron súbitamente y todo se tornó negro. Plácido.



Sobrecogidos, Ted y Todd se miraron con el terror llenando sus ojos. El profesor comenzó a sudar presa del pánico, mientras que su compañero tartamudeaba palabras sin sentido.

Se armaron de valor y se acercaron hasta el cochero. Todd se agachó cuidadosamente para ver si aún tenía pulso. Le palpó, tembloroso, las muñecas y confirmó que era demasiado tarde. El cuerpo de Rivrim era solo eso; un cuerpo sin vida que asombrosamente se estaba enfriando a una velocidad imparable e inhumana.

Súbitamente, unos pasos cercanos crujieron sobre la grava, seguidos de una risa estremecedora y aguda. Una risa espeluznante. Femenina.

Todd se levantó tembloroso y volvió al lado de su compañero, dejando el

cuerpo de Rivrim postrado en el suelo. Ambos retrocedieron, presa del temor.

—¡Sa-sa sal de donde estés! No-no no tenemos miedo alguno —se aventuró a decir el señor Codge, pese a que su voz delatará lo contrario.

Ted le golpeó en el brazo al tiempo que le instaba, con una mirada elocuente, a huir. Las carcajadas fueron subiendo de intensidad por momentos, pero ni el profesor ni Todd podían ubicar su procedencia. Ted volvió a golpearle y le miró con los ojos llenos de ansiedad.

—Huyamos... —susurró, tenso y sudoroso.

Pero para entonces, la dueña de aquella risa ya había emergido de la niebla espesa...

Caminaba altiva, con la barbilla alzada. Era una mujer joven, delgada y de blanca piel como la cal. En su bello rostro destacaban, sobre todo, sus oscuros ojos negros. Una perfecta línea negra partía sus labios hasta llegar a la barbilla. Lucía una larga y lisa melena blanca como la nieve que, peinada hacia atrás, caía sobre su espalda como una cascada helada. Su sola presencia era tenebrosa. Apretaba en todo momento sus labios, y esa acción no solo acentuaba sus pómulos, sino que también parecía crear una falsa y a la vez tensa sonrisa.

Tras ella aparecieron tres mujeres más, a la linde del camino. Cerraron filas y se situaron a ambos lados de la primera, creando una barrera. Sus miradas desafiantes iban y venían, con la clara intención de intimidarlos. Ted y Todd no podían creer lo que estaban viviendo. Eran brujas, no había duda de ello.

Todas tenían la piel pálida como la escarcha, pero solo una de ellas, la que estaba situada más a la derecha, rompía la oscuridad del cuarteto con una blanca sencillez. Sus ropajes eran del mismo blanco que su pelo y su tez, y se movían vaporosos entre la niebla. Lucía una melena con forma piramidal casi perfecta. No dejaba de emitir una risilla falsa y repetitiva, parecía un tic nervioso. Era un sonido que cuanto más lo escuchabas más te desquiciaba. En sus manos blandía una ajada escoba de cerdas blanquecinas, casi tan blancas como el cuervo albino, de mirada ensangrentada, que se posaba en su hombro y que observaba desafiante a los dos hombres que tenía ante sí temblando de miedo.

La tercera integrante del grupo, situada en medio de las dos primeras, portaba un casquete de piel marrón que recogía todo su pelo. Escondía su cuerpo bajo unos oscuros harapos y tan solo dejaba al descubierto su mirada incisiva. Una mirada que helaba la sangre; oscura, tan negra como el plumaje de un cuervo. En su cuello, como si se tratara de una bufanda o de un pesado

collar, llevaba enroscada una gruesa serpiente; una boa de piel escamada, color oliva, que siseaba de un modo aterrador, custodiando los hombros de su ama.

La última era baja y menuda. Su retorcida sonrisa le abarcaba prácticamente todo el rostro, desdentada y amarillenta como una amasijo de lápidas en un cementerio. Vestía una larga capa negra con una capucha que no cubría por completo su calvicie ni las marcas y cicatrices de la cabeza. Parecían quemaduras de alto grado ya cicatrizadas y curadas. Bajo la capa, su cuerpo estaba completamente desnudo y marcado por escarificaciones sangrientas y estigmas profundos.

—¡Ratassss! Ratassss de pueblo —siseó aquella que portaba la boa sobre sus hombros.

Al hablar, su lengua serpenteaba oculta bajo un ceñido pañuelo que le tapaba la mitad del rostro.

—Rata flaca —dijo con asco la mujer de la túnica negra mirando a Ted.

—¡Y gorda! —exclamó otra de ellas entusiasmada, observando con interés al señor Codge, al tiempo que asomaba en su rostro una expresión de lo más pérfida.

—¡Callaos! —gritó con autoridad la bruja del medio. Sonó como un látigo. Parecía querer evidenciar con claridad que ella era la líder del grupo.

—¿Qu-qu...qué queréis de nosotros? —balbuceó Todd tembloroso.

Rieron y se mofaron, pero no contestaron. Ni siquiera dieron muestras de pretender hacerlo. El señor Codge volvió a hablarles y esta vez con más seguridad, pero no se inmutaron, tan solo miraban a los hombres, cual depredadores que observan a su presa antes de cazarla. Con malicia y desprecio.

—Huyamos, señor Codge —masculló el profesor, que permanecía varios pasos tras él, consumido por la tentación de salir corriendo.

Pero Todd estaba tan atenazado por el temor que apenas pudo mover sus piernas para emprender la retirada.

—Huyamos, señor Codge —repitió la bruja calva, mofándose del comentario.

Aquella burla suscitó las burlas de las demás brujas, y todas empezaron a reírse mirándose unas a otras, al tiempo que señalaban a los indefensos humanos que temblaban ante ellas.

La bruja que llevaba la voz cantante empezó a caminar hacia adelante, dirigiéndose hacia ellos. Mientras avanzaba ocurrieron dos cosas a la vez,

rápidas e inesperadas; la bruja se detuvo en seco, como si hubiera visto algo que le hizo desistir. En su cara se dibujó una mueca de fastidio y rabia. Incluso de temor. Y, al mismo tiempo, Todd notó cómo una mano se había posado en su hombro. En un primer momento creyó que era su compañero que le incitaba a huir, pero cuando giró la cabeza se dio cuenta de que no era la mano de Ted. Era una mano nívea, delicada, de mujer... La recorrió con la mirada hasta dar con el rostro de su dueña.

¡Era Vinexa! La hermosa bruja de Grimbillel. La bruja del indomable pelo color hollín. La misma que Ted y él habían visto junto a Evan la noche anterior, en lo más profundo del bosque.

La joven dio dos pasos para situarse delante de él, dándole la espalda, al tiempo que le sonreía con picardía. Cuando el señor Codge pudo darse cuenta había dos féminas más a su lado.

Primero miró a su derecha; allí estaba la criatura femenina más sensual y excitante que había visto en su vida. Sus curvas eran perfectas; sus pechos turgentes y la sinuosa cintura no estaban escondidos, al contrario, se marcaban firmes bajo un vestido de piel negro, ceñido y escotado, que permitía ver su pálida piel cubierta, casi toda ella, por marcas y diseños trazados en tinta negra que contenían mensajes en un lenguaje místico. Los dedos de la mujer eran negros, como si los hubiera metido en los restos de una hoguera o dentro de un tarro de alquitrán. Una línea perfecta dividía su cabeza: en un lado lucía una melena larga y rojiza como la misma sangre, en el otro, un rasurado total marcaba bruscamente la agresividad de su bello rostro, en el que destacaban unos hermosos ojos de color miel. Era imposible definirla sin utilizar la palabra “sensual”; tanto, que al señor Codge le costó apartar la mirada de la joven.

Cuando lo consiguió, centró toda su atención en la mujer que estaba a su izquierda. Su porte y belleza nada tenían que ver con sus compañeras, algo que el señor Codge pudo apreciar al instante. Aterrorizado, le miró a sus ojos, profundamente tristes y verdosos. Pero lo que más llamaba la atención era la ausencia total de cejas que enmarcaran los ojos. La piel de la bruja, aun siendo blanca como la de sus iguales, recordaba a la de los reptiles. En algunas partes del cuerpo era lisa y tersa y en muchas otras extrañamente cuarteada, como un desierto seco y sediento. Sin duda alguna era la más enigmática y tenebrosa de las tres.

Llevaba un vestido gris que le llegaba hasta los tobillos y encima portaba una especie de capa negra, con bordados amarillentos en las costuras, que le

llegaba a la altura de los codos. Un collar negro de pinchos metálicos custodiaba su cuello.

Las dos brujas dieron un par de pasos al frente y se situaron al lado de Vinexa. Cerraron filas formando una línea similar a la que habían creado las otras mujeres. Todas adoptaron una postura firme y altiva, incluso tensa y agresiva, y comenzaron a intercambiar con las otras brujas una amplia gama de expresiones, que iban desde el temor al desafío.

—Y bien... ¿qué hacéis aquí? —preguntó la bruja pelirroja, esbozando una insolente sonrisa.

La incertidumbre se apoderó de Todd. Pese a que el miedo le nublaba el entendimiento, tras mirar a ambos grupos, creyó apreciar cierta rivalidad entre ellas. Creyó diferenciar perfectamente dos bandos.





CONTIENDA EN LA NIEBLA

El cielo perdió el tinte cian que había mantenido durante toda la mañana. Un espeso manto de nubes cubría ahora el firmamento, amenazante y mortecino, y lo había oscurecido hasta parecer una inquebrantable bóveda plomiza. Una densa niebla había emergido de las hierbas salvajes y se había asentado en el camino de tierra baldía, blanqueando tenebrosamente el lugar.

—Y bien... ¿qué hacéis aquí? —preguntó la bruja pelirroja, esbozando una insolente sonrisa.

Alzó ligeramente la barbilla.

—Sacar nuestras escobas a dar un paseo —respondió una juguetona voz que pertenecía a la bruja que vestía completamente de blanco. Su risa, falsa y cínica, invadió el lugar.

Las que la acompañaban le hicieron eco. Rieron con ella formando un coro que emitía un sonido espeluznante, en el que, pese a que todas reían a mandíbula batiente, se podía diferenciar perfectamente quién era la dueña de cada sonora carcajada.

El cuervo albino, que hasta el momento había permanecido en su hombro, abrió majestuosamente sus blanquecinas alas y emprendió el vuelo. Se elevó alto en el cielo cerrado hasta confundirse con el gris y el blanco de las nubes.

El profesor Legentrell, paralizado por el temor que sentía, las oía reír y las observaba a la distancia, sin poder evitar compararlas con una manada de mugrientas hienas carroñeras. Mostraban el recelo típico de un depredador que se ha encontrado con un enemigo desconocido.

—Y vosotras... ¿qué hacéis por aquí? —apuntó la bruja que llevaba el liderazgo. Apretó los labios conteniendo una carcajada, lo que no evitó que una risa hipócrita se escapara de los mismos.

—Dar también un paseo. Si hay algo en lo que estamos de acuerdo, es en

que hace un buen día para sacar nuestros sombreros picudos a pasear — respondió la joven Vinexa, y ambas se pusieron a reír con total falsedad.

Acto seguido, la bruja pelirroja miró a Vinexa y le hizo un sutil gesto de cabeza. Esta pareció entenderla al instante, pues se giró hacia a los hombres y se acercó al señor Codge, inclinándose a escasos centímetros de él.

—¿Qué-qué qué quieren de nosotros? ¿Qué queréis vosotras? —fue lo único que Todd pudo decir, poniendo voz a sus pensamientos. Su voz sonó débil, fue un murmullo tembloroso apenas audible.

Las cuatro brujas que habían llegado primero comenzaron a reírse mofándose del miedo que atenazaba al mortal.

—Eso no importa ahora, bola de lana —susurró la bruja Vinexa con voz baja, sonriéndole amablemente. Su risa era encantadora y suave. Y aconsejó —: lo importante ahora es que me escuchéis cuando os digo que no las miréis a los ojos —el tono de voz que utilizó en sus últimas palabras fue más una orden que una recomendación.

Todd la escuchaba con atención, era imposible no hacerlo dada su proximidad, y aunque era incapaz de mirarla a los ojos, no conseguía desviar la mirada de sus carnosos labios. Estaba tan cerca de ella que sintió, aunque solo por unos segundos, que había caído presa de su hechizo; escrutó su rostro, admirándola con debilidad. Observó embelesado la hermosura de su blanquecina piel que parecía marfil, blanco y brillante. Se sintió frágil, débil y subyugado.

Pero lejos de esa atracción, tenía la extraña sensación de que aquellas tres últimas brujas eran muy diferentes a las que hicieran su aparición en primer lugar. No parecían tener intención de hacerles daño, al contrario, y para su sorpresa, parecía que estaban ahí para ayudarles.

Para protegerlos.

—¿A quién? ¿A-a a ellas? —preguntó Todd y de manera inconsciente, aunque solo por unos segundos, desobedeció ese consejo y volvió a dirigirles la mirada.

—¡No las miréis a los ojos! —gritó la bruja, esta vez con autoridad e hizo un gesto a los hombres para que se echaran hacia atrás.

Todd la obedeció, desviando violentamente su mirada. Algo muy poderoso en su interior le decía que era mejor hacerle caso, pero al girarse hacia su compañero se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para él...

Ted estaba petrificado, tan rígido como una tabla de madera. Su cara estaba tensa y pálida y tenía sus ojos clavados en la bruja del centro, en aquella de

larga melena blanca y ojos oscuros y tenebrosos. Unos ojos que poco a poco fueron tiñéndose de un negro más oscuro que el carbón. Más negros que las plumas de un cuervo, y tan lóbregos como la muerte.

Sin embargo, el momento más alarmante para Todd fue cuando comprobó, atónito, que las pupilas de su compañero crecían de forma imparable. El blanco de los ojos se reducía cada vez más hasta que finalmente todo el globo ocular quedó sumido en tinieblas. Fue entonces cuando reaccionó e intentó rescatar a su amigo del embrujo en el que estaba cayendo.

—¡¡Profesor, profesor!! —gritó Todd con todas sus fuerzas— ¡Profesor, soy Todd, no la mire más, profesor!

Pero el señor Legentrell no contestaba, ni siquiera le escuchaba. Tan solo alcanzaba a oír un zumbido sordo que se repetía en sus oídos como un eco. Tenía los párpados abiertos de par en par y parecía estar hipnotizado por la bruja. Su cuerpo empezó a entumecerse, pero no era consciente de ello. Sus ojos habían perdido el tono verdoso que siempre tenían y habían adquirido el mismo negro abismal que los de la bruja a la que estaba mirando. Intoxicándose de su veneno, contagiándose de su maldad.

Ted parpadeó un par de veces, quizá tres o tal vez más, hasta que abrió por completo los ojos y entonces sintió que su cabeza le pesaba mucho, como si sostuviera un gran lastre. Finalmente cedió al peso que sentía. Fue como si de repente la gravedad se hubiera acordado de hacer cumplir su ley. El hombre cayó al suelo como un peso muerto. Primero sus rodillas golpearon la tierra para después hacerlo todo su cuerpo.

El señor Codge, se agachó para socorrerlo.

—Pro-pro profesor Legentrell, ya estoy aquí —dijo Todd, agarrándole por los hombros.

Le cogió por la cara con ambas manos y lo zarandó intentando que reaccionara. Ted tenía la mirada perdida, sus pupilas crecían y disminuían en tamaño intermitentemente. Aunque mirara a un lado y a otro, daba igual que fuera cerca o lejos, solo conseguía ver sombras.

—Señor Codge... —susurró Ted con la mandíbula rígida. Estaba muy pálido y su estado de salud parecía empeorar por momentos. Vertiginosamente.

—Estoy aquí, estoy aquí —repitió jadeante, viendo cómo la vitalidad de su compañero se perdía en su rostro como un puñado de arena entre los dedos.

Ted alzó la vista, débil e inconscientemente sus ojos buscaron los de la bruja, sentía un desasosiego extraño, una necesidad urgente de volver a aquella oscuridad. Cuando por fin divisó a la mujer, pudo comprobar que los

ojos de ella ya no estaban centrados en los de él.

Inesperadamente, el joven Evan, que había aparecido en escena como surgiendo de la nada, había apresado a la mujer. La tenía agarrada por el pelo y tiraba de su cabeza hacia atrás, obligándola de esta manera a mantener la mirada apartada de la de Ted. Con la otra mano, sujetaba sus delgados brazos a la espalda, apretándolos con todas sus fuerzas.

—¿Crees que un simple humano puede pararme? —inquirió en tono burlón la bruja que tenía apresada Evan.

—De momento parece que lo he conseguido —presumió el joven caeliense, sonriendo con soberbia.

Evan apretó los brazos de la bruja contra su espalda, intentando evitar por todos los medios posibles que se escabullera. La sujetaba por las muñecas y pese a que no ejercía demasiada presión, sintió que algo se quebraba entre sus manos. Al mirar más atentamente comprobó que sus dedos se habían hundido en las muñecas de la bruja, allí donde hacía presión. Su pálida piel parecía una fina cáscara de huevo que, poco a poco, iba resquebrajándose. Evan la soltó y dejó caer lo que quedaba de sus brazos al suelo. Los restos se partieron como un cristal, en mil añicos, al tiempo que desprendían un denso hilo de humo liliáceo.

El joven fue retrocediendo poco a poco, sin saber muy bien qué podía suceder, ya que el mismo humo que había emanado con anterioridad de la piel caída, empezaba ahora a brotar donde otrora estaban sus extremidades, pero con la particularidad de que parecía más concentrado, más denso y en mayor cantidad que la primera vez.

Ella se giró enfurecida encarándose con Evan. Seguía desprendiendo gas y el flujo del mismo cobraba mayor intensidad por momentos. Dirigió a este una mirada enloquecida, acompañada de una risa diabólica y, a continuación, explotó formando una nube de gas acompañada por infinidad de diminutos trozos de su organismo que se expandieron por doquier.

—¡Cuidado! No respire el humo —gritó la bruja pelirroja, en la distancia.

Evan contuvo la respiración antes de que la nube de humo le rodeara por completo. Sintió que le rodeaba y le tragaba. Intentó no abrir la boca. E intentó no respirar por la nariz. Alertado por el aviso que había recibido, aguantó sin respirar todo el tiempo que pudo. Pero el agobio y el cansancio no tardaron en hacer presa de él. No podría seguir conteniéndose. Creía que era el fin... fue entonces que algo le agarró con fuerza y tiró de él llevándoselo varios metros hacia delante. El impulso le hizo abrir los ojos al instante.

Fuera de la liliácea nube gaseosa, Evan pudo comprobar que estaba agarrado con fuerza por unos brazos intangibles. Unos brazos oscuros como los de una sombra. Una sombra oscura y serpenteante. Siguió dicha sombra para comprobar de dónde procedía, hasta encontrar con su mirada los pies de Vinexa. Esta se acercó a Evan para ayudarle a levantarse. Y él, entre toses y jadeos, intentó agradecerse.

—Gra-gra gracias —pronunció con la respiración entrecortada.

—¿Tú dando las gracias? ¡Verrugas! —dijo la bruja, sorprendida.

El caeliense, por toda respuesta, se limitó a esbozar una sonrisa burlona.

—Parece que ha valido la pena salvarte la vida. Ya me lo agradecerás más tarde —le sonrió traviesa. Evan le contestó con una mueca e intentó recuperar la compostura.

Cuando la nube de humo se disipó por completo, la bruja responsable de tal prodigio seguía intacta, en el mismo lugar y posición, y con la misma osada expresión.

—Muy rápida —dijo. Un destello de odio relampagueó en sus ojos negros y opacos.

—Gracias —contestó Vinexa, arrugando la nariz —lo tuyo también ha sido muy... original.

—Gracias, querida —apretando los labios—. ¿Eres nueva en Owlhat, verdad?

—Lo suficiente como para no sentir aún ninguna lástima por ti— respondió Vinexa altiva, sosteniéndole la mirada.

De pronto algo centelleó en el cielo, y la bruja que portaba la escoba, aquella que vestía completamente de blanco y reía demente sin parar, gritó con voz tenebrosa:

—¡*Plerumbila!*!

Palabra oscura que hizo que a ese primer fulgor blanquecino que había aparecido alto, entre la niebla gris, se le fueron sumando más y más resplandores. Vinexa y sus dos acompañantes alzaron la vista hacia el cielo encapotado y divisaron entonces un centenar de plumas blancas como la nieve que caían rápidas y afiladas sobre ellas, como una peligrosa lluvia de agujas.

Cada una de las brujas reaccionó de diferente modo; la bruja pelirroja pronunció el nombre del fuego, “*Flammignis*” y seguidamente sopló con todas sus fuerzas hacia las plumas; algunas prendieron inmediatamente, disgregándose en el aire. Por su parte, la bruja sin cejas, de piel cuarteada, escupió algo de tamaño ínfimo que parecía piedras o semillas, contra las

restantes plumas, consiguiendo que estas se petrificaran y se transformaran en una arenilla débil e inofensiva que cayó lentamente sobre la tierra.

Escondido entre las pocas plumas que quedaban, volaba raudo y veloz, el cuervo blanco de la bruja. Cuervo que minutos antes se había perdido en el cielo gris. Caía en picado, e iba directo hacia Vinexa con la innegable intención de atacarla. Esta esperó a que el ave se acercara, y cuando estaba a escasos centímetros de su cara proyectó la sombra de su mano que agarró con fuerza la sombra del cuervo. Este quedó paralizado en el aire, presa de su magia. Vinexa abrió la mano mirando al animal y sopló unos polvos negros sobre sus ensangrentados ojos rojos. En escasos segundos el plumaje blanco del cuervo comenzó a tornarse gris, y el gris dio paso al gris plomo convirtiéndose después en negro. El pájaro, una vez libre de la sombra de Vinexa, huyó del lugar. Volaba rápido y asustado, desubicado.

—No más trucos Windbama —pronunció la bruja sin cejas.

Windbama dejó de mirar entristecida a su “cómplice” alado, y apretando con fuerza su escoba, centró toda la ira y la rabia que sentía en sus rivales.

Apenas sin darse cuenta, ambos bandos dieron un paso adelante y adoptaron una postura defensiva y desafiante. Entonces, y sin venir a cuento, la bruja pelirroja empezó a reírse escandalosamente.

—¿¡De qué te ríes estúpida!/? —exclamó la bruja calva, pues tenía sus ojos posados en ella y en las cicatrices que intentaba ocultar bajo su capucha.

—De lo bien que te queda ese nuevo peinado, Wendelyn —le contestó burlona. Sus palabras hicieron reír a Vinexa y a su otra compañera.

—Es lo que dice Vinexa... en esa cabeza resbalan todos los sombreros —comentó la bruja sin cejas entre risas; aunque la verdad es que Vinexa no había pronunciado palabra alguna.

—¡Dejad de reiros! ¡Locas desquiciadas! —gritó Wendelyn, tapándose las heridas de su cabeza con la capucha de la túnica, avergonzada.

Pero ellas no le hicieron caso, sino que muy al contrario, sus carcajadas subieron de intensidad.

Encendida por la rabia que sentía, Wendelyn se dispuso a ir hacia ellas pero una de sus iguales, la que estaba situada a su lado, la detuvo con un firme y contundente gesto de la mano. Wendelyn se quejó, emitiendo un sonoro gruñido.

—Uiii... Wendelyn, “Conejo del desierto”, pareces un gatito domado —comentó la bruja pelirroja con la intención de agotar por completo la poca paciencia que le quedaba.

El resultado no se hizo esperar, pues sus palabras enajenaron a Wendelyn por completo. De un manotazo apartó el brazo de su compañera y se precipitó contra sus rivales gritando:

—¡“Liebre del desierto” para ti!

La interpelada respondió a aquel ataque con calma y tranquilidad, rebosante de autoconfianza. Dio dos pasos hacia adelante y esperó a Wendelyn, que corría hacia ella con intención de atacarla. Cuando llegó a su altura, intentó golpearla en la cara, aunque con poco éxito, ya que su contrincante paró el ataque con rapidez, asiéndole la mano. Entonces, sus miradas se cruzaron. El odio era mutuo.

De repente, la enfurecida expresión de Wendelyn cambió y su mirada, antes colérica, se tornó preocupada, asustada y comenzó a chillar. Gritaba y se estremecía de dolor, pues su mano, la que sujetaba su adversaria, había empezado a exhalar un enigmático humo grisáceo. Entre insultos y jadeos, se apartó tan rápidamente como pudo de las garras de su rival y observó, incrédula, cómo su mano ardía e iba adquiriendo un tono oscuro hasta que acabó carbonizándose.

Wendelyn se dejó caer al suelo sollozando y pataleando, su comportamiento era más propio de una niña que de una temible bruja. No dejaba de insultar a la bruja pelirroja, estaba frustrada por su fallido ataque, pero más aún por el dolor que sentía, tanto físico como moral, tras la pérdida de su mano.

—¡Sucia tramposa! ¡Demente! ¡Te odio! —bramaba una y otra vez.

Su rival se acercó arrogante, se detuvo y pisó con su pronunciado tacón el hombro de Wendelyn, aprisionándola contra el suelo. Sonreía con maldad, dejando entrever sus aviesas intenciones. Levantó lentamente la otra pierna y la situó por encima del rostro de Wendelyn.

—¡*Flammenis!* —gritó la bruja pelirroja, y tras unos segundos inacabables bajó bruscamente el pie, clavando el afilado tacón en el ojo de la aterrorizada Wendelyn y perforando su cavidad ocular con un rápido y seco golpe.

El señor Codge, que presenciaba atónito aquel duro enfrentamiento, ahogó un grito ante tal estremecedora imagen, y cubrió su rostro con la mano.

Pero Wendelyn se encontraba en otro lugar. En un espacio diferente. Un lugar invadido por el fuego, en el que solo había cabida para las llamas y el humo, y en el que las cenizas daban testimonio de la destrucción. Era un lugar oscuro pese a estar alumbrado por un incendio interminable. Unas herrumbrosas cadenas metálicas la sujetaban al suelo prendido en llamas. Entre gritos y llantos ardió su piel, adquiriendo la apariencia de un antiguo

pergamino, acompañada de un hedor asfixiante. La bruja no podía escapar, pese a intentarlo con todas sus fuerzas. No podía huir, aún cuando lo procuraba insistentemente. Tan solo podía arder.

Tras un intenso parpadeo, la bruja Wendelyn consiguió abrir los ojos. Todo había sido una ilusión. Por suerte para ella, su cuerpo no se había abrasado en las llamas de aquel engaño y por increíble que pudiera parecer aún conservaba su ojo izquierdo. Para asegurarse de que así era, lo palpó nerviosa con la mano que le quedaba.

La bruja pelirroja se agachó para apresar a Wendelyn; la agarró con una mano por la capa para después arrastrarla por el suelo sin dejar de reír, mientras le susurraba al oído:

—Parece que te has olvidado de quién soy. Soy Incema, la del fuego infinito, la de las entrañas ardientes. La bruja de las palabras que prenden. “La Emperatriz del infierno” para ti. “Hija de la llama eterna” —pronunció con una voz crepitante. Debajo de sus largas pestañas, sus ojos azafranados ardían como una hoguera, letales y feroces.

Segundos después, la bruja arrojó a su enemiga al suelo polvoriento, a los pies de sus compañeras. Estas, frívolas y desalmadas, ni siquiera se dignaron a ayudarla, mirándola desde las alturas con repugnancia.

—Recuérdalo para la próxima vez, si es que hay una próxima vez —sentenció Incema, mientras sus rojizos cabellos se ondulaban con la brisa y parecían llamas sinuosas.

Se giró, y mientras se alejaba de sus adversarias estas, furiosas y presas de una cólera desatada, hicieron ademán de abalanzarse sobre ella, pero un atronador grito las detuvo.

—¡¡*Cicaerram*!! —profirió enfurecida la bruja sin cejas que había intuido sus intenciones— ¡¡Quietas!!

Obedeciendo la orden recibida, la tierra empezó a temblar. Se movió y retumbó. El suelo se resquebrajó y se creó una profunda grieta que separó a ambos bandos, dejando a las contrincantes a uno y otro lado del vacío, obligando al bando contrario a dar un paso atrás.

—Mejor así —puntualizó la causante de la grieta, riendo maliciosamente. Su voz era crujiente y áspera.

Las brujas enemigas miraron la grieta en el suelo, que se presentaba como una gran cicatriz en la tierra, oscura y sin fondo.

—Pues sí... porque no hemos venido a luchar —contestó la líder de la agrupación.

—¿No? Pues... ¿a qué habéis venido entonces? —cuestionó sarcástica Vinexa.

La pregunta quedó largo rato en suspenso.

—No... la cuestión es: ¿a qué habéis venido vosotras? —sonrió con malicia, y le regaló a Vinexa una mirada de puro odio.

Un instante después, desapareció. Se desvaneció en una nube de humo púrpura y violeta hasta confundirse con la niebla.

Una de sus acompañantes, la bruja que portaba la boa, comenzó a derretirse como una vela, y fue absorbida por la tierra que pisaba, desapareciendo por completo. La última del grupo ayudó a Wendelyn a incorporarse y subiéndose las dos en la escoba alzaron el vuelo diluyéndose en la niebla hasta desaparecer.

Todo se sumió en un profundo silencio. La bruja pelirroja hizo un intento de seguirlas, pero Vinexa la detuvo.

—¡Incema! —exclamó y su sombra creció oscureciendo aquel lado de la grieta por unos instantes.

—Está bien...

Resopló resignada, desistiendo de sus intenciones. Para ella, aquel final para la contienda suponía un verdadero insulto.

—¡Ayudadme! —clamó el señor Codge en la lejanía, atrayendo la atención de las brujas.

Todd estaba de rodillas en el suelo junto a su compañero, intentando hacerle reaccionar sin obtener resultado alguno. Temblaba, tiritaba, preso de un creciente nerviosismo. Con los ojos rebosantes de lágrimas, le dirigió una mirada desesperada a Evan.

Ted yacía en el suelo con los ojos abiertos de par en par. Oscuros, profundos cual pozo sin fondo. Parecía que ya no habitaba en este mundo, pese a que sus constantes vitales indicaran lo contrario. Tenía pulso, sí, pero era débil y desacompasado.

Las brujas se acercaron lentamente a los humanos y les rodearon. Evan se unió a ellas y se agachó intentando socorrer al profesor. El señor Codge, desconfiado, les miraba con aprensión. Pero aquella desconfianza que sentía se veía aplacada por la desesperación que le agitaba la mente.

—¿Qué-qué qué sucede? ¿Qué le pasa? —preguntó Todd, pero nadie le contestó. Parecían no oírle. Ni siquiera le miraron.

Las tres brujas y el joven Evan Drouds miraban a Ted y se miraban entre sí, analizando la situación y decidiendo cómo debían proceder. Parecía que aún

había esperanza para el profesor. No mucha, pero la había. Si querían ayudarlo debían ser raudos y veloces.

—El pontón de Urusa... —susurró Vinexa con voz baja y sombría.

— Si llega a *“El ataúd de las Inmirables”* está perdido —añadió la bruja pelirroja con tono agorero.

—¿Alguien puede explicarme qué le pasa?! —insistió Todd. Esta vez lo hizo con rabia, golpeando violentamente el suelo con el puño. Pero de nuevo, nadie le contestó. Y aunque dicha actitud le irritaba, la preocupación que sentía por el profesor era superior a su enfado.

Miraba a las brujas y a Evan, demandando una respuesta que no llegaba pero, por la actitud de los demás, creía ser el único que se dejaba llevar por el desasosiego.

—No hay vida aquí para él —dijo Incema, observando al profesor. Pensativa, sacó un cigarrillo del escote de su vestido. Un cigarro liado en una hoja de tendu de color marrón, se lo llevó a sus sensuales labios y lo encendió con tan solo mirarlo.

—Ni tiempo —añadió Evan, casi sin voz.

—Matémosle y le ahorramos el sufrimiento —añadió Incema, la bruja pelirroja, sin mostrar interés alguno por la salud del humano.

—Como si fuera su sufrimiento lo que te preocupa —contestó entre dientes la bruja sin cejas.

—No. Tienes razón —respondió y, mirando al humano, indiferente, sacudió su rojiza melena—. No me importa lo que le pase a él, ni a ninguno de los de su estirpe.

Todd miraba perplejo a la bruja, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Hay que llevarlo a Owlhat —aconsejó el caeliense. Vinexa y él parecían los únicos preocupados por el profesor, aparte de Todd, claro está.

—Sí, allí la alterada oscuridad no parece tan oscura, ni tan desconocida. Esas fueron las instrucciones que recibimos de Madame Ming y así las acataremos —añadió Vinexa, tajante—. No debemos demorarnos.

Evan apoyó su mano en el hombro de Todd intentando calmarle e infundirle ánimos, pues veía que miraba a las brujas asustado, seguramente porque no entendía nada de lo que estaba pasando. Para ayudarlo intentó levantar a Ted del suelo, pero el señor Codge rechazó su ofrecimiento y fue él quien cogió al profesor.

Todd no sabía si fiarse de ellas, pero después de todo y por mucho que le pesara, las brujas les habían salvado la vida. Y creía que ellas podían hacer

más por su compañero que él; así que hizo lo único que podía, se lo cargó con dificultad a la espalda, mientras oía cómo ellas se reían, entonces las miró y, sorprendiéndose a sí mismo por su atrevimiento, les dijo:

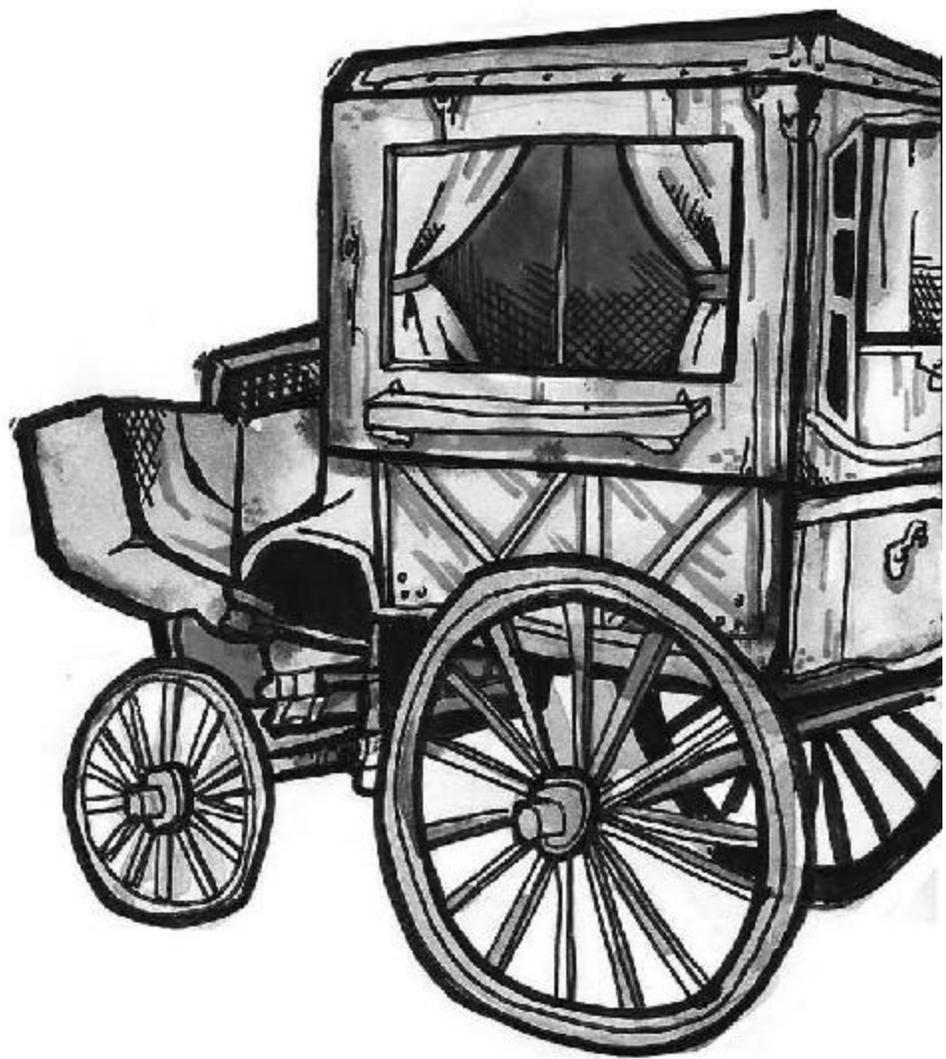
—Ustedes dirán dónde, pero yo lo llevaré.

Inmediatamente, las brujas abandonaron el lugar y los hombres las siguieron a escasos pasos. Dejaron el camino de tierra y cruzaron las llanuras que precedían a Grimbillel. El bosque se divisaba a lo lejos, tenebroso entre la niebla. Parecía que aquel era el lugar al cual se dirigían.

Cargado a la espalda del señor Codge, Ted balanceaba la cabeza de un lado a otro, con los ojos abiertos de par en par. Parecía hallarse en estado catatónico, tanto su mente como su cuerpo no respondían a ningún estímulo.

El profesor había quedado atrapado en el puente de Urusa, punto de unión entre dos mundos. Conexión entre el abismo de Querquerudez y el de Cesdia. De alguna manera, pese a que aún no había llegado a cruzar el pontón y encontrarse así con un destino fatal, nada indicaba que aún no pudiera hacerlo. La bruja Antrax había arrastrado su alma hacia la oscuridad. Había hecho un vacío en su cuerpo y se había llevado su ser a ese emponzoñado lugar.

Un vacío que solo otra bruja podía volver a llenar, o acabar de vaciar por completo.



ፊ. ለፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.

ፊ. ፊ. ፊ. ፊ. ፊ.



EL ABISMO DE
QUERQUERUDEZ

En aquel espacio, lóbrego y desesperanzador,
tal y como yacía inscrito en la puerta, no había nada.

Nada más que vacío, desolación...

y una aterradora tentación.





OWHAT
A LA SOMBRA DEL BOSQUE

Grimbillel estaba brumoso y umbrío. Los árboles, cubiertos de musgo, eran cada vez más grandes y se alzaban hacia el cielo formando una bóveda cerrada. La niebla se deslizaba por el bosque, lenta y sigilosa, ocultando la senda que transitaban. Conforme se iban adentrando cada vez más y más en su maleza, el camino iba tornándose más espinoso y pesado, sobre todo para el señor Codge, quien acarreaba a sus espaldas la fatigosa carga que representaba el cuerpo exánime del profesor Legentrell.

Las brujas, quienes no habían dejado de reír y bromear en todo el camino, seguían su paso sin percatarse de que Todd iba quedando rezagado. El único que se había dado cuenta era el joven Evan, quien había advertido que la carga que llevaba el señor Codge era demasiado pesada para él y se detuvo a esperarle con la intención de echarle una mano:

—¿Puedo ayudarle?

—No —respondió contundente, pese a saber que necesitaba de su colaboración.

—A lo mejor sí... —volvió a intentar Evan.

—He dicho que no. No he pedido ayuda.

—Pero es obvio que la necesita —dijo el caeliense con aplomo—. ¿Sabe? Es usted muy testarudo y tiene que saber que su orgullo no le ayudará a ir más deprisa, ni tampoco le ayudará a salvar a su amigo.

Todd le miró con rabia, pero se lo pensó dos veces, pues en ese momento ya no importaban los sentimientos que él tuviera hacia Evan, ni las mentiras con las que hubiera intoxicado a su pueblo. En ese momento lo importante era salvar al profesor, y por mucho que le costara aceptarlo, el caeliense era más fornido y más fuerte que él, llevaban ya rato entre la espesura del bosque y su cansancio iba aumentando por momentos. Un poco de ayuda no le vendría mal.

No dijo nada; tan solo se paró y posó cuidadosamente el cuerpo de su compañero en el suelo, entonces miró tímidamente a Evan. Este, sonriendo orgulloso, se agachó, se echó a Ted a la espalda cual saco de harina y se levantó de un salto. Prosiguieron su camino alcanzando rápidamente a las brujas. Todd, agradecido, manifestó su intención de relevarle con la carga que representaba el cuerpo inerte del profesor Legentrell cuando Evan lo necesitase y, efectivamente, así lo hicieron durante todo el camino que les quedó por delante.

Una vez liberado de la carga, el señor Codge se dedicó a estudiar al grupo, experimentando un amplio abanico de sensaciones en sus entrañas. Estaba confuso, no sabía muy bien cómo debía sentirse, pues de repente se había encontrado escoltado por aquellos seres que tanto temor y sufrimiento le habían causado a su pueblo, incluso a él mismo. Paradójicamente, esos tenebrosos y místicos seres eran —en ese momento— los únicos que podían ayudarle; pero por otro lado, su simple presencia le aterraba a la vez que le embrujaba.

—No he po-po podido evitar fijarme en un pequeño detalle —le susurró el señor Codge a Evan, intrigado.

—¿Cuál?

—Que-que que ninguna de ellas lleva sombrero picudo y escoba... —dijo Todd mirando a las mujeres que caminaban delante de él— ¿No se su-su supone que las brujas llevan dichos complementos? —preguntó.

A Evan se le curvaron las comisuras de los labios.

—Muy observador, señor Codge. Lo cierto es que esa es una idea muy frecuente entre nosotros, los humanos. Les atribuimos dichos objetos porque tenemos una imagen muy tópica de ellas —comenzó a explicar el joven Evan—. Pero no. Estamos muy equivocados. Solo las matriarcas de cada congregación son dignas de llevar un sombrero.

—Ahhh... —asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—El sombrero es signo de mandato, insignia de delegación y poder. Es el atributo que marca la jerarquía entre ellas. Las brujas “inferiores” o subalternas, mejor dicho, nunca serán merecedoras del sombrero hasta que su matriarca resigne el cargo y decida, de entre todas ellas, a quién se lo va entregar. Un sombrero... para cada hermandad.

—Ya entiendo... —murmuró Todd, pero lo cierto es que había entendido solo una pequeña parte de todo lo que le había aclarado el montaraz— ¿Y la escoba?

—La escoba es más complicado... —prosiguió Evan— Pese a que a todas las brujas se les da la oportunidad de crear su propia escoba durante el tiempo de iniciación en la congregación, solo las brujas que dominan el elemento aire llevan siempre su escoba consigo, solo ellas la utilizan durante el combate y en el arte del vuelo.

“¿Jerarquía? ¿Elemento aire? ¿Iniciación? ¡¿Qué diablos estaba diciendo Evan?!”, pensó Todd. A pesar de todas sus explicaciones, el mundo de las brujas le parecía de una complejidad sorprendente. No pensaba que detrás de aquella oscura comunidad pudiera existir una jerarquía y una historia tan compleja. Era un mundo temible, sí, o al menos Todd lo veía así; pero era un mundo al fin y al cabo, amplio e inexplorado.

—El resto de brujas, del elemento que sean, suelen utilizar dicho objeto más que nada en rituales, o...

—¡¿Quién ha roto mis lacrados?!! —exclamó de pronto Incema, interrumpiendo las explicaciones de Evan. Todd, asustado, dio un brinco; la voz de la bruja había retronado entre los robles.

La bruja señalaba hacia los árboles y todos los integrantes del insólito grupo dirigieron en esa dirección su mirada, tratando de hallar el destino que señalaba con el dedo. A pocos pasos de donde se encontraban, en los troncos de los robles, se dibujaban un sinfín de marcas blancas.

Todd abrió los ojos de par en par sorprendido, pues aquellas eran, sin duda alguna, las marcas que el grupo había visto días atrás cuando intentaba encontrar a las brujas en el bosque. Aquellas extrañas pinturas a las que el profesor Legentrell había llamado pentagramas. “¡Habían sido pintadas por ella!” pensó el señor Codge.

—Es lo que dice el pequeño gordinflón. Son robles —dijo la bruja sin cejas, y rió para sí tímidamente. Los demás la ignoraron e ignoraron también las palabras que dijo a continuación—. ¿¿Dónde está Manzana!?

—Fui yo —confesó Evan.

—¿Tú? —preguntó acercándose al joven y encarándose con él.

—Sí... yo. Fue cua... —intentó explicarse Evan, pero su interlocutora le interrumpió sin miramientos.

—Si un simple mortal tiene la facilidad de quebrarlos significa... que tendré que mejorarlos —comentó la bruja, frunciendo el ceño y, sin darle más importancia al tema, se giró y siguió la marcha.

Vinexa y Evan se miraron, ahogaron una risa y siguieron el camino tras los pasos de la bruja pelirroja.

El señor Codge pudo comprobar entonces que el grupo de los doce de Cliffdavid y Ted no estaban muy equivocados en la dirección que habían tomado cuando se adentraron en el bosque. Era cierto que se habían encaminado demasiado hacia el noreste de Grimbill y después habían zigzagueado, casi a ciegas, por su espesura hacia el oeste; pero posiblemente, si la bruja Barkashy y el joven Evan no se hubieran entrometido en dicho cometido, el grupo habría dado con las brujas y su morada. No obstante, pese a que ese no había sido el devenir de los acontecimientos, a Todd se le pasó por la cabeza el extraño pensamiento de que él había estado destinado durante todo el tiempo a llegar a esa casa, a ese lugar.

—Ella es Incema, “Emperatriz del infierno” —le informó Evan, en voz baja—. Si hay alguna de las hermanas de la congregación de Owlhat a la que realmente debas temer, es ella sin duda alguna.

—¿Por qué? —preguntó aterrado Todd, segundos después de tragar saliva.

Para él, todas parecían igual de aterradoras.

—Cuentan oscuras historias sobre su pasado. Historias forjadas entre las llamas y el caos; historias que hablan de guerras y exterminios, de fuego y brasas. Del mismísimo infierno.

—¿Tan te-te temible es? —preguntó Todd mirando a la bruja desde la distancia.

Pregunta estúpida, pues él mismo había podido ver a la bruja en acción unas horas antes, en el enfrentamiento que mantuvieron con sus rivales. Entonces había podido comprobar con sus propios ojos su poder y su crueldad. Incema le provocaba un sinfín de sentimientos encontrados; por un lado le infundía pavor y miedo pero también, y muy a su pesar, despertaba en él una atracción carnal y lasciva hasta ese momento desconocida.

—Sí, mucho más de lo que parece. Ella pertenecía a una congregación llamada “Plenilunium”. Una organización criminal fundada por siete temibles brujas, todas ellas de nivel cinco, que osaron desafiar a “El Consejo” —la mayor autoridad en su mundo— y establecer por su cuenta un régimen de soberanía independiente, con unos métodos y unos ideales completamente distintos a los establecidos. Desde que abandonó la organización, por causas aún desconocidas, Incema ha sido tan amada como odiada en el mundo de la brujería. Todas las matriarcas de Wallango han querido reclutarla para sus hermandades. Conocen sus habilidades en el campo de batalla y su dominio innato con los lacrados.

El señor Codge murmuró varios “Ajá” y “Ahhh” en las pausas que iba

haciendo el caeliense, pero realmente no se había enterado de mucho. ¿El Consejo? ¿Nivel cinco? Todas aquellas palabras le resultaban tan desconocidas como temibles. Sin darse cuenta, e intentando asimilar las explicaciones del joven montaraz, Todd dirigió la mirada hacia Incema, que caminaba por delante de ellos contoneando sus caderas sensualmente. A su lado estaba la bruja de la piel resquebrajada.

—Y... ¿ella? —preguntó el señor Codge, señalándola con disimulo.

—Ella es Gea, Gea Erramah. “Madre de Golems” —le dijo Evan haciendo un gesto con la mano para presentársela.

La bruja clavó sus ojos en ellos rápidamente, con un movimiento seco.

—Ho-ho hola... Gea —saludó Todd, moviendo los dedos tímidamente.

Pero la bruja no le contestó; arrugó su frente cuarteada, se encogió de hombros y dibujó una extraña y divertida mueca en su rostro.

Según la información que el caeliense compartió con el señor Codge, Gea era una bruja de tierra proveniente de Bounzenvel y de sus interminables bosques de arcilla. Siendo muy joven participó en una de las guerras más grandes de Wallango, “La cruzada por Ersplon”, en los desiertos de salazón. Por suerte para ella, todo aquello había sucedido hacía mucho tiempo. Mucho antes de que los Maestrolls hubieran perdido a “Los cinco”, mucho antes de que se extinguieran las últimas Selkies, y por supuesto, mucho antes de que “Sombra Nueva” arrancara las estrellas del cielo y la niebla cruzara el mar. Apenas quedaban recuerdos en su enturbiada mente de aquellos aciagos días; días de guerra, días en los que la sangre conoció el metal.

La agrupación siguió caminando por la espesura durante bastante tiempo. Quizás pasaron cuarenta minutos, o quizás más. Era difícil calcular el tiempo en el corazón de Grimbillel, donde todo siempre era oscuro y confuso, y donde las copas de los árboles se abrían con tal amplitud que apenas se podía vislumbrar la luz del sol entre su ramaje.

Avanzaron un poco más, y los robles comenzaron a ralear ínfimamente...

—Ya hemos llegado —anunció de pronto el joven caeliense, y Todd siguió su mirada.

De entre la bruma emergió una enorme morada que se erguía solitaria entre los árboles. Se presentó ante ellos misteriosa, a la vez que majestuosa. Sus grisáceas paredes, levantadas con piedras milenarias, sustentaban negros tejados de pizarra enmohecidos y dañados por el devenir del tiempo. La niebla se había asentado a su alrededor, abrazando sinuosamente los zarzales y los robles que la custodiaban. Coronándola desde el cielo, un sinfín de aves

rapaces volaban en círculos alrededor de ella, mientras que búhos y lechuzas compartían los tejados, como si protegieran el más brillante de sus tesoros.

En aquel lugar, el verdor palidecía débilmente y la hojarasca se teñía de ceniza. El aire que se respiraba era frío y húmedo y los robles eran los más retorcidos y tenebrosos de todo el bosque. Parecían tener vida propia, y en sus encorvados troncos se bosquejaban rostros y caras de expresiones tristes y apenadas.

—Owlhat. Casa sombría, morada de brujas —le dijo Evan al señor Codge, engrandeciendo el momento.

—¡Por la diosa! —exclamó Todd al verla, sintiendo cómo se le hacía un nudo en la garganta. Abrió la boca de par en par, atónito ante su tamaño y su sombría magnitud. No podía creer que estuviera viviendo ese momento— Este sitio me da escalofríos —admitió.

—Pues espera a estar dentro —bromeó Vinexa varios pasos por delante de él. Le miró y sonrió pícaramente.

Todd se puso rígido como una escoba durante unos segundos, hasta que se percató de la sonrisa burlona que la bruja le había dirigido a Evan. Intentó reírse, pero la risa se le trabó en la garganta.

Desde el exterior la casa parecía una robusta estructura formada por tres niveles. Destacaban los ventanales, tanto en la planta inferior como en el primer piso. Arriba, en lo más alto, se erguía una lúgubre e inclinada torre. Desvencijada, curvada, parecía que era imposible ascender por ella, ya que daba la impresión de que podía desmoronarse en cualquier momento. El techo, construido de pizarra, tenía forma de sombrero picudo y estaba coronado por una destartada chimenea de la que brotaba un espeso humo negro.

—¡Vamos! —indicó Evan al señor Codge, y este obedeció. Se lo pensó dos veces antes de hacerlo, pero finalmente obedeció. Tras ese instante de indecisión, corrió apresurado para situarse tras él, reintegrándose al grupo.

A medida que se iban acercando a la casa, Todd pudo darse cuenta de que estaba rodeada de gatos; unos grises y otros blancos; gatos gordos y también flacos; gatos negros o de tonos pardos; unos fuertes, otros no tanto. Gatos tristes acicalándose; otros, juguetones, corriendo y saltando. Gatos marrones, atigrados y anaranjados; de pelo corto y de pelo largo. ¡Había centenares! Mirara donde mirara, el señor Codge tan solo veía gatos.

La morada estaba cercada por una extensa verja metálica; los barrotes eran amenazadoramente puntiagudos y estaban corroídos por el óxido. Una cancela del mismo material, pero profusamente más trabajada, en la que cruces,

manos, estrellas y ojos acechantes creaban formas y estampas caprichosas, cerraba la verja, en cuyo centro se podía distinguir el contorno de un sombrero. Antes de cruzarla, Incema, que iba a la cabeza del grupo, abrió los brazos indicando a los demás que se detuvieran. Entonces las tres brujas y Evan dirigieron sus miradas hacia el suelo, donde había lo que parecía ser un nido colocado sobre una losa de mármol gris. Todd emuló al grupo y observó con atención el nido, la piedra donde se asentaba y el misterioso mensaje que había esculpido en ella..

MYLNAM-BRINTF-IR-MITRF-FT-TIME

—¿Qué pone ahí? —preguntó curioso el señor Codge, acercándose discretamente a Evan.

—“*Escupe bruja, y entra al nido*”. Está escrito en alfabeto rúnico, la lengua de la nigromancia —aclaró el caeliense.

El señor Codge arqueó una ceja y observó a los demás. En ese momento, la bruja pelirroja escupía sobre el nido, como bien ordenaba la inscripción en la losa. Al hacerlo, la puerta se abrió con un chirrido metálico y pudieron traspasarla.

Tras cruzarla, y caminando por un enmohecido camino de piedra que les llevaba hasta la puerta de la casa, se encontraron flanqueados por un curioso y agreste jardín; era pequeño y estaba descuidado. Habían crecido por doquier multitud de malas hierbas que compartían el espacio con la verbena y el romero, la belladona y el eneldo, la ortiga y el serpol, y otras muchas más que Todd no llegó a identificar. Aquella parte del jardín parecía un pequeño huerto en el que las brujas cultivaban todo tipo de plantas con diferentes propiedades, posiblemente para utilizarlas después en alguna clase de brebaje o pócima y con un propósito no del todo claro.

Diseminadas por el jardín se veían multitud de calabazas de flores amarillentas y frutos anaranjados que a Todd le parecieron simular rostros y expresiones fantasmagóricas. La planta crecía y trepaba por los muros de la morada, mezclándose con la hiedra que medraba por las rocosas paredes; escalaba los muros con la esperanza de encontrar en ellos algún rayo de luz, tarea complicada en aquel lugar, ya que eso ocurría en contadas ocasiones.

—Ya estamos aquí —anunció alegremente Vinexa, subiendo las escaleras de madera que crujieron a su paso; acompasando el sonido de sus tacones que retumbaban en cada escalón.

Antes de que pudiera abrir la puerta, incluso antes de que su mano se posara en el pomo de la misma, esta se abrió de golpe y una bruja de oscuro y alborotado cabello negro y pronunciados pómulos, apareció tras ella.

—¡¡Pues llegáis tarde!! —exclamó contrariada. Sus ojos estaban desorbitados.

Todd fue el más sorprendido del grupo, dio un brinco y se escondió tras Evan. Segundos después, se asomó para comprobar sus sospechas. ¡Sí! Aquella bruja no era otra si no la bruja de la cabeza degollada. La bruja a quien Vinexa había llamado Barkashy la noche anterior cuando se encontraron en el bosque. Era ella, sin duda.

—Y ella es Barkashy, “Murciélagos de la noche”. Aunque dudo que hagan falta presentaciones —le susurró de pronto el caeliense al señor Codge. Se lo dijo bajito, al oído, con una sonrisa burlona dibujada en el rostro.

Todd, irritado, no contestó, pero la mirada que le dedicó a Evan lo decía todo.

La bruja parecía inquieta, como si llevara horas apostada tras la puerta esperando a sus hermanas y a los visitantes que acababan de llegar. Sujetaba con su mano derecha un paraguas abierto con el que cubría su cabeza. De las puntas de las varillas colgaban lo que parecían ser media docena de murciélagos, pendían adormilados, balanceándose al ritmo de los bruscos movimientos de su ama.

Inconscientemente, Todd dirigió su mirada al cuello de la bruja y descubrió un grueso cordón negro que zigzagueaba alrededor del mismo. ¡Habían vuelto a unir la cabeza y el cuerpo de Barkashy! ¡Lo habían cosido! Dicho así, parecía tarea fácil.

—Somos conscientes de ello, pero no sabes cuántos... infortunios hemos tenido que afrontar —contestó Incema apartando a Barkashy para que los demás pudieran pasar, obviamente después de ella.

Barkashy, contrariada, se hizo a un lado y dejó que los acompañantes de Incema entraran en la morada, saludó con una ligera inclinación de cabeza a Vinexa y Gea, y al cruzar su mirada con Evan se dio cuenta de que este llevaba en brazos el cuerpo inerte de un hombre.

—¿Qué es? ¡¿Un humano?! —preguntó la bruja saltando y gritando de emoción— Sí, sí... ¡¡¡Sííí!!! ¡Veinte uñas para la hermana Barkashy!

—A este no le toques —ordenó Vinexa tajante, tras haber observado la reacción de Barkashy.

La bruja parecía no entender tal orden y se mostró muy decepcionada.

—Órdenes de Madame Ming —aclaró Incema poniendo los ojos en blanco. Barkashy pareció entender y dejó escapar un suspiro de resignación, pero...

—Oh... espera... ¡otro más! —comentó la bruja cuando descubrió al rollizo señor Codge escondido tras el montaraz.

—Con ese, haz lo que te plazca —le dijo la bruja pelirroja, manifestando así su total desinterés por él.

Todd arqueó una ceja y dio unos pequeños, pero rápidos pasos para seguir a Evan, que en ese momento se adentraba en la lúgubre morada. Cuando ya estuvieron todos en el interior, Barkashy cerró la puerta. El portazo fue acompañado de un siniestro chirrido que asustó aún más, si cabe, al atemorizado Todd, para quien la situación era cada vez más irreal.

Todd se encontró en una sala grande y cuadrada, un poco ruinoso y destantalado, pero más iluminado de lo que esperaba pues había cuatro ventanales, uno en cada una de las cuatro paredes. Casi todos los cristales estaban rotos y, pese a la suciedad que tenían, permitían ver las rejillas que protegían la casa del exterior y, por lo tanto, de los intrusos. A pesar de la luz que penetraba por ellos, aquel lugar le resultaba sombrío, fúnebre.

Las paredes de la estancia estaban prácticamente forradas de estantes de madera corroídos por la carcoma; su estado de conservación era lamentable debido, tal vez, al poco cuidado recibido o a los muchos años que tenían. Estaban repletos de un sinnúmero de tenebrosos y misteriosos objetos, todos diferentes y sin un orden establecido. Había libros antiquísimos, algunos de ellos muy deteriorados, de todos los tamaños y disciplinas: de química, biología, botánica, geografía, anatomía, astrología, ética y astronomía. Los conocimientos que contenían aquellos libros eran desconocidos para la gran mayoría de los mortales. También descansaban en las estanterías un gran número de viejos pergaminos que no habían sido inmunes al paso del tiempo; pero lo más curioso, y casi lo más abundante en las estanterías, eran recipientes que contenían pintura blanca, negra o gris, aunque muchos habían perdido parte de su contenido que había caído sobre la madera, mezclándose.

Distribuidas por toda la estancia había un sinnúmero de jaulas de diversos tamaños y materiales; la mayoría bastante sucias y descuidadas; colocadas desordenadamente bajo las estanterías o colgadas en curvados ganchos que sobresalían de la pared, o suspendidas de las vigas. Dentro de ellas se

encontraban cautivos todo tipo de animales y pequeños seres. Todd se sorprendió por la extraña apariencia de algunos, le parecieron criaturas fantásticas y sobrenaturales; nunca las había visto ya que provenían de las salvajes tierras de Wallango, al otro lado del meridiano de Menech, o de los más recónditos parajes de Balente. Otras le resultaron familiares, sin duda porque eran habituales en el archipiélago de Nalno, o más concretamente en la isla de Angra.

Entre aquel amplio abanico de seres, el señor Codge descubrió asombrado, en una mugrienta urna de cristal, varias clases de serpientes de diferentes colores —amarillas, blancas y verdes— enroscadas entre sí. Había también unos sibbies, una docena de bececros y varias ardillas silvestres. Una tortuga de piedra maciza, común en las islas Escama. Una cabra montesa, de cuernos doblados y enmohecidos. Cuervos blancos de “La piedra Negra” y de sus tundras de Hexahidrita. Hurones de Reemleb, de pelaje rojo como el azafrán, e incluso un pequeño caimán, de dientes ensangrentados y afilados, listo para devorar a quien osara acercarse a él.

Todos ellos bramaban y chillaban encerrados en aquellas pequeñas cárceles, pues conocían cuál sería su destino; sin duda alguna horrible y fatal. Las brujas solían sacrificar a la gran mayoría de aquellos animales para utilizarlos en algunos de sus rituales más oscuros y siniestros. Incluso también los utilizaban para la adivinación; los abrían en canal para ver en sus intestinos el futuro; un esbozo del destino. También, y por qué no, los utilizaban por simple y pura supervivencia. Después de todo, las brujas también tenían la necesidad de alimentarse.

—Hogar... amargo hogar —gimió Gea con sarcasmo.

Todd miró a la izquierda, donde había lo que parecía una pequeña cocina. La pica y la encimera estaban completamente descuidadas. Sobre ellas había una plétora de platos amontonados y un sinfín de utensilios sucios: pinzas, cuchillos, rodillos y cubiertos, muchos de ellos oxidados y en mal estado. Los platos y calderos contenían restos de comida que, por su estado, era fácil adivinar que llevaban varios días sucios; pues entre los alimentos en descomposición anidaban infinidad de larvas y gusanos dándose un banquete. El grifo, del que goteaba un agua turbia y mugrienta, daba al lugar una sensación de total abandono. En lo alto de la cocina había estanterías, todas ellas llenas de cacerolas, cuencos y cucharones revestidos de una gruesa capa de polvo y grasa.

Por unos segundos y aunque parezca extraño, Todd pareció sentirse como en

casa, pues el caos y el desorden que reinaban en el lugar eran semejantes a los de su hogar.

A continuación, el señor Codge sacudió la cabeza y siguió inspeccionando la habitación. Miró a su derecha, al fondo y en una esquina vio un gran espacio vacío, en el que destacaba una chimenea sucia y ennegrecida, llena de restos de madera abrasada y carbón. El hollín se extendía casi un metro por delante de ella, como queriendo huir del lugar de donde procedía. Al lado de la chimenea y debajo de uno de los ventanales se encontraba una pila de troncos, de cortes desiguales y de tamaños diferentes, e incrustada en uno de ellos, una vieja hacha.

Al otro lado había seis escobas, cada una más ajada y desastrosa que la anterior; se veían demasiado abandonadas y desaliñadas como para el supuesto uso que debían tener. Todas ellas tenían marcas grabadas en el astil y palabras o runas en las empuñaduras, pentagramas y figuras incomprensibles a los ojos de Todd. Solo una de ellas resplandecía entre las demás, parecía mucho más delicada que las otras y sus cerdas se veían limpias y cuidadas. Parecía un enorme pincel de color blanco y negro.

Aparte de eso, en el rincón tan solo había libros apilados y descuidados, y objetos diversos tirados por el suelo. Podría decirse que el lugar estaba prácticamente abandonado. “¡Extraño!”, pensó Todd, que de repente sintió un escalofrío; sus sospechas se vieron confirmadas cuando vio que Barkashy estaba detrás de él, al acecho. Observándole, escudriñándole, cual cuervo ávido de carroña contemplando a su próxima presa. Dio un brinco y se apresuró a correr hacia los demás, pues su curiosidad le estaba alejando del resto.

Entonces, en medio de la habitación, se encontró con una amplia escalera de caracol con barandillas negras y plateadas. Pese a que guardaba armonía con el abandono que imperaba en el resto de la morada, su diseño de forja lucía unos acabados casi perfectos y le otorgaba a la casa el único toque mínimamente señorial del que gozaba. La escalera ascendía y descendía, indicando que no solo había un piso superior, sino también uno inferior. Todd, curioso, miró disimuladamente de arriba a abajo al pasar, pero la oscuridad de dichos lugares le impidió vislumbrar algo.

Dejó atrás la escalera y se unió a sus compañeros, que ya habían llegado hasta el fondo de la habitación. Allí, y custodiado por dos enormes y desvencijadas mesas, había un enorme caldero. Las mesas estaban repletas de objetos diversos; en una de ellas se podía contar casi un centenar de velas que

se extendían por toda la superficie; los restos de lo que parecía haber sido un enorme cirio que reposaba sobre un cráneo humano, presidían el lugar. La abundante acumulación de cera derretida desbordaba por los laterales de la mesa, creando figuras descendentes que imitaban mantos de lava solidificada.

Del lado opuesto, y sobre la otra mesa, había un sinfín de papeles. Papeles arrugados, papeles en blanco, escritos y amontonados, papeles rotos y desmenuzados en mil pedazos. Entre ellos había también un pequeño tintero negro con una pluma blanca en su interior. El resto de los utensilios que poblaban la mesa eran libros, pergaminos, tarros, restos de plantas secas, huesos, cajas y un cucharón. El caldero que se hallaba en medio de ambas era de metal oscuro, cochambroso y grasiento. Debajo de él, unas pequeñas ascuas mantenían en ebullición el extraño brebaje que había en su interior. El mejunje en sí era de un color rojizo y de él emanaba un humo tóxico y corrompido. Ese humo creaba formas ascendentes, tiñendo la habitación del mismo ensangrentado color. Borgoña, bermellón.

Mirara donde mirara, el señor Codge podía descubrir telarañas colgando por doquier. En el techo, en las estanterías, en las mesas y en la pared. Todo estaba revestido por una fina capa de seda grisácea y arácnida. Sus ejecutoras correteaban a su antojo construyendo lo que sin duda era un palacio de seda.

Podría decirse que esa era la sala común, lugar en el cual las brujas convivían durante el día, y también durante la noche. Lugar en el cual llevaban a cabo sus rituales, sus conjuros y planeaban sus próximos objetivos; donde preparaban sus brebajes e inventaban sus más poderosos hechizos. Pero no la utilizaban tan solo para llevar a cabo sus tenebrosas y míticas acciones; si no que también era el lugar donde cocinaban, comían y se relajaban.

Súbitamente, Gea se acercó a una de las dos mesas que había en el cuarto, la que estaba poblada de papeles y en la que ahora, además, había un par de roedores jugueteando sobre varios pergaminos, y les dirigió una tierna mirada.

—Es lo que dice Barkashy... ¡Despejar! Solo así encontraremos a Manzana —dijo Gea, pero Barkashy no había dicho nada. Lo cierto es que ni siquiera se le había pasado por la sesera aquella palabra.

Acto seguido apartó con violencia todo cuanto se encontraba encima de la mesa, empujándolo sin miramientos y tirándolo todo al suelo, incluidos los ratones. Uno de los roedores corrió a esconderse, el otro, con menos suerte que su compañero, quedó atrapado en los líquidos derramados por el suelo, donde pereció fulminantemente.

Todd se quedó parado al ver aquella brusca reacción y se hizo a un lado

para no sufrir ningún daño.

—¡Ponlo ahí! —ordenó la bruja, al tiempo que le hacía una indicación con el dedo.

Evan depositó el cuerpo inerte de Ted sobre la mesa y rápidamente todas las brujas lo rodearon para inspeccionarlo; cual bandada de buitres abalanzándose sobre su presa.

El joven sacó una manzana del bolsillo y se apoyó en una repisa que había junto a la ventana. Se dedicó a mirarla mientras devoraba el fruto; reía de vez en cuando con los comentarios de las mujeres, pues verlas era todo un espectáculo; su manera de hablar, sus carcajadas repentinas, sus tics nerviosos e incluso su forma de vestir las hermanaba.

Sin duda alguna, había tres aspectos comunes que caracterizaban al grupo; la locura, la sexualidad, y la oscuridad que las envolvía.

Vinexa era la bruja más joven de la hermandad y tenía un carácter variable e impredecible. A veces, al hablar, recordaba a una niña de diez años, aspecto este que le daba un atractivo inocente y juguetón a su personalidad; pero en otras ocasiones, en los momentos en que hablaba con una segunda voz, parecía provenir de un mundo oscuro y tenebroso. No dejaba de repetir la palabra “verrugas” cuando algo le molestaba o no salían las cosas según su parecer. Pese a ello, parecía la más cuerda de todas, pero curiosamente también la más oscura.

“Madre de Golems”, la bruja sin cejas a quien todas llamaban Gea Erramah, apenas hablaba, reía tímidamente y emitía un sinfín de sonidos sobrecogedores. Eso sí, las pocas veces que abría la boca para hablar, un escalofrío invadía a los presentes pues su voz era pavorosa y entrecortada. Era de carácter habitualmente tranquilo, llano y manso. Era la menos sensual de todas, no solo por su repulsivo físico, que a decir verdad despertaba pocas pasiones, sino también por su extraño comportamiento; sus movimientos eran lentos, sigilosos y serpenteantes. A eso había que añadir sus erráticos movimientos de cabeza y, además, tenía la mala costumbre de poner en boca de otros cosas que estos no habían dicho.

Barkashy se movía por impulsos y siempre estaba ansiosa. Hacía lo que quería y en el momento en que le venía bien. Se dejaba llevar por la circunstancias, como si de una hoja de papel a la que mueve cualquier corriente de aire se tratara. Impetuosa, impulsiva, nunca sabía muy bien cómo iba a tratarte, pues su estado de ánimo cambiaba constantemente, dependiendo de cómo le fuera el día, o más bien dicho, dependiendo del momento, pues a lo

largo de un día podías ver en ella un sinfín de cambios en su personalidad. Era lujuriosa, codiciosa, glotona y tenía un hambre insaciable. Era muy curiosa y se ilusionaba rápido por cualquier cosa que la mantuviera entretenida. Tenía una extraña debilidad por las uñas. Le gustaba contarlas antes de mutilar a sus presas, después se las arrancaba y las guardaba en tarros de cristal.

Y por último, y sin duda alguna la que llamaba más la atención por su irresistible y desenfadada sensualidad era Incema, “Hija de la llama eterna”. Respirar su aire era nocivo. Ver o sentir su aura era esclavizarte. Tocarla era como quemarte en una hoguera. Escucharla era un hechizo mortal. Ardías con solo mirarla, pues sus sensuales movimientos, sus sutiles gestos, sus miradas... te invitaban a prenderte en ella. Su locura se exteriorizaba de una manera completamente opuesta a la de las demás, la hacía agresiva e hiriente, brusca y contundente, a veces amable y otras la más antipática de todas. Realmente, nunca sabías muy bien cómo tratarla, pues muchas de sus contestaciones o acciones eran ofensivas y punzantes. Era imprevisible, espontánea. Una bestia imposible de domar. Era puro deseo.

Pese a que humanos y brujas habían sido creados por las mismas fuerzas, existía un amplio abanico de distinciones que les separaban de forma abrupta. Se podría decir que sus mundos eran completamente dispares. Así que, unos y otros, en los tiempos remotos tomaron caminos diametralmente opuestos, vidas opuestas, conductas opuestas. Su manera de entender la vida era diferente y sus cometidos también lo eran. Ellas vivían al margen de las leyes, tanto políticas como morales. Entendían de lealtad pero no de obligaciones. Conocían la realidad pero se alejaban de ella. Eran como el humo que emana constantemente de sus calderos: indomable, incontenible... imposible de atrapar. Completamente libres, mostraban independencia absoluta ante los demás y contaban únicamente con sus reglas y sentimientos. Compartían su cuerpo pero no su corazón. Coexistían alejadas de la humanidad pese a ser posiblemente el próximo eslabón, pues vivirían y morirían hasta que la luna cayera y se apagara el sol.

—Huele a sal —apreció asombrada Barkashy, olisqueando el cuerpo de Ted de arriba abajo.

—¡Sí... a sal de mar! —confirmó Incema, haciendo el mismo gesto.

—Es lo que dice la hermana Vinexa... huele a manzana —puntualizó Gea.

Todas se giraron hacia Evan; este, sintiéndose observado, tragó el último bocado de la fruta y se limitó a sonreír tras encogerse de hombros.

—Huele a carbón —distinguió Incema.

—¡Para ti siempre todo huele a carbón! —le recriminó Barkashy.

—Huele a papel —dijo Vinexa, entrecerrando los ojos.

Todas la miraron extrañadas, pero segundos después un “¡¡¡¡¡Siiiiiiiiii!!!” pronunciado al unísono y con total asombro unió sus diferentes voces. Acto seguido volvieron a inspeccionarlo con más atención, si cabe.

Superando el miedo que sentía, Todd no tardó en imitarlas y se unió a ellas en el corrillo que habían formado alrededor de la mesa en la que se encontraba el profesor.

Los dedos de la bruja Barkashy bailaron por la calvicie de Ted hasta llegar a la parte inferior del cráneo, donde aún quedaba algo de pelo en aquella cabeza prácticamente calva. Con sus largas y oscuras uñas cogió uno de los cabellos y lo arrancó. Se lo llevó a la nariz y lo olió fascinada.

—Sí, sí... ¡Sí! ¡Meneso! —gimió la bruja. Parecía que gozaba enormemente. Al escucharla, el señor Codge se ruborizó.

—No hay carne aquí —comentó la bruja de piel agrietada, levantando la huesuda mano de Ted, para dejarla caer segundos después.

Todd abrió los ojos de par en par. Por unos segundos pensó que tal vez quisieran comérselo y el temor hizo presa de él.

—Poca chicha para descomponerse —comentó Gea.

—¿Qué? ¡¿Descomponerse?! —le gritó Todd, alarmado.

—Descomposición, deterioro... ¡Putrefacción! —bramó enloquecida Barkashy.

—¡Ya está! —exclamó Vinexa haciéndola callar.

—¿Qué-qué qué le pasa al profesor Legentrell? —preguntó el señor Codge con un tartamudeo incontrolable. Sus ojos volvían a Ted, una y otra vez.

—Nada —dijo despreocupada la bruja Barkashy.

—¿Có-có cómo que nada?

—Aún... —fue su respuesta.

La habitación se oscureció al instante.

—¡¿Aún?! —preguntó Todd exaltado. Su voz se elevó varias octavas.

—Ahora mismo está encerrado entre dos lugares. En un puente entre este mundo y otro. Entre Cestia y Querquerudez —le explicó Vinexa.

—¿Y-y y qué es Querquerudez?

Lo preguntó por preguntar algo, y por la inquietud que le dominaba, pues tampoco entendía aquello de “dos mundos”. Para ser sinceros, no entendía nada de nada ¿Existían más mundos aparte de Cestia? Eso era algo que escapaba a su conocimiento, y por lo tanto, a su realidad.

—¿Es un lu-lu lugar donde mueres? —preguntó preocupado.

—No... es aún peor que la muerte —le aclaró Incema, Todd se estremeció.

—¿Có-có cómo puede haber algo peor que la muerte?

—Sí... querida bola de sebo. Hay algo peor que la muerte —dijo Barkashy con soberbia.

—¿Qué pu-pu puede ser peor que la muerte? —pensó en voz alta el señor Codge.

Su voz fue apenas un susurro.

—Lo que hay antes y después de ella —respondió Vinexa.

Todd tiritó al oír aquellas palabras. Todo su cuerpo lo hizo.

—Pe-pe pero podréis salvarle ¿verdad? —les suplicó. En ese momento eso era lo único que le importaba.

—Lo intentaremos —contestó Vinexa con desenfado. Pero al señor Codge esa respuesta no le pareció graciosa, ni lo más mínimo.

—¿Có-có cómo que lo intentaréis? ¡¡Tenéis que ir a ese lugar, res-res rescatarlo y traerlo de vuelta!! —exigió Todd en un acto de valentía. La tranquilidad y el desinterés de las brujas le tenían enloquecido.

—¡¡No es tan sencillo gordinflón!! —exclamó Vinexa, elevando los ojos al techo de forma teatral— ¡Verrugas!

Todas rieron de buen grado y se regocijaron con aquella expresión.

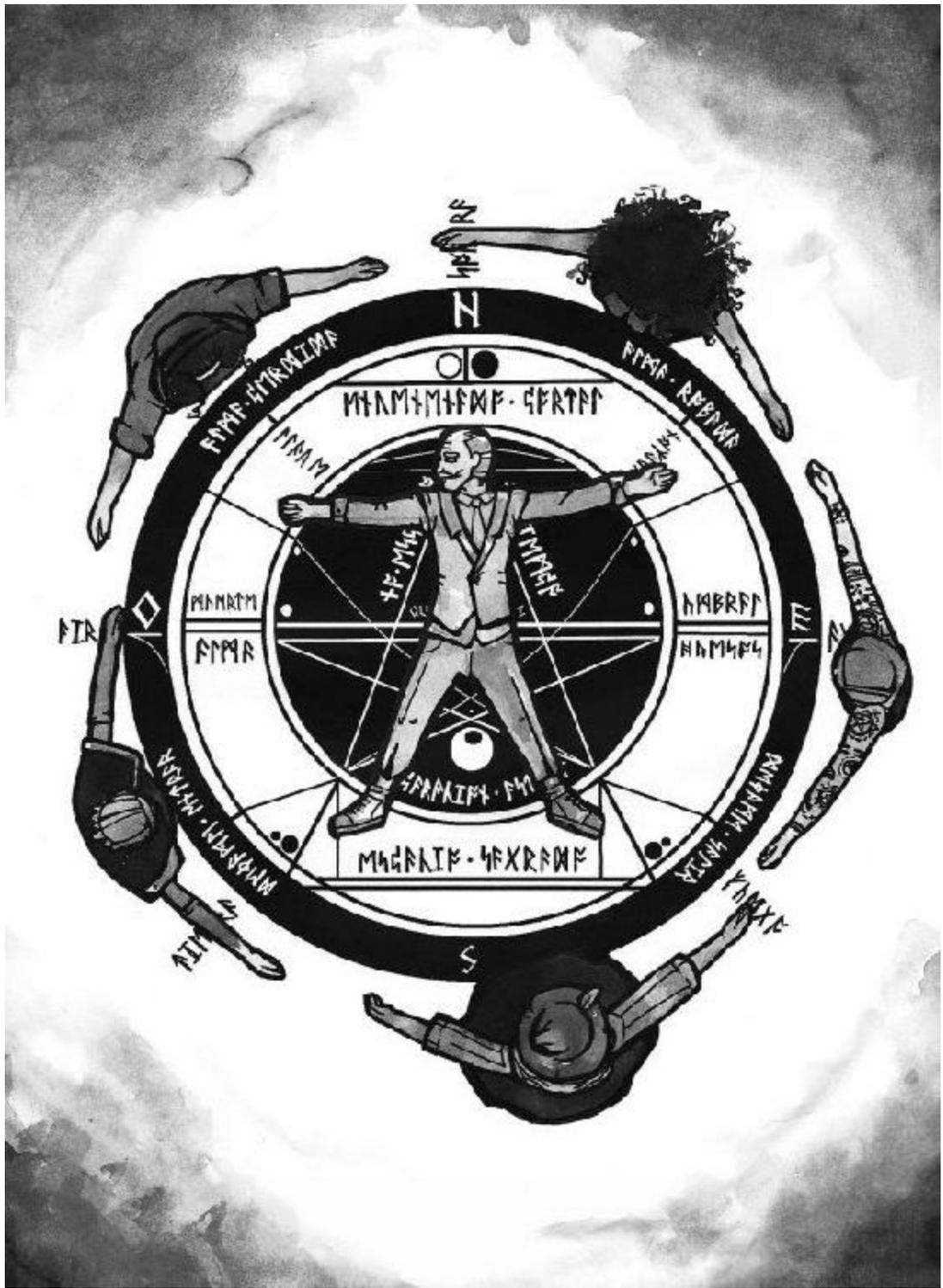
—Solo hay una que ha estado ahí y ha vuelto con vida —dijo Incema, misteriosa. Su rostro se ensombreció.

—¿Y... quién es ella? —preguntó Todd, con curiosidad.

De repente pasaron muchas cosas a la vez en cuestión de segundos: los viejos ventanales se abrieron de par en par, impulsados por un súbito golpe de viento. La madera crujió, cual esqueleto retorciéndose de dolor. Las brujas se apartaron de la mesa, rompiendo el círculo que habían creado anteriormente alrededor del profesor y se dispersaron por el cuarto. Evan se levantó al instante y tiró los huesecillos de la manzana por la ventana. Se oyó un estruendoso portazo, y unos tacones lentos y contundentes.

—Yo —se escuchó con un eco retumbante.

El corazón del señor Codge se encogió.



RITUAL DE COHESIÓN ASTRAL

Firmes y contundentes pasos resonaron en cada peldaño de la escalera; la cadencia de los mismos acompañó a su dueña hasta su llegada a la habitación común, lugar en el que se encontraban las cuatro brujas, el joven Evan y el señor Codge. Este último se estremeció al verla.

Ella, enigmática y elegante, era mayor que el resto de las brujas presentes. Sin duda alguna su presencia autoritaria y su imponente imagen revelaban que era la matriarca de la hermandad, algo que se veía confirmado por su curioso sombrero de ala negra que se iba difuminando poco a poco hasta llegar al pico, donde predominaba el color blanco. Prendido en el ala, un broche plateado con forma de pluma brillaba en la oscuridad.

De su rostro de marcadas facciones que dejaban intuir cierta agresividad, resaltaba su ardorosa sonrisa, que desprendía al mismo tiempo seguridad y soberbia. Unas gafas de montura circular escondían bajo cristales tintados su misteriosa mirada.

La figura erguida denotaba una distinción singular; de complexión delgada, lucía un corsé negro bastante ceñido sobre una camisa de color blanco, el amplio cuello roto de la prenda se mantenía alzado rodeando la nuca de la mujer como una inexpugnable muralla. Arrastraba una falda oscura, de forma acampanada, que no dejaba ver sus pies; unos pies que apenas parecían moverse al andar. Se movía con gracia, con elegancia.

Sobre su hombro izquierdo descansaba una lechuza de plumaje blanco como la escarcha y de ojos amarillentos como el amanecer. Pese a que es difícil atribuirle un carácter o un estado de ánimo a un animal, se podía decir que aquella ave tenía una expresión un tanto burda y malhumorada en su faz mientras movía constantemente la cabeza hacia un lado y hacia otro, observando con interés todo cuanto le rodeaba.

Vinexa fue la primera en romper aquel incómodo silencio que se había establecido en la estancia y lo hizo saludando a su matriarca con un caluroso recibimiento. Las demás no tardaron en imitarla. Por la forma en que se dirigieron a ella, parecían respetarla y guardarle una noble lealtad. Aprovechando la distracción de los múltiples saludos, Evan se acercó con disimulo al señor Codge y le susurró al oído:

—Ella es Madame Ming, “Alas plateadas”. Matriarca de esta hermandad.

Todd se puso rígido como el parche de un tambor, mientras veía cómo la bruja se acercaba lentamente a él.

—Gracias cariño... pero no... me gustan... las presentaciones —le dijo al joven Evan, sin dejar de sonreírle—. Somos lo que demostramos ser.

Se detuvo a un paso de Todd y se inclinó ligeramente, observándole desde las alturas. No le dijo nada; puso los brazos en jarras, le dedicó un fruncimiento de labios y lo estudió minuciosamente durante unos segundos. Segundos que al humano se le hicieron eternos.

—Ho-ho hola señora Ming... —saludó Todd tembloroso, empezando a arrepentirse de haber decidido entrar en aquella morada. No sabía cómo dirigirse a ella, así que lo hizo de la manera más coloquial que supo— So-so soy el señor Codge. Encanta...

—¡Ya sé quién eres! —le interrumpió tajante la bruja— ...Y ahórrese la palabra “señora” en esta morada, por favor. No soy señora de nadie.

—De-de de acuerdo. No era mi intención ofenderla —se apresuró a disculparse Todd, palideciendo.

—No lo ha hecho —le aclaró la bruja sonriendo. Su sonrisa le abarcaba todo el rostro—, señor Codge... gracias.

Sus palabras no solo le sorprendieron a él, sino también a todos los que estaban en aquella habitación. Todd se quedó paralizado, asombrado, pero no más que sus acompañantes, que se miraron incrédulos entre ellos.

—Hermanas... —pronunció Madame Ming, girando con un elegante juego de tacones en dirección a las brujas y señalando el cuerpo del profesor— Nuestro invitado mortal está en un lugar oscuro. Horrible y oscuro. Un lugar emponzoñado en el que apenas entra la luz del sol. El aire que se respira es pútrido y letal. En dicho lugar solo existe una caja envenenada y todo cuanto te rodea te invita a abrirla. Si llega hasta ella y la abre... todo habrá acabado.

Por la manera en que pronunció aquella última frase, Todd se hizo una idea, por remota que fuera, de lo que debía de estar pasando Ted en aquellos momentos. Tenían que traer al profesor cuanto antes de aquel aterrador lugar.

Las brujas, erguidas ante de su líder, se limitaron a asentir mientras escuchaban con deleite su voz, que sonaba mística y embaucadora.

—Us-us usted es-es es la que consiguió sobrevivir... ¿verdad? —preguntó Todd, interrumpiendo inocentemente a Madame Ming. No era su intención entrometerse, y menos de aquella manera tan abrupta, pero lo cierto es que la preocupación que sentía por su compañero le hacía ser más osado de lo que en realidad era.

Madame Ming se giró en dirección a Todd, inclinó su cuerpo hacia el hombre y le habló en un tono pausado:

—Querido, yo... he... sobrevivido a... todo.

Todd se estremeció.

—¿Y po-po podrá ayudar a salir al profesor de aquel lugar? —insistió, esta vez con una mirada suplicante.

—Por supuesto que podré ayudarle a salir. Lo único que está encerrado de su persona en dicho lugar es su parte astral —le respondió, al tiempo que se subía los oscuros lentes con el dedo índice, movimiento muy habitual en ella cuando quería dejar algo bien claro.

—¿Astral? —preguntó acongojado Todd.

—Espiritual.

—¿Espiritual? —volvió a preguntar.

—Bueno... no importa —dijo Madame Ming, perdiendo la paciencia.

Acto seguido se giró y volvió a dirigirse a sus subalternas:

—Lo que importa en este momento... es que se nos agota el tiempo. Debemos ser raudas, efectivas. Diligentes.

Al oír esas palabras, las brujas comenzaron a moverse. Parecía que cada una sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Barkashy, Gea y Vinexa se dirigieron hacia el rincón vacío de la entrada, donde cogieron sus escobas y comenzaron a barrer. Incema, sin embargo, se acercó a una de las estanterías y buscó en el interior de una caja de madera, sacó un pequeño trozo de tiza blanca y permaneció unos segundos observándolo. Madame Ming y Evan se dirigieron hacia el mismo lugar segundos después. Todd les siguió varios pasos por detrás, dubitativo.

—Ven —le dijo Evan al señor Codge, acompañando la invitación con un firme gesto de mano. Todd se apresuró hasta ponerse a su lado.

Las brujas comenzaron a barrer con garbo, con fervor y curiosamente con elegancia. Desocuparon la zona de hojas secas, de polvo, de telarañas, y de todo tipo de materiales volátiles, dejando al descubierto un cúmulo de cera

petrificada, adherida e incrustada en el suelo, casi imposible de eliminar.

—¿No me ha-ha había dicho usted que solo las brujas de aire utilizaban la escoba para volar?... —murmuró el señor Codge a Evan disimuladamente.

—¿Pensaba que ibas a decir para barrer! —exclamó con soberbia Incema, quien había oído el comentario.

—Eso solo lo hacen sus mujeres —matizó Madame Ming.

Todas rieron al unísono.

—Pues no. Es importante barrer la zona donde tienen que llevar a cabo un ritual —explicó el caeliense.

—¿Así liberan el espacio de ma-ma materiales que puedan perjudicar a la ceremonia? —quiso saber el señor Codge.

—Sí. Pero no solo limpiamos el lugar materialmente, también lo limpiamos espiritualmente —contestó esta vez Vinexa mientras dejaba su escoba apoyada en el mismo lugar del que la había cogido.

Su comentario hizo que se le erizara la piel a Todd. Cada músculo de su cara se tensó como la cuerda de un violín.

—¿Es-es espiritualmente? —tartamudeó, muy pálido.

—Sí. De energías negativas —aclaró Evan.

Gea y Barkashy no tardaron en imitar a Vinexa y dejaron sus escobas cercanas a la de ella.

—Incema —pronunció Madame Ming.

—¡Sí! —contestó emocionada la bruja pelirroja, sonriendo.

Se dirigió hacia la zona vacía que anteriormente habían limpiado sus compañeras, se agachó y, apartando el vestido a un lado para que no le molestara, marcó cuatro puntos en el suelo (todos ellos equidistantes entre sí) con la tiza blanca que anteriormente había rescatado de las estanterías.

—¿Qué hace? —preguntó Todd, curioso.

—Está señalando los cuatro puntos cardinales —le explicó Evan—. Norte, sur, este y...

—Y oeste —susurró la bruja pelirroja, acabando de marcar el último de ellos.

A continuación, y uniendo los cuatro puntos cardinales, trazó lo que finalmente se convertiría en un círculo perfecto. En el interior de este dibujó otra circunferencia idéntica; pero claro está, más pequeña que la anterior. Dentro de ella comenzó a trazar cinco líneas. El señor Todd, curioso como siempre, movió la cabeza para ver de qué se trataba. Era una estrella que, junto a los círculos exteriores, creaba un pentagrama parecido al de las marcas

del bosque. Era más sencillo y simple que aquel, pero la bruja no tardó en adornarlo con más símbolos, todos ellos necesarios para que el pentagrama estuviera completo y conforme al ritual que iban a llevar a cabo.

—¿Es una estrella? —preguntó el señor Codge.

—Sí. Es un pentáculo. Una estrella de cinco puntas que en este ritual representará al hombre. Digo en este ritual porque no siempre tiene esa finalidad. Es más, la mayoría de las veces este símbolo representa a las naturalezas existentes de las brujas, y no solo de ellas, sino también del mundo tal y como lo conocemos. Son los pilares, la base de los cimientos de Cesda.

—Ahhh... bien.

—No has entendido nada ¿verdad?

Todd negó apresuradamente, con una sonrisa sesgada.

—Nada —confesó.

—No ha entendido nada. ¡La bola de lana no ha entendido nada! —se mofó al otro lado de la habitación Barkashy.

—¡Verrugas! Mentes limitadas —intervino Vinexa.

Incema se rió y el resto de sus hermanas se unió a ella.

—¡Callad! —retronó la voz de Madame Ming, cargada de autoridad.

Ellas obedecieron y durante unos instantes semejaron niñas asustadas a las que les habían sermoneado duramente.

—Bueno... —dijo Evan, buscando en su cabeza palabras que dijeran lo mismo pero que sonaran más simples— El pentagrama puede simbolizar al humano, pues cada una de las extremidades del hombre se puede comparar a cada una de las puntas de una estrella. Supongo que habrá que utilizarlo para traer de vuelta al “Ted astral”, que se ha visto obligado a abandonar su propio cuerpo. Después de todo y aunque solo sea un pequeño fragmento, el cuerpo forma parte de nuestro “yo”.

—¿Có-có cómo que pequeño? ¿Somos algo sin nuestro cuerpo? —preguntó el señor Codge, quien no acababa de asimilar el significado que encerraban las palabras de Evan.

—Por supuesto —contestó Evan—. Somos el alma, somos la esencia...

—Somos la realidad —sentenció Madame Ming.

Con esas palabras, la bruja se acercó a la mesa contigua a la que estaba depositado el cuerpo del profesor Legentrell. Cogió una vela que ardía en un viejo candelabro y se dirigió hacia las escaleras que nacían en el centro de la habitación. Estas se hundían vertiginosamente en el suelo y se perdían en la penumbra.

—Acompáñeme, señor Codge —ordenó.

—Sí... claro —contestó él, encogiéndose de hombros. Sabía que no podía declinar aquella orden. Obedientemente la siguió y descendieron por las escaleras de caracol que se adentraban en la oscuridad.

Cuando llegaron al final de la escalinata se encontraron en un lugar lóbrego e inquietante, en el que el aire que se respiraba era húmedo, vicioso y estaba impregnado de un ligero olor a alcohol y a mezcla de aceites. Apenas se veía nada, pues la vela que portaba la bruja no proporcionaba suficiente luz como para iluminar la habitación. El señor Codge miraba aquí y allá, pero tan solo podía ver la tenebrosa silueta de la bruja y, de vez en cuando, fulgores y destellos tornasolados a su alrededor.

—¿Do-do dónde estamos? —se aventuró a preguntar Todd, intentando sofocar el miedo que sentía. De repente, un profundo e inconfundible olor a aceite se apoderó del lugar. “¿¡Óleo!?” pensó.

Madame Ming, con una canina sonrisa dibujada en el rostro, se llevó la mano a la boca e introdujo los dedos índice y pulgar en ella, sacando del interior del orificio una pluma blanca y plateada. La bruja acercó la pluma hacia la vela que sujetaba con la otra mano; como era de esperar, la pluma prendió con rapidez y la bruja, con un rápido movimiento, la tiró al suelo.

—*Aggravent* —susurró.

Entonces se hizo la llama y con ella la luz. Un círculo de fuego se dibujó en el suelo y el cuarto se iluminó por completo, revelando los secretos que guardaba hasta el momento.

—En la despensa de una bruja —respondió Madame Ming, ladeando ligeramente su sombrero hacia la derecha.

Todd miró a su alrededor y se encontró en una habitación cuadrada, similar en tamaño a la que había abandonado hacía escasos momentos pero distribuida de una manera completamente diferente. Las cuatro paredes que la conformaban estaban repletas de estanterías, del techo hasta el suelo, y en ellas había una infinidad de tarros de cristal. Mirara hacia donde mirara Todd tan solo conseguía vislumbrar recipientes; eran de todas las medidas y formas posibles. Eran tantos los que había almacenados en aquel cuarto que en muchas ocasiones los más pequeños estaban colocados encima de otros más grandes, o a la inversa.

Acercándose a ellos, Todd pudo comprobar que albergaban un sinfín de ingredientes comunes en la zona. Había especias en polvo, flores secas, frutos, semillas y un largo etcétera de componentes. La variedad de los mismos

parecía ilimitada. Alcaravea, cardamomo, comino, menta, ajedrea y tomillo fueron las que primero identificó; a ellos les siguieron la corteza de roble, de encina y de pino. Más tiempo le llevó reconocer las raíces de rábano, de apio y de cardillo, o los pétalos de rosa, de lantana y de lirio.

De repente Todd abrió los ojos de par en par, como platos, sobrecogido por lo que había guardado en uno de aquellos tarros. Se acercó con cautela para cerciorarse de que su vista no le había engañado y corroboró con sorpresa y terror que el recipiente estaba lleno de dedos humanos. Pero lo que hacía más espantosa su visión es que parecían tener vida propia pues se movían y retorcían cual gusanos encerrados, deseosos de escapar; incluso uno de ellos rascaba la pared de cristal con la uña, emitiendo un sonido chirriante.

Todd no pudo evitar sentir un escalofrío y dio un paso hacia atrás. Paseó la vista por la estancia, esta vez con más reticencia y observó, aterrado y desde la distancia, el contenido de aquella multitud de tarros.

La mayor parte de los ingredientes estaban flotando en un extraño y amarillento líquido. Cada recipiente que el señor Codge miraba contenía algo más horrible y nauseabundo que su predecesor; vísceras, orejas, fetos, dientes podridos. Orina, sangre, pelo, lenguas ensangrentadas, ojos, plumas, huesos, gusanos retorcidos... y un largo etcétera de componentes que Todd no se atrevió ni a distinguir. Hizo ademán de devolver, pues se le habían revuelto las tripas con aquellas imágenes, pero tragó saliva una y otra vez, intentando tranquilizarse. Segundos después, no demasiados en realidad, empezó a sentirse mareado, tanto que los tarros empezaron a moverse a su alrededor, dando vueltas en su cabeza. Tuvo que apoyarse en una de las estanterías para no perder el equilibrio.

— No toque nada —ordenó Madame Ming, autoritaria. Se llevó el dedo índice a los labios, pensativa, y empezó a barrer con la mirada las estanterías que se extendían frente a ella.

—No, no... no iba hacerlo —balbuceó, palidecido.

La bruja comenzó a moverse por la habitación con rapidez, buscando todo lo que necesitaba. Todd la miraba ir de aquí para allá, intentando no volver a posar la vista en ningún recipiente más.

—Así que tú fuiste el mensajero —inquirió de pronto Madame Ming, mientras rebuscaba entre las estanterías. Su voz rescató al señor Codge de las náuseas y los mareos.

Se acercó a él e indicándole que abriera las manos, depositó en las mismas uno de los recipientes. El señor Codge lo miró con reticencia, y pese a que lo

estudió con sumo interés parecía que aparentemente no había nada en el interior.

—¿El-el el mensajero? Creo que no le entiendo.

—Sí... tú enviaste la carta ¿cierto? —dijo la bruja, depositando sobre sus brazos dos tarros más.

—¿Yo? —preguntó Todd alzando los ojos hacia el techo, mientras reflexionaba y buscaba respuestas a la afirmación de la bruja.

No tardó en hallarlas, ya que inmediatamente le vino a la cabeza la carta que había escrito tiempo atrás, con ayuda y por petición del señor Emerion Simgrell, al señor John Williamsoms. Que él recordara, era la única carta significativa que había escrito en el último año. Quizás, incluso, la más significativa de toda su vida.

Con aquel pensamiento, recordó el angustioso estado en el que se encontraba al escribirla. Más que una carta, aquella había sido una desesperada petición de ayuda, aunque por aquel entonces Todd no había visto aún tanta sangre derramada, ni tantas muertes, ni podía haber llegado a imaginar la mortífera cadena de sucesos que tras ella se iba a poner en marcha.

—Sí. Exactamente en la que estás pensado —respondió ella, sombría.

Todd se quedó quieto, petrificado. ¿Cómo podía ella saber lo de la carta? Supuestamente tan solo sabían de la existencia de dicho escrito cuatro personas; él, que había sido el encargado de redactarla a petición del señor Emerion Simgrell; el destinatario, el profesor John Williamsoms y Ted Legentrell que, debido a las circunstancias en que se hallaba su aclamado amigo John, había tenido la oportunidad, por así decirlo, de asumir el papel de su compañero.

Como era de esperar, aquellos abrumadores pensamientos le llevaron irremediablemente a Ted, quien se encontraba treinta y un escalones más arriba, exánime, debatiéndose entre la vida y la muerte. Todd no pudo evitar sentir una profunda carga de culpabilidad al recapitular la extensa lista de consecuencias que aquella carta, escrita por su puño y letra, había llegado a acarrear.

No obstante, en aquellos momentos había una cuestión aún más intrigante y terrorífica: ¿cómo podía la bruja saber en qué carta estaba pensando? Por unos segundos sintió que la bruja había invadido su mente, por arte de magia parecía haber entrado en su cerebro.

—¿Pu-pu puede leerme la mente? —preguntó Todd, con un temblor

incontrolable en los labios.

En aquel umbrío subterráneo la risa de la bruja retumbó de un modo atronador.

—No, querido —negó con la cabeza—. Eso me habría ahorrado muchas traiciones a lo largo de la vida.

—Entonces... —musitó el señor Codge, con un hilo de voz, intentando que la bruja acabara la frase.

—Entonces, lamento decirle que las expresiones de tu rostro me dicen mucho más de lo que podrá decirme tu mente —aclaró, cruzando los brazos sobre el pecho.

Todd no supo si sentirse aliviado u ofendido.

A pesar de que el temor y el desconcierto le nublaban el entendimiento, Todd llegó rápidamente a la conclusión de que, efectivamente y como ya llevaban tiempo sospechando, la bruja conocía la existencia de dicha carta gracias a la misteriosa relación que mantenía con el señor Emerion Simgrell. Lo que le llevó a formularse otra pregunta, más oscura y trascendental que todas las que se había hecho hasta el momento: ¿tendría ella algo que ver con aquella carta? De ser así, eso indicaría que la misteriosa conspiración que el alcalde del pueblo se llevaba entre manos con las brujas de Owlhat se había estado gestando desde hacía ya mucho tiempo; y que los motivos por los que Emerion le ordenó a Todd escribir dicha petición de ayuda podrían ser completamente infundados.

—Vamos —ordenó Madame Ming, sin volverse.

Para aquel entonces, la bruja ya había recogido todos los ingredientes necesarios para llevar a cabo el ritual y estaba con un pie en la escalera, dispuesta a ascender a la sala común.

El señor Codge se dio cuenta de que cargaba con una pesada pila de tarros; la turbación que sentía le había impedido darse cuenta de cuántos le había entregado la bruja. Quizás había seis o más, todos pesados y voluminosos. Comenzó a caminar con dificultad, siguiendo los pasos de Madame Ming, y subió las escaleras que le llevaron de nuevo al piso superior, donde parecía que el resto de brujas ya había completado los preparativos.

Incema ya había terminado el pentagrama; lo había adornado con runas blancas y negras en los flancos laterales y en el interior del diseño. Trazos que para Todd no eran más que garabatos y líneas desordenadas, pero que sin duda alguna eran primordiales para el ritual que se estaba a punto de iniciar.



Era la hora empezar.

Las cinco brujas se situaron cada una en un lado diferente del pentáculo, se miraron entre sí, muy serias, y miraron a su matriarca. Esta les hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

La bruja sin cejas intervino en primer lugar y después de despojarse de sus guantes, metió la mano en uno de los tarros en cuyo interior parecía haber tierra, aunque su color hacía pensar que no era una tierra cualquiera, ya que era blanquecina, casi grisácea. Al tocarla la bruja se estremeció, cerró los ojos y cogió un puñado de aquel material arenoso que comenzó a esparcir alrededor del pentáculo, al tiempo que pronunciaba las siguientes palabras:

—***“Tierra de Wallango, parte de los cimientos. Haz que este espacio sea sagrado, Dama del comienzo”***.

Al oír aquellas palabras la sorpresa fulminó el rostro del señor Codge. “¿Dama del comienzo?” se preguntó, completamente confundido. ¿Acaso las brujas creían en Itenin? ¿Acaso creían en la misma diosa que los humanos? No podía ser eso cierto.

Barkashy fue la segunda bruja en entrar en acción; dando unos pasos se aproximó al asta superior izquierda de la estrella con uno de los tarros, con aquel que parecía estar vacío. Acercó sus labios al recipiente y le susurró palabras que nadie pudo escuchar; casi inmediatamente en el interior del mismo se creó un diminuto pero visible torbellino que segundos después no tardó en desvanecerse. A continuación depositó el tarro en el suelo, en el lugar preciso en el que señalaba la punta de la estrella.

Vinexa rodeó el pentagrama esparciendo por su exterior lo que parecían ser agujijones, pues eran diminutos, afilados y negros. Mientras lo hacía, la bruja invocaba otra parte del ritual:

—***“Para reconocer tu cuerpo necesitarás que el mismo te haga sentir dolor. Espinas de rosa, aflicción al corazón”***.

Casi al mismo tiempo Barkashy espolvoreaba el lugar con un extraño polvo marrón semejante al color de la tierra, que extrajo del interior de otro de los tarros.

—***“Alma perdida, alma robada. Recuerda el sabor de los huesos a los que mandabas”*** —sus palabras siguieron a las pronunciadas por Vinexa, y aunque el sonido de la voz de Barkashy era menos potente, no por ello era menos intimidatorio.

A continuación Vinexa cogió otro de los tarros e introdujo un dedo en el interior, sacando lo que parecía ser un líquido viscoso: salpicó con dicha sustancia el pentagrama y, acto seguido, limpió los restos que le habían quedado adheridos.

—¿Qué es eso? —preguntó Todd, mostrando una expresión nauseabunda en su rostro.

—No lo quieras saber —contestó Evan.

El señor Codge frunció el ceño, reticente.

—Bilis de caimán —aclaró Vinexa, incorporándose a la conversación y sonriendo traviesa.

La palidez se adueñó del rostro de Todd, y un escalofrío recorrió su columna vertebral. Evan y Vinexa se miraron, y aunque intentaron disimular, una sonrisa burlona se escapó de sus labios.

Gea levantó los brazos y tiró con violencia uno de los tarros al suelo, Todd se asustó y dio un brinco, justo en el mismo instante en el que el recipiente impactaba en el centro de la estrella, en el núcleo del signo. Un humo negro se adueñó del lugar durante unos segundos, los mismos en que Gea pronunciaba otra parte del ritual:

—***“Despojos de caléndula... para ahuyentar”*** —siseó entre dientes.

Entonces Vinexa cogió otro de los recipientes y extrajo de su interior lo que parecían ser plumas de cuervo. Eran alargadas y negras como la brea. Inmediatamente comenzó a pronunciar unas extrañas palabras, al tiempo que soplaba para que las plumas cayeran encima del pentáculo:

—***“Buscar un alma extraviada como si buscarais a un muerto, pues en el lugar al que vais no hay vida ni tiempo”***.

Sorprendentemente, las plumas ascendieron hasta el techo olvidando la gravedad, sintiéndose libres y livianas. Crearon en la bóveda un círculo similar al que había en el suelo y se mantuvieron allí hasta que el ritual terminó.

Volvió a tocarle el turno a “Madre de Golems”, quien extrajo del interior de un tarro lo que parecían ser unos largos cabellos dorados y cobrizos y pronunció las siguientes palabras, mientras los esparcía por el trazado:

—***“Pelo de sirena, cruelmente arrancado. Sigue nuestra voz, escucha nuestro canto”***.

Incema, quien hasta el momento aún no había aportado ningún elemento al pentagrama, se acercó a él surgiendo de entre las sombras con una estremecedora y diabólica sonrisa en el rostro. Llevaba en la mano derecha una ardilla de pelaje rojizo y en la otra un puñal largo y afilado que resplandecía con un juego de luces al amparo de las velas. Acercó el arma hacia el cuello del pobre animal que, asustado, no dejaba de chillar, y le hizo un rápido y fino corte en la yugular.

Todd apartó la vista rápidamente, casi más asustado que aquel indefenso roedor. Cuando volvió a dirigirla hacia el ritual ya no se oían lamentos ni

gruñidos de la ardilla y el suelo estaba salpicado con su sangre. La bruja pelirroja había esparcido el rojizo flujo alrededor del círculo que anteriormente había trazado.

Por último, Barkashy levantando la mano dijo:

—“*Solo faltas tú*”.

En sus dedos tenía sujeto el pelo que le había arrancado de la cabeza al profesor Legentrell; sopló levemente y el cabello de Ted vagabundó por el aire hasta posarse sobre el vértice superior de la estrella.

Evan y Todd, atendiendo las órdenes de Madame Ming, se encargaron de depositar el cuerpo de Ted encima del pentagrama.

—Un poco más a la izquierda —ordenó Madame Ming y los hombres la obedecieron—. Un poco más abajo —indicó la bruja—. ¡No tanto! —gruñó— Bien.

Ellos seguían sus órdenes y se movían al ritmo y en las direcciones que ella les iba marcando. Después de unos cuantos movimientos la paciencia de Evan llegó a su fin y se detuvo en seco, dando por terminado lo que para él era un ajetreado juego. Todd le observaba horrorizado, su único pensamiento era salvar al profesor y creía que contrariando a las brujas no lo conseguiría.

—Bueno... ¿ya está bien? —preguntó Evan entornando los ojos.

—Estaba bien desde el principio —dijo ella y se rió burlona.

Sus iguales la imitaron. Madame Ming paró de reír de golpe y profirió un grito:

—¡Fuera! —la orden iba acompañada de un significativo gesto de mano.

Los humanos obedecieron al instante y se apartaron del pentagrama. Evan rodeó las escaleras y subió por ellas hasta llegar a un lugar desde el cual pudiera ver bien el ritual que se iba a llevar a cabo. Todd dudó unos instantes, al principio no supo qué debía hacer, pero luego decidió imitar a Evan y seguir sus pasos. Permanecieron juntos, en las alturas, durante todo el ritual. Desde su posición podían presenciar, expectantes, a las brujas y las extrañas acciones que presumían que iban a llevar a cabo.

Pero no eran los únicos que querían presenciar aquel espectáculo; gatos y roedores salieron de sus escondrijos. Curiosos e interesados parecía que supieran lo que iba a ocurrir y no querían faltar a la cita.

Gea fue la encargada de ir colocando las velas alrededor del pentagrama. Las cogió de las estanterías y fue depositándolas una a una en el contorno blanco del círculo.

—Veinte... sí, son veinte —rió nerviosa.

Las brujas se miraron entre sí, suspiraron y se acercaron al pentáculo formando un círculo. No entraron en él, pues no debían cruzar la línea que lo enmarcaba. Madame Ming, en calidad de matriarca, miró a Incema y con una leve inclinación de cabeza le indicó que procediera; esta sonrió traviesa y comenzó.

Chasquido. Chispa. Y se hizo la llama.

Al instante se cerraron con un estruendoso golpe todas las persianas y las ventanas de la estancia y se encendieron todas las velas del suelo, aportando al lugar una luminosidad mortecina.

Las cinco brujas alzaron levemente los brazos acercando las manos. Parecía que iban a cogerse, pero se quedaron apenas a unos centímetros unas de las otras, sin llegar a tocarse. Cerraron los ojos y comenzaron a pronunciar lo que sería una ceremonia de atracción.

—Muerte —comenzó diciendo Gea.

—Cohesión astral —continuó Barkashy.

—Abismo —aportó Vinexa.

—Envenenado portal —susurró Incema.

—Déjale salir o déjame entrar —sentenció Madame Ming.

Al llegar a este punto, se volvieron a oír las voces de las brujas, en el mismo orden que la vez anterior y con la misma lúgubre entonación, pero con diferentes palabras.

—Llave.

Se abrió un ventanal.

—Cohesión terrenal.

Se abrió otro, con un estruendo aún más potente.

—Alma extirpada.

Se abrió la puerta con un fortísimo golpe y una helada ráfaga de viento invadió la habitación.

—Umbral.

El hondo estruendo de un trueno hizo tambalear los cimientos de la casa.

—Déjale salir o déjame entrar.

Repitieron esta letanía en múltiples ocasiones, pero imponiendo cada vez más intensidad y rapidez, más fuerza y contundencia. A Todd le parecía estar escuchando una canción, pues la entonación de las palabras de las brujas parecía seguir el ritmo de una melodía.

—Las velas están sudando hacia ambos lados del tronco —musitó el joven Evan.

Frunció los labios.

—Y-y y eso... ¿qué-qué qué quiere decir? —preguntó Todd, sintiendo cómo le ascendía un sofoco a las mejillas.

—En un ritual, cuando las velas sudan hacia el lado derecho del pentagrama, significa que el desarrollo del mismo es favorable. Cuando lo hacen hacia el izquierdo, es todo lo contrario.

—Entonces... ¿qué po-po podemos deducir? —preguntó, notando cómo se le disparaba el corazón y le latía en el pecho con violencia.

—Nada. El resultado es confuso. No es claro —dijo Evan, sombrío.

Todd tragó saliva.

Súbitamente, en el punto más álgido de la ceremonia, las brujas se callaron, cerraron los ojos al mismo tiempo y un segundo trueno retumbó en la morada. La habitación y el ambiente que en ella reinaba había cambiado, un silencio demasiado inquieto se había adueñado del lugar y la tensión flotaba en el aire.

Fue entonces, repentinamente, cuando el cuerpo de Ted se agitó. Los brazos y piernas, que hasta el momento parecían sin vida, se movieron, tensos y rígidos, en dirección a las puntas de la estrella. Parecía que una fuerza sobrenatural los estuviera estirando con el único cometido de clavarlos con violencia a cada una de las astas de la estrella. Por unos segundos, el cuerpo del profesor Legentrell se elevó a escasos centímetros del suelo, parecía levitar.

Las cinco brujas abrieron repentinamente los ojos y eran blancos como la escarcha. Permanecían inmóviles, semejaban estatuas de fría piedra clavadas en un pedestal. Esa imagen relampagueó en los ojos de Todd, dejándole sin aliento. Las brujas siguieron en trance durante largos minutos, y solo una de ellas, la matriarca, rompió aquel inquietante y tenebroso silencio susurrando palabras oscuras:

—*“Alma perdida pero no olvidada. Sal del abismo al oír nuestra llamada”*.

Madame Ming siguió repitiendo incansable aquellas dos frases. Segundos después, a su voz se sumó la de Barkashy, después se les unió Incema, más tarde Gea y por último Vinexa. Repitieron innumerables veces la letanía, incansables en su cometido, elevando paulatinamente su entonación y la intensidad en la pronunciación. Las voces de las brujas fueron fusionándose entre sí, hasta convertirse en una sola voz atronadora que parecía provenir de las tinieblas.

En ese momento ocurrieron muchas cosas simultáneamente, algunas de las

cuales Todd no llegó ni a percibir: del pentagrama trazado en el suelo comenzó a brotar una densa humareda púrpura que ascendió hacia el techo creando formas caprichosas y algodoadas. Un viento fuerte y furioso golpeó y zarandó la vieja casa de Owlhat, sacudiendo con persistencia sus viejos ventanales y haciendo que su vetusto esqueleto de roble se retorciera sobre sí mismo. El colérico vendaval se infiltró en la estancia y tomó posesión del lugar, enfriando la habitación y llenándola de espirales de viento que hacían danzar las llamas de las velas. Un temblor incontrolable agitó con violencia la casa, parecía un terremoto. Sus efectos no tardaron en dejarse sentir; de las estanterías que poblaban la habitación cayeron libros, pergaminos y objetos varios. Se escuchó el estrépito de los tarros al caer, rompiéndose en mil añicos. Maullaron los gatos y se escondieron los roedores. Graznaron los cuervos y huyeron las arañas.

El señor Codge, aterrorizado, agarró con fuerza a Evan del brazo. Tiritaba sin poder evitarlo, sin dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Posiblemente, si le contara ese momento vivido a cualquiera de sus más allegados, a sus gentes de Cliffdavi, nadie le creería pues ni siquiera él, que lo estaba viviendo en sus propias carnes, se lo podía acabar de creer por completo. Era una situación sobrenatural.

De repente las brujas se callaron y todo el caos y la tenebrosa confusión que se habían creado se evaporaron en cuestión de segundos.

Todd abrió los ojos con cautela y se encontró agarrado al joven Evan. Lo tenía amarrado con todas sus fuerzas.

—Lo-lo lo siento —se apresuró a decir el señor Codge, separándose de él. El caeliense, quien tenía toda su atención centrada en el ritual, rió por lo bajo.

Todd miró a su alrededor. Le rodeaba un nuevo ambiente, un entorno construido en un silencio sepulcral y en una paz desconocida. Aunque no lo supiera, esa era la sensación del reencuentro. La esencia de la unión.

En ese momento, las velas que rodeaban la circunferencia trazada alrededor de Ted se apagaron por completo y una de las escobas que estaba apoyada en la pared cayó al suelo con un golpe seco.

—Esa es la señal —informó Evan, atrayendo la mirada de Todd hacia él.

—¿Qué-qué qué señal? ¿Qué sucede? —preguntó, interrogando con una desesperada mirada a Evan.

—Las velas, en los rituales espirituales como este, no solo tienen encomendada la misión de guiar, también son las encargadas de decirnos o bien que la ceremonia ha finalizado, o bien que algo o alguien ha cruzado a

este mundo —explicó el montaraz.

—¿Eso significa que ya está? —preguntó Todd con un brillo expectante en los ojos.

—Sí... significa que ya está aquí... que ya ha llegado. El profesor de Meneso ha regresado —contestó Evan.

El señor Codge giró su rostro al instante y permaneció expectante, observando atentamente el cuerpo de Ted. Esperaba ver algún cambio, algo que le indicara que el profesor por fin estaba de vuelta en este mundo. Que estaba vivo.

Pronto se resolvieron sus dudas.

Inesperadamente, y como dos puertas golpeadas por el viento, los ojos del profesor Legentrell se abrieron de par en par.





BOHOS, BRUJAS Y PREGUNTAS A GRANEL

“Pero... ¿dónde estoy?”

“Huele a cera...”

“Y a sangre.”

“¿Es este el techo de la habitación de Dos Copas?”

“Me parece que no. No me es nada familiar...”

“Ni lo son las paredes de piedra...”

“Ni las vigas de madera...”

“Tampoco lo son las telas de araña que cuelgan de ellas...”

Ted volvió a abrir los ojos, esta vez con más cuidado para no ser cegado por la deslumbrante luz nívea que se colaba por las ventanas. Aún no veía con lucidez; pero los imprecisos contornos de lo desconocido le decían que estaba en un lugar nuevo, en un lugar oscuro y lleno de enigmas. Sus ojos, afanados en encontrar la claridad, tan solo conseguían ver sombras. Sombras moviéndose entre sombras.

Todd bajó las escaleras con prisa y se acercó hasta el pentáculo, lugar en el cual ya había concluido la ceremonia realizada por la congregación de Owlhat. Titubeó cuando iba a traspasar el círculo, pero miró a Vinexa y esta le hizo un gesto de aprobación. Entonces cruzó la línea y se acercó apresurado a su compañero.

El profesor, tendido aún en el suelo, oía cómo el señor Codge le llamaba, pero su voz le llegaba amortiguada y deformada. Tan solo podía ver su rolliza sombra junto a él.

—Ohhh... Todd... —pronunció el profesor con voz débil. Se sentía somnoliento y amnésico— ¿Qué ha pasado?

—Se-se señor Legentrell... ya está. Ya terminó —contestó Todd con gran alivio, recomponiéndose poco a poco del susto.

—He visto cosas que no creería —dijo con voz atormentada y mirada ausente. Ladeó ligeramente la cabeza y, afortunadamente, la silueta de Todd se fue definiendo cada vez más, hasta que logró verlo con total claridad.

—Ohhh... créame que sí le creería —respondió el señor Codge, conteniendo una risa.

El profesor se reincorporó lentamente. Primero levantó la cabeza y después la espalda, no sin dificultad. Con la ayuda de Todd consiguió ir curvándose poco a poco hasta lograr sentarse. Miró a su alrededor, observando todo cuanto le rodeaba y sintiéndose confuso y aturdido. Le llamó poderosamente la atención el sucio suelo en el que estaba sentado; observó velas, cera y sangre junto a plumas negras y líneas blancas, no sabía qué había sucedido en ese lugar, pero tenía la desagradable sensación de que él había sido partícipe.

Ted cerró los ojos con fuerza. Un pitido chirriante le molestaba en los oídos.

—¿Se en-en encuentra bien? —preguntó Todd.

—Me siento... extraño —declaró el profesor, mirando con curiosidad sus manos, sudorosas y pálidas—. Me siento... agotado y sofocado.

—Es normal —dijo Madame Ming al otro lado de la habitación—. Sentirás... mareos, presión y fatiga. Tienes... que dejar que tu cuerpo se acostumbre a ti de nuevo. Piensa que ha pasado de estar vacío a estar ocupado... otra vez.

Ted giró la cabeza hacia ella, quería saber quién era la dueña de aquella voz. Una voz que a sus oídos era firme, pausada, dominadora, pero indudablemente hermosa.

Al hacerlo se encontró con alguien ya conocido, con una mujer que tan solo había visto una vez, pero que pudo reconocer perfectamente. Una mujer que desprendía poder, fuerza... cautivaba. Era ella, sin duda alguna, la mujer de lentes tintados y de sonrisa serena, la misma que había perturbado su mente el día anterior en casa del señor Codge, cuando había tocado la pluma de la lechuza.

Corroborando aún más sus sospechas Ted vio, posada sobre el hombro de la mujer, la misma ave que había arremetido contra él y contra el señor Codge.

—Tú... —murmuró el hombre, sintiendo un escalofrío.

Ted no había salido de su asombro cuando, de repente, se escucharon unas espeluznantes risotadas que retronaban en la habitación. Comenzó a mirar a su alrededor y empezó a sentir temor; todo cuanto le rodeaba era lóbrego e irreconocible. Distinguió cuatro oscuras mujeres erguidas delante de él, que

reían con ecos. ¡Estaba rodeado de brujas! Un escalofrío recorrió su cuerpo dando paso a un temblor incontrolable. A pesar del pavor que sentía observó detenidamente a las brujas; si la primera le pareció aterradora, la segunda lo fue más y así sucesivamente hasta llegar a Vinexa, a quien reconoció al instante.

—¿Dónde estamos, señor Codge? —cuestionó confuso.

Pese a que la niebla empezaba a disiparse en su cabeza, aún no conseguía recordar con claridad todo cuanto había sucedido. Aún así, tuvo la impresión de que habían sucedido demasiadas cosas en su ausencia.

—Es lar-lar largo de explicar —respondió Todd y suspiró profundamente.

Una de las brujas se acercó a ellos. Ted hizo amago de apartarse, pero su cuerpo no le dejaba reaccionar por completo, sus movimientos eran lentos y sus músculos estaban agarrotados.

—Toma. Te sentará bien —le dijo Vinexa agachándose ante él, al tiempo que le ofrecía una taza que contenía un extraño líquido de color rojizo.

—¿Qué es? —preguntó el profesor, mirando con desconfianza a la joven bruja y a la taza que le ofrecía.

—Infusión de corteza de sauce diluida con jugo de mandrágora —respondió ella—. Te ayudará a aliviar las migrañas y el malestar. Y te desadormecerá tu cuerpo, petrificado hasta el momento.

Pero su aclaración no dejó satisfecho a Ted y, aunque cogió la taza, observó el contenido con desconfianza, oliéndolo con precaución.

—¡Verrugas! Ni que fuera un suero de la muerte errante. ¡Acabamos de salvarle de algo peor! —exclamó Vinexa, airada.

Todd asintió mirando a su compañero y este, solo entonces, se decidió a beberlo. El sabor de la infusión no era tan malo como Ted esperaba y le hizo entrar en calor rápidamente. Poco a poco fue notando cómo su entumecido cuerpo obedecía las órdenes de su mente, reaccionando a sus pensamientos y órdenes. Comenzó por mover los dedos, todas y cada una de sus articulaciones, después las muñecas, después los brazos y, por fin, con la ayuda del señor Codge, consiguió levantarse, aunque para ello tuvo que realizar un gran esfuerzo. Entonces, la mano de Evan se posó sobre su hombro, un gesto que a Ted le hizo dar un brinco.

—¿Tú? —preguntó desconfiado, al verlo tras él.

—Yo —afirmó el joven caeliense, con una amplia sonrisa.

—Pero... —intentó decir, mirando al señor Codge, quien le respondió con otra sonrisa, esta más sincera y tranquilizadora.

—Siéntese —dijo Evan, ofreciéndole una vieja silla de madera. El profesor, pese a estar desconcertado, le obedeció y se sentó.

¿Qué había sucedido? Sus recuerdos, borrosos e imprecisos, se habían detenido en un oscuro y tenso momento. Recordaba haber visto al viejo Rivrim tendido en el suelo y también unos ojos negros que llevaban al abismo cuando los observabas. Después de eso, todo se tornaba confuso. Tenía claras y contundentes imágenes en su mente, pero le costaba hilvanar sus recuerdos de forma coherente pues creía que no tenían nada que ver entre sí.

¿Dónde estaban? ¿Qué hacía Evan ahí? Y... ¿qué hacía Todd junto a Evan? La animadversión que sentían era mutua y los sentimientos que los enfrentaban no podían diluirse de la noche a la mañana. ¿Quiénes eran todas esas mujeres? Creía, casi a ciencia cierta, que eran brujas; pero... ¿qué hacían él y el señor Codge rodeados de brujas?

Ted no entendía nada. Era normal ya que habían pasado demasiadas cosas que esperaba que el señor Codge le aclarara más adelante, cuando los dos pudieran hablar con tranquilidad. Por el momento, lo primordial era que Ted fuera recuperando las fuerzas, que volviera a ser el de siempre. Ya habría tiempo para explicaciones.

Ensimismado en sus pensamientos, el profesor sintió un escalofrío, una sensación extraña se apoderó de él y fue consciente de que alguien le observaba. Levantó la cabeza y se topó con la mirada de aquella extraña mujer, la bruja de los lentes negros, Madame Ming. Esta se acercó a él con pasos majestuosos y le tendió la mano. Ted, que en su subconsciente sabía que debía atender su llamada, cedió sin oponer resistencia alguna y se levantó rápidamente. Se sentía ligero, ágil, liviano y, lo más importante... vivo.

Ella le sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

—¡Vosotras! —dijo, dirigiéndose a sus subalternas y señalando hacia el lugar donde se había realizado el ritual— ¡Limpiad... todo... esto! —ordenó — Y usted... acompañeme —le indicó a Ted, con voz seductora.

Madame Ming se giró, se dirigió a las escaleras que estaban situadas tras el profesor, e inició lentamente su ascensión. Con la espalda erguida, dejaba que los bajos de su falda se deslizaran en cada escalón.

Ted era consciente de que el poder de la bruja le arrastraba y le removía las entrañas. Era consciente, también, de que ese poder irrefrenable le hacía sentir la necesidad de seguirla. Sin embargo, más allá de aquella atracción carnal y lasciva que la bruja provocaba en él, el profesor veía en ella algo aún más poderoso: el conocimiento. Tras aquellos cristales tintados se escondía toda la

verdad. Ella podía responder a todas las preguntas que atesoraba en su mente desde hacía tantos días. Preguntas que necesitaban respuesta.

Así que la siguió hasta las escaleras, la miró con decisión y subió tras ella.

Llegaron hasta el piso superior, donde Ted observó varias puertas abiertas que daban a habitaciones oscuras, mal iluminadas, en las que apenas se percibían pequeños puntos de luz. Pero no se detuvieron ahí, siguieron ascendiendo hasta el lugar más alto de la morada, hasta la enigmática torre. La escalera se iba estrechando a medida que ascendían, tornándose inclinada e inestable. Al llegar al último peldaño se encontraron con una puerta de madera; su estado de conservación era pésimo y, aunque estaba completamente invadida por la carcoma, se podían apreciar los estragos de un sinfín de golpes y arañazos que cubrían toda la superficie. Madame Ming abrió la puerta y traspasó el umbral adentrándose en la oscuridad de la habitación. Ted hizo un amago de seguir sus pasos, pero la imagen que vio le obligó a detenerse.

Abrió los ojos de par en par, asombrado y un tanto atemorizado, pues el cuarto al que tenía que entrar estaba plagado de lechuzas. Era imposible calcular cuántas había, pero eran muchísimas y estaban por todas partes; poblaban los escasos muebles de la habitación, reposaban en las barras de las cortinas y se agazapaban debajo de la cama. Cualquier rincón y recoveco útil para hacer un nido era utilizado por estas aves, y las vigas del techo parecían el lugar más apropiado para tal fin. Curiosamente, el plumaje blanco de las lechuzas daba una pincelada de luz en aquella oscura habitación de paredes circulares y del color del vino.

El profesor asomó la cabeza y, poco a poco, fue introduciendo todo el cuerpo, con pasos sigilosos y cautos. Miraba a su alrededor sin perder detalle, pues se sentía acechado y recelaba de aquellos animales que tenían sus amarillentas miradas clavadas en él.

—No van a hacerle nada...

—Es un consuelo saberlo —dijo Ted tragando saliva. Lo cierto es que no tenía la sensación de que no fueran a hacerle nada. Es más, los animales parecían estar preparados para abalanzarse sobre él en cualquier momento.

—...si yo no se los ordeno —concluyó la bruja y sonrió presuntuosa.

—Ahhh... —aquella última frase no le había tranquilizado lo más mínimo.

El profesor comenzó a observar la habitación; su estructura era circular y, pese a no ser de gran tamaño, parecía contener todo cuanto era necesario en un dormitorio; lo primero que llamó su atención fue una gran cama vestida de

terciopelo color rojo sangre, al lado derecho y casi pegada al cabezal negro había una mesa de color oscuro y de aspecto tétrico, llena de velas, todas ellas apagadas y a medio consumir; acompañaba a las velas un objeto que llamó poderosamente la atención de Ted y, aunque no sabría decir por qué, lo estuvo observando durante unos segundos; tal vez se debía a que estaba tapado por un paño que ocultaba su naturaleza, aunque permitía intuir su forma cilíndrica.

A la izquierda de la cama, y pegado a la pared, se había creado un rincón de descanso con dos sillones y con una pequeña mesa redonda. Al lado de esta, lo que parecía un altar y que consistía en una tabla de madera sostenida por cuatro largas patas de metal. Encima descansaban dos pentagramas, simples y libres de notas.

La habitación estaba iluminada por tres pequeñas ventanas abiertas de par en par, por donde entraba una suave brisa que hacía bailar las cortinas. Ted se asomó a una de las ellas y quedó maravillado por las increíbles vistas que desde allí se podían contemplar. Lo que primero captó su atención fue un vasto manto de floresta, tan frondoso que parecía no terminar nunca. Muy lejos, al final de la superficie verdosa, pudo vislumbrar unas montañas que nacían en la lejanía. “¡Estamos en Grimbill! —pensó— ¡Y esa es, sin duda alguna, la cordillera de Dalba!”. Estaba finalizando el día y el sol se escondía en el bosque, tiñendo el cielo de liliáceos y anaranjados tonos.

—Puede sentirse importante —le dijo la bruja.

—¿Importante? ¿Por qué?

—Pocos hombres han subido hasta aquí —sonrió bajo el filo de su sombrero picudo—. Y... los que lo han hecho han salido sin vida... o sin piernas.

—¿Y a mí? ¿Cuál de las dos opciones me tiene reservada? —preguntó atemorizado.

—Depende... de lo atrayente que sea esta, nuestra tan esperada conversación —objetó “Alas plateadas” y dejó que aflorara a sus carnosos labios su sonrisa más arrebatadora—. En base a ella determinaré su... ahora dudoso... destino.

Tímidamente, el profesor agachó la cabeza. Lo cierto es que ante la bruja se sentía desarmado, impotente y, para su sorpresa, Madame Ming le hacía sentir de todo menos miedo. Al mirarla no sentía el horror y la incertidumbre que sentía al mirar a las demás brujas. Por ella sentía respeto, curiosidad y, sobre todo, un deseo carnal irrefrenable. Sin embargo, aquellos lascivos pensamientos se vieron truncados por el aleteo inesperado de Utwegul, el

malhumorado búho que siempre acompañaba a la matriarca de Owlhat. El ave abandonó el hombro de su dueña y ascendió hacia las vigas del techo, posándose justo sobre la cabeza de Ted.

Madame Ming se sentó en uno de los dos sillones que había en la habitación e invitó al profesor a sentarse en el otro. Ted aceptó la invitación de la bruja y se acomodó en el otro sillón observándola retraído.

—¿Le apetece? —ofreció Madame Ming.

Su mano señalaba una bandeja que contenía una tetera de porcelana negra y dos tazas vacías.

—¿Qué es? —preguntó el hombre, precavido.

—Grumiem.

—Ohhh... por supuesto —dijo agradecido. Se le curvó la comisura de los labios—. Es una maravilla que he descubierto relativamente hace poco y que amo con locura.

—Lo sé, por eso lo tenía preparado —contestó la bruja, sonriendo.

Sin borrar su sonrisa del rostro, llenó ambas tazas con la infusión. Primero la de Ted y después la suya.

—¿Lo sabe?

Arqueó las cejas con aire interrogativo.

—Sí... profesor. Yo lo... sé... todo —respondió ella, mirándole por sobre el filo de la taza.

Se hizo el silencio entre ambos y la distancia que los separaba no tardó en colmarse de tensión. Se miraron durante largos minutos, estudiándose mutuamente.

—Tengo algo para usted, profesor —dijo de pronto la bruja, con una sugestiva entonación.

Bajó la mano y rebuscó entre sus faldas.

—¿Para mí? —preguntó él, asombrado.

—Sí, para usted.

Alzó la mano que mantenía cerrada y la acercó hacia Ted, este la miró, aunque no llegaba a comprender qué quería decir la bruja con ese gesto. De pronto se oyó un chasquido que procedía del interior de la mano. A Ted le pareció el castañetazo de un objeto metálico. Ella abrió los dedos dejando caer algo redondo y metálico que pendía de una cadena plateada y se balanceaba de un lado a otro lentamente.

—¿Un reloj? —pensó en voz alta el profesor.

Efectivamente, era un reloj de bolsillo de pequeño tamaño y de forma

circular. Su metálico cuerpo, bañado en plata, resplandecía ante los ojos de Ted que, estupefacto, no podía borrar la desconcertante expresión que se había esbozado en su rostro.

—Sí profesor, un reloj.

—¿Está intentando decirme algo, Madame? —preguntó Ted, sintiéndose confuso— Porque lo cierto, y sin ánimo de ofender ni de menospreciar su obsequio, es que ya tengo uno.

—En ese caso... —dijo la bruja, mientras alejaba lentamente su mano de Ted, y por consiguiente el presente que le había ofrecido.

—No obstante —dijo Ted. Sus manos, que hasta el momento se habían mantenido laxas sobre sus rodillas, se abalanzaron rápidamente a agarrar el reloj antes de que la bruja lo guardara de nuevo—, no es propio de un caballero como yo rechazar una ofrenda de una dama como usted. Además... el mío es menos... —añadió mientras rebuscaba en su mente unas palabras con las que elogiar el obsequio de la bruja— deslumbrante y hermoso.

Madame Ming sonrió mientras soltaba el reloj que ahora Ted sostenía entre sus huesudos dedos, y rápidamente se apresuró a decir:

—Dígame, profesor. ¿Es la primera vez que está usted aquí? ¿La primera vez que escucha estas palabras?

Apoyó el mentón en el dorso de su mano y permaneció expectante por la respuesta que Ted le pudiera dar.

El la miró extrañado, se sentía confuso. “¿Qué clase de pregunta era esa?”. Por supuesto que era la primera vez que estaba en aquella habitación y por supuesto, también, que había sido la primera vez que había oído aquellas palabras. Ted tragó saliva mientras su acompañante lo miraba atentamente, esperando impaciente su respuesta.

—Pu-pu pues sí, efectivamente, es la primera vez que he estado aquí —contestó el profesor, quien no tenía muy claro si la persona que tenía delante se estaba burlando de él o si todo aquel nudo de palabrería era fruto de la insana locura que residía en la perturbada mente de la bruja.

—Entonces... este no es más... que el comienzo —respondió Madame Ming con su usual lentitud.

Ted volvió a mirarla confuso, atisbando en el rostro de la bruja una clara expresión de decepción.

—Bueno... dejémonos de convencionalismos y dígame... ¿qué quiere saber? —preguntó la bruja.

—Nada —mintió el profesor mientras guardaba en uno de sus bolsillos el

presente de la matriarca de Owlhat.

De repente, algo cayó sobre el hombro de Ted; en un primer momento se sobresaltó, pero no tardó mucho en intuir de qué se trataba y giró la cabeza lentamente a fin de corroborar sus sospechas. “¡Qué asco!”, pensó y miró alto en la habitación donde, sobre una de las tantas vigas que constituían el techo, el blanquecino Utwegul parecía regocijarse de su acción.

—¡Mentira! —exclamó Madame Ming, casi al mismo tiempo que el excremento caía sobre la americana de Ted— Una persona tan curiosa y perspicaz como usted, siempre quiere saber más. La ignorancia es para los mediocres.

No podía dejar pasar aquella oportunidad. Ted tenía que terminar al fin con la incertidumbre.

—Lo cierto es que sí tengo preguntas que hacerle... demasiadas. ¿Puedo? —dijo, armándose de valor.

—Por supuesto. Que vaya a contestarlas o no... es otra cuestión —repuso ella, evasiva.

Permanecieron unos segundos mirándose en un absoluto silencio, perturbado únicamente por los graznidos y aleteos de las aves. Ambos sabían que en escasos segundos daría comienzo un interesante diálogo, plagado de preguntas en busca de una respuesta desesperada, así que se acomodaron en sus sillones, dieron un sorbo a sus tazas de Grumiem y se miraron el uno al otro con provocación.

—Hizo una mala elección escogiéndole a él como cómplice —la acusó el profesor Legentrell.

Ella alzó una ceja.

—No es mi cómplice.

—Pues como marioneta o... bufón.

Madame Ming rió traviesa. Ambos lo hicieron. Ted no tuvo que explicarle de quién hablaba; parecía que los dos sabían perfectamente a quién se estaban refiriendo.

—¿Qué tiene que ver el señor Emerion en todo esto? —insistió.

—Nada y mucho —contestó tras una larga pausa.

—Mucho y nada.

Ambos forzaron una insolente sonrisa.

—¿Cómo sabe usted que él tiene algo que ver en todo esto? —preguntó intrigada.

—Aparte de que me lo acaba de confirmar usted... —dijo, sorbiendo la

infusión—, he seguido sus pasos y he escudriñado cada uno de sus actos. He escuchado sus discursos con atención, aunque estos estuvieran siempre disfrazados de cinismo. He observado sus expresiones y sus miradas, sus palabras, y por contra... también sus silencios —explicó el profesor, misterioso. Había adoptado un tono teatral y cautivador—. Sin embargo, incluso antes de todas mis investigaciones y sospechas, ya me había percatado de que ese hombre está colmado de secretos.

—¿Acaso... no todos los tenemos?

—No todos —objetó Ted secamente. Y, antes de perder el hilo de su discurso, prosiguió apresurado—. Pero no fueron sus secretos lo que me hizo darme cuenta de que Emerion es un farsante. Fueron sus omisiones.

Ella ladeó la cabeza, cada vez más asombrada.

—Descuido tras descuido, Emerion fue revelándose a sí mismo como un simple títere. Uno que obraba bajo los hilos de alguien más inteligente que él. Y... ¡no crea que hicieron falta demasiados despistes! —exclamó escénicamente, con una desenvoltura impropia en él— Lo dejó claro desde el momento en que nos reunimos por primera vez y me habló de John.

La bruja no hizo ningún comentario, apretó los labios y esperó a que Ted prosiguiera con su explicación.

—Si Emerion realmente hubiera conocido algo de John, habría sabido que el caso de “La Cesozá” fue la peor de sus misiones. No hubo una cura para tan devastadora pandemia, la solución fue el aislamiento de los enfermos y John, muy a su pesar, tuvo que tomar la difícil elección de condenar a unos pocos para garantizar el bienestar del resto. Pese a ser un gran hombre, John empequeñeció después del suceso, tanto que pensé que llegaría a desaparecer —dijo con la mirada perdida. Sacudió la cabeza y prosiguió—. Así que no tenía sentido que el señor Simgrell nombrara el caso de Vempufer como un dato destacable para honrar a mi amigo en mi presencia. Que por cierto, se dice Vempufer, no Vemfuper —dijo arqueando la ceja, con un tono triunfal—. Mal guión, peor actor.

Madame Ming, pese a no aparentarlo, estaba sorprendida; y aunque no lo dijera, empezaba a sentir admiración por todo cuanto conocía hasta el momento del profesor, por todo cuanto sus palabras le decían y sus silencios callaban.

—Pero... eso es lo que sucede cuando mandas a un peón a hacer el trabajo de un rey —apostilló Ted.

—En este tablero no hay reyes, profesor —su tono se tornó arisco, como si

todo la admiración que sentía hasta el momento se hubiera desvanecido en escasos segundos—. Solo hay reinas.

—Eso lo tengo absolutamente claro —contestó mirándola fascinado—. Lo tuve claro desde el principio, y le diré algo más: ahora lo veo más claro que nunca. Usted es la maestra tras todos ellos. Detrás de este juego de sombras.

Madame Ming sonrió y cogió la taza que reposaba en la mesa circular situada entre ambos sillones, dio un sorbo y volvió a depositarla en el mismo lugar. Ted observó que dentro de la taza de la bruja había una pluma blanca que curiosamente se movía incansable en sentido circular removiendo el contenido.

—Tus dos títeres funcionaban bien por separado, pero al encontrarse el uno con el otro, colisionaron.

—Funesto —apuntó “Alas plateadas” tajante y con expresión de total repulsa.

—Desastroso, sí —dijo Ted. Ambos parecían estar sobreactuando, como si aquella conversación fuera más un juego dialéctico que un simple parloteo entre dos desconocidos. Un tira y afloja—. Posiblemente Simgrell no estaba advertido de la llegada de Evan, ya que el señor de Cliffdaviil no nos había mandado a por vosotras, sino a por ellas.

Las cejas de la bruja se alzaron, esbozando en su rostro una expresión de sorpresa. Las intuiciones de Ted le estaban asombrando desmesuradamente.

—Al ver que no íbamos en la dirección correcta, o al menos no en la que ansiaba Emerion, pero sí en la dirección adecuada para encontrar vuestra ubicación, decidisteis enviar a Evan para distraernos: si él no hubiera aparecido hubiéramos dado con vuestro paradero.

—Y habríais encontrado una muerte segura —pronosticó la bruja con soberbia.

—Probablemente —afirmó él—. Pero no era vuestro paradero lo que el señor Emerion Simgrell quería que encontráramos, sino el de ellas.

Madame Ming no contestó, se limitó a recolocarse el sombrero y a tomar un sorbo más de su infusión.

—Es más, puedo decir ahora con total seguridad que no entraba en vuestros planes que Emerion Simgrell nos enviara en busca de vuestras enemigas, si no no habríais tenido necesidad de hacer entrar en el juego al joven caeliense. ¿Me equivoco?

—No, lo cierto es que no —contestó “Alas plateadas”, pese a que le doliera tener que admitirlo.

—Pero... ¿por qué? —preguntó en voz alta el profesor llevándose los dedos al bigote y retorciendo mecánicamente sus puntas. Hizo una pausa bastante teatral y continuó— ¿Acaso pensó Emerion Simgrell, el honorable y bondadoso alcalde del pueblo, que al dar con el paradero de las brujas enemigas mataría dos pájaros de un tiro? Posiblemente sus intenciones fueran buenas, no lo dudo. Pero... ¿por qué habría él de exponer a sus hombres para haceros a vosotras el trabajo sucio? Un acto heroico que, sin duda alguna, beneficiaría a dos bandos; al vuestro y al de los pobres habitantes de Cliffdavid. Pero... ¿por qué? ¿Qué se mueve en aquella retorcida mente? ¿Acaso busca él en vosotras algún tipo de reconocimiento? ¿Algún tipo de... afecto?—cuestionó Ted haciendo especial énfasis en aquella última palabra.

La idea de que el alcalde de Cliffdavid estuviera manteniendo una relación íntima y secreta con la matriarca de las brujas de Owlhat o con alguna de sus subalternas era una posibilidad que Ted ya se había cuestionado anteriormente y que justificaría muchos de los actos que el señor Emerion habría podido llegar a realizar en pro del amor. No obstante, al tener a Madame Ming frente a él, esa hipótesis se le antojaba hartamente descabellada. Observándola, se podía intuir fácilmente que la bruja no tenía ningún interés sentimental por satisfacer y que los pocos intereses que pudiera proporcionarle un humano iban a ser solo para su codicia y lucro propio.

Ted volvió a acomodarse en el sillón y esperó expectante la contestación de Madame Ming. Pero, pese a que quería encontrar una respuesta parecía que la bruja, por el contrario, no tenía intención de dársela. Se limitó a dar un sorbo más a su bebida y a cruzarse elegantemente de piernas.

—Preguntas, preguntas y preguntas. ¡Qué fastidio! —exclamó el profesor, teatralmente— Lo cierto es que soy un hombre de respuestas.

Suspiró sonoramente.

—¿Qué le ha llevado a pensar que había dos hermandades o bandos, llámelo como quiera, de brujas?

— “A ojos y a abismos, y a los huesos que quedan después de la putrefacción. A mortal veneno, no a labios... ni a pelo” —citó Ted—. ¿A usted qué le sugiere?

Madame Ming arqueó una ceja y siguió escuchando a Ted atentamente, no sin cierta fascinación.

—Estaba claro que con la primera parte de aquel enrevesado galimatías de palabras, el señor del pueblo estaba describiendo a la perfección el estado en que las víctimas fueron halladas; envenenadas e inertes... putrefactas.

Seguramente, y después de las vivencias que yo mismo he experimentado “en mis propias carnes”, puedo determinar que la hermandad de brujas culpable de aquellos espeluznantes crímenes debe de tener alguna cualidad o algún “poder”... —dijo el profesor con cierta disconformidad hacia la última de las palabras que había usado, y prosiguió— para dejar a sus víctimas cual pellejo reseco por el sol, con tan solo mirarlas, algo que todavía no entiendo pero que espero conocer mejor en un futuro no muy lejano.

—Prosiga —ordenó Madame Ming, segundos después de ahogar una débil risotada.

—La segunda parte de la oración no era tan evidente. No la entendí y debo admitir, muy a mi pesar, que sigo sin entenderla hasta hoy en día. ¿A qué se refieren con “no a labios... ni a pelo”? ¿Acaso los labios de algunas de las brujas que constituyen vuestra hermandad están llenos de vello? ¡No! ¡Eso sería asqueroso! —exclamó Ted con repulsión, tras mirar con deseo los labios de la matriarca de Owlhat. Ella se ruborizó durante unos breves segundos— ¿Acaso, el simple hecho de tocar los labios de alguna de ustedes hace convertir a vuestras víctimas en ovillos de lana? —preguntó irónico— ¡Espero que tampoco!

“Alas plateadas” soltó una risilla inocente.

—Si tuviera más información de vuestra hermandad y de los hábitos o características que os constituyen posiblemente ya habría resuelto la segunda parte del enigma; pero lo cierto es que no dispongo de nada... —dijo con una mueca de fastidio— por ahora.

—Lo cierto es que no va tan mal encaminado, profesor —respondió ella después de tomar un sorbo más de su taza de Grum. Cuando volvió a hablar, su voz adquirió un tono místico y enigmático—. Nuestra hermandad vive bajo la sombra de un mal mayor. Un mal antiguo y oscuro. Una maldición.

Legentrell se inclinó en el asiento, expectante.

—Es posible que nuestra debilidad y nuestro... libertinaje, hayan podido causar problemas en la zona —rió traviesa—. Pero nada comparado, como usted muy bien ha descrito, con las muertes ocasionadas por nuestras rivales.

Ted esperaba que Madame Ming le contara algo más acerca de la maldición que pesaba sobre las brujas que habitaban bajo el techo de aquella oscura morada, pero como ella permanecía callada y parecía que no le iba a dar más explicaciones, decidió proseguir con su discurso.

—Bueno, en definitiva, en aquel momento me dio la impresión de que el señor Simgrell y Evan estaban intentando diferenciar dos partes de una. El

primero de ellos quería que el joven caeliense tuviera muy claro de qué bando estaba; del vuestro —y selló sus palabras con una amplia sonrisa.

—Su mente se amolda con rapidez a su cuerpo, profesor —dijo Madame Ming atenta, felicitándole por su intuición—. Interesante y sorprendente.

—Tanto Evan como Emerion intentaron ser cautos y disimulados, pensando que el señor Codge era torpe e ingenuo. Pero lo cierto es que ellos fueron más torpes e ingenuos que él —Ted se detuvo y respiró hondo—. La conversación que tuvieron sus dos títeres cuando se reunieron me sirvió para deducir bastantes cosas.

—Expóngamelas.

—La primera es que ambos compartían un objetivo común. Sus caminos se habían cruzado y, pese a que no caminaban juntos, lo hacían en la misma dirección. En vuestra dirección.

—Enternecedor —manifestó con tono burlón la bruja, al tiempo que con la mano le hacía un gesto a Ted para que continuara hablando.

—La segunda es que el señor Emerion Simgrell no solo tiene algo que ver con vosotras, si no que es alguien importante para vosotras —y a continuación, empleando un tono más contundente, dijo—: Si no fuera así... no tendría sentido que él estuviera escoltado por una de vuestras brujas.

Madame Ming no contestó, pero arrugó los labios, lo que sin duda fue un gesto que la delataba.

—Sí, aquella de ganchuda nariz y de lento andar. Aquella de extraño comportamiento a la cual le cuesta ocultar su verdadera y loca naturaleza. La misma que robó la cabeza de su igual y se la entregó a Evan. ¿Cómo se llamaba...? —hizo la perfecta interpretación de no recordar su nombre, incluso de no recordarla con exactitud, cuando lo que realmente quería era dejar bien claro que sus sospechas eran ciertas y que no se había equivocado sospechando de Emerion y Evan— ¿Memi?

—Memisa para usted —corrigió Madame Ming, ratificando de ese modo las palabras del hombre.

El profesor compuso un gesto de disculpa.

—Continúe —apremió ella.

—La tercera, y como ya le he dicho, es que a raíz de esa conversación pude darme cuenta de que había dos grupos bien diferenciados de brujas y que ambos tenían mucho que ver en los trágicos acontecimientos que ocurrían en el pueblo. Ellas y vosotras.

Madame Ming asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Que por cierto... ¿quiénes son ellas? ¿Me lo puede decir o tal vez es preguntar demasiado?

—Son unas viejas amigas —contestó Madame Ming, sin demostrar demasiado interés por revelarle más detalles.

—¿Entonces, la bruja que me encerró en aquel lugar era una de sus viejas amigas?

—Sí —afirmó tajante.

A Ted se le ocurrieron muchas preguntas al instante, en cuestión de segundos, todas relacionadas con los lazos de unión de ambas hermandades, o las razones que las habían llevado a enemistarse. Con toda seguridad, dichas preguntas le habrían ayudado a esclarecer más enigmas... pero, por el bien de la conversación, intentó no dejarse llevar por la curiosidad y no embarcarse en ningún tipo de digresión y continuó con el hilo central del diálogo.

—Por la forma y el estado en que vi morir al señor Rivrim, y por las vivencias que yo mismo he experimentado, ya puedo corroborar, tal y como le he dicho, que son ellas las causantes de toda la oleada de voraces crímenes que ha atestado al pueblo de Cliffdaviil. Entonces, si es así, tanto usted como toda su hermandad quedarían al margen del asunto... —permaneció unos segundos pensativo, y añadió— A no ser, claro está, que algo las una... posiblemente lo mismo que las separa, pues usted misma ha utilizado la palabra “rivales” refiriéndose a ellas.

Madame Ming no contestó.

—El haberme salvado a mí, cuando ellas querían matarme, os convierte en las brujas buenas y a ellas en las malas. A lo mejor, y digo a lo mejor porque desconozco el desarrollo de los acontecimientos, el señor Simgrell os encubre a vosotras porque también piensa que sois las brujas buenas.

Ted sonrió ampliamente, sin saber qué le estaba proporcionando mayor regocijo; el hecho de haber acertado en todas y cada uno de sus sospechas o la estupefacta expresión que se había adueñado del rostro de la bruja.

—No hay brujas buenas, ni tampoco brujas malas —objetó. Se cruzó de piernas y barrió el polvoriento suelo con la falda—. Las brujas somos, sin más.

Hizo una pausa para humedecerse los labios; en ese momento Ted se percató de que la habitación se iba oscureciendo poco a poco a sus espaldas. Por el grado de luz que se filtraba por la ventana, calculó que debería de ser las siete o las ocho de la tarde. El anaranjado lienzo que cubría el cielo se había ensombrecido con un púrpura bien intenso que no tardaría en apagarse por

completo.

—Somos interesadas y egoístas. Independientes, autosuficientes y retorcidas. Nos seducen el capricho, la pasión y las mentiras. Somos lágrimas fallidas. Disfrutamos con el placer y la diversión. Inmortales, pues tenemos el don de prolongar nuestras vidas. Somos ambiciosas, inquietas y arpías. Misteriosas. Místicas.

El profesor tragó saliva, sintiendo cómo el latido de su corazón se aceleraba un poco. Las palabras de la matriarca de Owlhat volvieron a hacerle recordar a quién tenía delante, a una bruja, y que por muy interesante y atrayente que esa conversación estuviera resultando, o por muy intensos y embaucadores que fueran los sentimientos que le hacía sentir, no debía olvidarse de ello.



DEBILIDAD POR LOS MORTALES

Cuatro oscuras siluetas emergieron de un manto de niebla, caminando por un viejo y deteriorado puente de piedra maciza que conducía a una isla abandonada.

El lugar producía escalofríos. Erizaba el vello con solo mirarlo. Los pocos árboles que se alzaban al borde de las escarpaduras estaban embalados con telarañas espesas y parecían enormes bolas de algodón de azúcar, sedosos y algodónados. El aire que allí se respiraba era tóxico y nauseabundo, y la tierra que la sostenía era árida y pedregosa. El gris, el marrón y el negro se confabulaban y se mezclaban entre sí para ensombrecer aquel siniestro paisaje.

No había vida en ese lugar.

No aparentemente.

La isla de Tandeor, al norte de Angra, había sido el antiguo bastión del rey Carise, antecesor de la actual reina de Sirbala. Niebla y ruinas era cuanto quedaba de las antiguas fortificaciones reales. Pese a que en tiempos remotos aquel fue un lugar importante en el que acontecieron grandes sucesos y se libraron batallas aún más grandes, ahora no era más que un insignificante y desolador islote de tierra incrustado en el mar.

Los hombres de los acantilados, temerosos y precavidos, evitaban el lugar, lo rehuían. Miraban hacia las ruinas y hacia la niebla gris desde las tierras seguras de Damare y Dibras o desde las costas cobrizas de Llemec, sabiendo, con miedo y rencor, que en aquel paraje, en sus cuevas, en sus entrañas, habitaba la oscuridad de un mal superior. Un mal aún sin nombre. Y aunque no sabían con total certeza qué habitaba aquellas desoladas tierras, intuitivamente culpaban a aquel extraño mal, señalándolo con sus temblorosos dedos y acusándole de ser el responsable de los últimos sucesos aún sin resolver.

Incidentes que azotaban aquellas buenas tierras; muertes y desapariciones. Gritos espeluznantes y lamentos de horror en plena noche.

Muchos combatientes del norte, guerreros y soldados de Damare y Dibras, habían sido enviados a la isla de Tandeor por orden de sus patronos y líderes. Los habían enviado con la misión de investigar y descubrir qué ocurría en aquella oscura isla, pero misteriosa y lamentablemente... ninguno de ellos había vuelto de allí con vida.

Las siniestras figuras no eran otras que las brujas que habían arremetido contra Ted y Todd horas atrás, impidiendo la marcha del profesor Legentrell y causándole daños casi irreparables. Las mismas que habían acabado con la vida del viejo Rivrim, las mismas que se habían enfrentado a Evan, Vinexa y después a sus acompañantes.

Avanzaron por los yermos páramos, entre armas olvidadas y esparcidas por el suelo; escudos quebrados, espadas fragmentadas y lanzas partidas. Iban a buen paso, como si temieran llegar tarde o se hubieran demorado más de lo permitido. Llegaron con rapidez a un lugar situado en el centro del islote, bajo la sombra de unos arbustos resecos y retorcidos, entre los restos de una antigua fortaleza. Ahí había una puerta desvencijada que daba acceso a las entrañas de la isla, hundiéndose en las rocas.

Era una angosta grieta, tan solo un hoyo en la tierra, pero que daba paso a un abismal descenso que conducía a su cuartel general por un túnel húmedo y sucio que apestaba, entre muchas otras cosas, a restos de pescado en descomposición.

Se adentraron en la profundidad de la tierra, poblada de huesos, sinuosas raíces que se hundían y sobresalían de las paredes como serpientes y sobre todo de telas de araña. El lugar parecía el reino de los arácnidos, ya que miles de ellos deambulaban a su antojo por las rocosas paredes y por las serpenteantes escaleras talladas en la roca viva. Por todas partes. Si se guardaba silencio, hasta se podía escuchar el incesante correteo de los mismos por los interminables pasillos que conducían a la zona más profunda de la cueva, ahí donde era imposible que llegara algún tipo de luz.

Sus apresurados pasos las llevaron con rapidez hasta un portalón de piedra. Al aproximarse, el arco que perfilaba el pórtico se iluminó fulgurantemente; decenas de cirios se encendieron todos a la vez, desplazando a las tinieblas con su potente luz. El portal de entrada, que tan solo ellas conocían adónde llevaba, quedó completamente iluminado, desvelando sus formas tétricas y tenebrosas.

—¿Windbama...? —pronunció impaciente la bruja de blanquecina y eterna melena, como si esperase un hecho que ya debería haber sucedido.

Windbama, aquella cuya risa resultaba desquiciante y que poseía una blancura nívea, parecía algo distraída, entristecida más bien; probablemente debía estar pensando en su “cómplice” alado, Albus, a quien no había visto desde que se había enfrentado a Vinexa.

—¡Me exasperas! ¡Todas lo hacéis! —gruñó la líder del grupo, apartando con un golpe de codo a su compañera.

Se puso delante del portón, extendió el brazo y con la mano cogió una de las arañas que correteaba por el arco. Lo hizo con una rapidez sorprendente, con un movimiento propio de un felino. Observó con ojos perturbados cómo el pequeño arácnido se retorció de dolor entre sus flacos y pálidos dedos. De repente, en uno de sus rápidos y ágiles movimientos, se lo llevó a la boca y comenzó a masticarlo. Casi parecía estar disfrutando de aquella situación. El cuerpo del animal crujió en su paladar. Finalmente, cuando sus dientes y muelas habían cumplido su cometido, lo engulló.

Se escuchó un siseo en la roca. La fría piedra se resquebrajó como la cáscara de un huevo y el portón se abrió hacia el interior con un ruido arenoso.

El dominio de las brujas de Anarikax era una enorme cavidad, oscura, tenebrosa y húmeda. Tras bajar una pequeña escalinata se accedía a una gran sala mal iluminada que se veía ruinoso y destartalada. Sin duda alguna debía ser un espacio común a todas las brujas de la hermandad, ya que allí se encontraba todo cuanto era necesario para la convivencia de unas criaturas tan poco comunes. Los objetos eran variopintos; desde utensilios de cocina hasta hilos de coser, pasando por sillas amontonadas, cacerolas, botes llenos de ingredientes misteriosos, escobas... y un largo etcétera de objetos singulares. Sin embargo, a pesar del cúmulo innecesario de elementos que se hallaban desperdigados por doquier, la sala parecía espaciosa.

Mirando las paredes de roca que daban forma a la cavidad, se podía ver que estaban llenas de grabados, abarrotadas de runas y de pentagramas, algunos con pintura y otros muchos con lo que parecía ser sangre reseca. Desde allí partían un sinfín de galerías, unas más pequeñas que otras, pero todas de menor tamaño que la sala principal, aunque de una profundidad incalculable. Algunas estaban llenas de trastos apilados y desordenados; otras, de dimensiones más reducidas, parecían ser utilizadas como despensa, dado que en ellas se acumulaban múltiples tarros de cristal con lo que aparentaban ser especias e ingredientes diversos. Pero en muchas galerías la oscuridad, las

telas de araña y el polvo eran tales que hacían imposible adivinar su función.

Los pasadizos restantes estaban destinados, en su mayoría, a dormitorios de las brujas. Para acceder a ellos habían construido unas plataformas con tablas de madera que se veían inestables y endebles, y que daban la impresión de que en cualquier momento se podían venir abajo. No había dos dependencias iguales, en unas se veían mullidos colchones, en otras mantas sobre la fría piedra; pero algo habitual en casi todas ellas era ver un montón de cojines repartidos por el suelo. A modo de puerta, ya que carecían de ellas, y para preservar su intimidad, habían colocado cortinas de tela de colores apagados. A pesar del desorden y la mugre, parecía que las brujas tuvieran su peculiar sentido de la decoración, pues el lugar estaba macabramente adornado con tótems y monolitos hechos con huesos, metales o cualquier otro tipo de material que hubieran encontrado o robado a algún viajero o aldeano de los alrededores.

—¿Ya de vuelta? —preguntó una voz carrasposa que se hallaba oculta en uno de los habitáculos.

Dos tenebrosos luceros brillaron en la oscuridad.

—Habéis tardado poco... —comentó una segunda voz débil y envejecida.

—Demasiado poco —terció la bruja de voz carrasposa, dando paso a una risa espeluznante. El eco de sus carcajadas retronó por toda la caverna.

A esa risa se le sumó una más y después otra y otra. Con un poco de atención se podía llegar a distinguir cinco intensidades distintas, cinco carcajadas diferentes, todas ellas espantosas y temibles, que erizaban la piel de tan solo escucharlas.

—¡Callad! —gruñó la bruja de blanca melena, que no había participado en la carcajada.

Apretó los labios con rabia y cruzó la sala común. En su camino intentaba evitar cuantos obstáculos encontraba a su paso, adentrándose cada vez más en la oscuridad.

—Uhhh... no ha ido muy bien la cacería, me temo —intervino con sarcasmo una tercera voz, más chillona y penetrante que las dos primeras.

—Nada bien —se inmiscuyó una cuarta voz que sonaba lúgubre y apagada, y que parecía provenir del subsuelo.

—No... la verdad es que no —confesó Wendelyn malhumorada y se sentó en un viejo sillón que había en el centro de la cueva.

Delante de ella, y sobre una destrozada mesa de roble, se sentó Windbama, acompañándola y compartiendo con ella el mal trance que estaba pasando.

La bruja que las acompañaba, aquella que se escondía tras unos harapos, se alejó de ambas. Con rapidez, moviéndose serpenteante, trepó por la pared más próxima hasta perderse en la oscuridad y, tras ocultarse en una de las múltiples hendiduras de la cueva, dio a entender que prefería mantenerse al margen de la conversación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó curiosa la primera voz.

—La pregunta es... ¿qué le ha pasado en la mano a Wen?! —se interpuso la tercera voz, por su tono parecía muy alterada, casi al borde un ataque de nervios.

Entonces se oyeron burlas y risas que procedían de distintos lugares de la cueva. Se oían aquí y allá, pero retumbaban en la gruta como si estuvieran todas en el mismo lugar. Era difícil identificar a las propietarias de las mismas, ya que se mezclaban en un alboroto ensordecedor.

Wendelyn, malhumorada, alzó la cabeza observando hacia un lado y hacia otro. Estaba muy enojada y las burlas y chanzas de sus compañeras conseguían encolerizarla aún más.

—¡Ya basta! —gritó, observando apenada y entristecida el miembro calcinado que le faltaba. Parecía que en cualquier momento iba a echarse a llorar.

—Se han topado con ellas —reveló la segunda de aquellas voces; la bruja veterana, la de voz apagada, de tono suave y sosegado producto de la edad. Sin duda era una voz de una persona muy anciana.

—¿Sí? —preguntó con emoción una quinta voz. Una voz joven de tono infantil y dulce.

La conversación se vio interrumpida por un sonido chirriante, alguien había corrido una cortina en alguno de los múltiples pasadizos. No se veía nada en su interior, nada salvo dos pequeñas luces fosforescentes, inidentificables en un primer momento, pero que correspondían a los ojos del ser que habitaba en el cubículo. Eran dos esferas amarillentas y espeluznantes que encerraban el infierno en su luminiscencia.

—¡Mierda! ¿Por qué no habré ido? —se quejó la primera de aquella voces. Entonces se oyó un golpe, como si alguien hubiera tirado o golpeado algo.

—“La emperatriz del infierno”... —dijo una voz susurrante.

—¿Incema? —preguntó aquella de voz pueril. Lo preguntó disimulando cierta emoción.

—¿Incema?! —preguntó la tercera voz, esta vez aún más alterada y chillona que antes.

—¡Entonces, suerte que no fui! —rectificó en tono aliviado la primera voz.

—Primero te dejé calva y ahora te deja manca —comentó jocosa la tercera de las cinco voces, y a continuación todas estallaron en carcajadas riendo jubilosas—. Yo diría que quiere matarte.

—¡Queréis callaros! —bramó la bruja de blanquecina melena mientras se dirigía al final de la cueva.

—¡Cállate tú! —dijo tajante la cuarta de aquellas voces.

La bruja de albos cabellos se giró rápidamente, dirigiendo su mirada inquisidora hacia uno de las cavidades situadas a su derecha. Su gesto firme y tajante sirvió para que todas las voces se aplacaran, al menos durante unos segundos.

—Antrax, querida... relájate —dijo la primera, ahogando una risa.

Pero la bruja Antrax no estaba relajada lo más mínimo. Ni siquiera tenía razones para intentar estarlo.

Como segunda al mando, Antrax siempre acababa recibiendo los gritos y las reprimendas de su despiadada matriarca. Y sabía, por descontado, que aquel día no iba a ser diferente. Tenía que narrarle lo ocurrido a su superiora y sabía también que esta no se iba a tomar nada bien la derrota que habían recibido contra las brujas de la hermandad de Owlhat; sus enemigas.

Al fondo de aquel malsano y oscuro habitáculo, separado por una cortina de seda rota y ajada, se encontraba lo que parecía ser la única habitación del lugar. Antrax se encaminó hacia allí, dejando a sus compañeras atrás. Tras la cortina se alzaba una puerta de madera maciza, su marco se mimetizaba con la roca del lugar y se hacía difícil imaginar cómo y quién había conseguido hacerla llegar hasta allí. Dos grandes cirios con forma de arácnido, situados a ambos lados de la misma iluminaban aquel rincón de cueva.

La bruja abrió sigilosamente, pero titubeó antes de dar el primer paso y entrar.

La dueña de aquellos lúgubres aposentos no era otra que la temida Phoneutria. Conocida como “Reina de seda” u “Ojos del fin”, bruja que en un pasado había sido muchas cosas para Antrax; había sido su madre, su mentora y su salvación. Había sido sus ojos, su voz. La sangre Auterax les corría a ambas por las venas y esa había sido razón de peso para que Phoneutria la amparara años ha, en tiempos difíciles. Antrax, que en aquellos momentos era una bruja en ciernes, joven e ingenua, se había dejado engatusar por sus malas artes y su embaucadora persuasión.

Sin embargo, el tiempo y los inalterables actos que se consumen en él,

habían desgastado y moldeado aquella relación que ahora se ceñía a la lealtad y al respeto. A un renombre en común, un mismo veneno haciendo palpar sus corazones. A una cruel matriarca y su leal subalterna.

Antrax decidió, por fin, adentrarse en la oscuridad.

El lugar estaba prácticamente vacío. Un trono de piedra lo presidía al final de la estancia, cubierto de un manto de telarañas. Era una habitación amplia, muy amplia y sombría, de forma alargada y techo abovedado, de una profundidad difícil de calcular, pues semejaba un túnel, un pasadizo construido en la roca. Algunas antorchas encendidas, muy pocas en realidad, enmarcaban el camino y contribuían, con su tenue luz, a acrecentar la sensación de profundidad. La luz de las mismas quedaba velada por el denso manto de seda arácnida que cubría todo el lugar, y que ocultaba restos de cadáveres en descomposición, inundando el lugar de un hedor nauseabundo.

Sangre, carne y putrefacción. Había cuerpos, miraras donde miraras, pero solo algunos seguían vivos, si es que a eso se le podía llamar vida. El tintineo que producía el roce de los grilletes con la fría piedra era estremecedor. Gritos ahogados y débiles lamentos era todo cuanto aquellos pobres humanos podían emitir. Hombres y mujeres sin esperanza, mutilados y torturados hasta lo inimaginable, encadenados a una muerte segura.

La bruja avanzó por la oscuridad de la habitación bajo un sinfín de cadáveres y seres humanos que, desnudos y envueltos en seda, colgaban del techo. Algunas de las envolturas se balanceaban, signo casi inequívoco de que la persona que había en su interior aún seguía con vida.

Finalmente, Antrax llegó al fondo de la pieza donde, sentada sobre el trono de piedra, le esperaba su matriarca. Una tenebrosa figura femenina que vestía de negro y se presentaba ante ella envuelta en telarañas y sombras. La oscuridad se había asentado en ella más que en el resto de la habitación. Sus ojos, dos horribles luces en las tinieblas, acechaban a su subordinada con desprecio.

—Ven, acércate —susurró “Reina de seda” entre dientes.

Antrax obedeció y dio un par de pasos hacia adelante, aunque parecía recelosa y distante, como si no quisiera aproximarse demasiado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la matriarca con voz nociva y venenosa.

—Algo inesperado.

—¡A una bruja nunca le sucede nada inesperado! —cortó en seco aquella oscura voz que provenía de las tinieblas.

Muy a su pesar, la bruja Antrax se estremeció.

—Nos atacaron las brujas de Owlhat —contestó Antrax alzando levemente la cabeza.

—Lo sé, lo he visto en la seda. ¿Y? —preguntó ella, gélidamente, esperando una respuesta que le resultara más convincente.

—Decidimos que era mejor no meternos en problemas.

—¡Se supone que nosotras deberíamos ser su problema, querida! —gimió su superior en tono sarcástico mostrando su irritación.

—Lo sé —asintió la joven bruja y bajó levemente el rostro, apartando la mirada de su matriarca. No con miedo, pero sí con un respeto elocuente.

Hacía muchas temporadas que Antrax había dejado de sentir miedo por su matriarca. Demasiadas. Se había acostumbrado a sus gritos y a sus amenazas y no había semana que no tuviera que lidiar con alguno de ellos. O con ambos a la vez.

—Ven... cuéntame cómo sucedió todo, y en base a la convicción de tus palabras decidiré cómo tejer tu destino —respondió conciliadora, al tiempo que de la oscuridad asomaba temblorosa una mano huesuda y de piel apergaminada, de largas uñas negras, cubierta en parte por diminutos arácnidos.

Antrax se aproximó un poco más, acatando la orden de su superiora, pero siguió guardando cierta distancia.

De manera súbita emergieron de la oscuridad dos figuras espectrales y tenebrosas. Descendieron del techo de la gruta envueltas en seda y en sombras. Sus cuerpos, decrepitos y desnudos, imitaban al de los arácnidos, pues tenían ocho extremidades largas y afiladas, y se movían y comportaban como dichos depredadores. Su piel, blanca y de apariencia marmórea, estaba grasienta y manchada de sangre y lodo. En su afilado rostro destacaban ocho brillantes y espeluznantes luceros. Ojos rojos que parecían verlo todo.

Pros y Opistos, pues así se hacían llamar, eran dos aterradoras y amorfas criaturas a las que se les había otorgado, desde tiempos inmemoriales, la valiosa misión de salvaguardar eternamente “La fíbula de Loxosceles”. Como guardianas de dicho broche mágico, tenían encomendada la tarea de velar por la seguridad de su portadora en todo momento. Su actual ama las llamaba “Hijas”, pese a que su creadora las bautizó con el seudónimo de “Las manos de Encara”.

Se ubicaron al lado de la matriarca de la hermandad, cada una a un costado, acechando a la bruja Antrax con un fulgor terrorífico en sus ojos y con sangre espesa goteando de sus afilados y enrojecidos dientes.

Pese a que la situación era tensa y la terrorífica mirada de las dos criaturas producía escalofríos, la bruja Antrax no parecía atemorizada y se mantenía firme y altiva. Desde su posición podía ver y observar con detenimiento a aquellos temibles seres y a la mujer que le estaba hablando.

La tenebrosa figura llevaba un vestido aterciopelado de media manga de color negro azabache, que ceñía su decrepito cuerpo y le llegaba hasta los tobillos, dejando al descubierto sus pies descalzos, cubiertos por la mugre y la suciedad. Un generoso escote dejaba ver sus cadavéricas clavículas y de su cuello pendía una fina y delgada tela de seda a modo de collar, de este colgaba un corroído broche metálico con forma de araña, el cual quedaba anclado entre los pechos. En la fibula resplandecían dos pequeñas gemas de color malva, que parecían brillar con luz propia.

Sentada en el trono irradiaba oscuridad; de su rostro, que permanecía oculto bajo un sombrero puntiagudo, del que pendían un millar de telas de araña, tan solo se podían distinguir sus penetrantes y enloquecidos ojos que, teñidos de un violeta antinatural, eran fiel reflejo del mal inherente a su persona. Aquella malsana y agresiva mirada, prácticamente oculta y similar a la de su discípula, Antrax, acechaba arrogante a su congénere con soberbia y con el único fin de hacer valer su superioridad.

—Las chicas querían divertirse un rato... así que fuimos de cacería — comenzó a explicar Antrax con cierto desánimo—. Nos dirigíamos hacia...

—¡A las vísceras, Antrax! —bramó aquella oscura voz.

El grito retronó en todos y cada uno de los recovecos de la sucia e inmunda caverna, y su eco se dejó oír durante unos segundos interminables.

—Nos topamos con un carruaje perteneciente al pueblo de los acantilados del sur —reanudó su inferior, sin amilanarse ni perder la compostura.

—¿Cliffdavi!

—Sí.

—¡Continúa! —ordenó la matriarca.

—Tres hombres, uno de ellos extranjero: eran una presa perfecta así que decidimos darles una sorpresa, y cuando fuimos a atacarles... aparecieron ellas. Se entrometieron en nuestros asuntos. ¡Ellas! —finalizó colérica, apretando los labios como solía hacer habitualmente.

—¿Cuántas eran, cariño? —preguntó burlona.

—Tres y un humano.

—¿Cuatro contra tres y os vencieron? —cuestionó con cierta soberbia en su tono, aunque más que soberbia era indignación.

—No nos vencieron... decidimos irnos —contestó Antrax valientemente.

—¡Una huida es una derrota! —exclamó enajenada la despótica matriarca de Anarikax. Cada músculo de su cara temblaba de rabia.

En algún lugar de la habitación un esclavo se estremeció con aquel grito, pues unos grilletes tintinearón en la oscuridad. Antrax se limitó a bajar la cabeza. Las “Hijas” de la matriarca acariciaron a su ama para que se tranquilizase y emitieron unos estridentes sonidos con sus fauces.

—¿Quiénes eran?! —bramó enloquecida.

—Gea, Incema y...

—¿Incema?! ¡¡Maldita “Portadora del mal rojo”!! —gritó con ira al oír el nombre de la segunda de las brujas.

Antrax pudo escuchar los dientes de su líder rechinar.

—Había una bruja nueva. Una de pelo de hollín. Una a quien Gea Erramah llamó... Vinexa —informó Antrax, interrumpiendo la cólera de su superiora.

—¿Vinexa? —preguntó con curiosidad.

—Sí. Es muy joven. Inexperta... pero rápida y atrevida. Debe pertenecer a alguna familia de brujas pues utilizó una técnica que no supe identificar. ¡Se dirigió a mí como si nada! ¡A mí! —exclamó Antrax y apretó sus labios con rabia— Me hablaba como si me conociera.

—¿Cómo era esa técnica?

—No sabría como explicártela... fue... muy rápida —contestó Antrax, confusa.

—¿Una bruja elemental de aire, entonces?

—No —respondió Antrax segura.

—¿De tierra? ¿De fuego?

—No —repitió la bruja.

—¡Inútil! —bramó en la oscuridad, perdiendo completamente la paciencia.

Antrax intentó contener un brinco, pero lo cierto es que fue prácticamente imposible no responder de tal manera al grito de su superiora, que fue como un latigazo en el corazón.

—Bueno, no importa... —dijo la oscura voz suavizando su tono, mientras sus “Hijas”, Pros y Opistos, reían tímidamente. Una risilla estridente e inquietante— ¿Y qué sucedió después?

—Se fueron.

—¿Y no las seguisteis? ¡Era la ocasión perfecta! —rugió inquieta—. ¡Llevamos meses tras ellas! ¡Años!

Sus uñas arañaron la piedra con ira, emitiendo un sonido estridente.

—Wendelyn sufrió un ataque... Estábamos en desventaja... —intentó justificarse Antrax, pero tenía claro que por más argumentos que pudiera aportar, ninguno de ellos conseguiría apaciguar la cólera de su matriarca.

Phoneutria, que se había mantenido en las sombras hasta el momento, se inclinó hacia su inferior y sus ojos, ocultos tras una fina capa de seda, resplandecieron insidiosos ante el fulgor de las antorchas.

— ¡¿Crees que las excusas ganarán esta guerra?! ¡No! Lo harán nuestras acciones. ¡Y nuestras acciones ahora demuestran que somos débiles! La próxima vez que intentes convencerme de algo utilizando excusas... ¡te estrangularé antes de que puedan salir de tu boca!

Alzó el brazo y abofeteó a Antrax con todas sus fuerzas. Sus mejillas se enrojecieron.

—Y dime... ¿qué hicieron con el humano? —preguntó minutos después, ya más relajada.

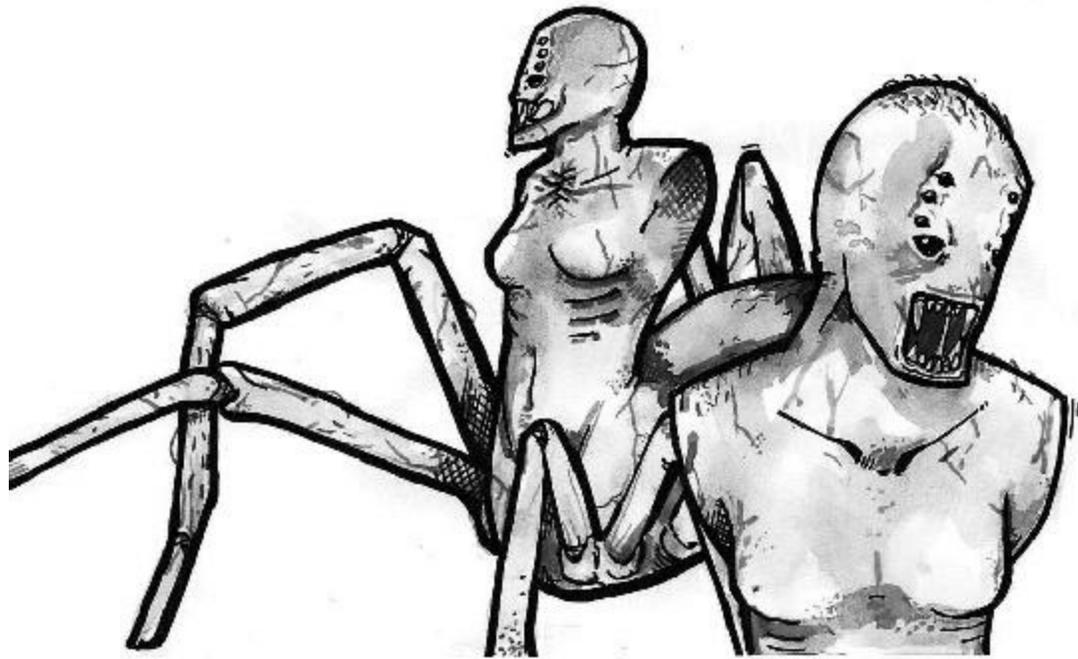
—Lo socorrieron y se lo llevaron.

—Mmm... ya veo... Mingara siempre ha sentido debilidad por los mortales —dijo con aspereza.

—Era más que debilidad... —replicó Antrax, con una certeza férrea— Era protección.

—Interesante es la protección —susurró entre dientes, sonriendo entre maliciosa y demente.

Segundos después, una escalofriante carcajada restalló en todos y cada uno de los recovecos de aquella cripta, ahuyentando a una bandada de murciélagos que batieron sus alas con fuerza, perdiéndose en la oscuridad de los pasajes subterráneos.





LA MALDICIÓN DE NARGA

Dos pisos y sesenta y seis escalones más abajo, el pobre señor Codge se encontraba en una de las situaciones más incómodas de su vida. Posiblemente la peor.

—Podríamos cocinarte —consideró Barkashy.

La bruja se llevó un dedo a la boca y se lo mordió, demasiado ansiosa como para ocultar su deseo.

—¡Sí! Amarrarte a un palo y ponerte a la lumbre dejando que te abrases poco a poco —agregó Incema, siempre deseosa de sentir el calor del fuego. Su sonrisa se ensanchó hasta parecer el filo de un cuchillo.

Todd palidecía por momentos, con el presentimiento de que no iba a salir de aquella casa con vida.

Desde el momento en que Madame Ming y Ted habían abandonado el cuarto, Gea, Barkashy e Incema habían empezado a avasallarlo de un modo intimidador. Habían ido acercándose cada vez más a él, arrinconándolo contra la escalera; él intentaba calmarlas y hacerlas entrar en sí, pero ellas parecían no tener intención de escuchar sus palabras. Estaban como enajenadas, parecía que en cualquier momento iban a abalanzarse sobre él con la única intención de devorarlo, pues semejaban animales hambrientos ávidos de sangre. Le miraban con deseo, con malicia y, aunque para ellas aquello fuera un juego de provocación, Todd no percibía tal ánimo en sus atacantes.

—No-no no soy muy sabroso.

Tragó saliva. Sus manos comenzaron a temblar vibrantemente, como las hojas de un árbol azotadas por el viento.

—Y te-te tengo mucha grasa.

Se cogió la piel del vientre con las manos y la agitó enérgicamente.

—Seguro que...

—¡Calla! —ordenó Barkashy, poniéndole un dedo sobre los labios— Te iríamos dando vueltas, claro está, no nos sirves medio crudo —comentó relamiéndose.

—Sí... y después nos comeríamos tu corazón con tenedor y cuchillo, oyéndolo gritar con cada latido —apuntó Incema con una voz espantosa.

Rompió en carcajadas y sus hermanas le hicieron eco.

Por supuesto bromeaban, pues las brujas no se alimentaban de carne humana. Al menos no las brujas que moraban bajo aquel tejado negro. Podían tener mil y una ideas, todas ellas descabelladas y pérfidas, de qué hacer con los humanos, con sus víctimas, pero en ninguna de ellas entraba la antropofagia.

Devorar hombres y alimentarse de su carne, fresca y jugosa era algo más usual en otras criaturas de Wallango, al otro lado del Meridiano de Menech; seres ruines, temibles y dañinos que habitaban normalmente en los mundos subterráneos de los Territorios Altos, porque odiaban la luz del día o bien porque los habían desterrado a aquellos desidiosos parajes. Individuos odiados y repudiados por todos, como podían ser los trasgos de Roca Negra y los ogros de Las criptas de Sajas, o también los trolls de Ousteron, por ejemplo. Esos últimos tan solo se exponían a la luz del día para cazar a sus presas, ya fueran animales, hombres u otras criaturas, y las raptaban llevándoselas a las entrañas de sus cuevas, donde las devoraban y después esparcían sus huesos por sus cavernas oscuras y mugrientas.

—¡Hermanas! ¡Hermanas! —terció Gea alterada, interviniendo por primera vez en la conversación— Recordad que Madame Ming dijo que no debíamos hacerles nada. Dijo que eran... valiosos.

Todd frunció el ceño pensativo y sintió cómo la incertidumbre se apoderaba de él. ¿Qué había querido decir con aquellas palabras? ¿Valiosos? ¿Ted y él? Hasta donde le alcanzaba la imaginación, no podía hacerse una idea de qué podría querer la matriarca de Owlhat de dos simples humanos. Durante unos instantes aquellas preguntas le rondaron la cabeza, pero el miedo que sentía y las miradas afiladas de sus acompañantes pronto se las hicieron olvidar.

—Que no podamos matarle no significa que no podamos arrancarle las piernas. Y yo me pregunto... ¿Cómo volvería a casa?! —exclamó Barkashy.

Movió los dedos enérgicamente, emocionada por aquella idea.

—Madame Ming dijo que el profesor era importante, no que lo fuera el gordinflón —corrigió Incema.

Todas se miraron entre sí y rieron al unísono. Primero con una suave insinuación, que poco a poco fue tornándose más y más fuerte.

—¿Qué deberíamos hacer contigo? —preguntó Incema, revoltosa, mientras se sacaba un cigarrito del escote.

—Eso, eso... ¿qué deberíamos hacer? —repitió Gea.

Incema empujó a Todd fuertemente, y este cayó sobre la silla que Evan le había brindado a Ted momentos antes. Acomodado en ella, tembloroso y con miedo, deseaba con todas sus fuerzas que aparecieran la bruja matriarca y Ted junto a ella; presuponía que las brujas se calmarían con la llegada de Madame Ming y lo dejarían en paz. Así que, con aquella esperanzadora idea en mente, el señor Codge se dio cuenta de que lo único que podía hacer en aquellos momentos, a su favor, era alargar la situación entreteniéndolas. Ganar el máximo de tiempo posible y conseguir de esa forma que se distrajeran y que la espera del ansiado momento no se hiciera eterna.

—¡Hablar! Po-po podríamos hablar —contestó, presa de un creciente nerviosismo. Por unos segundos parecía estar realmente interesado en hacerlo.

—¿Hablar? —preguntó Gea, contrariada.

—Sí... podríamos hablar del ti-ti tiempo, de mí, de vosotras. Deberíamos conocernos. No-no no sé nada de vosotras. Ni-ni ni vosotras de mí. Contadme —dijo Todd atropelladamente, en tono festivo.

—Nosotras somos aburridas —dijo Barkashy descontenta.

—¡Tú eres aburrida! —exclamó la bruja pelirroja, y de pronto miró su cigarro y lo encendió con su llameante mirada.

—¿Yo? ¿Qué tengo yo de aburrida? —preguntó Barkashy ofendida.

—¡Tú en sí eres aburrida! ¡No sabes hablar de otra cosa que no sean uñas!

En un momento se armó un escándalo; solo se oían gritos e insultos y parecía que ambas iban a enzarzarse en una contienda. Para sorpresa de Todd, después de agredirse verbalmente la una a la otra, llegando a un grado de enajenación inimaginable, se miraron y de sus ojos brotaron chispas de afecto y complicidad que acabaron en un abrazo emocionado acompañado por sonoras carcajadas.

—¡De nosotras no! —bramó tajante Barkashy. Volvieron a girarse hacia el hombre.

—¡No! —gritó Incema, y añadió— Tu mente limitada nunca nos entendería.

—Pu-pu pues habládme de ellos —dijo Todd desesperado, señalando hacia Evan y Vinexa.

La pareja había abandonado la habitación hacía rato y se había sentado en los escalones del porche. Desde su posición, Todd podía verlos con claridad. Juguetaban y reían con ternura, completamente ajenos a todo cuanto estaba

sucedendo en el interior de la morada. Era fácil percibir que lo que les unía era algo más que amistad; era amor.

—¿De ellos? —preguntó Gea y de pronto, como movida por un resorte, empezó a comportarse extraño y a buscar desesperada por toda la casa algo o a alguien— ¡Manzana! ¡Manzana! ¿Dónde estás?

—Sí, es ex-ex extraño ver a una bruja y un humano emparejados, ¿no? —comentó el señor Codge con cierto tono de chismorreos y una expresión graciosa e insólita en su redondeado rostro.

—¡Repugnante! ¡Aberrante! ¡Indigno! —exclamó Incema con desprecio, demostrando su completa desaprobación por la relación de Vinexa y el joven caeliense.

—Hablar me aburre —comentó Gea, volviendo a unirse a la conversación y dejando de lado su desesperada búsqueda. Lo dijo resoplando. Realmente parecía aburrirle.

—¡Ellos están malditos! —terció Barkashy, arrogante.

—¿Malditos?—preguntó Todd, entrecerrando los ojos y encogiéndose de hombros.

—Si gordinflón... ¡Malditos! Has oído bien —admitió Gea, riendo nerviosa.

—¿Qué sucede con ellos?

A Todd no se le escapó la dura mirada que la bruja pelirroja les dedicó a sus hermanas. No era difícil darse cuenta de que había algo que esta no creía conveniente compartir con el señor Codge.

—No les hagas caso... la única maldición de esta casa está delante tuyo... ¡y había perdido la cabeza mucho antes de que se la cosiéramos! —intervino Incema, negando con la cabeza.

Barkashy le lanzó una mirada agria.

—Cuéntaselo —la animó Gea ansiosa.

—Sí, cuéntamelo —la instó Todd con una sonrisa de oreja a oreja. Cualquier tema de conversación era bueno para ganar tiempo.

Lo que el señor Codge ignoraba por completo era que el tema que iban a abordar en escasos segundos no era un tema de charla trivial, en absoluto. Aquella conversación iba a desvelarle más misterios de los que él mismo podía llegar a imaginar y le ayudaría a encajar varias piezas, hasta el momento inconexas, del misterio que se cernía sobre Cliffdaviil y sus habitantes.

Incema vaciló unos instantes antes de iniciar su narración, pero su voz adquirió un tono sombrío cuando se decidió a hacerlo:

—Una colectividad de brujas tiene sus reglas y sus leyes.

—Sus costumbres y sus rituales —añadió Barkashy.

—Sus secretos y sus maldiciones —fue la aportación de Gea, en un tono casi aterrador.

Los ojos de Todd comenzaron a saltar de una bruja a otra, siguiendo el turno de palabra de cada uno de ellas.

—Pertener a una hermandad conlleva disfrutar de los privilegios y del poder que te ofrece, pero también conlleva sufrir sus repercusiones y sus consecuencias. El grupo es la unión, es la familia, es un pacto de por vida y, fundamentalmente, es parte de ti. Algo tan puro y necesario, intrínseco, como la sangre, algo que está en y bajo la piel —explicó Incema, sombría.

Barkashy se acercó un poco más a Todd y, arremangándose la túnica, le enseñó con orgullo una marca grabada en su brazo.

Tenía forma de lágrima invertida y el único de sus vértices señalaba hacia el sur. Casi en el centro de la misma y ubicada en su parte más amplia, resaltaba una estrella blanca de cinco puntas dibujada en varios trazos. Rodeaba a la estrella una circunferencia blanca, del grosor equivalente a una uña, dividida en cuatro segmentos idénticos, y señalando la intersección entre los mismos, los cuatro puntos cardinales. Fuera de la lágrima y tanto en la parte superior derecha como izquierda de la misma, había dos parejas de triángulos negros, unidos entre ellos, creando a su vez un pequeño triángulo blanco.



La marca le recordó al señor Codge la imagen de un felino. O al menos la parte del rostro del animal. Posiblemente tuvieron mucho que ver en esa idea la posición que ocupaban los dos triángulos, sobresaliendo de la figura, y que

le recordaron las orejas de un gato.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Codge, mirando indiscreto la marca de la bruja y empezando a sentir curiosidad por lo que le estaban contando.

La expresión de su rostro había mudado del terror al interés en cuestión de segundos.

—Es nuestro símbolo de unidad y fuerza. Un lacrado, el lacrado que encierra la maldición de nuestra hermandad. Lo llamamos **“La Huella”**, pese a que en tiempos antiguos y oscuros era conocida como **“La maldición de Narga”** —contestó Barkashy utilizando la entonación más cautivadora de que era capaz.

—Una de las desventajas o consecuencias de pertenecer a nuestro grupo es que estarás maldita desde el momento en que lleves a cabo el ritual de iniciación a Owlhat, y deberás convivir con su maldición para la eternidad o, por el contrario, deberás verte destinada a romperla —explicó Incema.

El humano tragó saliva.

—¿En qué consiste esa maldición? —preguntó, realmente intrigado.

La bruja de cabello rojizo se mordió el labio inferior y miró a su alrededor, cautelosa. Vaciló durante unos segundos antes de contestar, pues sabía que todas las palabras que se habían pronunciado en la antigüedad con oscuridad, mantenían al día de hoy su fuerza.

—**“Maldita aquella que cruce la línea que separa,
a las reliquias y a la inmortalidad, de la carne humana.
La piel se vestirá de pelo y las manos tornarán garras.
Malditos aquellos que osen besar a una hermana,
pues sus labios confinaran su cuerpo y su alma,
hasta que llegue aquel que realmente sepa amarla”**

Los últimos rayos de sol se apagaron con aquellas palabras, y el liliáceo cielo que sostenía los postreros minutos de la tarde murió con ella, dando lugar a la oscura y tenebrosa noche. El ulular de las lechuzas, que no había cesado en toda la tarde, comenzó a elevarse progresivamente y se escuchaba de fondo como una canción lúgubre y escalofriante.

—¿Quién os confinó en tan infausto destino? —preguntó el señor Codge; quien parecía realmente apenado por lo que acababa de escuchar.

—La primera bruja de Owlhat y la fundadora de esta, nuestra agrupación —respondió Barkashy con respeto—. Dama Narga, más conocida como “Canción del principio”.

—¿Y qué llevó a Dama Narga a hacer algo así? —preguntó cada vez más

intrigado.

Aquella serie de preguntas que había realizado Todd, con el único fin de distraer a las brujas, se había transformado lentamente en un interesante y cautivador tema de conversación, ya que sentía cada vez más curiosidad por el asunto.

—¡Su debilidad por un mortal y la traición que sufrió después por parte de él! —exclamó Incema, tajante.

A Todd se le erizaron hasta los cabellos de la nuca.

—¡Bravos! ¡Codiciosos! —añadió Barkashy.

—¡Bravos? —preguntó Todd, extrañado.

—¡Bravos! ¡Así os hacéis llamar en Wallango! —Gea soltó un resoplido.

—Condicionales e interesados —concluyó Incema con desprecio.

No había que tener abundante inteligencia para darse cuenta de que Incema odiaba a los humanos. Los odiaba y los aborrecía por partes iguales y aprovechaba cualquier ocasión que se le brindara para soltar alguna coletilla despectiva sobre ellos.

Las brujas comenzaron a murmurar rápidamente. Demasiado rápido como para que Todd pudiera entenderlas, pero sonaban claramente a una sarta de injurias y blasfemias. Ignorando los comentarios de sus acompañantes, el señor Codge volvió a preguntar:

—¿Esa tal Dama Narga... se enamoró de un humano?

—Halló el amor o creía haberlo hallado. Un amor puro pero no correspondido, pues el apego y la pasión que el humano sentía por ella era fruto del hechizo natural que la bruja emanaba —informó Incema, resentida.

Todd sabía de lo que hablaba. Lo sabía perfectamente. Él lo había sentido en sus propias carnes, en su propia piel. Lo sentía incluso en aquel mismo momento al mirar a la bruja pelirroja que se alzaba frente a él. Era una atracción irrefrenable. Era como un halo místico cargado de capricho y deseo. Una fuerza sobrenatural que rodeaba a las brujas y atrapaba en un hechizo embaucador a todo aquel que no intentara oponer resistencia, o a aquel que fuera demasiado débil como para albergarla.

—Hace mucho tiempo, tiempo incalculable, cuando las brujas eran solitarias y no existían las comunidades, una de nosotras, la primera, conoció a un hombre, Nicolás Dan —comenzó a explicar Incema—. Apuesto y caballeroso, el humano sucumbió a los encantos de la bruja Narga sin saber que lo que realmente le postró ante sus pies fue el hechizo que de la misma emanaba. Se abrasó en su cuerpo, se encantó con su voz, se envenenó al lamer

su piel. Día tras día, mes tras mes y año tras año, el humano se lo dio todo a la bruja y guardó el secreto de su identidad en la llave de sus labios.

—Se lo dio todo menos su verdadero corazón, aún cuando creía estar dándoselo —corrigió Barkashy.

Todd, escuchaba atento las explicaciones de las brujas y dirigía su mirada a la que estuviera en posesión de la palabra, errando de rostro en rostro.

—Un día el hombre encontró el verdadero amor en los brazos cálidos de una humana; y una vez despojado del hechizo que Narga había causado en él, decidió abandonarla para siempre —continuó Incema—. La bruja Narga, dolida y atormentada, huyó del pueblo de Ence y desapareció durante largo tiempo. Se perdió en un bosque y vivió durante todo ese periodo alejada de los hombres... pero no del dolor que estos le habían causado. Ese mismo dolor y desconsuelo fue su alimento. Su amargura era tal que se fue debilitando y perdió las ganas de vivir. Hasta que un día, consumida por el dolor del engaño que había sufrido, cansada de tanto pesar, y fruto de su rencor y odio por Nicolé, decidió acabar con su rival, la mujer que le había arrebatado a su hombre. Apareció en el pueblo donde esta vivía y convirtió a la joven humana en una serpiente de ojos tristes y apagados —explicó Incema con cierta complacencia.

Las tres dejaron escapar una tímida risilla, y el señor Codge tragó saliva temiendo que pudiera ser ese también su lamentable destino.

—Pero el final de la historia aún está lejos... —advirtió la bruja pelirroja, teatralmente. Y, tras humedecerse los labios, prosiguió— pues Nicolé, dolido y encolerizado, contó a todo el pueblo la verdadera historia de Narga, desvelando así su identidad como bruja y lo que esta había hecho y era capaz de hacer. Las gentes del pueblo de Ence, enojadas por el hechizo que la bruja había utilizado con la joven y envenenadas por las palabras de Nicolé, fueron en busca de Narga. El futuro que la esperaba no iba a ser otro que la horca.

Inconscientemente, el señor Codge se llevó las manos al cuello y se puso rígido como el mástil de una vela.

—La noche que la ajusticiaron, y en el momento en que Narga comenzó a sentir el frío y áspero tacto de la cuerda en su cuello, les advirtió a los habitantes de Ence que si decidían finalmente acabar con ella de esa manera, el futuro de su pueblo, de sus gentes y de sus descendientes sería el mismo que le iban a dar a ella. Claro está que sus palabras no eran una advertencia... eran una maldición —comentó Incema, orgullosa y sombría.

La escasa luz de las velas fue suficiente para esbozarle un destello brillante

en sus dientes, enmarcados en una cruel sonrisa.

—Incrédulos y sedientos de venganza, los habitantes del pueblo no escucharon las palabras de la bruja y la ahorcaron. Algo sucedió entonces, algo que cambió para siempre las vidas de las gentes de Ence. En el mismo momento en que el verdugo movía la palanca que accionaba la horca, Narga desapareció envuelta por una densa nube de hollín. En ese preciso instante la maldición se hacía realidad y todos los allí presentes y sus descendientes sufrirían el maleficio de Narga —concluyó Incema.

—Todos y cada uno de los niños que vinieron al mundo desde aquel aciago día nacieron estrangulados, todos tenían el cordón umbilical alrededor del cuello —explicó Barkashy entusiasmada, sonriendo diabólicamente.

—¡Ahorcados! —voceó Gea, aportando su pequeño granito de arena al relato.

La atenta expresión de Todd cambió súbitamente. Asustado y aterrado, se hizo atrás en su asiento. Un temor horrible le atenazó por completo; por dentro y por fuera, obligándole a erguirse en la silla.

—Por supuesto, y al día de hoy, de Ence tan solo quedan las piedras y el secreto de lo que allí ocurrió, pues la gente del pueblo envejeció y murió sin la esperanza de que entre aquellas calles, entre aquellas casas, pudiera haber un futuro —concluyó Incema.

—Horripilante —susurró Todd.

Tragó saliva y tomó aire lentamente.

—Horripilante es lo que Narga hizo después —contestó emocionada Incema.

—¿Qué hizo? —preguntó Todd ansioso, inclinándose en la silla para saber más.

En aquellos momentos parecía más un niño inocente y curioso, cautivado por el relato que le están narrando, que un hombre adulto prisionero en la casa de unas brujas.

—No satisfecha con todo lo causado, y aún sedienta de venganza, Narga convirtió a Nicolás en un mugriento e indefenso ratón...

—¡Ratón! —exclamó Gea.

—Y le encerró junto a su amada, en un baúl de cristal. Había construido el arcón en ese material para poder disfrutar del final aterrador que había reservado a los amantes —prosiguió Incema con su diabólica sonrisa, satisfecha del miedo que le estaba inculcando al humano—. Esperó... poco... pues la joven confinada en el cuerpo de una serpiente no tardó en sentirse

presa del hambre.

—¡Y se lo comió! —exclamó Gea.

Todd dio un brinco, asustado, elevándose varios centímetros de la silla. Una carcajada general estalló a su alrededor.

—Horripilante sí, in-in incluso vomitivo —dijo él, intentando recobrar la compostura.

Durante unos minutos Todd se sintió un poco extraño. Como si acabara de salir de un trance. Como si la historia que le habían narrado las brujas hubiera sido un carruaje y acabase de apearse de él después de un intenso trayecto.

—Pero... ¿Qué tiene que ver la mal-mal maldición con todo esto? —preguntó confuso, sin comprender.

—Narga confirmó que la venganza alivia el dolor pero no lo sustituye —le contestó Barkashy—. Se consumió el tiempo pero no el pesar. Aun cuando Narga había huido de todas aquellas tierras y había comenzado una nueva vida, en la que pondría en práctica una idea que revolucionaría el mundo de la brujería...

—¿Qué idea? —preguntó curioso.

—Aventajada e inteligente, Narga fue la primera de todas las brujas conocidas en crear una comunidad. Quería unir diferentes familias y naturalezas de brujas, proporcionar al grupo y a sus integrantes poderes y secretos de los que en solitario carecían. Ella fue un patrón, un eje en el mundo de la brujería, pues muchas de sus ideas y logros contribuyeron a crear lo que hoy conocemos como una congregación o hermandad —explicó Incema, llena de admiración.

—Fue una pi-pi pionera... —murmuró Todd, con gracia.

—Pero aún cuando había comenzado a reclutar brujas y cuando parecía que todo había quedado atrás, el recuerdo y la tristeza corroían el corazón de la bruja, como la sal escuece las heridas —dijo con voz rota la bruja morena, teatralmente.

—Así que Narga decidió crear una maldición —dijo “La hija de la llama eterna”.

—¿En qué con-con consistía dicho conjuro?

—Oh, ¡Por la diosa del principio! ¡No sabes escuchar! —bramó enfurecida la hermana Barkashy.

—Ninguno de su estirpe sabe —apuntó Incema desdeñosa.

—Ya te la hemos contado antes.

En su muñeca, en la piel cuarteada y arenosa de la bruja, se encontraba la

marca que Barkashy le había enseñado momentos antes, trazada en tinta negra y oscura como su mismo significado.

— *“La huella”*... —susurró Todd con los ojos redondos como una lechuza sin dejar de mirarla.

—Sí. *“La maldición de Narga”* —añadió Barkashy.

—Y... ¿qué ho-ho horrores implica? —quiso saber Todd, entre curioso y aterrorizado.

—La maldición consistía en que todo mortal que osara besar los labios de una bruja de la congregación de Owlhat sin sentir amor verdadero hacia la misma, perdería su identidad humana, convirtiéndose, hasta que la maldición se quebrara, en un... felino —reveló finalmente Incema, imprimiendo a sus palabras un ritmo cadencioso y pausado.

Todd no pudo evitar dirigir su mirada hacia a Evan y Vinexa y mirarlos con compasión, incluso con lástima.

Probablemente estaban condenados a controlar sus sentimientos y no dar rienda suelta a la atracción mutua que sentían. Probablemente debían tener miedo a sufrir las consecuencias que podrían causarles. Nunca se entregarían completamente el uno al otro por miedo a saber si su amor era real; pues de no ser así, el resultado sería peor que la incertidumbre y la distancia que ahora los separaba.

De cierta manera, el señor Codge se sentía identificado con dicha relación, con aquel sentimiento de amor prohibido, pues él experimentaba algo parecido con la señora Atenia Humsoon. Claro está, no podían compararse ambas situaciones, pues la gravedad de las mismas y las consecuencias que implicaban distaban mucho la una de la otra. Igualmente, el bueno de Todd no podía evitar que aquellos pensamientos le entristecieran profundamente.

Permaneció silencioso durante largos minutos, con la mirada perdida en el porche y en la escasa luz que aún entraba por el pórtico. No obstante... aquella abrumadora sensación de impotencia y tristeza que le había invadido el cuerpo se vio rápidamente reemplazada por una revelación.

—Entonces... —dijo el señor Codge mirando a Incema aterrorizado. Sus ojos se abrieron de par en par— ¿To-to todos los gatos que hay por los alrededores fueron humanos alguna vez?

—¡No todos! —exclamó la bruja entres risas. Las carcajadas le sacudieron el pecho— Algunos.

—La mayoría —rectificó Gea.

Un aluvión de interrogantes se abatió sobre el señor Codge, enturbiando sus

pensamientos, ahora confusos. Su cabeza no podía dejar de dar vueltas a la información que acababa de recibir y tenía unas ganas irrefrenables de bombardear a las brujas con un interrogatorio. Sin embargo, después de varios minutos de reflexión, decidió cribar las preguntas más importantes para la ocasión, o las que más le atañían a él.

—En-en entonces... ¿los gatos que hay en el pueblo son hu-hu humanos? —balbuceó nuevamente el hombre, inseguro. Temiendo la respuesta que pudiera recibir.

—Lo fueron en días lejanos —aclaró Incema.

Todd suspiró lenta y profundamente hasta vaciar casi por completo sus pulmones.

—No tan lejanos —añadió Gea riendo.

—Eso sí... posiblemente sean habitantes del pueblo que esperan a que algún alma humana se apiade de ellos —dijo Barkashy.

—Reclaman vuestra asistencia, piden vuestra ayuda, pero ignoran que un día fueron humanos y que los humanos... no sabéis escuchar —dijo Incema con soberbia.

—¿Por qué? ¿Son allegados tuyos? —preguntó Barkashy inquieta, moviendo los dedos.

—¡Muchos de ellos pro-pro probablemente lo sean! ¡Los convertisteis en gatos! —exclamó indignado el señor Codge. Se puso en pie. Su rostro se contrajo por la rabia y sus ojos se llenaron de ansiedad.

—Ellos vinieron a nosotras en busca de un beso.... ¡gordinflón! —gritó Gea indignada.

—Y de algo más —añadió juguetona Incema.

—En-en entonces no están muertos... —murmuró el señor Codge casi para sí.

Suspiró profundamente y permaneció durante largos minutos en quietud, sintiendo cómo el corazón se le desbocaba en el pecho. Tenía la mirada ausente, clavada en algún punto impreciso de la habitación, entre las escobas y las estanterías.

Las brujas se miraron entre sí, irritadas por la lentitud de Todd en asimilar cuanto le habían contado. En general, creían que los mortales eran un poco torpes para entender ciertas cosas. Y no se equivocaban.

—Nosotras matamos ocasionalmente —contestó Barkashy.

—No mientas —corrigió Incema.

—Bueno, usualmente, pero...

—¿Ocasionalmente? Y-y y ¿to-to todos los cadáveres que nos hemos ido encontrando en el pueblo? —interrumpió perplejo.

—Eso han sido ellas —contestó Gea y en su rostro se esbozó el odio y la rabia.

—¿Quiénes son “ellas”? —cuestionó Todd, sintiéndose confuso.

—Las mismas de las que os salvamos. Las seguidoras de “Ojos del fin” —informó Barkashy.

—Las brujas de Anarikax —aclaró finalmente Incema.

Todd asintió, pero en realidad no entendía nada; cuanto más sabía acerca de las brujas, más confuso se sentía. Dirigió nuevamente su mirada hacia Evan y Vinexa; una mirada llena de sincera preocupación.

Ellos, ajenos a lo que estaba ocurriendo bajo el techo de Owlhat, seguían riendo y jugando en el porche, con la inocencia de unos enamorados a quienes el destino les tenía preparada una desdichada trampa. Temor, recelo... y un embaucador beso.

Aquella distracción por parte del señor Codge les dio una oportunidad a las brujas para aprovecharse de su debilidad.

—Ahora sabes demasiado —amenazó Incema y su habitual expresión juguetona y traviesa se tornó seria y agresiva—. Así que... tendremos que matarte.

Lo dijo con fuego en su mirada, aparentando lástima, pero en el eco de sus palabras se apreciaba cierto placer.



EL QUE VOLVIÓ

—Perdone que le interrumpa... pero creo que todos esos aspectos que acaba de nombrar, o la gran mayoría de ellos, también podríamos atribuirlos a la condición humana. Los hombres también ansiamos por encima de todo el poder, y hacemos todo cuanto esté en nuestras manos para conseguirlo —objetó el profesor Legentrell, volviendo a aquel juego de palabrería que habían establecido Madame Ming y él—. Igualmente... es curioso... porque pese a no conocerla, no creo que usted sea así.

—¿Y cómo cree que soy? —sus grisáceas cejas se enarcaron sobre su lentes negros.

La bruja le recordaba a aquellas pocas mujeres burguesas de Domstroot a las que admiraba. La mayoría de ellas viudas o suficientemente autoritarias como para despuntar entre el mundo misógino que las rodeaba y las intentaba oprimir. Damas despiertas, atrapadas en corsés e incómodas ropas de seda, que eran conscientes del lugar que ocupaban en la sociedad y que utilizaban su estatus social para conseguir lo que se proponían. Mujeres demasiado libres y perspicaces como para esconderse bajo la sombra de un hombre y, a la vez, demasiado inteligentes como para ignorar los privilegios que les otorgaban sus jaulas de oro.

—Creo que es una mujer orgullosa y recta. Tenaz y astuta. Con una mente estratega que elige qué movimientos hacer con cautela. Y cuáles no hacer con más cautela aún —consiguió pronunciar Ted, nervioso. Lo hizo torpemente, con la impericia de un hombre al que nunca se le han dado bien los cortejos ni las conversaciones con el sexo opuesto.

Alzó la vista intimidado, sintiendo cómo los ojos de un centenar de lechuzas se clavaban en él.

—Una mujer muy inteligente —continuó—. Y como toda mujer inteligente,

sabe cómo debe comportarse en cada momento y cómo manipular a los que le rodean, con métodos encubiertos, para conseguir así sus objetivos. Pese a ello, no creo que sus intenciones sean malas. De hecho, me atrevería a decir que son buenas o que desembocan en un bien común. Pues si hubiera querido obrar el mal ha tenido oportunidades de sobra y lo habría conseguido sin mancharse las manos de sangre, y sin apenas mover un dedo —aquel último comentario suscitó la risa de la matriarca—. Creo también que su moral es inquebrantable y que su experiencia en la vida la ha llevado a ocultarse tras esa máscara inescrutable. No comparte sus propósitos por miedo a que se desmoronen como una torre de naipes, porque sabe que cualquier persona de escasa inteligencia podría derribarlos inconscientemente. Es prudente con sus asuntos porque sabe que solo así están a salvo. Y eso le convierte en una persona aguda y reservada. Insondable.

La bruja se sonrojó. Aunque no lo aparentaba, se sentía perturbada por las palabras que acababa de pronunciar el profesor y por aquel despliegue de galantería. Sin embargo, pese a que se ablandó durante unos segundos por los desmedidos cumplidos que el hombre le había regalado, su naturaleza de bruja no tardó en salir a flote, obligándola a reprimir sus debilidades.

—A menudo la soledad es el precio que pagamos por la austeridad — Madame Ming rió con amargura. Ted percibió cómo su rostro se contraía.

La bruja apartó la vista y le dedicó una mirada a la oscuridad. El fulgor de unas velas se reflejó en los cristales de sus gafas, tenue y tornasolado.

—Pero... como bien ha dicho, aún no me conoce y, como la mayoría de los mortales, quiere y cree saber demasiado —replicó segundos después, recuperando la sequedad natural que la caracterizaba.

—Cierto... no la conozco —asintió contrariado—. Y ahora que lo menciona... y aunque suene extraño decirlo a estas alturas de la conversación, tampoco sé su nombre.

Frunció el ceño e hizo un gesto con la mano, invitándola claramente a que se presentara.

—Yo... he tenido muchos nombres... —contestó ella con una entonación misteriosa y cautivadora— Algunos de ellos inaudibles y antiguos como el viento. Otros oscuros e impronunciables como las tinieblas. He sido “La silbante” para muchos y “Susurro” para “ella”, solo para “ella”. He sido “La última Ming”, y he sido “La Dama de las lechuzas” después de que Tengmalm, “Noche de cobre”, me entregara la “Pluma de Funereus” —dijo, acariciando con las yemas de los dedos la centelleante pluma plateada que pendía de su

sombrero picudo. Una alhaja perfectamente cuidada que guardaba más historias de las que Ted se podía imaginar—. Ahora me conocen como la matriarca de Owlhat, como Madame Ming, o “Alas plateadas”. Pero usted..., por ahora, puede llamarme Mingara.

Bajo el puntiagudo y espeso bigote del profesor Legentrell se dibujó una sonrisa. Mingara sonaba tan grandioso como precioso, o al menos eso pensó el hombre mientras lo repetía una y otra vez para sí.

—De acuerdo, Mingara —respondió Ted, dando un último sorbo a su taza de Grum—. Y usted... puede llamarme Tédias, pues así es como me llamo. Tédias Vem Legentrell.

—Lo sé.

Ambos sonrieron y permanecieron durante varios segundos callados. Mirándose, contemplándose.

—Lo sé todo de usted profesor —reinició Madame Ming después de una larga pausa—, y he de reconocer que es formidable. ¡Increíble!

—¿El qué?

Lo preguntó con el ceño fruncido, sin acabar de comprender.

—Su... mente —dijo la bruja, mirándole por encima del filo de la taza. Mirándole con curiosidad.

A Ted le gustó ese comentario, pero intentó que no se le notara. Entrecerró los ojos y se quedó expectante, a la espera, con la vana esperanza de que tras aquella adulación la bruja por fin fuera a revelarle algún dato más sobre los planes que atesoraba en su mente, sobre lo que estaba pasando o sobre el papel que él tenía asignado en todo eso. Pero, por el contrario, Madame Ming se quedó callada, impassible, sin intención aparente de colaborar ni de desvelar más secretos.

Si Ted quería desentrañar más enigmas, tendría que averiguarlos como había hecho hasta el momento: con preguntas cuidadosas y haciendo uso de su labia lingüística y su talento para la conversación.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Adelante —le animó la mujer.

Agitó la mano con gesto impaciente.

—¿Qué es exactamente aquel lugar al que me vi arrastrado? ¿El mismo en el que confinaron una parte de mí?

—El puente de Urusa; no es más que un pontón, un enlace, una conexión entre dos mundos. No... hay... nada ahí —respondió Mingara con su habitual lentitud verbal y su siempre gélida entonación—. Su alma podría vagar por

aquel desdeñoso lugar durante años y años y nunca sucedería nada. Envejecería su cuerpo al otro lado de él... pero su alma seguiría intacta en su interior. Aquel espacio está... vacío. Tan solo es un vínculo que divide el mundo de Querquerudez de este, nuestro mundo.

—Ya veo —murmuró Ted, asintiendo ligeramente con la cabeza.

—Lo peligroso se halla a ambos lados de la pasarela, tanto en Querquerudez como aquí, en Cestia —añadió segundos después la bruja—. Y ahora... le haré yo una pregunta.

—Adelante.

—Dígame profesor... ¿cómo consiguió evitar la tentación de abrir la caja? —preguntó Madame Ming con notable interés. Se inclinó en el sillón, expectante— Es extraño que una persona tan curiosa y tan observadora como usted no cediera a la incitación.

—Es cierto Madame, podría haberla abierto y descubrir lo que había en su interior, pero no lo hice. La caja, en sí misma, ya era suficientemente interesante y... cautivadora.

Ella arqueó una ceja y sonrió. Se sentía sorprendida y confundida, pues no esperaba aquella respuesta.

—¿Y qué sucedió?

—¡Me temo que mandé al traste mi obsesión por buscarle el lado lógico o científico a todo cuanto se presenta ante mis ojos! —exclamó teatralmente.

—Ya veo.

—También el sentido común.

—Perfecto, pero no era necesario.

—¿No? —preguntó el profesor, sorprendido.

—¡No! —exclamó Madame Ming— Le serán útiles, tanto “El minuterero”, como su sentido común y su afán por hallar una realidad sostenible a todo. Afloje ese arnés de lógica que le oprime el cerebro, pero no lo desanude por completo.

Ted ladeó la cabeza, sin acabar de comprender exactamente las palabras de Mingara. Abrió tanto los ojos que su expresión recordó a la de una lechuza más de aquel nido de aves.

—Créame, Tedias Vem Legentrell, si le digo que hay muchas magias en este mundo y que las brujas, muy a mi pesar, no somos capaces de dominarlas todas. Magias nuevas... poderes que, aunque cueste creerlo, solo el ser humano ha conseguido dominar por ahora.

Ella sonrió, sombría, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Ted quedó

pensativo durante varios minutos. Minutos que le llevaron a enmudecer.

—No sabría cómo calificar los recuerdos de esos momentos porque... — sus pensamientos le llevaron a revivir la experiencia más extraña, sobrenatural y asfixiante que posiblemente viviría en toda su vida; de eso estaba seguro.

Imprecisos y borrosos recuerdos del pontón de Urusa volvieron a su mente y un escalofrío recorrió todo su cuerpo, haciéndole temblar de los pies a la cabeza.

Recordó ver ante él una estructura alargada y fina tallada en obsidiana, que oscurecía aún más aquel desolador paisaje. Era un puente interminable que colgaba en el vacío; un puente que solo llevaba a un lugar, a un diminuto islote negro que flotaba en la nada, rodeado por una semioscuridad de morados, amatistas y púrpuras que se fundían entre sí en la atmósfera que envolvía aquel espacio.

Recordó intentar volver atrás, pero la puerta por la que había entrado, la misma que le había obligado a cruzar sin voluntad la propia Antrax, estaba cerrada a cal y canto. Una puerta negra de madera de ébano, rodeada y custodiada por un gran arco de granito, en la que estaban inscritas unas frases misteriosas en rúnico antiguo, lengua de las brujas y de muchos seres del otro lado del Meridiano de Menech, en los Territorios Altos. Recordaba una gran estrella blanca tallada en su superficie, y dos picaportes dorados con forma de mano delgada y huesuda, que parecían pender sin vida alguna de sus anclajes. Asió los picaportes y golpeó la puerta, una, diez... no recordaba cuántas veces, pero por más que lo intentó no consiguió que nadie contestara a su llamado, y lo que fue aún peor, la puerta no se abrió. Recordó la sensación de estar atrapado, sin salida.

Rememoró intentar darse la vuelta para ver más allá del puente; dar un paso, y después otro, y cuando pudo darse cuenta... se estaba encaminado a lo que sin duda sería su perdición, a una trampa en la que habían caído muchos otros antes que él. La pasarela era angosta, frágil y estaba muy deteriorada; tanto, que Ted caminaba con precaución, como si en cualquier momento se fuera a romper la piedra negra bajo sus pies. Recordó seguir caminando lenta, muy lentamente, con miedo. La travesía fue larga y arriesgada, pero al final del puente de Urusa, en su más oscura profundidad, se hallaba la respuesta a tan peligroso camino.

En lo alto de una roca de obsidiana había un altar tallado. Este contenía una pequeña caja blanca con ribetes lilas y morados, que desprendía una intensa

luz. En ella estaban grabados un millar de símbolos, runas y números que no tardaron en llamar la atención de Ted. El cofre no debía de medir más de dos palmos de anchura y uno de profundidad. De su interior emergía una nube de gas liliácea que invitaba, a quien estuviera ante él, a abrirlo y descubrir qué contenía.

El profesor recordó quedarse horas y horas estudiando aquellos símbolos, aquellas runas y números que se presentaban ante él como una pregunta que debía de responder. Los escudriñó, los memorizó como al más valioso de los recuerdos, como al más brillante de los tesoros. Los minutos se convirtieron en horas, las horas en días y los días en semanas en aquel lugar, pues en aquel espacio, mentiroso y confuso, no existía el tiempo.

En un sinfín de ocasiones Ted sintió la tentación de abrir el cofre, pero algo le decía que no lo hiciera. Algo le decía que no había vida ahí, en su interior. Solo muerte, la más oscura perdición.

—Porque no vio lo peor —dijo de pronto la bruja, abstrayendo al profesor de sus turbios, confusos y oscuros recuerdos—. En el lugar en el que estaba, y en el que también estuve yo una vez, no existen el miedo ni el dolor. Solo la curiosidad y la tentación.

Ted no contestó, pero asintió con la cabeza dándole la razón. Las palabras de la mujer habían descrito perfectamente “El abismo de Querquerudez”.

—Pero... si usted se hubiera dejado llevar por la tentación, si usted hubiera sido igual de débil que todos aquellos que le precedieron... y hubiera abierto “*El ataúd de las Inmirables*”, habría encontrado un lugar marchito y percedero. Emponzoñado. “El abismo de Querquerudez”. Un mundo infecto y tóxico. Un mundo en el que solo pueden vivir aquellas... que nacieron de él o en él.

Con aquella última explicación de Madame Ming, se habían disipado por fin muchas de las dudas que habían atormentado la mente del profesor durante la última semana. Las puertas del enigma se habían abierto de par en par y finalmente Ted creyó entenderlo todo, o casi todo, sobre el pontón de Urusa, el abismo de Querquerudez y también cómo habían sido envenenadas las víctimas del pueblo de Cliffdavid: habían sucumbido a la tentación y habían abierto “*El ataúd de las Inmirables*”, encontrando en su interior un muerte rápida y corrosiva. Habían caído en la trampa... y así habían sucumbido ante el más letal de los venenos.

Pero a veces, cuando abres una puerta, esta te lleva a más dudas. A más preguntas. El conocimiento es así; inacabable. Y aunque le costara

reconocerlo, a Ted le encantaba. Aún le quedaban muchos interrogantes que requerían una respuesta; sentía curiosidad por la facultad que poseían las brujas de Anarikax para llevar tu alma a otro espacio astral con solo mirarte, o cómo podía coexistir aquel mundo espiritual con Cesdia. Todas las aclaraciones mágicas y sobrenaturales colisionaban con su mentalidad de científico y con su afán por encontrar la lógica a lo inexplicable; pero él sabía que para acabar de entender ese mundo de magia y hechicería debía abrir aún un poco más la mente. Aún más de lo que ya lo había hecho en estos últimos días. La brujería se presentaba ante él como un desierto de arenas movedizas, peligroso y desconocido. Un desafío para el que aún no creía estar preparado y que, sin embargo, despertaba en él una curiosidad insólita.

Estaba decidido a descubrir todas las claves del enigma que lo cubría todo de misterio. Ahora que conocía cómo funcionaba la máquina, solo debía conocer los engranajes de la misma, su mecanismo.

—Pero por suerte, profesor, eso no fue lo que ocurrió. Y usted, aún siendo un simple mortal... parece que consiguió salir más airoso de lo que lo hice yo —dijo de pronto Madame Ming.

La bruja volvió la cabeza lentamente hacia su derecha y Ted la imitó.

Tras los sillones, en la penumbra, descubrió un baúl de paredes transparentes y brillantes. Un cofre de cristal que guardaba bajo llave algo de suma importancia.

Cuando el profesor miró con más atención descubrió, aterrorizado, que en su interior, entre plumas grises y sangre, había una extraña criatura, flaca y menuda, de piel agrietada y apergaminada. Fuera lo que fuera aquel ser, su maltrecho cuerpo permanecía en posición fetal, y aunque no se podía ver con claridad su rostro, parecía estar estremeciéndose de dolor.

El miedo invadió el cuerpo de Ted y un escalofrío recorrió su columna vertebral. Un sinfín de preguntas se agolparon en su mente al ver el contenido del cofre. ¿Qué era aquello? ¿A qué se refería la bruja cuando había dicho que él había salido más airoso que ella? ¿Tenía algo que ver esa criatura con lo que acababa de decir Madame Ming? O... ¿era ella misma, o parte de ella antes de verse empujada al abismo de Querquerudez? Tan extraños y espantosos pensamientos nublaban la mente del profesor que, como hipnotizado, no podía dejar de mirar la urna de cristal con los ojos bien abiertos.

—Por cierto... ¿vio las escrituras grabadas en ella? —preguntó la bruja, intentando volver a captar la atención de Ted.

Sin embargo, al hombre le costó apartar la vista del arcón. La horrorizada expresión que tenía esculpida en su rostro tardó largos minutos en esfumarse.

—No solo las vi, sino que también las estudie y memoricé —contestó una vez que hubo recobrado la compostura—. Todos esos números y símbolos, que sin duda alguna no eran otra cosa que runas y fórmulas, están ahora aquí —respondió, llevándose un dedo a la frente.

—Increíble... y perfecto —dijo Madame Ming sorprendida—. Ahora puedo tranquilizarme.

Soltó un sonoro suspiro, claramente de alivio, y exclamó:

—¡Es usted!

La bruja echó la cabeza hacia atrás con una sonora carcajada, llena de satisfacción.

—¿Quién soy yo?

—El hombre al que estaba buscando y el mismo al que hice venir. El hombre del que me habló la brisa. El hombre del mensaje del viento.

De pronto, algo sonó en el bolsillo del profesor, en el mismo bolsillo en el que había guardado el presente de la bruja; el reloj, o como Madame Ming lo había llamado, “el minuterero”. Había sonado como un pequeño “clic”, como un chasquido.

Ted, desconcertado, introdujo la mano en el bolsillo y sacó el reloj. A primera vista todo parecía funcionar con normalidad y nada había cambiado en su estructura. Lo examinó minuciosamente, jugueteando con él entre sus largos dedos.

—¡Qué extraño! —murmuró para sí, contemplándolo con ojos llenos de curiosidad.

Súbitamente, Madame Ming se levantó del sillón. Su falda barrió el suelo. Las ventanas, que hasta ese momento habían estado abiertas de par en par, se cerraron con una brusca ráfaga de aire y la habitación se sumió en la oscuridad.

—Profesor... no está aquí para investigar una serie de desastrosos acontecimientos. No está aquí para desenmascarar a un despótico alcalde. Ni... está aquí para desentrañar este tortuoso nudo de mentiras. ¡No! —bramó enérgica, alzando la barbilla. De pronto su voz se tornó sombría y sus palabras resonaron entre los libros polvorientos y las paredes resquebrajadas de aquella oscura habitación—. Está aquí por un hecho más considerable y trascendental que unas simples muertes, o un enfrentamiento entre dos hermandades de brujas. Usted, ahora proclamado como “El que volvió”, está

aquí porque yo hice que le llamaran. Está aquí... porque está destinado a salvar vidas —desveló finalmente Madame Ming, terminando con la incertidumbre.

—¿Salvaré una vida? —preguntó incrédulo, y la miró con apuro, como si no acabara de entender lo que le había dicho, o como si no lo quisiera entender.

Probablemente Ted pensara que la bruja se estaba burlando de él, pero no tardó en comprender que no era así. Madame Ming no estaba bromeando.

—Una no, tres. Si todo acontece según lo previsto.

Ted recibió la noticia con angustia y ansia. La sola idea le producía escalofríos.

—Pero... yo... ¡¿Y-y-y yo??! —balbuceó Ted, preso de un creciente nerviosismo.

Se frotó con inquietud la frente. Las palabras acudían a su mente, pero las sentía morir al llegar a su garganta, y las pocas que llegaban a sus labios se iban volando con el frío viento de la noche. No le cabía en la cabeza que él fuera a salvar, no una, ni dos, sino tres vidas.

—Y depende de cómo se desarrollen los acontecimientos, quizás después de esas tres, miles más —añadió “La dama de las lechuzas”.

Unas gotas frías cayeron por la frente de Ted. Para entonces, muy a su pesar, ya estaba mareado. Se le nubló la vista y se quedó sin habla, mudo. Sintió, durante unos interminables segundos, que el mundo le estaba aplastando.

—Y... ¿por qué no me lo dijo desde un principio? ¿Por qué utilizó al señor Emerion Simgrell para que me hiciera venir? ¿Por qué no lo hizo usted? ¿Por qué tanto secretismo? ¿Por qué yo? ¡¿P-p-p por qué...?! —preguntó Ted con la voz temblorosa. Le temblaban las piernas y comenzó a experimentar palpitaciones.

“La dama de las lechuzas” se volvió hacia él y su falda barrió el suelo.

—Porque hay cosas que solo las podía entender una vez que hubiera tocado la oscuridad —sentenció, esgrimiendo una sonrisa sesgada que le ensombrecía el rostro—. A veces las tinieblas más oscuras nos muestran la claridad más absoluta.



ÍNDICE DE CAPÍTULOS

PARTE I.- EL ERMITAÑO

- 00.- Prólogo
- 01.- Carta de un extraño
- 02.- Maullidos en la oscuridad
- 03.- Ted y Todd
- 04.- Un grito en la noche
- 05.- Besado por la sombra
- 06.- Visita al señor de la pipa
- 07.- Reunión en “Dos Copas”
- 08.- La caída del telón estrellado
- 09.- Las entrañas de Grimbillel
- 10.- Sonrisa de luna
- 11.- Primer encuentro en la espesura
- 12.- Evan Drouds y el murciélago acorralado
- 13.- Súplicas desesperadas
- 14.- Celebración en Cliffdaviil

PARTE II.- LOS ENAMORADOS

- 15.- Una visita inesperada
- 16.- Alusiones en la morada del humo
- 17.- Una sombra en los tejados
- 18.- Vinexa
- 19.- La pluma en el centro del mapa
- 20.- Un mundo de cicatrices
- 21.- Despedidas interrumpidas
- 22.- Contienda en la niebla
- 23.- El abismo de Querquerudez
- 24.- Owlhat a la sombra del bosque
- 25.- Ritual de cohesión astral
- 26.- Búhos, brujas y preguntas a granel
- 27.- Debilidad por los mortales

28.- La maldición de Narga

29.- El que volvió

GLOSARIO

Barecen: licor ingbrego de color cobrizo, confeccionado a partir de cítricos y frutas. Su sabor es dulce y suele beberse únicamente acompañado con hielo. Se distribuye por todo Balente.

Bececros: criaturas de estructura blanda y cilíndrica, de verdosos y vistosos colores, que se movilizan reptando y se alimentan mayoritariamente de plantas. Se les confunde a menudo con orugas o gusanos, pero son de tamaño mucho mayor.

Bravo: término utilizado por la comunidad maeser para referirse a los humanos.

Cómplices: animales o criaturas que están íntima y afectivamente ligados con las brujas y que las ayudan no solo con sus hechizos y rituales, sino con sus prácticas diarias y siempre obedecen los designios de sus amas.

Dosdifer: según la creencia humana, es la antítesis de Itein. Deidad o ser sobrenatural que representa el mal y la tentación, y es conocido como el embaucador que conduce a la humanidad por el mal camino.

Fíbula de Loxosceles: broche mágico que tiene la cualidad de conceder a su portador el dominio total sobre los arácnidos.

Itein: deidad suprema adorada por los humanos, a la que le rinden culto.

Golem: coloso de piedra, creado mágicamente a partir de fuerzas elementales de la tierra.

Grumiem: es una planta vivaz, originaria de las islas de Nalno y de ciertas zonas de Reemleb, muy común en los bosques húmedos y las zonas submontañosas. Tiene propiedades sedantes y alivia los síntomas de angustia, nerviosismo o histeria.

Lacrado: conjunto de runas y símbolos escritos sobre cualquier superficie o material que activa un conjuro, un ataque –ya sea ofensivo o defensivo– o un ritual. Lo utilizaban primordialmente las brujas, pero muchos otros maesers también hacían uso de ellos.

Maeser: comunidad mágica que llegó de otros mundos a Cesdia en “La edad de la búsqueda”. Fueron enviados por Dosdifer con un propósito claro;

uno que no tardaron en olvidar. Constituye un amplio grupo de seres y especies, algunos de ellos muy similares a los humanos.

Maestrolls: poderosos y antiguos líderes de la sociedad maeser que consiguieron domar a los elemaes durante un largo periodo de tiempo; hasta que se revelaron y se escaparon.

Minutero: instrumento que tiene la apariencia de un reloj, pero que tiene cualidades mágicas.

Pluma de Funereus: alhaja mágica que tiene la cualidad de conceder a su portador el dominio total sobre las aves rapaces nocturnas (lechuzas y búhos).

Remanentes: seres que no pertenecían al diseño inicial de Cesdia, pero que llegaron a ella en “La edad de la búsqueda”, junto a los maesers. Posteriormente, en “La edad de la separación”, por su similitud con los animales, se les dejó vivir entre ellos y no fueron excluidos de Balente como el resto de los maesers.

Sheemam: es la bebida alcohólica por excelencia en Balente. No está destilada, y tiene un sabor amargo. Se fabrica con cebada germinada u otros cereales cuyo almidón se fermenta en agua con levadura y se aromatiza con lúpulo.

Sibbie: al igual que los bececros, son criaturas denominadas “remanentes”. Se asemejan mucho a los fásmidos, pero son de mayor envergadura. Sus comportamientos los confunden con la vegetación sobre la que habitan y de la que se alimentan.

Silkie: criatura cambiante, extinta ya en toda Cesdia, que tenía el don de poder deshacerse de su piel de foca y transformarse en una mujer de belleza envidiable.



Aitor Angelats Minguillón, nació y vivió en Menorca (Islas Baleares, 1988). Creció alimentado por una sensibilidad artística y unas ansias insaciables por crear que le llevaron a volcar toda su imaginación en cientos de cuadernos que llenó con historias e ilustraciones fantásticas.

No obstante, no fue hasta 2014, después de haber fijado su domicilio en Barcelona (ciudad en la que sigue residiendo), cuando decidió recuperar todos aquellos relatos de terror, magia y misterio que había ido atesorando durante años y plasmarlos en esta, su primera novela.

Para él, que había crecido con las maravillosas historias de Michael Ende, Edgar Allan Poe o Terry Pratchett, sin olvidar a Tolkien, y se había sumergido en las mágicas ilustraciones de artistas como Alan Lee, Glen Keane o Edward Gorey, la escritura y la ilustración están estrechamente relacionadas y van cogidas de la mano. De ese modo, no es de extrañar que su ópera prima sea una obra ilustrada por él mismo, donde recolecta pequeños retazos del mundo que ha creado.